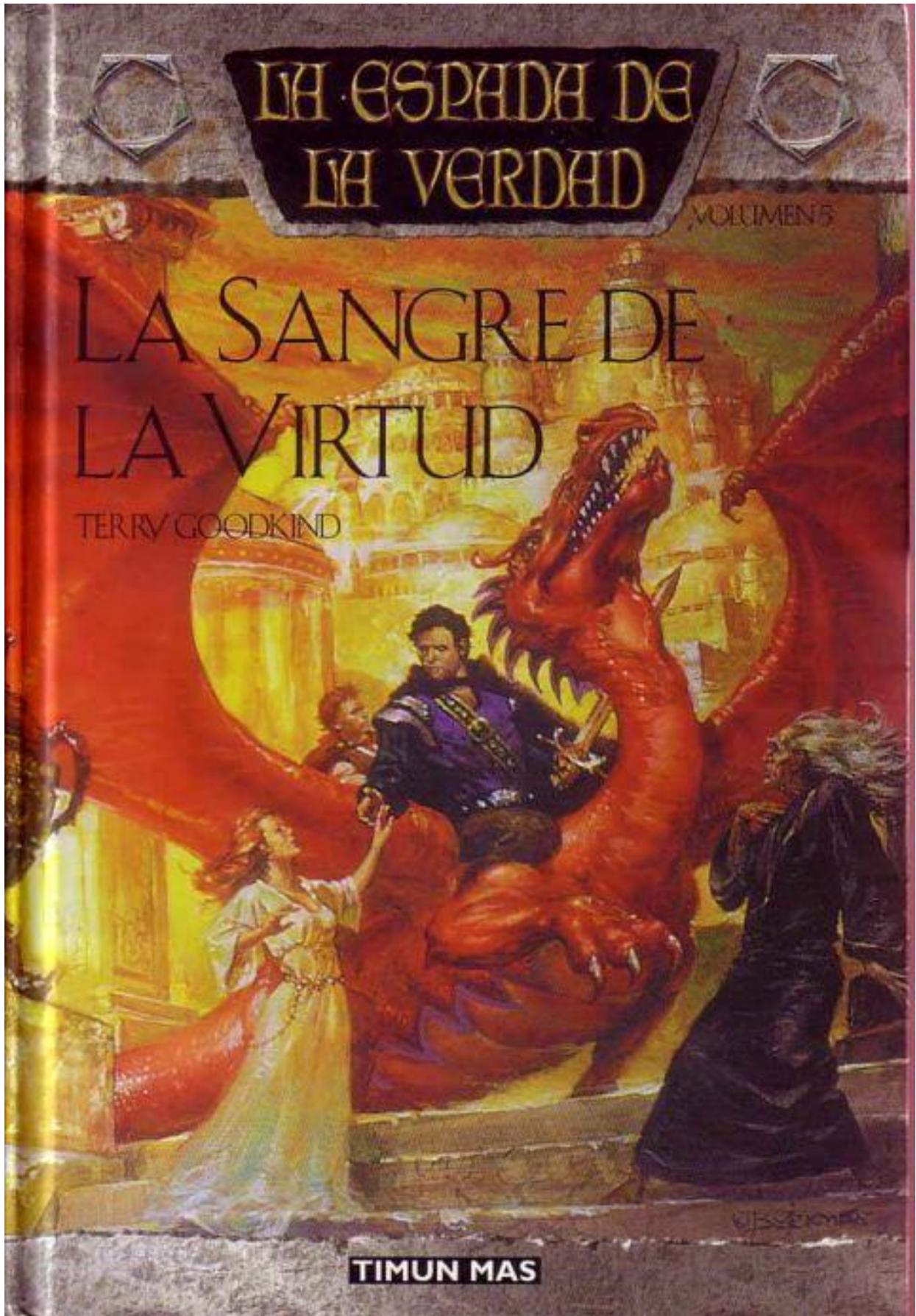


LA ESPADA DE
LA VERDAD

VOLUMEN 5

LA SANGRE DE LA VIRTUD

TERRY GOODKIND



TIMUN MAS

LA ESPADA DE LA VERDAD

VOLUMEN 5

La Sangre de la Virtud

TERRY GOODKIND

TIMUN MAS

Diseño de cubierta: Valerio Viano
Ilustración de cubierta: Douglas Beekman

Título original: *Blood of the Fold*
Traducción: Joana Claverol

© MCMXCVI Terry Goodkind

Published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA.

© Grupo Editorial Ceac, S.A.
Paseo Manuel Girona, 71 bajos - 08034 Barcelona (España)
Timun Mas es marca registrada por Grupo Editorial Ceac, S.A.
www.editorialceac.com
info@ceacedit.com

ISBN: 84-480-3223-3 (Obra completa)

ISBN: 84-480-3228-4 (Volumen 5)

Depósito legal: M. 5.069-2003

Impreso en España por Mateu Cromo

ÍNDICE

1.....	6
2.....	14
3.....	20
4.....	30
5.....	36
6.....	44
7.....	54
8.....	60
9.....	71
10.....	80
11.....	90
12.....	95
13.....	108
14.....	112
15.....	120
16.....	126
17.....	135
18.....	141
19.....	152
20.....	157
21.....	166
22.....	175
23.....	185
24.....	191
25.....	200
26.....	208

*A Ann Hansen,
la luz de la oscuridad*

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, doy las gracias a todos quienes me han ayudado: a mi editor, James Frenkel, por el hábil modo en que sigue subiéndome el listón; a mi editora británica, Caroline Oakley, y a la buena gente de Orion por su empeño en seguir tan bien como hasta ahora; a James Minz, por sus magníficas ideas; a Linda Quinton así como al personal de ventas y marketing de Tor, por su pasión y sus triunfos; a Tom Doherty, por su fe, que me anima a seguirme esforzando; a Kevin Murphy por la sobrecubierta merecedora de un premio; a Jeri, por su paciencia; y también quiero dar las gracias al espíritu de Richard y Kahlan, que continúan inspirándome.

1

Exactamente en el mismo momento seis mujeres se despertaron sobresaltadas, y sus gritos resonaron en el atestado camarote de oficiales. La hermana Ulicia oyó jadear a las otras, mientras trataban de recuperar el aliento. La Hermana tragó saliva intentando normalizar su propia respiración e inmediatamente se estremeció al notar un acerado dolor en la garganta. Sentía los párpados húmedos pero los labios estaban tan secos que se los humedeció con la lengua por temor a que se le agrietaran y sangraran.

Alguien aporreaba la puerta y gritaba, aunque para Ulicia aquellos gritos no eran más que un apagado zumbido en la cabeza. Ni siquiera trató de concentrarse en las palabras o en su significado, pues, después de todo, lo que pudiera decir aquel hombre era intrascendente.

La Hermana alzó una trémula mano hacia el centro del camarote, negro como boca de lobo, y liberó su han —la esencia de su vida y su espíritu—, para inmediatamente enviar un punto de calor hacia la lámpara de aceite que sabía que colgaba del bajo bao. Obedientemente, la mecha se encendió emitiendo una sinuosa voluta de hollín que seguía el lento balanceo del barco mecido por las olas.

Todas las demás mujeres estaban tan desnudas como ella misma y se habían incorporado con la mirada fija en el débil resplandor amarillo, como si buscaran salvación o, tal vez, asegurarse de que seguían vivas y que aún podían ver la luz. Al contemplar la llama a Ulicia también se le escapó una lágrima. La oscuridad había sido asfixiante, como si alguien le hubiera tirado encima una gran palada de tierra negra y húmeda.

Tenía las sábanas empapadas de un sudor frío, aunque eso poco importaba, pues el aire marino lo humedecía todo permanentemente, por no hablar de los rociones que calaban las maderas de cubierta y rezumaban luego hasta cualquier cosa que hubiera debajo. Había olvidado ya qué era sentir en la piel ropa o sábanas secas. Ulicia odiaba aquel barco, odiaba aquella interminable humedad, odiaba sus malos olores, odiaba el constante cabeceo que le revolvió el estómago. Al menos seguía viva para odiar el barco. Con cuidado se tragó la bilis que le había subido hasta la garganta.

La Hermana se pasó los dedos por los ojos para secarse la cálida humedad que le pesaba en los párpados y extendió la mano: tenía las yemas relucientes de sangre. Como si su ejemplo les infundiera valor, algunas de las otras también osaron hacer lo mismo. Todas mostraban sangrantes rasguños en párpados, cejas y mejillas causados por ellas mismas al tratar desesperadamente de abrir los ojos para despertar, en un vano intento por escapar de un sueño que no era un sueño.

Ulicia pugnó por aclararse la mente; seguro que no había sido más que una pesadilla.

Con un esfuerzo muy consciente, apartó la mirada de la llama para posarla en sus compañeras. Frente a ella, en la litera inferior vio a la hermana Tovi, encorvada, contemplando fijamente la llama. Gruesos rollos de carne le colgaban con desmayo a los costados como si se solidarizaran con la expresión taciturna de su arrugado rostro. Sentada junto a ella, la hermana Cecilia presentaba un insólito aspecto con sus rizos entrecanos siempre primorosamente peinados ahora alborotados, y su habitual sonrisa reemplazada por una cenicienta máscara de terror. Ulicia se inclinó levemente hacia adelante para echar un vistazo a la litera de arriba. La hermana Armina, que no era tan mayor como las hermanas Tovi ni Cecilia sino que más bien se acercaba a la edad de Ulicia y seguía siendo una mujer atractiva, se veía demacrada. Aunque por lo general solía mostrarse circunspecta, se enjugó la sangre de los párpados con dedos temblorosos.

Las dos Hermanas más jóvenes y más dueñas de sí ocupaban las dos literas situadas encima de Tovi y Cecilia, al otro lado del angosto pasillo. Unos irregulares arañazos estropeaban el perfecto cutis de la hermana Nicci, y mechones de su cabello rubio se le pegaban a las lágrimas, el sudor y la sangre que le cubría el rostro. Por su parte, la hermana Merissa, igualmente hermosa, estrechaba una manta contra su

pecho desnudo no por decoro, sino porque temblaba de terror. El pelo, largo y oscuro era una enmarañada mata.

Las otras Hermanas eran mayores y habían templado su poder en la forja de la experiencia, pero tanto Nicci como Merissa eran poseedoras de insólitos y oscuros talentos, de una capacidad imposible de adquirir con la experiencia. Pese a sus años, hacían gala de una gran astucia y no se dejaban engañar ni por un momento por las amables sonrisas ni la obsequiosidad de Cecilia y Tovi. Aunque eran jóvenes y seguras de sí mismas, eran conscientes de que Cecilia, Tovi, Armina y, especialmente, Ulicia podían hacerlas pedazos si quisieran. No obstante eso, eran dos de las mujeres más formidables que hubiesen hollado la faz de la tierra, dueñas de una excepcional maestría. Pero lo que las había convertido en escogidas del Custodio había sido su implacable ansia de poder.

Era inquietante ver en semejante estado a aquellas mujeres a las que tan bien conocía, aunque lo que realmente impresionó a Ulicia fue ver a Merissa aterrorizada. Nunca había conocido a una Hermana tan dueña de sí, tan fría, tan implacable y tan despiadada como Merissa. De hecho, la hermana Merissa tenía un corazón de hielo negro.

En los casi ciento setenta años que hacía que la conocía Ulicia no recordaba haberla visto nunca llorar. Pero ahora sollozaba de manera incontrolada.

La visión de sus compañeras en tan lamentable estado de debilidad infundió nuevas fuerzas a la hermana Ulicia, e incluso la complació; así debía ser, puesto que, como líder, ella era la más fuerte.

El hombre seguía aporreando la puerta, preguntando qué pasaba y a qué venían todos aquellos gritos.

—¡Déjanos en paz! —gritó furiosa Ulicia—. ¡Si te necesitamos, ya te llamaremos!

El marinero se retiró mascullando maldiciones entre dientes. Cuando se hubo alejado, el único sonido que se oyó fueron los crujidos de la madera debido a los bandazos que daba el barco cuando las fuertes olas se estrellaban contra la quilla, y también los sollozos.

—Deja ya de gimotear, Merissa —le espetó Ulicia.

—Nunca había ocurrido algo así —replicó Merissa, fijando en la líder una oscura mirada aún vidriosa por el miedo. Tovi y Cecilia asintieron. —He cumplido sus mandatos. ¿Por qué nos hace esto? No le hemos fallado.

—De haberle fallado, ahora estaríamos allí junto con la hermana Liliana —repuso Ulicia.

—¿Tú también la viste? —intervino Armina—. Yo la vi...

—Sí, la vi —dijo Ulicia en un tono sereno que pretendía enmascarar su propio horror.

La hermana Nicci se apartó del rostro una retorcida y empapada guedeja rubia.

—La hermana Liliana falló al Amo —declaró, haciendo un esfuerzo por recuperar la compostura.

—Y ahora está pagando el precio de su fracaso —añadió Merissa con voz tan fría como la escarcha que se forma sobre los cristales de una ventana. Poco a poco su mirada ya no era tan vidriosa y dio paso al desdén—. Ahora y para siempre. —Aunque casi nunca permitía que sus impecables facciones revelaran el menor signo de emoción, frunció el entrecejo en cruel gesto—. Contravino tus órdenes, hermana Ulicia, y las del Custodio. Arruinó nuestros planes. Fue culpa suya.

Era cierto; Liliana había fallado al Custodio. Por su culpa estaban todas encerradas en aquel maldito barco. Ulicia sintió que el rostro le ardía al pensar en la arrogancia de Liliana. La Hermana había tenido su merecido por tratar de acaparar toda la gloria. No obstante, tragó saliva al pasar por su mente la imagen del tormento de Liliana, y esa vez ni siquiera notó el punzante dolor en la garganta.

—Pero ¿y nosotras? —preguntó Cecilia con una sonrisa que no era alegre, como de costumbre, sino apenada—. ¿Tenemos que hacer lo que ese... tipo dice?

Ulicia se pasó una mano por la cara. Si eso era real, si lo que habían visto en verdad había sucedido, no debían dudar ni perder tiempo. Tal vez no fuese más que una pesadilla; nadie sino el mismo Custodio la había visitado antes en aquel estado de sueño que no era sueño. Sí, seguro que lo habían soñado. La Hermana observó una cucaracha que se metía dentro de la bacinilla. Súbitamente alzó la mirada.

—¿«Ese tipo»? Entonces, ¿no viste al Custodio? ¿Viste a un hombre?

—Jagang —respondió Cecilia con un hilo de voz.

Tovi se llevó una mano a los labios para besar el dedo anular; un antiguo gesto con el que se suplicaba la protección del Creador. Era un hábito inmemorial que las novicias empezaban a practicar desde el primer día de su formación. Era el primer gesto que hacían todas las Hermanas cada mañana sin falta, al levantarse, y en tiempos de tribulación. Probablemente Tovi lo había repetido miles de veces, como todas las otras. Como Hermana de la Luz estaba simbólicamente prometida al Creador y a su Voluntad. Besarse el dedo anular era una renovación simbólica de dicha promesa.

Pero, después de su traición, no se sabía qué consecuencias tendría el acto de realizar ese gesto. La superstición aseguraba que si una Hermana de las Tinieblas, es decir aquella que había entregado su alma al Custodio, se besaba el anular, moriría. Y aunque tal gesto no provocara la ira del Creador, sin duda provocaría la ira del Custodio. A medio camino de los labios, Tovi se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer y apartó bruscamente la mano.

—¿Todas habéis visto a Jagang? —Ulicia fue mirando a las Hermanas una por una y todas asintieron. Pero aún le quedaba una brizna de esperanza—. Así pues, todas habéis visto al emperador. Eso no significa nada. ¿Le oíste decir algo? —preguntó a Tovi, inclinándose hacia ella.

La interpelada se alzó el cobertor hasta el mentón.

—Todas estábamos allí, como siempre que el Custodio nos convoca. Estábamos sentadas en semicírculo, desnudas como siempre. Pero quien vino no fue el Amo, sino Jagang.

De la litera superior que ocupaba Armina se escapó un sollozo.

—¡Silencio! —ordenó Ulicia—. ¿Qué dijo? —preguntó, dirigiéndose de nuevo a la temblorosa Tovi—. ¿Cuáles fueron sus palabras?

Tovi fijó la vista en el suelo.

—Dijo que ahora nuestras almas eran suyas. Que estábamos en su poder y que podría matarnos cuando quisiera. Dijo que debemos reunirnos con él de inmediato o deseáramos estar en la piel de Liliana. Dijo que, si lo hacíamos esperar, lo lamentaríamos. —La Hermana alzó la mirada. Sus ojos se anegaron de lágrimas—. Y luego me hizo probar lo que nos haría si no lo complacemos.

Ulicia se había quedado helada y se dio cuenta de que también ella se había cubierto con la sábana. Haciendo un esfuerzo, volvió a dejarla en su regazo.

—¿Armina? —La aludida confirmó suavemente las palabras de Tovi—. ¿Cecilia? —Cecilia asintió. Entonces Ulicia posó la mirada en las dos Hermanas sentadas en las literas de arriba, frente a ella. Al parecer, ambas habían logrado con gran esfuerzo recobrar la compostura—. ¿Y bien? ¿Oísteis esas mismas palabras?

—Sí —confirmó Nicci.

—Exactamente las mismas —dijo Merissa con voz inexpresiva—. Todo es culpa de Liliana.

—Tal vez hemos contrariado al Custodio y, como penitencia, antes de recuperar su favor nos entrega al emperador para que lo sirvamos —sugirió Cecilia.

Merissa se irguió. Sus ojos se convirtieron en dos ventanas que permitían asomarse a su helado corazón.

—He entregado mi alma al Custodio —declaró—. Y si debo servir a esa vulgar bestia para ganarme de nuevo su gracia, lo haré, aunque eso signifique lamer los pies de ese hombre.

Ulicia recordó que Jagang, antes de alejarse del semicírculo que habían formado en el sueño que no era tal sueño, había ordenado a Merissa que se levantara. Luego, con gesto despreocupado, le había agarrado el seno derecho con su manaza y había apretado hasta que a la mujer le cedieron las rodillas. Ulicia lanzó un vistazo a los senos de Merissa y vio pálidos moretones.

Merissa no hizo ademán de cubrirse mientras posaba su serena mirada en los ojos de la líder.

—El emperador dijo que, si lo hacíamos esperar, lo lamentaríamos.

Ulicia había oído las mismas instrucciones. Jagang había dado muestras casi de desprecio hacia el Custodio. ¿Cómo había sido capaz de suplantar al Custodio en ese sueño que no era sueño? El porqué no importaba; lo había hecho. Todas habían vivido lo mismo. Así pues, no lo había soñado.

La Hermana sintió un atroz terror en la boca del estómago, al tiempo que la pequeña llama de esperanza se extinguía. También a ella le había dado una pequeña muestra de lo que le esperaba si desobedecía. La sangre que se le secaba en los párpados era un recordatorio de lo mucho que había deseado que la demostración acabara. Había sido algo real y todas lo sabían. No tenían elección, ni tampoco tiempo que perder. Gotas de sudor frío les resbalaron entre los senos. Si vacilaban...

Ulicia saltó de la litera.

—¡Cambiad el rumbo! —gritó, al tiempo que abría la puerta de par en par—. ¡Cambiad el rumbo ahora mismo!

No había nadie en el pasillo. Ulicia subió corriendo la escalerilla, gritando. Las demás corrían tras ella, aporreando las puertas de los camarotes. Pero a Ulicia no le interesaban las puertas, sino el timonel; era él quien fijaba el rumbo del barco y ordenaba a los marineros que desplegaran tal o cual vela.

Ulicia levantó la trampilla, que se abrió a una luz opaca. Todavía no había amanecido. Plomizas nubes bullían rozando casi la superficie de las oscuras aguas. Una espuma luminosa hirvió justo más allá de la batayola cuando la embarcación se deslizó por la pendiente de una enorme ola, creando la impresión de que se sumergían en un impenetrable abismo. Las otras Hermanas emergieron por la trampilla a la cubierta barrida por los rociones de agua.

—¡Virad! —gritó Ulicia a los marineros con los pies desnudos, que se volvieron hacia ella con gesto de muda sorpresa.

La Hermana masculló una maldición y corrió a la popa, hacia la caña del timón. Las cinco Hermanas corrieron sobre la inclinada cubierta pisándole los talones. Agarrándose las solapas del abrigo con ambas manos, el timonel estiró el cuello para comprobar qué era aquel alboroto. De la abertura situada a sus pies emergió luz de linterna, que iluminó los rostros de los cuatro hombres encargados de la caña del timón. Los marineros se agruparon cerca del barbudo timonel y miraron boquiabiertos a las seis mujeres.

Ulicia jadeaba, tratando de recuperar el aliento.

—¿Qué pasa, atajo de inútiles? ¿Es que no me habéis oído? ¡He dicho que deis media vuelta!

De repente comprendió la razón de que las miraran tan fijamente; las seis iban desnudas. Merissa se colocó a su lado con la misma actitud altiva y distante que mostraría de ir ataviada con un vestido que la cubriera del cuello a los pies.

Uno de los marineros, de lasciva mirada, habló mientras recorría golosamente con los ojos a la joven Hermana.

—Vaya, vaya. Parece que las damas quieren jugar un poco.

Merissa, manteniendo su actitud fría e inalcanzable, observó la libidinosa sonrisa del hombre con aire de serena autoridad.

—Mi cuerpo es mío y solamente mío. Nadie puede siquiera mirarlo a no ser que yo lo permita. Aparta enseguida tus ojos de mí o te los arrancaré.

Si el marinero hubiese poseído el don, acompañado del dominio de éste que poseía la hermana Ulicia, habría percibido cómo alrededor de Merissa el aire chisporroteaba con inquietante poder. Los marineros creían que no eran más que damas nobles que viajaban a lugares extraños y lejanos; ninguno de ellos sabía quiénes eran en realidad. Desde luego el capitán Blake sabía que eran Hermanas de la Luz, pero Ulicia le había ordenado guardar el secreto.

El hombre se burló de Merissa con su lasciva expresión, empujando obscenamente las caderas.

—No seas tan estirada, moza. No habrías salido a cubierta desnuda a no ser que tuvieras en mente lo mismo que nosotros.

El aire crepitó alrededor de Merissa. Al mismo tiempo una mancha de sangre se extendió por la entepierna del marinero. El hombre chilló y alzó la vista, frenético. La luz arrancó destellos al largo cuchillo que normalmente llevaba al cinto cuando lo desenvainó. Lanzando un grito de venganza, avanzó tambaleante con intenciones asesinas.

En los turgentes labios de Merissa asomó una distante sonrisa.

—Cerdo asqueroso —murmuró para sí—. Pronto sentirás el gélido abrazo de mi Amo.

El cuerpo del hombre se abrió como si fuese un melón podrido al que alguien golpeará con un palo. Una sacudida de aire generada por el poder del don lo lanzó por la borda. Sobre las tablas quedó dibujada su trayectoria con un reguero de sangre. Las negras aguas engulleron el cuerpo sin apenas salpicar. Los otros marineros, casi una docena, se quedaron quietos como estatuas y con los ojos muy abiertos.

—Si no queréis seguir su camino, no os atreváis a mirarnos —siseó Merissa.

Demasiado amedrentados para abrir boca, los marineros asintieron. Involuntariamente, la mirada de uno de ellos se posó por un momento en el cuerpo de la mujer como si la prohibición de mirarla lo hubiese impulsado irremediablemente a hacerlo. Totalmente aterrorizado, el marinero empezó a disculparse, pero una nítida línea de poder tan afilada como un hacha de guerra le hendió la frente, entre los ojos. El hombre cayó por la borda, como su compañero.

—Ya es suficiente, Merissa —dijo Ulicia suavemente—. Creo que ya han aprendido la lección.

La otra Hermana, envuelta aún en las brumas del han, fijó en ella su distante y gélida mirada.

—No pienso permitir que miren lo que no deben.

—Los necesitamos para regresar —le recordó Ulicia, enarcando una ceja—. Tenemos prisa, ¿recuerdas?

Merissa echó un vistazo a los hombres como quien mira a unos bichos y piensa si aplastarlos o no.

—Desde luego, Hermana. Tenemos que volver enseguida.

Ulicia dio media vuelta y vio al capitán Blake que, acabado de llegar, contemplaba boquiabierto la escena.

—Da media vuelta, capitán —ordenó Ulicia—. Enseguida.

El hombre se humedeció rápidamente los labios con la lengua, mientras su mirada saltaba de los ojos de una Hermana a otra.

—¿Ahora queréis regresar? ¿Por qué?

—Te hemos pagado generosamente para que nos lleves a donde nosotras queramos y cuando queramos —replicó la Hermana, apuntándolo con un dedo—. Ya te dije que las preguntas no forman parte del trato y también te advertí que si violabas cualquier parte del trato, te despellejaría vivo. Si me pones a prueba, descubrirás que no soy tan clemente como mi compañera, la hermana Merissa; yo no concedo muertes rápidas. ¡Da media vuelta inmediatamente!

El capitán no dudó. Se alisó el abrigo y acto seguido fulminó con la mirada a sus hombres.

—¡Vuelta al trabajo, haraganes! Dempsey —llamó al timonel con un gesto—, vire en redondo. —El hombre todavía no se había repuesto de la conmoción y parecía paralizado—. ¡Sin perder tiempo, maldita sea!

El capitán se quitó el estropeado sombrero que llevaba y dirigió una inclinación a la hermana Ulicia, cuidándose mucho de mirarla sólo a los ojos.

—A vuestras órdenes, Hermana. Regresaremos al Viejo Mundo contorneando la gran barrera.

—Fija un rumbo directo, capitán. No hay tiempo que perder.

—¡Rumbo directo! —exclamó el capitán, estrujando el sombrero con las manos—. ¡No podemos atravesar la gran barrera! —Pero inmediatamente suavizó el tono para añadir—: Es imposible. Moriremos todos.

Ulicia se llevó una mano al estómago, tratando de aplacar el abrasador dolor que sentía.

—La gran barrera ya no existe, capitán. Ya no es obstáculo. Rumbo directo he dicho.

El hombre seguía estrujando el sombrero.

—¿La gran barrera ya no existe? Eso es imposible. ¿Qué os hace pensar que...

Ulicia se inclinó hacia el capitán.

—¿Osas cuestionarme?

—No, Hermana. No, claro que no. Si decís que la barrera ya no está, pues no está. Aunque no entiendo cómo ha ocurrido, lo creo. Sé perfectamente que no soy quién para ponerlo en duda. Pondremos rumbo directo. —El hombre se secó la boca con el sombrero—. Que el Creador tenga piedad de nosotros —masculló, dicho lo cual se volvió hacia el timonel, ansioso de sustraerse de la iracunda mirada de la Hermana—. ¡Todo a estribor, Dempsey!

El timonel bajó la mirada hacia los hombres que manejaban la caña del timón.

—¡Todo a estribor, muchachos! —ordenó. Entonces alzó con gesto cauto las cejas y preguntó—: ¿Estáis seguro, capitán?

—¡No discutas mis órdenes o tendrás que volver nadando!

—Sí, capitán. ¡Todos a los aparejos! —gritó a los marineros, que ya habían empezado a soltar algunos cabos y a tirar de otros—. ¡Preparaos para virar!

Ulicia observó cómo algunos de los hombres echaban nerviosas miradas de soslayo.

—Las Hermanas de la Luz tienen ojos en la nuca, señores. Procurad que eso sea lo único que miráis de ellas, o será lo último que veáis en vuestra vida.

Los marineros asintieron con la cabeza y se inclinaron para seguir trabajando.

Una vez de regreso al atestado camarote, la hermana Tovi cubrió su voluminoso cuerpo tembloroso con la colcha.

—Hacia mucho tiempo que unos fornidos muchachos no me miraban con tal lascivia. Disfrutad de la admiración mientras aún la merecéis —añadió, dirigiéndose a Nicci y Merissa.

Merissa sacó su camisola del arcón situado en un rincón.

—No era a ti a quien miraban con lujuria.

En el rostro de Cecilia apareció una maternal sonrisa.

—Lo sabemos, Hermana. Creo que lo que la hermana Tovi quiere decir es que ahora que ya no estamos bajo el hechizo del Palacio de los Profetas, envejeceremos como el resto de mortales. No tendrás tantos años como tuvimos nosotras para gozar de tu belleza.

—Cuando recuperemos el favor del Amo —repuso Merissa, irguiéndose—, podré conservar lo que tengo.

Tovi apartó la vista con una extraña y peligrosa mirada en los ojos.

—Y yo quiero recuperar lo que una vez tuve.

—Todo esto es culpa de Liliana —declaró Armina, dejándose caer pesadamente en una litera—. De no haber sido por ella no tendríamos que haber abandonado el palacio y su hechizo. De no haber sido por ella, el Custodio no habría dado a Jagang poder sobre nosotras. De no haber sido por ella, no habríamos perdido el favor del Amo.

Todas guardaron silencio un momento. Luego empezaron a ponerse la ropa interior apretujándose en el camarote, tratando de no darse codazos.

—Yo pienso hacer lo que sea necesario, sea lo que sea, para recuperar el favor del Amo —declaró Merissa, tras ponerse la camisola—. Pienso obtener la recompensa que merezco por el juramento que pronuncié. Pienso permanecer siempre joven —añadió, lanzando una rápida mirada a Tovi.

—Todas deseamos lo mismo, Hermana —repuso Cecilia, mientras metía los brazos en las mangas de una sencilla túnica marrón—. Pero, de momento, los deseos del Custodio es que sirvamos a ese hombre, a Jagang.

—¿De veras crees eso? —inquirió Ulicia.

Merissa, arrodillada en el suelo, rebuscó en el arcón hasta sacar su vestido escarlata.

—¿Por qué, si no, nos habría entregado a ese hombre?

Ulicia enarcó una ceja.

—¿Entregar? ¿Eso crees? Pues yo creo que es más que eso; creo que el emperador Jagang está actuando por voluntad propia.

Todas las demás se quedaron quietas y la miraron.

—¿Crees que Jagang ha osado desafiar al Custodio por su propia ambición? —inquirió Nicci.

—Piensa un poco. —Con un dedo, Ulicia dio leves golpes a Nicci a un lado de la cabeza—. El Custodio siempre ha acudido a nosotras cuando entramos en el estado de ensueño pero hoy no lo ha hecho. En vez del Custodio, ha sido Jagang quien se ha presentado. Aun en el caso de que el Custodio quisiera castigarnos obligándonos a servir a Jagang, ¿no creéis que nos lo habría ordenado personalmente? No creo que todo esto sea obra del Custodio, sino que pienso que es únicamente cosa de Jagang.

—¡Todo esto es culpa de esa maldita Liliana! —exclamó Armina, mientras cogía con rabia su vestido azul de un tono algo más claro que el de Ulicia, pero no menos elegante.

Ulicia esbozó un amago de sonrisa.

—¿Eso piensas? Liliana era muy ambiciosa. Creo que el Custodio pensaba utilizar esa ambición en su propio beneficio, pero Liliana le falló. —La sonrisa se desvaneció—. Lo que nos ocurre no es culpa de Liliana.

Nicci, que se estaba ajustando el corpiño de su vestido negro con los cordeles, se detuvo.

—Tienes razón. Es culpa del chico.

—¿Chico? —Ulicia negó lentamente con la cabeza—. Ningún «chico» habría conseguido derrumbar la barrera. Ningún «chico», como tú dices, habría logrado arruinar unos planes que llevábamos años madurando. Todas sabemos qué dicen las profecías de él.

»Nos hallamos en una situación muy comprometida —continuó diciendo, mirando a todas las Hermanas una a una—. Debemos trabajar para recuperar el poder del Custodio en este mundo, o cuando Jagang acabe con nosotras, nos matará e iremos a parar al inframundo, donde ya no podemos ser de ninguna utilidad para el Amo. Si eso ocurre, no tengo la menor duda de que el Custodio nos lo hará pagar muy caro, y que, en comparación, lo que Jagang ha demostrado que puede hacernos nos parecerá la gloria.

Los crujidos y gemidos del barco llenaron el camarote, mientras las Hermanas consideraban las palabras de su líder en silencio. Debían correr a servir a un hombre que las utilizaría y luego se desembarazaría de ellas tranquilamente, sin darles ninguna recompensa. Pero ninguna de ellas podía siquiera considerar la posibilidad de desafiarlo.

—Chico o no chico, él tiene la culpa de todo —declaró Merissa con los músculos de la mandíbula tensos—. Y pensar que lo tuve a mi alcance, que todas lo tuvimos... Debimos acabar con él cuando teníamos oportunidad.

—Liliana quiso hacerlo, quiso arrebatarle su poder, pero fue imprudente y acabó con esa maldita espada clavada en el corazón —repuso Ulicia—. Nosotras tenemos que ser más listas que ella; cuando sea el momento, le arrebataremos su poder y entregaremos su alma al Custodio.

Armina se secó una lágrima del párpado inferior.

—Pero, mientras tanto, tiene que haber alguna manera de no tener que regresar a...

—¿Cuánto tiempo crees que podemos permanecer despiertas? —le espetó Ulicia—. Más pronto o más tarde tendremos que dormir y entonces ¿qué? Jagang ya nos ha demostrado que tiene el poder suficiente para llegar hasta nosotras estemos donde estemos.

Merissa prosiguió con la tarea de abrocharse los botones del corpiño de su vestido escarlata.

—Haremos lo que tengamos que hacer, de momento, pero eso no significa que no podamos usar nuestro cerebro.

Las cejas de Ulicia formaron una línea continua, lo cual indicaba que estaba pensando. Acto seguido esbozó una irónica sonrisa.

—Quizás el emperador Jagang crea que ya nos tiene donde quería, pero nosotras hemos vivido mucho. Tal vez, si usamos nuestro cerebro y nuestra experiencia, no nos intimidará tanto como cree.

Los ojos de Tovi brillaron llenos de malevolencia.

—Sí —dijo entre dientes—, ciertamente hemos vivido mucho y además hemos aprendido a abatir a algunos jabalíes y arrancarles las entrañas en vivo.

Nicci se alisó las arrugas que se habían formado en la falda de su vestido.

—Una cosa es destripar a un jabalí, pero el emperador Jagang es nuestra penitencia, no el responsable de ella. Tampoco nos servirá de nada descargar nuestra ira sobre Liliana; no era más que una loca demasiado ambiciosa. A quien realmente debemos hacer sufrir es a quien nos ha puesto en la situación en que nos encontramos.

—Sabias palabras, Hermana —la alabó Ulicia.

Merissa se palpó con gesto ausente la herida en el pecho.

—Pienso bañarme en la sangre de ese joven, mientras mira. —Los ojos de la Hermana volvieron a convertirse en ventanas a su oscuro corazón.

Ulicia apretó los puños y asintió con la cabeza.

—Es él, el Buscador, el culpable de que nos encontremos en esta situación. Juro que pagará con su don, su vida y su alma.

2

Richard acababa de llevarse a la boca una cucharada de caliente sopa picante cuando oyó el profundo gruñido preñado de amenaza. Con el entrecejo fruncido miró a Gratch. Bajo los pesados párpados, los ojos del gar brillaban iluminados por un gélido fuego verde, fijos en la penumbra que reinaba entre las columnas situadas a los pies de la amplia escalinata. Al gruñir, el gar retrajo los curtidos labios y dejó al descubierto unos temibles colmillos. Richard se dio cuenta de que aún tenía en la boca la cucharada de sopa y la tragó.

El gutural gruñido del gar fue creciendo en intensidad en lo más profundo de su garganta. Sonaba como la enorme puerta, vieja y mohosa, del calabozo de un castillo que se abría por primera vez después de cientos de años.

Richard lanzó un vistazo a la señora Sanderholt, que miraba con sus ojos castaños muy abiertos. La señora Sanderholt, la jefa de cocina del Palacio de las Confesoras, aún le tenía miedo a Gratch y, por mucho que Richard le insistiera en que el gar era inofensivo, no se lo acababa de creer. Y aquel inquietante gruñido no ayudaba en absoluto.

La mujer había llevado a Richard una hogaza de pan recién hecho y un cuenco de sabrosa sopa picante con la idea de sentarse en los escalones junto a él y hablar de Kahlan. Pero resultó que el gar estaba allí también. A pesar de su miedo, Richard la convenció de que se sentara a su lado.

Al oír el nombre de Kahlan, el gar se mostró vivamente interesado. Gratch llevaba colgado del cuello una cinta con el mechón de pelo de Kahlan que Richard le había dado y el colmillo de dragón. Richard contó a Gratch que Kahlan y él se querían, y que ella deseaba ser amiga suya, tal como lo era Richard. Por ello, el curioso gar se había sentado a escuchar, pero apenas Richard había probado la sopa, y antes de que la señora Sanderholt pudiera empezar, Gratch cambió de humor. El gar miraba con intensidad feroz alguna cosa que Richard no distinguía.

—¿Por qué razón hace eso? —preguntó la señora Sanderholt en un susurro.

—No lo sé —admitió Richard. En vista de las profundas arrugas que habían aparecido en la frente de la mujer, el joven sonrió animadamente y se encogió de hombros con despreocupación—. Habrá visto un conejo o algo así. Los gars tienen una vista extraordinaria, incluso en la oscuridad, y son excelentes cazadores. —Como aún no parecía tranquila, le aseguró—: No come personas. Gratch nunca haría daño a nadie. No pasa nada, señora Sanderholt, de veras que no.

Richard alzó los ojos hacia el rostro del gar que, cuando gruñía, presentaba un aspecto inquietante.

—Gratch —le susurró—, deja de gruñir. La estás asustando.

—Richard, los gars son bestias peligrosas —dijo la mujer, arrimándose más al joven—. No son mascotas. No se puede confiar en un gar.

—Gratch no es mi mascota sino mi amigo. Lo conozco desde cachorro, desde que apenas me llegaba a la cintura. Es dulce como un gatito.

—Si tú lo dices... —La señora Sanderholt sonrió en absoluto convencida. De pronto abrió mucho los ojos, consternada—. No entiende nada de lo que digo, ¿verdad?

—No sabría qué decirle —repuso Richard—. A veces entiende más de lo que podría suponerse.

Gratch no parecía prestarles la menor atención mientras hablaban. Estaba paralizado y concentrado en el olor o la imagen de algo que no le gustaba. A Richard se le ocurrió entonces que había visto a Gratch gruñir de ese modo en otra ocasión, pero no recordaba dónde ni cuándo. Por mucho que lo intentara, la imagen mental se le escapaba de entre los dedos de la memoria cuando ya casi la tenía. Y cuanto más se esforzaba, más esquivo se mostraba ese recuerdo.

—¿Gratch? —Richard posó una mano sobre el poderoso brazo del gar—. Gratch, ¿qué pasa?

Inmóvil como una piedra, el gar no reaccionó. A medida que había ido creciendo, el brillo verde en sus ojos se había ido intensificando, pero nunca hasta aquel punto. Los ojos de Gratch brillaban como dos faros. Richard escrutó las sombras de abajo que tan poderosamente atraían al gar, pero no vio nada fuera de lo normal. No había nadie entre las columnas, ni tampoco a lo largo del muro que delimitaba el jardín. Al fin decidió que debía de tratarse de un conejo; a Gratch le encantaban los conejos.

A la luz del amanecer apenas empezaban a entreverse nubes rosa y púrpura por encima del horizonte oriental, mientras que hacia el este tan sólo seguían brillando algunas de las estrellas más luminosas. Junto con la apenas perceptible primera luz llegó una suave brisa excepcionalmente cálida para ser invierno, que alborotó el pelaje de la enorme bestia y abrió la capa negra de mriswith que llevaba Richard.

Cuando estaba en el Viejo Mundo con las Hermanas de la Luz, Richard se había adentrado en el bosque Hagen, donde acechaban los mriswith, unos horribles seres de pesadilla mitad humanos mitad reptiles. Tras luchar contra uno de ellos y matarlo, el joven descubrió los extraordinarios poderes de aquella capa: permitía confundirse con el entorno de manera tan perfecta que, cuando se concentraba, parecía invisible. Asimismo impedía que ninguna persona poseedora del don percibiera su presencia, ni la de un mriswith, claro está. Pero, por alguna razón, el don de Richard lo avisaba de la presencia de los mriswith. Gracias a ello, a esa habilidad de presentir el peligro pese a la capa mágica, Richard había salvado la vida en el bosque Hagen.

Al joven le costaba concentrarse en el gruñido de Gratch dirigido a los conejos ocultos en la oscuridad. Toda la angustia y el insoportable dolor que había sentido al creer que su amada Kahlan había sido ejecutada se esfumó en un solo instante la víspera, al enterarse de que seguía viva. A la alegría sin límites de saber que Kahlan se encontraba a salvo se unió la sensación de euforia por haber pasado la noche a solas con ella en un lugar situado entre los mundos. Su mente estaba exultante esa hermosa mañana, y sonreía sin darse cuenta. Ni siquiera la molesta fijación de Gratch por un simple conejo lograría cambiarle el humor.

No obstante, aquel sonido gutural lo distraía, y era obvio que asustaba a la señora Sanderholt, que permanecía sentada en el borde del escalón, totalmente quieta, agarrando con fuerza el chal de lana.

—Calla, Gratch. Acabas de comerte toda una pata de cordero y media hogaza de pan. Es imposible que vuelvas a tener hambre.

Aunque no apartó los ojos de las sombras, el gar se esforzó a medias por obedecer y el gruñido se convirtió en un gutural sonido sordo.

Una vez más, Richard lanzó un vistazo a la ciudad. Su plan inicial era buscar un caballo y lanzarse al galope para reunirse con Kahlan y su abuelo y viejo amigo, Zedd. Anhelaba ver a Kahlan, y también había echado mucho de menos a Zedd; habían transcurrido tres meses desde la última vez que se habían visto, pero a Richard se le antojaban años. A la luz de todo lo que había descubierto sobre sí mismo, tenía mucho de que hablar con Zedd, que era mago de Primera Orden. Pero entonces la señora Sanderholt había aparecido con la sopa y el pan recién horneado y, de buen humor o malo, lo cierto es que estaba famélico.

La mirada de Richard se alejó de la nivea elegancia del Palacio de las Confesoras para posarse en el impresionante e inmenso Alcázar del Hechicero enclavado en la escarpada ladera de la montaña. Con sus elevados muros de piedra oscura, sus murallas, bastiones, torres, sus pasadizos que conectaban una parte con otra y sus puentes, parecía una siniestra costra surgida de la piedra. Era como si tuviera vida propia y lo mirara desde arriba. En la ciudad nacía un ancho y serpenteante camino que conducía a sus oscuros muros y cruzaba un puente que parecía fino y delicado, aunque sólo se debía a la distancia, tras lo cual pasaba bajo un erizado rastrillo y desaparecía engullido en las oscuras fauces del Alcázar. Seguramente el Alcázar debía de contener miles de estancias. Richard se arrebujó en su capa para protegerse de la fría y pétrea mirada de aquel lugar, y apartó los ojos.

Se encontraban en el palacio, en la ciudad en la que Kahlan había crecido y donde había pasado la mayor parte de su vida hasta el verano pasado, cuando cruzó el Límite hasta la Tierra Occidental en busca de Zedd. Fue allí donde ella y Richard se conocieron.

Y el Alcázar del Hechicero era el lugar en el que Zedd había crecido y había vivido antes de marcharse de la Tierra Central, antes de que Richard naciera. Kahlan le había contado que había pasado mucho tiempo allí, estudiando, y nunca lo había pintado como un lugar siniestro. No obstante, al contemplar su silueta recortada contra la montaña, Richard se estremeció.

Recuperó la sonrisa al imaginarse cómo debía de haber sido Kahlan de pequeña cuando aún estudiaba para ser Confesora y recorría los pasadizos del palacio, o los del Alcázar, o se mezclaba con la gente de la ciudad.

Pero Aydindril había caído bajo la maldición de la Orden Imperial y ya no era una ciudad libre, ya no era donde residía el poder en la Tierra Central.

Zedd había puesto en práctica uno de sus trucos de mago para que todos creyeran que habían asistido a la ejecución de Kahlan, lo cual había permitido que ella huyera de Aydindril. Puesto que todo el mundo la creía muerta, a nadie se le ocurriría perseguirla. La señora Sanderholt conocía a Kahlan desde niña, y se puso loca de alegría cuando Richard le dijo que Kahlan estaba sana y salva.

—¿Cómo era Kahlan de pequeña? —preguntó Richard, sonriendo.

La mujer miró a la nada y también ella sonrió.

—Fue una niña muy seria, pero también la niña más preciosa que haya conocido en toda mi vida. Luego se convirtió en una mujer hermosa y fuerte. No era solamente una niña tocada por la magia, sino que también destacaba por su carácter.

»A ninguna de las otras Confesoras le sorprendió que se convirtiera en la Madre Confesora y todas se alegraron pues no pretendía dominar sino que buscaba la vía de la conciliación. No obstante, si alguien se le oponía sin razón, descubría que era tan dura como cualquier Madre Confesora del pasado. Nunca conocí a una Confesora que amara tanto a la gente de la Tierra Central. Siempre me sentí muy honrada de conocerla. —La mujer se perdió en sus recuerdos y rió débilmente. No era un sonido tan frágil como el resto de su persona sugería—. Incluso la vez que le di una buena zurra en el trasero porque se había llevado un pato recién asado sin pedir permiso.

Richard sonrió de oreja a oreja al pensar que escucharía una de las travesuras de Kahlan.

—¿No tenía miedo de castigar a una Confesora, aunque fuese tan pequeña?

—En absoluto —se burló la mujer—. Si la hubiese mimado, su madre me hubiera echado. Debíamos tratarla con respeto, pero también justamente.

—¿Lloró? —inquirió Richard antes de dar un gran bocado al pan. Estaba delicioso; trigo molido grueso mezclado con algo de melaza.

—No. De hecho, se sorprendió. Ella creía que no había hecho nada malo y se explicó. Resulta que cuando se disponía a ir al Alcázar del Hechicero una mujer acompañada de dos niños, uno de ellos casi de la misma edad de Kahlan, la abordó. La mujer le contó que necesitaba oro para alimentar a sus pequeños. Kahlan se tragó la historia y le dijo que esperara, se dirigió a la cocina y cogió el pato asado, pues pensó que lo que necesitaba la mujer era comida y no oro. Kahlan hizo que los niños se sentaran ahí —con la mano vendada señaló a su izquierda— y les dio el pato. La mujer se puso furiosa y empezó a gritarle, acusándola de ser egoísta con el oro de palacio.

»Mientras Kahlan me lo contaba, una patrulla de la guardia entró en la cocina arrastrando a la mujer y a sus dos hijos. Según parece, la patrulla hizo acto de presencia cuando la mujer gritaba a Kahlan. Entonces la madre de Kahlan entró en la cocina para saber la causa de tanto alboroto. Kahlan se lo contó, y la mujer se derrumbó al verse custodiada por la guardia y, sobre todo, al verse en presencia de la mismísima Madre Confesora.

»Tras escuchar a su hija y a la mujer, la madre de Kahlan le dijo que si uno decide ayudar a alguien, esa persona pasa a ser responsabilidad tuya, y es tu deber ayudarla hasta que pueda valerse de nuevo por

sí sola. Kahlan se pasó todo el día siguiente en el Bulevar de los Reyes, seguida por la guardia que arrastraba a la mujer, yendo de un lugar a otro, tratando de encontrarle una ocupación. Pero no tuvo suerte, pues todo el mundo sabía que la mujer era una borracha.

»Como me sentía culpable por haberle pegado antes de dejar que se explicara, acudí a una amiga mía, una severa jefa de cocina de uno de los palacios, y la convencí para que diera trabajo a la mujer cuando Kahlan se presentara con ella. Nunca le conté a Kahlan lo que había hecho. La mujer trabajó allí mucho tiempo y nunca volvió a acercarse al Palacio de las Confesoras. Con el tiempo, su hijo menor se unió a la guardia. El verano pasado cayó herido cuando los d'haranianos se apoderaron de la ciudad y murió una semana más tarde.

También Richard había luchado contra D'Hara y, al final, había matado a su gobernante, Rahl el Oscuro. Aunque no podía dejar de sentir una punzada de pesar por haber sido engendrado por tan malvado personaje, ya no se sentía culpable de ser su hijo. Sabía que los hijos no heredan los pecados de sus padres y, desde luego, su madre no había tenido la culpa de haber sido violada por Rahl el Oscuro. El padrastro de Richard no la había amado menos por eso y tampoco habría podido querer más a Richard si hubiese sido de su propia sangre. Por su parte, Richard no lo habría querido menos de saber que George Cypher no era su padre de verdad.

Ahora también sabía que era un mago. Había heredado el don, la fuerza mágica que albergaba en su interior y que llamaba han, de dos linajes de hechiceros: Zedd, su abuelo materno, y Rahl el Oscuro, su padre. Esa combinación había creado en él un tipo de magia que ningún mago nacido en los últimos miles de años había poseído: Magia de Suma y Magia de Resta. Richard apenas tenía idea de qué era ser mago ni de magia, pero Zedd le enseñaría, le ayudaría a controlar el don y a usarlo en bien del prójimo.

El joven tragó el pan que había estado masticando y dijo:

—Parece muy típico de Kahlan.

La señora Sanderholt meneó la cabeza, arrepentida.

—Siempre se sintió responsable por la gente de la Tierra Central y sé que debió de dolerle en el alma comprobar que todos se volvieron en su contra tentados por la promesa de oro.

—Apostaría a que no todos le dieron la espalda. Pero es esencial que no diga a nadie que sigue viva. Si queremos protegerla y que no le pase nada, nadie debe saber la verdad.

—Tienes mi palabra, Richard, aunque espero que a estas alturas ya la hayan olvidado. Me temo que si no obtienen pronto el oro que se les prometió, no tardarán en organizar una revuelta.

—Así pues, ¿por eso hay tanta gente congregada a las puertas del Palacio de las Confesoras?

La mujer asintió.

—Ahora se creen con derecho al oro sólo porque alguien de la Orden Imperial les prometió que sería suyo. Pese a que el hombre que hizo esa promesa está muerto, es como si por haber pronunciado esas palabras en voz alta el oro hubiera pasado a pertenecerles automáticamente. Si la Orden Imperial no empieza pronto a repartir al pueblo el oro que se guarda en el tesoro, supongo que la gente de la calle no tardará mucho tiempo en invadir el palacio y cogerlo.

—Tal vez no era una promesa real y la intención de las tropas de la Orden siempre ha sido quedárselo como botín. En ese caso defenderán el palacio.

—Es posible —repuso la señora Sanderholt con la mirada perdida—. Ahora que lo pienso, ni siquiera sé qué hago todavía aquí. No quiero ver cómo la Orden Imperial se instala en palacio y mucho menos acabar trabajando para ellos. Tal vez debería irme y buscar un empleo con gente que aún no se haya dejado contaminar por esa escoria. Me resulta extraño pensar siquiera en marcharme, pues este palacio ha sido mi hogar la mayor parte de la vida.

Nuevamente la mirada de Richard se apartó del nívico esplendor del Palacio de las Confesoras para posarse en la ciudad. ¿Debería también él huir y dejar el hogar ancestral de las Confesoras y de los magos en manos de la Orden Imperial? ¿Es que acaso podría impedirlo? Además, muy probablemente las tropas de la Orden ya lo estaban buscando. Lo mejor sería escabullirse de la ciudad aprovechando la confusión

que había creado matando al consejo. No tenía ni idea de qué debía hacer la señora Sanderholt, pero sin duda él debería marcharse antes de que la Orden lo localizara. Tenía que reunirse con Kahlan y Zedd.

El gruñido de Gratch se hizo más grave hasta convertirse en un retumbo primario que halló eco en sus huesos y lo arrancó de sus reflexiones. El gar se puso de pie sin esfuerzo. Richard escrutó de nuevo la base de la escalinata, pero no vio nada. El Palacio de las Confesoras se alzaba sobre una colina desde la que se dominaba todo Aydindril. Desde esa atalaya distinguía tropas al otro lado de las murallas, en las calles de la ciudad, pero no había ningún soldado cerca del apartado patio lateral situado frente a la entrada de las cocinas donde los tres se encontraban. No había nada con vida en la dirección en que Gratch miraba.

Richard se puso en pie y, automáticamente, sus dedos volaron hacia la empuñadura de la espada. Pese a que era un hombre muy alto, junto al gar parecía muy pequeño. Entre los suyos Gratch sería considerado un jovencuelo, pero medía ya más de dos metros de estatura y pesaba al menos el doble que Richard. El joven calculó que seguramente aún crecería unos treinta centímetros más, aunque él no era ningún experto en gars de cola corta. Apenas había visto alguno, y los que había visto habían tratado de matarlo. De hecho, Richard había matado a la madre de Gratch, en defensa propia, e involuntariamente había acabado por adoptar al pequeño huérfano. Con el tiempo se habían hecho amigos.

Los músculos se marcaban claramente bajo la rosada piel del pecho y el estómago de la fornida bestia. Gratch esperaba quieto y en tensión, con las garras a los costados y las peludas orejas aguzadas hacia lo que fuera que estaban viendo. Gratch nunca había dado muestras de tal ferocidad, ni siquiera cuando cazaba estando hambriento. Richard sintió cómo los pelillos de la nuca se le erizaban.

Ojalá pudiera acordarse de cuándo o dónde había visto a Gratch gruñir de ese modo. Finalmente logró apartar de su mente los agradables pensamientos sobre Kahlan y, con creciente sensación de urgencia, centró su atención.

A su lado la mirada de la señora Sanderholt saltaba nerviosamente de Gratch a la base de la escalinata. Pese a su aspecto delgado y frágil, no era en modo alguno una mujer apocada, pero de no llevar las manos vendadas Richard estaba seguro que se las estaría retorciendo. De hecho, tenía todo el aspecto de desear hacerlo.

De repente Richard se sintió desprotegido de pie en la ancha escalinata al aire libre. Con sus agudos ojos grises escrutó las oscuras sombras y los lugares ocultos entre las columnas, muros y elegantes belvederes repartidos por la parte inferior del jardín de palacio. De vez en cuando una racha de viento levantaba la centelleante nieve, pero nada más se movía. Aunque observaba con tanta intensidad que los ojos le dolían, no vio nada con vida, ningún indicio de peligro.

Pese a ello, empezó a invadirlo una creciente sensación de amenaza. No era una mera reacción por ver a Gratch tan excitado, sino que había crecido en su interior, de su han, de las profundidades de su pecho para luego recorrer las fibras de sus músculos, tensándolos y preparándolos. La magia de su interior se había convertido en un sentido más que a menudo lo avisaba cuando sus otros sentidos le fallaban. Y en esos momentos lo estaba avisando.

Un visceral impulso de salir huyendo le roía las entrañas. Tenía que reunirse con Kahlan; no deseaba meterse en ningún lío. Debería buscar un caballo e irse inmediatamente o, mejor aún, debería echar a correr y ya buscaría el caballo más tarde.

Gratch desplegó las alas al tiempo que se agazapaba en amenazadora postura, preparado para saltar en el aire. Tenía los labios completamente retraídos, el vaho emanaba de entre sus colmillos y el gruñido se hacía más grave y vibraba en el aire.

Richard notó un hormigueo en los brazos y empezó a respirar más rápidamente al tiempo que la palpable sensación de peligro se fusionaba en puntos amenazantes.

—Señora Sanderholt —dijo, mientras sus ojos saltaban de una larga sombra a otra—, ¿por qué no entra adentro? Yo la seguiré más tarde para hablar de...

Las palabras murieron en su garganta al detectar un leve movimiento entre las blancas columnas de abajo, un resplandor en el aire semejante a las ondas de calor que se forman encima de una hoguera.

Richard se quedó con la mirada fija tratando de decidir si realmente había visto algo o solamente se lo había imaginado. Tal vez no era más que una leve racha de viento que transportaba copos de nieve. Entrecerró los ojos para concentrarse, pero no vio nada. El joven trató de convencerse de que no había sido más que la nieve llevada por el viento.

De repente, la verdad se le manifestó en toda su evidencia como agua fría y negra que surge con fuerza de una hendidura en un río helado; Richard recordaba cuándo había oído gruñir a Gratch de ese modo. Los pelillos de la nuca se le erizaron como si fuesen agujas de hielo clavadas en la carne. La mano buscó la empuñadura de la espada adornada en relieve.

—Váyase —ordenó con voz apremiante a la señora Sanderholt—. Vamos.

Sin dudarlo, la mujer subió corriendo los escalones que conducían a la lejana puerta de la cocina, mientras que el sonido del acero anunciaba que la *Espada de la Verdad* ya hendía el frío aire del amanecer.

—Baila conmigo, muerte. Estoy listo —murmuró Richard sumido ya por completo en la ira que emanaba de la *Espada de la Verdad* y lo ponía en trance. Las palabras no eran suyas sino que provenían de la magia de la espada, del espíritu de todos aquellos que la habían empuñado antes que él... Y esas palabras llevaban consigo una comprensión instintiva de su significado: era una oración matutina con la que se expresaba que quien la pronunciaba sabía que ese día podía morir, pero que mientras viviera lucharía con todas sus fuerzas.

Mientras oía el eco de las demás voces que resonaban en su interior, Richard comprendió que también se trataba de un grito de batalla.

Lanzando un rugido Gratch saltó en el aire, y las alas lo elevaron tras un único salto. Sus poderosos aleteos formaron debajo de su cuerpo un remolino de nieve e hincharon asimismo la capa de mriswith que llevaba Richard.

Antes incluso de que se materializaran en el aire invernal, el joven sintió su presencia. Aunque sus ojos no los veían aún, su mente sí.

Con alaridos de furia Gratch se lanzó directamente hacia el pie de la escalinata. Justo cuando el gar llegaba cerca de las columnas, empezaron a hacerse visibles con sus escamas, sus garras y sus capas; blancos contra el blanco fondo de la nieve. Tan puros como las plegarias de un niño.

Eran mriswith.

3

Los mriswith reaccionaron ante la amenaza materializándose, al tiempo que se lanzaban contra el gar. La magia de la espada, su furia, inundó a Richard al ver cómo atacaban a su amigo. En tres saltos bajó los escalones hacia el incipiente combate.

Unos terribles aullidos asaltaron sus oídos cuando Gratch empezó a hacer trizas a los mriswith. Costaba verlos contra el blanco de la piedra y la nieve pero, aunque con dificultades, Richard los distinguía. Contó hasta diez. Bajo las capas iban vestidos simplemente con pellejos tan blancos como el resto de ellos. Aunque Richard siempre los había visto negros, sabía que imitaban el color del entorno. La piel tensa y lisa les cubría la cabeza hasta el cuello, y a partir de allí empezaba a ondularse en forma de prietas escamas superpuestas. Las bocas sin labios revelaban unos dientes pequeños y afilados como agujas. En sus manos palmeadas blandían los cuchillos de triple hoja. Los ojos, redondos y brillantes como cuentas, destilaban odio mientras miraban fijamente al furioso gar.

Con fluida velocidad cercaban a la oscura figura con las blancas capas ondeando a la espalda, apenas rozando la nieve. Algunos daban una voltereta o giraban sobre sí mismos para esquivar por los pelos los fornidos brazos del gar. Pero con brutal eficacia el gar atrapaba a otros entre sus garras y los destrozaba, vertiendo sobre la nieve chorros de sangre.

Tan concentrados estaban en Gratch que Richard se les acercó por la retaguardia sin que le opusieran resistencia alguna. Nunca había luchado con más de un mriswith a la vez y la experiencia había sido terrible, pero la furia de la espada le latía por todo el cuerpo y solamente pensaba en ayudar a Gratch. Sin darles tiempo a que se volvieran para enfrentarse a la nueva amenaza abatió a dos. Sus estridentes aullidos agónicos hendieron el aire del amanecer. Era un sonido tan agudo que dolía.

Richard presintió la presencia de más a su espalda, hacia el palacio, y se volvió justo a tiempo para ver cómo otros tres aparecían. Corrían para unirse a la lucha, y sólo la señora Sanderholt les obstaculizaba el paso. La mujer gritó al encontrar la ruta de escape bloqueada por aquellos seres que avanzaban hacia ella. Dio media vuelta y echó a correr. Era evidente que los mriswith la atraparían, y Richard estaba demasiado lejos para llegar a tiempo.

Con un revés de la espada rajó al escamoso ser que pretendía detenerlo.

—¡Gratch! —voceó—. ¡Gratch!

El gar, que estaba retorciendo la cabeza a un mriswith, alzó la vista. Richard señaló con la espada.

—¡Gratch! ¡Protégela!

Gratch comprendió al instante el peligro que amenazaba a la señora Sanderholt. Arrojó a un lado el cadáver decapitado y saltó en el aire. Richard se agachó. Agitando vigorosamente sus curtidas alas, el gar se elevó por encima de la cabeza de Richard y voló sobre los escalones.

Entonces extendió sus velludos brazos y agarró a la mujer. Los pies de ésta abandonaron el suelo y se alejaron de los cuchillos que los mriswith blandían. Con alas desplegadas, Gratch ladeó el cuerpo antes de que el peso de la mujer le hiciera perder el impulso que llevaba, descendió en picado más allá de los mriswith y, con un poderoso aleteo, detuvo el descenso para depositar a la señora Sanderholt en el suelo. Sin detenerse se lanzó de nuevo a la refriega, esquivando hábilmente los veloces cuchillos y atacando con garras y colmillos.

Al volverse Richard vio a los tres mriswith a los pies de la escalera. Se abandonó a la furia de la espada, se fundió con la magia y con los espíritus de los anteriores poseedores del arma. Todo se movía con la lenta elegancia de una danza; la danza con la muerte. Tres mriswith arremetieron moviendo con fría gracia sus cuchillos, de los que solo se veía el reflejo, en molinetes. De pronto giraron, se separaron y

subieron velozmente los escalones para rodearlo. Con fría eficacia Richard no tardó en ensartar con su espada a la solitaria criatura. Para su sorpresa, los otros dos gritaron:

—¡No!

Richard se quedó helado. No sospechaba que los mriswith hablaran. Ambos se quedaron quietos en los escalones, clavando en él sus miradas serpentinadas. Sólo él se interponía entre ellos y Gratch. Estaban tan abstraídos en el gar, supuso Richard, que deseaban sobre todo llegar hasta su mortal enemigo.

Así pues, se lanzó hacia los escalones dispuesto a cortarles el paso. Nuevamente se separaron y fueron uno hacia cada lado. Richard hizo una finta al de la izquierda e inmediatamente giró sobre sí mismo para atacar al otro. Su espada hizo añicos el cuchillo de tres hojas que el mriswith empuñaba. Rápidamente el mriswith hurtó el cuerpo para eludir la estocada mortal, pero cuando la bestia acertó distancias para descargar su golpe, Richard describió con el acero un arco hacia atrás y le rebanó el pescuezo. El mriswith se desplomó con un aullido, se retorció y se desangró sobre la nieve.

Sin darle tiempo a dar media vuelta, el otro mriswith se abalanzó sobre él por la espalda. Ambos rodaron por los escalones. La espada y uno de los cuchillos de triple hoja rebotaron en el suelo de piedra al pie de la escalera, fuera de su alcance, y desaparecieron de la vista.

El humano y el mriswith rodaron, cada uno tratando de sacar ventaja al otro. Con sus escamosos brazos alrededor del pecho de Richard, la enjuta y nervuda bestia trataba de sujetarlo por el estómago. El joven notaba el fétido aliento del mriswith en la parte posterior del cuello. Aunque no podía ver la espada, sentía su magia y sabía exactamente dónde había ido a parar. Trató de lanzarse a por ella pero el peso del mriswith se lo impidió. Entonces optó por arrastrarse, pero era imposible agarrarse a la piedra resbaladiza por la nieve. No llegaba a la espada.

Alimentado por la rabia, Richard se puso en pie tambaleándose. El mriswith aún lo tenía agarrado con sus escamosos brazos y deslizó una pierna alrededor de la del joven. Richard cayó de bruces al suelo y se quedó sin respiración por el peso del mriswith que tenía en la espalda. El segundo cuchillo del mriswith se cernía a escasos centímetros de su rostro.

Gruñendo por el esfuerzo Richard se impulsó hacia arriba con un brazo, mientras que con la otra mano asía la muñeca que sostenía el cuchillo. Con un único movimiento, suave pero enérgico, levantó al mriswith, se agachó por debajo del brazo y, al erguirse de nuevo, le retorció el brazo. El hueso se salió. Con la otra mano hundió el cuchillo que llevaba al cinto en el pecho de la bestia. El mriswith, incluida la capa, adoptó una nauseabunda coloración verdosa pálida.

—¿Quién te envía? —le gritó. Como no respondía le retorció el brazo y lo inmovilizó contra la espalda—. ¿Quién te envía?

El mriswith flaqueaba.

—El Caminante de los Sueños —siseó.

—¿Quién es el Caminante de los Sueños? ¿Por qué habéis venido?

Amarillentas oleadas teñían al mriswith. Sus ojos se desorbitaron mientras de nuevo trataba de huir.

—¡Ojos verdes!

Richard sintió un súbito golpe en la espalda. Una borrosa mancha oscura agarró al mriswith y unas garras le echaron la cabeza hacia atrás violentamente. Al mismo tiempo unos colmillos se hundían en el cuello de la bestia y le arrancaban la garganta con un poderoso mordisco. Richard se quedó sin aliento.

Antes de que pudiera recuperar la respiración, el gar, con los ojos verdes brillándole furiosamente, se lanzó contra él. Richard levantó los brazos en el momento en que el gar se estrellaba contra él. El cuchillo le voló de la mano. El tremendo peso del gar lo ahogaba y su terrible fuerza era aplastante. Era como tratar de frenar una montaña que le estuviera cayendo encima. Unos empapados colmillos le buscaron el rostro.

—¡Gratch! —Con el puño le agarraba el pelo—. ¡Gratch! ¡Soy yo, Richard! —Los colmillos se apartaron un poco. Con cada respiración exhalaba vaho que conservaba el hediondo olor de la sangre de

mrswith. Los ojos verdes parpadearon. Richard acarició el agitado pecho del gar—. Ya pasó todo, Gratch. Ya pasó. Cálmate.

Los férreos músculos de los brazos que lo sujetaban se relajaron. El gruñido se convirtió en una sonrisa. Los ojos se le anegaron de lágrimas y estrechó a Richard contra su pecho.

—Grrratch quierrrg Raaaach aaarg.

Richard palmeó afectuosamente la espalda al gar, mientras hacía esfuerzos por respirar.

—Yo también te quiero, Gratch.

El gar, cuyos ojos habían recuperado su verde natural, alejó algo de sí a Richard para examinarlo y quizás así asegurarse de que estaba sano y salvo. Con un sonido semejante a un borboteo expresó el alivio que sentía al ver a su amigo a salvo o tal vez por haberse detenido antes de hacerlo pedazos. Richard no estaba seguro, pero sí sabía que también se sentía aliviado de que todo hubiera acabado. Desaparecido ya el miedo, la rabia y la furia de la lucha, de pronto los músculos empezaron a dolerle de manera sorda.

Richard inspiró hondo, sumido en la embriaguez de haber sobrevivido al repentino ataque, aunque seguía desconcertado por haber asistido al cambio operado en Gratch; el manso gar se había convertido en una bestia salvaje. El joven contempló la extraordinaria cantidad de pestilente sangre derramada en la nieve. No todo eso había sido obra de Gratch. Mientras aplacaba el último vestigio de la ira de la magia, se le ocurrió de repente que tal vez Gratch lo veía a él bajo una luz semejante. Al igual que él, Richard había estado a la altura de las circunstancias.

—Gratch, tú sabías que estaban allí, ¿verdad?

El gar asintió con entusiasmo, añadiendo un leve gruñido para dar más énfasis a la respuesta. Seguramente, la última vez que lo había visto gruñir con tanta vehemencia, al borde del bosque Hagen, había sido porque presentía la presencia de los mrswith.

Las Hermanas de la Luz le habían dicho que, de vez en cuando, un mrswith salía del bosque Hagen y que nadie, ni las Hermanas de la Luz —que eran brujas— ni los magos eran capaces de percibir su presencia, ni de sobrevivir a un encuentro con uno de ellos. Richard había percibido su presencia porque era el primer mago en casi tres mil años nacido con ambas caras del don. Pero ¿cómo había sabido Gratch que estaban allí?

—Gratch, ¿podías verlos? —Gratch señaló algunos de los cadáveres, como si quisiera señalar su posición a Richard—. No, ahora yo también los veo. Me refiero a antes, cuando yo estaba hablando con la señora Sanderholt y tú gruñiste. ¿Podías verlos entonces? —Gratch negó con la cabeza—. ¿Los oías o podías olerlos? —El Gratch frunció el entrecejo y movió las orejas mientras pensaba, pero nuevamente negó—. ¿Pues cómo sabías que estaban allí antes de verlos?

La enorme bestia miró a Richard confuso. Sus cejas, tan grandes como mangos de hacha, formaban una línea continua. Entonces se encogió de hombros, incapaz de hallar una respuesta satisfactoria y perplejo por ello.

—¿Quieres decir que antes de verlos sentiste su presencia? ¿Que algo dentro de ti te dijo que estaban ahí?

Gratch asintió y sonrió de oreja a oreja, feliz de que Richard lo entendiera. Era algo similar a lo que a él mismo le ocurría; antes de verlos, podía sentir su presencia y verlos en su mente. Pero Gratch no poseía el don. ¿Cómo, entonces, era capaz de hacerlo?

Tal vez se debía simplemente a la capacidad de los animales de percibir ciertas cosas antes que las personas. Por lo general, un lobo sabe que tú estás ahí antes de que tú lo veas a él, y solamente sabes que hay un ciervo en la espesura cuando sale huyendo; o sea, que él presiente tu presencia mucho antes de que tú lo veas. Por lo general, los animales tienen los sentidos más aguzados que las personas, en especial los depredadores. Y, desde luego, Gratch era un depredador. Al parecer, ese sexto sentido de Gratch era una alarma más efectiva que toda la magia que Richard albergaba en su interior.

La señora Sanderholt bajó los escalones y posó una mano vendada sobre el peludo brazo de Gratch.

—Gratch,... gracias. —La mujer se volvió hacia Richard y le confesó, bajando la voz—: Creí que iba a matarme. He visto a gars hacerlo —dijo, mirando los cuerpos destrozados en el suelo—. Cuando me levantó del suelo de esa manera, estaba convencida de que iba a matarme. Pero me equivoqué; Gratch es diferente. Me has salvado la vida —añadió, alzando los ojos hacia el gar—. Gracias.

Gratch sonrió dejando al descubierto las dos hileras de sangrientos colmillos. La mujer ahogó un grito.

Richard miró aquella sonriente cara de siniestro aspecto.

—Deja de sonreír, Gratch. La estás asustando otra vez.

Los labios del gar descendieron hasta cubrir sus prodigiosos colmillos increíblemente afilados. Su arrugado rostro presentaba un aspecto enfurruñado. Gratch se consideraba un ser adorable y no comprendía que para los demás no fuese así.

Pero la señora Sanderholt le acarició un brazo y dijo:

—No pasa nada. Es una sonrisa sincera y, por tanto, hermosa. Es sólo que... no estoy acostumbrada a ella.

El gar volvió a sonreír a la señora Sanderholt, añadiendo además un súbito y animado aleteo. Sin poderlo evitar la mujer retrocedió un paso. Empezaba a comprender que Gratch era distinto de los demás gars, que eran una amenaza para la gente, pero sus instintos aún eran más fuertes. Gratch avanzó hacia la mujer con la intención de darle un abrazo. Richard estaba seguro de que la pobre señora Sanderholt se moriría del susto antes de darse cuenta de cuáles eran las verdaderas intenciones del gar, por lo que lo detuvo poniéndole un brazo delante.

—Usted le gusta, señora Sanderholt, y solamente quería darle un abrazo, eso es todo. Pero creo que con un gracias es suficiente.

La mujer recuperó rápidamente la compostura.

—Tonterías. Me encantaría que me abrazaras, Gratch —declaró con una cálida sonrisa, y abrió los brazos hacia la bestia.

Gratch gorjeó encantado y la alzó en vilo. En voz baja, Richard le advirtió que fuese delicado. La señora Sanderholt no pudo evitar soltar una risita ahogada. De nuevo en el suelo, retorció su huesudo cuerpo para recolocarse el vestido y torpemente se cubrió los hombros con un chal. Se veía radiante.

—Tenías razón, Richard. Gratch no es ninguna mascota. Es un amigo.

El gar asintió con entusiasmo y agitó las orejas al tiempo que batía de nuevo sus correosas alas.

Richard cogió una capa blanca que le pareció bastante limpia de uno de los mriswith caídos, y le pidió a la señora Sanderholt el favor de que se colocara frente a una puerta de roble que permitía el acceso a un pequeño edificio de techo bajo. Entonces le puso la capa sobre los hombros y le tapó la cabeza con la capucha.

—Ahora quiero que se concentre en el color marrón de la puerta que tiene detrás. Mantenga la capa cerrada sujetándola bajo el mentón y cierre los ojos, así se podrá concentrar mejor. Entonces imagínese que se funde con la puerta, que es del mismo color que la puerta.

La mujer lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué he de hacer eso?

—Quiero comprobar si se vuelve invisible, como ellos.

—¡Invisible!

Richard le sonrió para infundirle coraje.

—Sólo para probar.

La mujer suspiró y, finalmente, asintió con la cabeza. Lentamente cerró los ojos. Su respiración se serenó y se hizo más lenta. Nada. Richard esperó un ratito más, pero seguía sin suceder nada. La capa continuaba siendo blanca, sin ni pizca de marrón. Por fin, la mujer abrió los ojos.

—¿Me he vuelto invisible? —preguntó, como si temiera escuchar que sí.

—No —admitió Richard.

—Ya me lo parecía. ¿Cómo lo consiguen entonces esos repugnantes hombres serpiente? —La señora Sanderholt se desprendió de la capa y se estremeció con asco—. ¿Y qué te hizo pensar que yo también podría?

—Son mriswith. Es la capa lo que les permite volverse invisibles, por lo que pensé que, si se ponía una, también usted podría. —La mujer lo observaba con expresión dubitativa—. Mire, se lo enseñaré.

Richard ocupó su lugar frente a la puerta y se cubrió con la capucha de la capa que llevaba. Entonces cerró la prenda y se concentró. En un abrir y cerrar de ojos, la capa adquirió exactamente el mismo color de la puerta. Richard sabía que la magia de la capa combinada con la suya propia se combinaban para camuflar también otras partes de su cuerpo, de modo que daba la impresión de que desaparecía.

Cuando se alejó de la puerta, la capa se fue transformando para imitar lo que la mujer veía detrás. Al colocarse delante de la piedra blanca fue como si los pálidos bloques y las oscuras juntas se deslizaran sobre él, de modo que parecía que se hubiese vuelto transparente y dejase ver lo que tenía detrás. Por experiencia Richard sabía que la capa era capaz incluso de imitar fondos complejos.

Pese a que Richard se iba moviendo, la señora Sanderholt continuaba con la mirada fija en la puerta de roble, en el lugar donde lo había visto por última vez. No obstante, los verdes ojos de Gratch no lo perdían de vista y seguía todos sus movimientos con mirada amenazadora. Un gutural gruñido creció en su garganta.

Richard se relajó y se quitó la capucha. Los colores del fondo se desprendieron de la capa, que recuperó su color negro.

—Soy yo, Gratch —dijo.

La señora Sanderholt se sobresaltó y miró a su alrededor para descubrir dónde estaba. El gruñido de Gratch se apagó, y su expresión se relajó. Primero pareció confundido, pero enseguida sonrió ampliamente y dejó ir una profunda risa gutural ante lo que creía un nuevo juego.

—Richard, ¿cómo lo has hecho? —balbuceó la señora Sanderholt—. ¿Cómo te has hecho invisible?

—Es la capa. En realidad no me vuelve invisible, pero cambia el color para adaptarse al fondo y engaña al ojo. Supongo que solamente funciona si uno tiene magia, y usted no tiene, pero yo nací con el don. —Richard echó un vistazo a los mriswith caídos—. Creo que será más prudente que quememos todas las capas, para evitar que caigan en malas manos.

Richard dijo a Gratch que recogiera las capas de lo alto de la escalinata, mientras él recogía las de abajo.

—Richard, ¿no te parece que podría ser... arriesgado usar una capa que ha pertenecido a uno de esos inmundos seres?

—¿Arriesgado? —El joven se irguió y se rascó la parte posterior del cuello—. No veo por qué. Lo único que hace es cambiar de color, del mismo modo que algunas ranas y salamandras son capaces de camuflarse con cualquier cosa de su entorno como una roca, un tronco o una hoja.

La mujer lo ayudó a formar un fardo con las capas lo mejor que se lo permitían los vendajes de las manos.

—He visto ranas de éstas y siempre he creído que su habilidad es uno de los milagros de Creador. —La mujer lo miró sonriente—. Tal vez el Creador te ha bendecido con una habilidad similar porque posees el don. Alabado sea el Creador; su bendición nos ha salvado.

Mientras Gratch le iba tendiendo las capas, una a una, para que ella las fuese añadiendo al fardo, una sensación de angustia empezó a oprimir a Richard, como brazos que le rodearan el pecho. Alzó los ojos hacia Gratch y le preguntó:

—Gratch, ya no sientes la presencia de más mriswith, ¿verdad?

El gar tendió a la señora Sanderholt la última de las capas y luego fijó la mirada a lo lejos, con intensidad. Por fin negó con la cabeza. Richard soltó un suspiro de alivio.

—¿Tienes idea de dónde vinieron, Gratch? ¿Llegaron de alguna dirección en particular?

De nuevo el gar giró lentamente sobre sí mismo, escrutando los alrededores. Durante un largo y silencioso momento su mirada quedó prendida en el Alcázar del Hechicero, pero luego se apartó de allí. Finalmente se encogió de hombros, como si se disculpara.

Richard bajó la mirada hacia la ciudad de Aydindril y estudió las tropas de la Orden Imperial. Le habían dicho que estaban formadas por hombres de muchas naciones distintas, pero él reconoció la cota de mallas, la armadura y el cuero oscuro que llevaba la mayoría: eran d'haranianos.

Después ató el último de los extremos sueltos alrededor de las capas para asegurar el fardo y lo arrojó al suelo.

—¿Qué le pasó en las manos?

La mujer las extendió y las fue girando. La venda, que había sido blanca, presentaba manchas secas de jugos de carne, salsas y aceite, además de ceniza y hollín de los fuegos.

—Me arrancaron las uñas con tenazas para obligarme a testificar contra la Madre Confesora... contra Kahlan.

—¿Y lo hizo? —La mujer desvió la mirada, y Richard se sonrojó, avergonzado de cómo había sonado su pregunta—. Lo siento, no pretendía decirlo de ese modo. Nadie podría haberle pedido que se negara a hacer lo que querían estando bajo tortura. A ese tipo de gente le trae sin cuidado la verdad. Seguro que Kahlan no creyó que la traicionara.

La mujer encogió un hombro, al tiempo que bajaba las manos.

—Yo no estaba dispuesta a decir sobre ella lo que querían oír. Kahlan lo entendió, como tú dices. Ella misma me ordenó que testificara en su contra para que no me hicieran más daño. No obstante, decir esas mentiras fue otra tortura.

—Aunque nací con el don no sé cómo usarlo, o trataría de curarla. Lo siento. —El joven se estremeció de lástima—. Al menos, ¿empieza a remitir el dolor?

—Ahora que Aydindril ha caído en manos de la Orden Imperial me temo que el dolor acaba de empezar.

—¿Fueron d'haranianos quienes la torturaron?

—No, fue un hechicero kelta quien lo ordenó. Cuando Kahlan escapó, lo mató. No obstante, la mayor parte de las tropas de la Orden en Aydindril son d'haranianos.

—¿Cómo han tratado a la población?

La señora Sanderholt se frotó los brazos con las manos vendadas, como si hubiera cogido frío en el aire invernal. Richard tuvo la idea de cubrirla con la capa de mriswith, pero lo pensó mejor y, en lugar de eso, la ayudó a ponerse el chal.

—Aunque D'Hara conquistó Aydindril el otoño pasado y sus tropas no tuvieron piedad en la lucha, desde que acabaron con toda la oposición y tomaron la ciudad no son especialmente crueles, siempre y cuando se cumplan sus órdenes. Tal vez pensaron que si respetaban su botín, éste valdría más.

—Sí, puede ser. ¿Y el Alcázar? ¿También lo han tomado?

La mujer miró de soslayo hacia la montaña.

—No estoy segura, pero creo que no. El Alcázar se encuentra protegido con encantamientos y, por lo que sé, las tropas d'haranianas temen la magia.

Richard se acarició el mentón, pensativo.

—¿Qué ocurrió cuando la guerra contra D'Hara acabó?

—Al parecer, los d'haranianos, y no sólo ellos, hicieron pactos con la Orden Imperial. Poco a poco los keltas fueron asumiendo el control de la ciudad con el consentimiento de los d'haranianos, que seguían siendo mayoría. Los keltas no tienen tanto miedo a la magia como los d'haranianos. El príncipe Fyren y el hechicero kelta del que ya te he hablado se pusieron al frente del consejo. Pero ahora, con el príncipe, el

hechicero y el consejo muertos, no sé exactamente quién manda. Supongo que los d'haranianos, lo cual nos deja a la merced de la Orden Imperial.

»Temo cuál será nuestro destino ahora que la Madre Confesora y los magos ya no están. Sé que tenía que huir o la habrían asesinado, pero...

Richard acabó la frase por ella.

—Pero desde que se forjó la alianza de la Tierra Central y Aydindril se convirtió en el corazón de esa alianza, la autoridad ha residido siempre en manos de una Madre Confesora.

—¿Conoces nuestra historia?

—Kahlan me contó parte de ella. Está muy afectada por haberse visto obligada a abandonar Aydindril, pero le aseguro que no piensa permitir que la Orden se quede con la ciudad, ni tampoco la Tierra Central.

La señora Sanderholt desvió la mirada con aire resignado.

—Las cosas han cambiado. Con el tiempo la Orden reescribirá la historia de este lugar y la Tierra Central caerá en el olvido.

»Richard, sé que ardes de impaciencia por reunirte con ella. Buscad un lugar en el que vivir vuestras vidas en paz y libertad. No os amarguéis por lo que se ha perdido. Cuando la veas, dile que aunque algunas personas aplaudieron su ejecución, muchas otras se sintieron desoladas al oír que había muerto. En las semanas que han transcurrido desde que huyó he tenido oportunidad de ver el lado que ella no vio. Como en todas partes, en Aydindril hay gente mala y avariciosa, pero también hay gente buena que siempre la recordará. Aunque ahora seamos súbditos de la Orden Imperial, mientras sigamos con vida el recuerdo de la Tierra Central perdurará en nuestros corazones.

—Gracias, señora Sanderholt. Sé que a Kahlan le alegrará saber que no todos le dieron la espalda a ella y a la Tierra Central. No debe perder la esperanza. Mientras la Tierra Central siga viviendo en nuestros corazones, hay esperanza. Ganaremos.

La mujer sonrió, pero en lo más profundo de sus ojos Richard pudo asomarse por primera vez al centro de su desesperación. No le creía. Por breve que hubiese sido el tiempo transcurrido bajo la férula de la Orden, había sido lo suficientemente brutal para extinguir la llama de la esperanza. Por eso no había tratado la señora Sanderholt de abandonar Aydindril; porque no había ningún lugar al que ir.

Richard recogió su espada de la nieve y limpió el reluciente filo con las ropas de piel de un mriswith. A continuación introdujo de nuevo el arma en su vaina.

Ambos se volvieron al oír unos nerviosos murmullos y vieron una multitud de empleados de la cocina que, reunidos cerca del borde superior de la escalinata, contemplaban con incredulidad la carnicería desplegada en la nieve y también a Gratch. Uno de los hombres había recogido del suelo uno de los cuchillos de triple filo y lo examinaba por todas partes. Como no se atrevía a bajar los escalones y acercarse al gar, hacía frenéticos gestos a la señora Sanderholt para llamar su atención. Irritada, ella le hizo gestos perentorios de que bajara.

El hombre caminaba encorvado, seguramente debido más bien a toda una vida de duro trabajo que a la edad, aunque el pelo, ralo, empezaba a encanecer. Descendió la escalera con paso bamboleante, como si llevara un pesado saco de grano sobre sus fornidos hombros. Al llegar junto a ellos, dirigió una rápida inclinación de cabeza a la señora Sanderholt mientras la mirada saltaba de ella a los cuerpos sin vida, a Gratch, a Richard, y nuevamente a ella.

—¿Qué ocurre, Hank?

—Hay problemas, señora Sanderholt.

—Ahora mismo estoy ocupada con mis propios problemas. ¿Es que no sois capaces ni de sacar el pan de los hornos sin mí?

—Sí, señora Sanderholt —repuso el hombre, inclinando repetidamente la cabeza—. Es otro tipo de problemas. Son... —Hank clavó la mirada en el hediondo cadáver de un mriswith tirado cerca—, es sobre estas cosas.

Aquí Richard intervino.

—¿Qué pasa con ellas?

Hank lanzó un vistazo a la espada que pendía de su cadera y luego desvió la mirada.

—Creo que fue... —Cuando levantó la vista hacia Gratch y el gar sonrió, el hombre se quedó mudo.

—Hank, mírame a mí. —Richard esperó hasta que el hombre obedeció—. El gar no te hará ningún daño. Y estas cosas se llaman mriswith. Gratch y yo los matamos. Ahora cuéntame qué pasa.

El hombre se restregó las palmas de las manos en los pantalones de lana.

—He echado un vistazo a sus cuchillos de tres filos. Y creo que han sido las armas empleadas. —Su expresión se ensombreció—. Las noticias corren por toda la ciudad y crean el pánico. Algunas personas han sido asesinadas por algo que nadie ha podido ver. Alguien les había abierto el vientre con un arma de tres filos.

Richard lanzó un angustiado suspiro y luego se pasó una mano por la cara.

—Así es como matan los mriswith: destripan a sus víctimas, y uno ni siquiera los ve venir. ¿Dónde han ocurrido los asesinatos?

—Por toda la ciudad, más o menos a la misma hora, justo al amanecer. Por lo que he oído, tiene que tratarse de asesinos diferentes. Y viendo ahora el número de estas cosas llamadas mriswith, apuesto a que estoy en lo cierto. Todos los indicios conducen hasta aquí, como los radios de una rueda.

»Mataron a todo el mundo que encontraron a su paso: hombres, mujeres e incluso caballos. Las tropas están alborotadas, pues entre los asesinados también había algunos soldados, y sus compañeros creen que se enfrentan a algún tipo de ataque. Uno de estos malditos mriswith se abrió paso entre la multitud reunida en la calle sin molestarse siquiera en dar un rodeo, sino que pasó por en medio matando a todo lo que pudo. —Hank lanzó una mirada de pesar a la señora Sanderholt antes de proseguir—: Uno de ellos entró en palacio y mató a una doncella, a dos guardias y a Jocelyn.

La señora Sanderholt ahogó un grito y se tapó la boca con una de sus manos vendadas. Entonces cerró los ojos y musitó una oración.

—Lo siento mucho, señora Sanderholt, pero creo que no sufrió. Llegué junto a ella enseguida y ya había muerto.

—¿Alguien más del personal de cocina?

—Sólo Jocelyn. No estaba en la cocina, sino haciendo un recado.

Sin decir nada, Gratch siguió la mirada de Richard, que se posaba en la montaña y en los muros de piedra. La luz del amanecer teñía de rosa la nieve caída. El joven frunció los labios, frustrado, mientras nuevamente miraba la ciudad y sentía cómo la bilis le subía hasta la garganta.

—Hank.

—¿Señor?

Richard se volvió hacia él.

—Coge a algunos hombres —le ordenó. Llevad a los mriswith fuera, frente al palacio, y alineadlos a lo largo de la entrada principal. Rápido, antes de que se congelen. —Los músculos de la mandíbula se le marcaban, pues apretaba los dientes—. Clavad en postes las cabezas cercenadas y disponed los postes en línea recta a ambos lados, de modo que cualquiera que quiera entrar en palacio tenga que pasar entre ellos.

Hank carraspeó, como si fuese a protestar, pero entonces miró la espada que Richard llevaba al cinto y dijo:

—Como ordenéis.

Luego, tras hacer una inclinación de cabeza a la señora Sanderholt, corrió hacia el palacio en busca de ayuda.

—Estoy seguro de que los mriswith poseen magia. Tal vez el miedo a la magia mantendrá alejados a los d'haranianos durante un tiempo.

—Richard, como tú mismo has dicho, son criaturas mágicas —replicó la mujer con arrugas de preocupación que le surcaban la frente—. ¿Además de ti, puede alguien más verlos cuando se acercan sigilosamente, cambiando de color?

Richard meneó la cabeza.

—Me dijeron que solamente yo, gracias a la especial magia que poseo, era capaz de percibirlos. Pero es obvio que Gratch también puede.

—La Orden Imperial proclama la perversidad de la magia y de quienes la poseen. ¿Y si ese Caminante de los Sueños ha enviado a los mriswith para que acaben con todos quienes tienen magia?

—Suena razonable. ¿Adónde quiere ir a parar?

La señora Sanderholt se quedó mirándolo largamente con expresión grave.

—Tu abuelo, Zedd, posee magia, y Kahlan también.

Al oír sus propios pensamientos en voz de la mujer Richard notó cómo se le ponía carne de gallina en los brazos.

—Lo sé, pero tengo una idea. Para empezar, tengo que hacer algo respecto a lo que sucede en Aydindril, respecto a la Orden.

—¿Qué crees que puedes hacer tú? —La mujer inspiró hondo y suavizó el tono—. No te lo tomes a mal, Richard. Aunque posees el don, no sabes cómo usarlo. No eres ningún mago y, por tanto, nada puedes hacer aquí. Huye mientras aún puedas.

—¿Adónde? Si los mriswith han podido encontrarme aquí, nada impide que me encuentren vaya a donde vaya. En ningún sitio estaría a salvo para siempre. —Con rostro encendido, desvió la mirada—. Sé muy bien que no soy un mago.

—¿Entonces?

Richard posó en ella su mirada de halcón.

—Kahlan, en cuanto que Madre Confesora, en nombre de la Tierra Central ha declarado la guerra contra la Orden Imperial y contra su tiranía. El objetivo de la Orden es exterminar todo tipo de magia y gobernar todo el mundo. Si no luchamos juntos, todas las personas libres y quienes poseen magia seremos asesinados o esclavizados. Hasta que la Orden Imperial no sea aplastada, no habrá paz para la Tierra Central, para ningún país y para ninguna persona libre.

—Richard, son demasiados. Tú no podrás hacer nada solo contra todos ellos.

Richard estaba cansado ya de tantos sobresaltos y de no saber nunca qué le iba a suceder al momento siguiente. Estaba cansado de ser un prisionero, de que lo torturaran, de ser sometido a entrenamiento, de que le mintieran, de que lo utilizaran, de ver a gente indefensa masacrada. Tenía que hacer algo.

Pese a que él no era un mago, conocía a los magos. Zedd se hallaba a pocas semanas de distancia en dirección sudoeste. Zedd comprendería que era necesario liberar a Aydindril de la Orden Imperial y proteger el Alcázar del Hechicero. Si la Orden destruía la magia que albergaban sus muros, quién sabía qué podría perderse para siempre.

En caso necesario, había otros en el Palacio de los Profetas del Viejo Mundo que tal vez querrían y podrían ayudar. Warren era un amigo y, aunque aún no había completado su formación, ya era un mago y sabía mucho de magia. Al menos, mucho más que Richard.

Y la hermana Verna también lo ayudaría. Las Hermanas eran hechiceras y poseían el don, aunque, desde luego, no eran tan poderosas como un mago. De todas ellas solamente confiaba en la hermana Verna y quizá también en la prelada Annalina. No le gustaba el modo en que la Prelada le había escondido información y había tergiversado la verdad en su propio provecho, pero no había sido por maldad; la Prelada había actuado movida por su preocupación por los vivos. Sí, seguramente podía contar también con la ayuda de Ann.

Y quedaba Nathan, el Profeta que, gracias al hechizo que protegía el palacio, tenía ya casi mil años. Richard no osaba siquiera imaginar todo el saber que habría acumulado. Nathan había sabido que Richard era el primer mago guerrero nacido en miles de años y lo había ayudado a aceptar lo que eso comportaba. Nathan lo había ayudado, y Richard estaba razonablemente seguro de que volvería a hacerlo. Después de todo, Nathan era un Rahl, un antepasado de Richard.

En su mente bullían pensamientos desesperados.

—El agresor dicta las normas. No sé cómo, pero tengo que cambiarlas.

—¿Qué piensas hacer?

—Debo hacer algo que no se esperen —respondió Richard con la mirada fija en la ciudad. Mientras acariciaba con los dedos la palabra «VERDAD» grabada en relieve con hilo dorado en la empuñadura de la espada, notó la viva magia que emanaba de ella—. Soy el portador de la *Espada de la Verdad*, que me fue entregada por un auténtico mago. Tengo una obligación; soy el Buscador. —Hirviendo de rabia por toda la gente asesinada por los mriswith, susurró para sí—: Juro que voy a producir pesadillas a ese Caminante de los Sueños.

4

—Los brazos me pican como si tuviera hormigas —se quejó Lunetta—. Aquí es muy poderoso.

Tobias Brogan miró de reojo. A la tenue luz los retales y pedazos de ropa descolorida y hecha jirones revolotearon cuando Lunetta se rascó. Entre las hileras de hombres engalanados con relucientes armaduras y malla, cubiertos con capas de color carmesí, la achaparrada forma femenina inclinada sobre el caballo parecía salida de un montón de trapos sucios. Al reír para sí misma y rascarse de nuevo, en las mofletudas mejillas se le formaron hoyuelos y dejó al descubierto una sonrisa en la que faltaban varios dientes.

Asqueado, Brogan hizo una mueca y desvió la mirada. Mientras examinaba el Alcázar del Hechicero que se alzaba en la ladera de la montaña, jugueteaba con su áspero bigote. Los muros de color gris oscuro captaban los primeros rayos del débil sol invernal que teñía la nieve de las laderas más altas. El hombre tensó los labios con más fuerza.

—Magia, lord general —insistió Lunetta—. Aquí hay magia. Magia muy poderosa. —La mujer siguió parlotando y refunfuñando que se le ponía la carne de gallina.

—Cierra el pico, vieja bruja. Habría que ser idiota para no darse cuenta de que Aydindril hierve de magia perversa.

Bajo las espesas cejas de la mujer brillaron unos ojos de mirada salvaje.

—Esto es distinto de cualquier cosa que hayas visto antes —dijo en voz baja para que nadie más pudiera oírlos—. Nunca había sentido nada así. Y también la noto hacia el sudoeste, no sólo aquí. —Lunetta se rascó los antebrazos con renovado vigor mientras se reía para sí.

Brogan fulminó con la mirada a la multitud de personas que caminaban apresuradamente por la calle y examinó con ojo crítico los exquisitos palacios que flanqueaban la ancha avenida que, como le habían informado, se llamaba Bulevar de los Reyes. Los palacios se habían construido para impresionar a los espectadores por la riqueza, poder y naturaleza de quienes representaban. Los edificios competían entre sí con imponentes columnas, intrincadas ornamentaciones, vistosos ventanales, tejados y decorados entablamientos. A Tobias Brogan se le antojaron pavos reales de piedra y el mayor desperdicio de ostentación que jamás hubiera visto.

Sobre un lejano montículo se alzaba el monumental Palacio de las Confesoras. Con sus columnas de piedra y espiras no tenía parangón entre ninguno de los palacios del Bulevar de los Reyes. Parecía más blanco incluso que la nieve que lo rodeaba, como si tratara de enmascarar su blasfema existencia creando una ilusión de pureza. Mientras con los dedos acariciaba sin darse cuenta el estuche de piel de trofeos que llevaba al cinto, Brogan escrutó con la mirada todos los recovecos de aquel santuario de perversión, de aquel lugar consagrado al poder mágico sobre las personas piadosas.

—Milord general —insistió Lunetta, inclinándose hacia adelante—, ¿habéis oído lo que os he dicho sobre...?

Brogan giró sobre sí mismo y sus brillantes botas crujieron contra el estribo de piel debido al frío.

—¡Galtero!

Ojos semejantes a hielo negro brillaban bajo el borde de un yelmo bruñido adornado con un penacho de pelo de caballo teñido de color carmesí, a juego con las capas de los soldados. El hombre sostuvo fácilmente las riendas con un guantelete, al tiempo que se volvía sobre la silla con la misma gracia fluida de un puma.

—¿Sí, lord general?

—Si mi Hermana es incapaz de permanecer callada cuando se le ordena —aquí el general lanzó una furibunda mirada a la mujer—, amordázala.

Lunetta echó un inquieto vistazo al fornido personaje que cabalgaba a su lado, fijándose en su reluciente armadura y cota de malla así como en sus afiladas armas. Entonces abrió la boca para protestar pero al posar la mirada en aquellos ojos fríos como el hielo, volvió a cerrarla y, en lugar de hablar, se rascó los brazos.

—Perdonadme, general Brogan —murmuró, dirigiendo una respetuosa inclinación de cabeza a su hermano.

Con un agresivo movimiento, Galtero acercó más su montura a la de Lunetta y con una poderosa manaza dio un empellón a la yegua zaina que montaba la mujer.

—Silencio, *streganicha*.

Lunetta se ruborizó ante tal ofensa y por un instante sus ojos brillaron amenazadores, pero enseguida se controló y pareció que se encogía dentro de sus andrajosos harapos al tiempo que bajaba los ojos, sumisa.

—No soy ninguna bruja —musitó para sí.

Galtero enarcó una ceja, ante lo cual Lunetta se encorvó y no osó abrir la boca de nuevo.

Galtero era un hombre bueno y, si se le daba la orden, la cumpliría por mucho que Lunetta fuese la Hermana del general Brogan. Lunetta era una *streganicha*, una mujer marcada con el estigma del mal. Si se le ordenaba, tanto Galtero como cualquiera de los soldados derramaría su sangre sin dudarle ni por un momento ni lamentarlo después.

De hecho, el que por sus venas corriese la misma sangre que Brogan le haría ser más inflexible en el cumplimiento del deber. Lunetta era un recordatorio constante de que el Custodio se cebaba en los justos y que su maldición podía caer incluso sobre las mejores familias.

Siete años tras el nacimiento de Lunetta el Creador reparó la injusticia con el nacimiento de Tobias, nacido para contrarrestar aquello que el Custodio había corrompido. No obstante, ya era demasiado tarde para su madre, la cual había iniciado el descenso a los abismos de la locura. Cuando Tobias cumplió ocho años, la ignominia había precipitado al padre a una temprana muerte y la madre había perdido definitivamente el juicio, por lo que en él recayó la responsabilidad de dominar el don de su Hermana para impedir que el don la dominara a ella. A esa edad Lunetta adoraba a su hermano, y Tobias utilizó ese amor para convencerla de que solamente escuchara los deseos del Creador y guiarla hacia la moral que el círculo del rey le había inculcado a él. Lunetta siempre había necesitado un guía y jamás se rebeló contra él. No era más que un alma desamparada atrapada por una maldición que era incapaz de eliminar ni controlar.

Con implacable tesón Tobias limpió la ignominia que suponía que en el seno de su familia hubiese nacido alguien con el don. Le había costado la mayor parte de su vida pero había logrado devolver el honor al apellido Brogan. Se lo había demostrado a todos; había hallado el modo de usar el estigma para realizar la obra del Creador, lo cual lo había convertido en el más ensalzado entre los ensalzados.

Tobias Brogan amaba a su Hermana. La amaba hasta el punto de ser capaz de rebanarle el pescuezo con su propio cuchillo en caso necesario a fin de liberarla de los tentáculos del Custodio, del tormento de su lacra, si es que algún día ésta se le iba de las manos. Lunetta viviría únicamente mientras fuese útil, mientras ayudara a arrancar el mal de raíz y destruir a poseídos. Por el momento luchaba contra el flagelo que hostigaba su alma y era útil.

Desde luego, por su aspecto nadie lo diría. Lunetta solamente se sentía contenta cuando se cubría con retales de telas de diferentes colores, a los que ella llamaba sus «galas». Pero el Creador le había conferido una fuerza y un talento fuera de lo común y Tobias, a través de un tenaz esfuerzo, se lo había expropiado.

Ése era el fallo en la creación del Custodio; el fallo en cualquier cosa que el Custodio creaba: que, con astucia, los piosos podían convertirlo en una herramienta. El Creador siempre proporcionaba armas para luchar contra la blasfemia pero uno tenía que encontrarlas y después tener la sabiduría o, mejor

dicho, la audacia necesaria para atreverse a usarlas. Justamente eso era lo que más le impresionaba de la Orden Imperial: su sagacidad para comprenderlo y su habilidad para usar la magia como herramienta para descubrir la herejía y destruirla.

Al igual que él, la Orden usaba *streganicha* y, al parecer, las valoraba y confiaba en ellas. Le gustaba menos que se les diera la libertad para deambular a su aire, sin vigilancia, para llevar información y hacer sugerencias, pero por si acaso algún día daban la espalda a la causa él siempre tenía cerca a Lunetta.

No obstante, no le agradaba estar tan cerca del mal. Por muy Hermana suya que fuese, le repugnaba.

Apenas había amanecido y las calles ya eran un hervidero de gente. También se veían muchos soldados de diferentes países, cada uno vigilando sus propios palacios, aunque la mayor parte de ellos eran d'haranianos que patrullaban la ciudad. Las tropas parecían inquietas, como si esperaran que las atacasen en cualquier momento, aunque a Brogan le habían asegurado que lo tenían todo bajo control. Como él no era de los que se creen todo lo que les dicen, la noche anterior había enviado sus propias patrullas, que le habían confirmado que en las proximidades de Aydindril no existían insurgentes de la Tierra Central.

A Brogan le gustaba llegar cuando menos se lo esperaba y acompañado de una fuerza mayor de la prevista, por si acaso tenía que hacerse cargo él de la situación. Así pues, había llegado a Aydindril con una compañía completa integrada por quinientos hombres, aunque en caso de necesidad podía llamar al grueso de sus fuerzas, que ya habían demostrado ser capaces de aplastar cualquier tipo de insurrección.

De no tratarse de aliados, el número de soldados d'haranianos hubiese sido alarmante. Aunque Brogan tenía una confianza justificada en las habilidades de sus hombres, sólo los necios libran una batalla en la que las fuerzas están igualadas, sobre todo si se prevé que la batalla será larga. Y el Creador no tiene en alta estima a los necios.

Brogan alzó una mano para indicar que aflojaran la marcha y no pisotear a un pelotón de soldados d'haranianos de infantería que cruzaban ante la columna. Al general le pareció indigno de ellos que avanzaran por la principal avenida de la ciudad desplegados en formación de batalla, similar a su cuña relámpago, pero tal vez los d'haranianos encargados de patrullar una ciudad vencida habían quedado reducidos a bandidos y ladrones que alardeaban de su poder para inspirar terror en los vencidos.

Los d'haranianos, que empuñaban sus armas y parecían de un pésimo humor, recorrieron con la mirada la columna de caballería que se les echaba encima como si buscaran cualquier signo de amenaza. A Brogan se le antojó extraño que llevaran las armas desenvainadas. Realmente se pasaban de cautos.

Indiferentes a su presencia, los d'haranianos no apretaron el paso. Brogan sonrió; de haberse tratado de soldados bisonños, seguro que hubiesen acelerado el paso. Las armas, en su mayor parte espadas y hachas de guerra, eran muy sencillas y sin adornos, por lo cual resultaban mucho más impresionantes. Se notaba que eran armas que habían demostrado su brutal eficacia en batallas y no eran sólo para aparentar.

Aunque los hombres a caballo los superaban en una proporción de veinte a uno, los soldados ataviados con uniforme de cuero oscuro y cota de mallas contemplaron todo aquel metal bruñido con indiferencia. Frecuentemente un aspecto ostentoso e impecable no indicaba nada más que presunción, y aunque en ese caso en concreto reflejaba el sentido de la disciplina de Brogan así como una manifestación de su infalible atención por los detalles, los d'haranianos no tenían por qué saberlo. Allí donde eran conocidos incluso los hombres más curtidos palidecían al entrever las típicas capas de color carmesí de la Sangre de la Virtud, y el reflejo de sus relucientes armaduras bastaba para que el enemigo rompiera filas y huyera.

Tras dejar atrás Nicobarese y mientras cruzaban las montañas Rang'Shada, Brogan se había topado con uno de los ejércitos de la Orden compuesto por soldados de muchas naciones distintas, aunque predominaban los d'haranianos. El general de D'Hara, un tal Riggs que había escuchado sus consejos con interés y atención, le causó tan favorable impresión, que le había cedido parte de sus tropas para ayudar

en la conquista de la Tierra Central. Su primer objetivo era la impía ciudad de Ebinessia, capital de Galea. Brogan rezaba al Creador para que hubiesen tenido éxito.

Brogan había averiguado que los d'haranianos recelaban de la magia, lo cual lo complacía. Pero le disgustaba que tuvieran tanto miedo a la magia. La magia era el conducto del que se servía el Custodio para penetrar en el mundo del hombre. Era al Creador al que se debía temer, mientras que la magia, la brujería del Custodio, debía ser erradicada. Hasta la caída del Límite en la primavera pasada, D'Hara había vivido aislada de la Tierra Central durante generaciones, por lo que en su mayor parte tanto el país como sus gentes eran unos grandes desconocidos para Brogan. Era un vasto territorio virgen al que llevar la luz del Creador y que, posiblemente, debía ser purificado.

Rahl el Oscuro, el líder de D'Hara, había derribado el Límite para que sus tropas arrasaran la Tierra Central y conquistaran Aydindril y otras ciudades. Si su único interés hubiesen sido los asuntos mundanos, Rahl podría haber conquistado toda la Tierra Central antes de que sus enemigos lograran reunir ejércitos suficientes para oponérsele. Pero a Rahl le interesaba más la magia, y eso había sido su perdición. Según los rumores una vez muerto, asesinado por otro pretendiente al trono, las tropas de D'Hara se habían unido a la causa de la Orden Imperial.

Ya no había lugar en el mundo para la antigua y moribunda religión llamada magia. Había llegado el momento de la Orden Imperial, y la gloria del Creador sería la que guiaría al hombre. Sus plegarias habían sido escuchadas y cada día Tobias Brogan daba gracias al Creador por vivir en el mundo en ese momento, por poder estar en el centro de todo y ser testigo de la derrota de aquella herejía llamada magia, por poder conducir a los justos a la batalla final. Se estaba escribiendo la Historia y él era uno de sus artífices.

De hecho, recientemente el Creador se le había aparecido en sueños para decirle que estaba muy complacido con sus esfuerzos. Brogan no había revelado el sueño a ninguno de sus hombres, pues podría considerarse presuntuoso. Le bastaba el honor de haber sido elegido por el Creador. Desde luego a Lunetta sí se lo había dicho, y la mujer se había quedado sobrecogida; no ocurre muy a menudo que el Creador decida hablar directamente con uno de sus hijos.

Apretando las piernas, Brogan incitó a su caballo a que prosiguiera la marcha mientras observaba cómo los d'haranianos se introducían en una calle lateral. Ningún soldado volvió la cabeza para comprobar si alguien los seguía o los desafiaba, pero sólo un necio se habría alegrado por ello. Brogan no era ningún necio. La multitud se abrió y dejó un amplio pasillo para permitir el paso a la columna por el Bulevar de los Reyes. Aquí y allí Brogan reconoció algunos uniformes: de Sanderia, Jaria y Kelton. No vio ningún uniforme de Galea, lo cual indicaba que la Orden Imperial había conquistado la capital de aquel reino.

Al fin distinguió a tropas de su país. Con impaciente ademán ordenó a un pelotón que se adelantara. Sus capas, con el carmesí que anunciaba quienes eran, ondearon al viento al adelantar a toda velocidad a soldados armados con espadas, a lanceros, abanderados y, finalmente, a Brogan. Envueltos en el estrépito que causaban las herraduras de hierro sobre la piedra, los jinetes subieron al galope los vastos escalones del Palacio de Nicobarese. Era un edificio tan suntuoso como los otros, con estrechas columnas acanaladas de un raro mármol marrón con vetas blancas, muy difícil de obtener, procedente de las montañas del este de Nicobarese. Tanto despilfarro irritó al general.

Los soldados regulares que vigilaban el palacio retrocedieron, asustados, al ver a aquellos hombres a caballo, a los que saludaron temblorosos. La cuadrilla de jinetes los obligó a retroceder, abriendo un amplio pasillo para su lord general.

Brogan desmontó en lo alto de la escalera entre estatuas de hombres montados sobre encabritados corceles. El general tiró las riendas a uno de los soldados de palacio, pálido como la cera, mientras contemplaba la ciudad con una sonrisa. Sus ojos fueron a posarse en el Palacio de las Confesoras. Tobias Brogan estaba de buen humor, cosa que últimamente no sucedía a menudo. Inspiró hondo el aire del amanecer; el amanecer de un nuevo día.

El soldado que había cogido las riendas le dirigió una inclinación de cabeza y un saludo.

—Larga vida al rey.

Brogan, ya de espaldas, se alisó la capa y replicó:

—Un poco tarde para eso.

El guardia carraspeó y reunió el coraje necesario para un tímido:

—¿Señor?

—El rey resultó no ser quien todos sus fieles súbditos creíamos que era —dijo Brogan, mesándose el bigote—. Purgó sus pecados en la hoguera. Vamos, ocúpate de mi caballo. Y tú —dijo, dirigiéndose a otro de los soldados—, ve a decir a los cocineros que tengo hambre y no me gusta que me hagan esperar.

El guardián retrocedió haciendo reverencias, mientras Brogan alzaba la vista hacia su segundo, aún montado.

—Galtero. —El aludido aproximó el caballo. Su capa carmesí colgaba lacia en el aire quieto—. Coge a la mitad de los hombres y tráemela. Ahora voy a desayunar y luego la juzgaré.

Con gesto ausente acarició con sus enjutos dedos el estuche que llevaba al cinto. Muy pronto conseguiría el trofeo máspreciado. Al pensarlo esbozó una cruel sonrisa que tensó una vieja cicatriz en la comisura de la boca. Pero sus oscuros ojos no sonreían. Suya sería la gloria del resarcimiento moral.

—Lunetta. —La mujer, ceñido el cuerpo por un variopinto conjunto de andrajos, miraba fijamente el Palacio de las Confesoras mientras se rascaba los antebrazos—. ¡Lunetta!

Lunetta se estremeció.

—¿Sí, lord general?

Brogan se echó la capa carmesí sobre la espalda y se ajustó la banda de general.

—Ven a desayunar conmigo. Hablaremos. Te contaré el sueño que tuve anoche.

—¿Otro sueño, lord general? —Lunetta abrió mucho los ojos, emocionada—. Me encantará oírlo. Será un honor.

—Ciertamente. —Lunetta siguió a su hermano, que atravesaba las altas puertas dobles del Palacio de Nicobarese recubiertas de bronce—. Tenemos asuntos que discutir. Me escucharás con atención, ¿verdad, Lunetta?

La mujer lo seguía arrastrando los pies.

—Sí, milord general. Siempre lo hago.

Brogan se detuvo frente a una ventana adornada con pesadas cortinas azules. Entonces desenvainó su cuchillo y cortó un buen trozo de la tela de un lado, que incluía el borde con borlas doradas. Lunetta se humedeció los labios y se balanceó, desplazando el peso del cuerpo alternativamente sobre ambos pies mientras aguardaba.

Brogan sonrió.

—Toma, Lunetta. Otra gala para ti.

Con ojos brillantes, Lunetta lo apretó con fuerza antes de empezar a probarlo aquí y allí, buscando su sitio justo. Reía entre dientes, dichosa.

—Gracias, lord general. Es preciosa.

Brogan continuó caminando, con Lunetta correteando tras él para mantener el paso. De los cálidos paneles de madera colgaban retratos de la realeza, y el suelo estaba cubierto de lujosas alfombras interminables. Marcos de pan de oro rodeaban las puertas redondeadas que se abrían a ambos lados, y espejos de bordes dorados reflejaban la capa carmesí a su fugaz paso.

Un criado ataviado con librea marrón y blanca apareció en el pasillo con una reverencia y con el brazo indicó la dirección del comedor. Luego se escabulló a toda prisa, deshaciéndose en reverencias y mirando de reojo para asegurarse de que nadie lo atacaba.

Tobias Brogan nunca había asustado a nadie por su tamaño, pero los criados, el personal, la guardia de palacio y los oficiales a medio vestir que se precipitaban al corredor para averiguar la causa de tanto revuelo palidecían al verlo a él: el lord general en persona, el general supremo de la Sangre de la Virtud.

Una palabra suya bastaba para que los poseídos, ya fuesen mendigos o soldados, nobles o incluso reyes, acabaran en la hoguera por sus pecados.

5

La hermana Verna se sentía como paralizada por las llamas, de cuyas profundidades emanaban fugaces volutas de rutilantes colores y brillantes rayos animados por una vida propia de ondulantes movimientos. Eran como dedos que se retorcían en danza atrayendo hacia sí aire, que agitaba sus ropas al pasar. De no ser por los escudos, el calor las habría lanzado a todas hacia atrás. El enorme sol teñido de sangre que asomaba en el horizonte aplacaba por fin la furia del fuego que había consumido los cuerpos. Algunas de las Hermanas seguían sollozando en silencio, pero la hermana Verna ya había derramado todas las lágrimas que llevaba dentro.

Más de un centenar de niños y muchachos formaban un círculo alrededor del fuego, y había más del doble de Hermanas de la Luz y novicias entre ellos. Con la sola excepción de una Hermana y un muchacho, que guardaban simbólicamente el palacio y naturalmente la Hermana que había perdido el juicio y que por su propio bien estaba encerrada en una habitación vacía y protegida por un escudo, todos contemplaban en la colina desde la que se divisaba Tanimura las llamas que se alzaban hacia lo alto. Pese a que eran muchos, todos sentían una profunda soledad y rezaban individualmente, retraídos. Como era costumbre, nadie hablaba en los ritos funerarios.

A la hermana Verna le dolía la espalda después de velar de pie los cuerpos toda la noche. Durante esas horas de oscuridad todos habían rezado y mantenido un escudo colectivo sobre los cuerpos, lo que simbolizaba la protección de aquellos a los que se reverenciaba. Al menos era un alivio haberse alejado del incesante sonido de tambores que se oía en la ciudad.

Con la primera luz del día el escudo se había roto y todas habían enviado un flujo de su han a la pira para encenderla. El fuego, alimentado por la magia, había prendido rápidamente en los troncos apilados y en los dos cuerpos amortajados —uno bajo y regordete, el otro alto y corpulento— creando un infierno de poder divino.

Había sido preciso buscar información en los libros guardados en las criptas para saber cómo actuar, puesto que nadie vivo había participado nunca en la ceremonia. De hecho, hacía casi ochocientos años —791 para ser precisos— que la última Prelada había muerto.

Los antiguos libros decían que solamente el alma de la Prelada debía entregarse a la protección del Creador a través de la sagrada ceremonia del funeral, pero en ese caso todas las Hermanas habían votado para conceder el mismo privilegio a quien tan valientemente había luchado por salvar su vida. Según los libros, era posible otorgar ese mismo privilegio a otros si existía unanimidad al respecto. Había costado bastante conseguir la unanimidad.

Según la costumbre, cuando el sol finalmente venció en el horizonte bañando el fuego con el magnífico espectáculo de la propia luz del Creador, el flujo de han se interrumpió. Sin poder que la alimentara, la pira se derrumbó, dejando únicamente una mancha de ceniza y algunos troncos carbonizados que marcaban el lugar de la ceremonia en la verde cima de la colina. El humo se elevó en volutas hacia el cielo para disiparse en el silencioso y brillante día.

Lo único que quedaba ya en el mundo de los vivos de la Prelada Annalina y del profeta Nathan eran blancas cenizas de un tono grisáceo. El rito había acabado.

Sin decir palabra las Hermanas empezaron a dispersarse. Algunas se marchaban solas y otras pasaban un brazo sobre los hombros de un muchacho o una novicia para consolarlos. Como almas perdidas descendían la colina describiendo un camino sinuoso, dirigiéndose hacia la ciudad y el Palacio de los Profetas. Eran como niños que regresan a un hogar en el que falta la madre. Mientras se besaba el dedo anular, la hermana Verna se dijo que, puesto que también el Profeta había muerto, de hecho también faltaba el padre.

Verna cruzó los dedos sobre el estómago mientras, distraídamente, contemplaba a los demás, que se iban perdiendo de vista. No había tenido oportunidad de hacer las paces con la Prelada antes de que muriera. Annalina la había utilizado y humillado, además de permitir que fuese degradada sólo por cumplir con su deber y seguir sus órdenes. Aunque todas las Hermanas servían al Creador, y ella sabía que la Prelada tenía el bien común en mente para tratarla de ese modo, le dolía pensar que se había aprovechado de esa fidelidad. La había dejado en ridículo.

La hermana Verna no había tenido oportunidad de hablar con la Prelada, porque desde el ataque de Ulicia, una Hermana de las Tinieblas, había permanecido inconsciente durante casi tres semanas antes de morir. Solamente Nathan había podido atenderla y había luchado con denuedo para sanarla, pero al final había fracasado. El cruel destino también se llevó la vida del Profeta. Aunque parecía vigoroso, seguramente el esfuerzo había sido excesivo. Después de todo, Nathan tenía casi mil años. Seguramente en los aproximadamente veinte años que ella había pasado lejos del palacio buscando a Richard había envejecido.

Verna sonrió al recordar a Richard. Lo echaba mucho de menos. Richard la sacaba de quicio, pero también él había sido una víctima de los planes de la Prelada, aunque al final mostró comprensión, aceptó las cosas que Annalina había hecho y no le guardó ningún rencor.

Al pensar en la amada de Richard, Kahlan, sintió una punzada de dolor. Probablemente Kahlan había muerto en el clímax de esa terrible profecía. Ojalá no. La Prelada había sido una mujer muy resuelta y había manejado las vidas de muchas personas como si fuesen marionetas. La hermana Verna deseó fervientemente que la Prelada hubiese actuado por el bien de todos los hijos del Creador, y no sólo en interés propio.

—Pareces enfadada, hermana Verna.

La Hermana se volvió y vio al joven Warren, con las manos metidas en las mangas de brocado plateado de su túnica violeta oscuro. Al echar un vistazo en torno se dio cuenta de que se habían quedado los dos solos en la ladera de la colina; todos los demás se habían marchado hacía rato y ya no eran más que motas oscuras en la distancia.

—Tal vez lo estoy, Warren.

—¿Por qué estás enfadada?

Con las palmas de las manos se alisó la falda oscura a la altura de las caderas.

—Quizás estoy enfadada conmigo misma. —La Hermana se recompuso el chal color azul claro y dijo, tratando de cambiar de tema—: Aún eres tan joven, en tus estudios quiero decir, que todavía no me he acostumbrado a verte sin el rada'han.

Como si ya no se acordara, el joven se llevó los dedos al cuello donde había llevado el collar la mayor parte de su vida.

—Tal vez sea joven para quienes viven bajo el hechizo de palacio, pero en el mundo exterior no soy ningún joven; tengo ciento cincuenta años, Hermana. Te agradezco que me quitaras el collar. —Warren apartó los dedos del cuello y retiró un rizo de pelo rubio—. Es como si el mundo entero se hubiese vuelto del revés en cuestión de pocos meses.

Verna se rió entre dientes.

—Yo también echo de menos a Richard —dijo.

—¿En serio? —El semblante de Warren se iluminó con una afable sonrisa—. Era una persona excepcional, ¿verdad? Apenas puedo creer que fuese capaz de impedir que el Custodio escapara del inframundo, pero tenía que detener al espíritu de su padre y devolver la piedra de Lágrimas al lugar que le corresponde o todos habríamos sido engullidos por el mundo de los muertos. A decir verdad me pasé todo el solsticio de invierno bañado en sudor frío.

La hermana Verna asintió como si quisiera subrayar sus palabras.

—Estoy segura de que las cosas que le enseñaste le fueron muy valiosas. Tú también desempeñaste un buen papel, Warren. —Verna estudió por un instante la amable sonrisa del joven y se dio cuenta de

que seguía siendo la misma sonrisa que tenía de niño—. Me alegro de que decidieras quedarte en palacio durante un tiempo pese a que ya no llevas el collar. Parece que nos hemos quedado sin profeta.

Warren fijó la mirada en la mancha de cenizas.

—Me he pasado la mayor parte de mi vida estudiando profecías en las criptas, sin tener ni idea de que algunas habían sido dictadas por un profeta aún vivo, y menos aún que vivía en palacio. Ojalá lo hubiese sabido. Ojalá me hubiesen permitido hablar con él, aprender con él. Perdí la oportunidad.

—Nathan era un hombre peligroso, un enigma que nadie logró desentrañar y, por tanto, no era digno de confianza. Pero admito que tal vez fuese un error impedirte que lo visitaras. Consuélate pensando que, con el tiempo, cuando hubieses avanzado más en tus estudios, las Hermanas te lo hubieran permitido. Incluso lo hubieran considerado necesario.

Warren desvió la mirada.

—Ya no tendré nunca la oportunidad.

—Warren, ahora que ya no llevas el collar sé que anhelas ver mundo, pero tú mismo has decidido quedarte en palacio al menos un tiempo para seguir estudiando. El Palacio de los Profetas se ha quedado sin profeta. Piensa que tu don se manifiesta con fuerza en esa área. Con el tiempo, tú mismo podrías ser profeta.

Una suave brisa agitó la túnica del joven, que miraba las verdes colinas hacia el palacio.

—No sólo es el don, sino que mi interés y mis esperanzas siempre se han centrado en las profecías. Hace poco que he empezado a entenderlas de un modo distinto a todos los demás. Pero una cosa es entenderlas y otra muy distinta dictarlas.

—Eso lleva su tiempo, Warren. Estoy convencida de que a tu edad, Nathan no sabía más que tú. Si te quedas y sigues estudiando, creo que en cuatrocientos o quinientos años podrías convertirte en un profeta tan grande como Nathan.

El joven se quedó callado unos minutos.

—Pero ahí fuera hay todo un mundo. He oído que en el Alcázar del Hechicero se guardan libros, y también en otros lugares. Richard me dijo que estaba seguro de que en el Palacio del Pueblo, en D'Hara, hay muchos. Yo quiero aprender, y es posible que muchas cosas no pueda encontrarlas aquí.

La hermana Verna movió sus doloridos hombros.

—El Palacio de los Profetas se halla bajo un encantamiento, Warren. Si te vas, envejecerás como el resto del mundo. Mira lo que me ocurrió a mí en apenas veinte años; aunque tú y yo tan sólo nos llevamos un año de diferencia, tú te ves como alguien en edad de casarse mientras que yo parezco casi una abuela. Ahora que he regresado volveré a envejecer al ritmo de palacio, pero lo que he perdido ya nunca podré recuperarlo.

—Creo que te ves muchas más arrugas de las que en realidad tienes, hermana Verna —dijo Warren, sin mirarla a la cara.

A su pesar, la Hermana sonrió.

—¿Sabías que hubo un tiempo en el que estaba loca por ti?

Warren se quedó tan perplejo que retrocedió un paso.

—¿Por mí? No lo dirás en serio. ¿Cuándo?

—Oh, fue hace mucho tiempo; cien años, más o menos. Eras tan inteligente, tan erudito... Y además tenías esa mata de pelo rubio ondulado y unos ojos azules que me aceleraban el corazón.

—¡Hermana Verna!

La Hermana no pudo reprimir una risita, mientras que el joven se ruborizaba.

—Fue hace mucho tiempo, Warren, cuando era joven como tú. Fue un capricho pasajero. —La sonrisa de la mujer se marchitó—. Ahora parecemos abuela y nieto. Durante todos esos años alejada de palacio he envejecido en más de un aspecto.

»Fuera, en el mundo, tan sólo dispondrías de algunas décadas para aprender antes de envejecer y morir. Pero aquí tendrás tiempo para estudiar y, tal vez un día, convertirte en profeta. Piensa que siempre puedes pedir prestados libros de otros lugares y estudiarlos aquí.

»Tú eres lo más parecido a un profeta que tenemos. Ahora que tanto la Prelada como Nathan están muertos, seguramente eres quien más sabe de profecías. Te necesitamos, Warren.

Warren posó la mirada en los chapiteles y los tejados de palacio que reflejaban la luz del sol.

—Pensaré sobre ello, Hermana.

—No pido más, Warren.

Con un suspiro, Warren apartó la mirada de palacio.

—¿Y ahora qué? ¿Quién crees que será elegida nueva Prelada?

Mientras investigaban sobre los ritos funerarios, habían descubierto asimismo que el proceso de elección de una nueva Prelada era bastante complicado. Pocas personas conocían tan bien los libros que se guardaban en las criptas como Warren, por lo que debería saberlo.

Verna se encogió de hombros.

—Debe ser alguien con mucha experiencia y amplios conocimientos, lo cual significa que tendrá que ser una de las Hermanas de más edad. Tal vez Leoma Marsick, o Philippa o Dulcinia. Aunque la principal candidata es la hermana Maren, por supuesto. Diría que al menos hay treinta Hermanas cualificadas, aunque dudo de que más de una docena de ellas tengan una verdadera oportunidad de convertirse en Prelada.

—Supongo que tienes razón —respondió Warren, rascándose distraídamente un lado de la nariz con un dedo.

Verna sabía perfectamente que las Hermanas ya habían empezado a tomar posiciones en la lucha para el poder. Las menos reverenciadas escogían a su candidata, cerraban filas para apoyarla y hacían cualquier cosa para que fuese la elegida esperando ser recompensadas con un puesto de influencia cuando su favorita fuese la nueva Prelada. A medida que el número de candidatas fuese disminuyendo, las Hermanas más influyentes que aún no hubiesen tomado partido serían cortejadas hasta que se decantaran por una u otra. Era una decisión trascendental que afectaría el devenir de palacio durante siglos, y todo apuntaba a que la batalla sería encarnizada.

Verna suspiró.

—No me gusta la lucha que se avecina, pero supongo que el proceso de selección debe ser riguroso a fin de que la Hermana más fuerte sea elegida Prelada. Podría arrastrarse durante bastante tiempo; es posible que estemos sin Prelada durante meses o incluso un año.

—¿A quién darás tu apoyo?

La Hermana se echó a reír.

—¡Yo! Te dejas engañar por mi aspecto, Warren. Pese a mis arrugas, sigo siendo una de las Hermanas más jóvenes. No tengo ninguna influencia sobre quienes realmente cuentan.

—Bueno, pues creo que deberías tratar de ganar algo de influencia. —Warren se inclinó hacia ella y bajó la voz, aunque no había nadie cerca—. Las seis Hermanas de las Tinieblas que huyeron en barco, ¿recuerdas?

Verna fijó la mirada en los azules ojos del joven y luego frunció el entrecejo.

—¿Qué tiene eso que ver con la elección de una nueva Prelada?

—¿Quién dice que sólo fuesen seis? —Warren retorció la tela de la túnica sobre el estómago hasta formar un nudo violeta—. ¿Y si aún quedara una en palacio? ¿O doce? ¿O cien? De todas las Hermanas, solamente de ti tengo la certeza de que eres una verdadera Hermana de la Luz. Debes hacer algo para asegurarte de que ninguna Hermana de las Tinieblas sea elegida Prelada.

Verna echó un vistazo al palacio.

—Warren, ya te he dicho que soy una de las Hermanas más jóvenes. Mis palabras no cuentan, y las demás saben que las Hermanas de las Tinieblas huyeron.

Warren desvió la mirada y trató de alisar las arrugas de la túnica. De pronto, la miró con gesto de sospecha.

—Crees que tengo razón, ¿verdad? Crees que aún hay Hermanas de las Tinieblas en palacio.

Verna opuso una plácida expresión a la intensa mirada de aquel joven mago.

—Eso es algo que no puedo descartar por completo, pero no hay razón para creer que sea cierto. Y, más allá de eso, hay otras muchas cosas que deben tenerse en cuenta a la hora de...

—No te vayas por las ramas como soléis hacer las Hermanas. Esto es importante.

Verna tensó el cuerpo.

—Warren, eres un estudiante que habla con una Hermana de la Luz; muéstrame el respeto debido.

—No estoy siendo irrespetuoso, Hermana. Richard me ayudó a comprender que tengo que hacer valer mis derechos y luchar por lo que creo. Además, fuiste tú quien me quitó el collar y, como has dicho, tenemos la misma edad; no eres mayor que yo.

—No obstante, eres un estudiante que...

—Que, según tus propias palabras, seguramente sabe más de profecías que ninguna otra persona. En eso, Hermana, tú eres la estudiante y yo el maestro. Admito que tú sabes más que yo sobre muchas cosas, por ejemplo el uso del han, pero yo sé más que tú sobre otras. Una de las razones por las que me quitaste el rada'han fue porque sabes que no está bien mantener a alguien prisionero. Te respeto como Hermana, por el bien que haces y por lo que sabes, pero ya no soy un prisionero de las Hermanas. Te has ganado mi respeto, Hermana Verna, no mi sumisión.

Verna estudió los ojos azules del joven.

—¿Quién se hubiera imaginado lo que había bajo el collar? —Finalmente asintió—. Tienes razón, Warren. Sospecho que hay otros que han entregado su alma al mismísimo Custodio.

—Otros. —Warren escrutó los ojos de la Hermana—. No has dicho Hermanas, sino otros. Te refieres a jóvenes magos, ¿no es así?

—¿Te has olvidado ya de Jedidiah?

Warren palideció levemente.

—No, no he olvidado a Jedidiah.

—Como tú mismo has dicho, donde hay uno puede haber más. Es posible que otros jóvenes de palacio hayan hecho un juramento al Custodio.

Warren se inclinó hacia ella mientras nuevamente se retorció la túnica entre los dedos.

—Hermana Verna, ¿qué vamos a hacer? No podemos permitir que una Hermana de las Tinieblas se convierta en Prelada; sería un desastre. Tenemos que asegurarnos de que no lo sea.

—¿Y cómo sabremos que no ha entregado su alma al Custodio? Y lo más importante: ¿qué podríamos hacer tú yo para remediarlo? Ellas poseen Magia de Resta; nosotros no. Aunque supiésemos quiénes son no podríamos hacer nada de nada. Sería como meter la mano en un saco para sacar una víbora por la cola.

Warren palideció.

—No se me había ocurrido.

La hermana Verna unió las manos.

—Ya pensaremos en algo. Tal vez el Creador nos iluminará.

—También podríamos pedir a Richard que regrese para ayudarnos, como hizo con esas seis Hermanas de las Tinieblas. Al menos, de éstas nos hemos librado; nunca más se dejarán ver por aquí. Richard les metió el miedo al Creador en el cuerpo y huyeron.

—Pero en la huida hirieron a la Prelada, lo cual significó su muerte y la de Nathan. La muerte acompaña a Richard allá adonde va.

—No es él el culpable —protestó Warren—. Richard es un mago guerrero; lucha por lo que es justo, para ayudar a sus semejantes. De haber actuado de otra forma, la Prelada y Nathan hubiesen sido sólo el comienzo de toda la muerte y la destrucción.

La hermana Verna le apretó un brazo y suavizó el tono.

—Tienes razón, Warren; estamos en deuda con Richard. Pero una cosa en que lo necesitemos y otra que podamos localizarlo. Mis arrugas dan testimonio de ello. —Verna dejó caer la mano—. Creo que solamente podemos contar con nosotros mismos. Ya se nos ocurrirá alguna cosa.

Warren la contempló con expresión sombría.

—Ojalá. Las profecías no auguran nada bueno sobre el reinado de la nueva Prelada.

De regreso a Tanimura quedaron envueltos de nuevo por el incesante sonar de los tambores que llegaba de varias direcciones. Era una retumbante cadencia grave y continua que Verna sentía resonar en lo más profundo de su pecho. La ponía nerviosa, lo cual, seguramente, era la intención buscada.

Los tambores, acompañados de los correspondientes soldados, habían llegado tres días antes de la muerte de la Prelada y no habían tardado en instalar sus enormes timbales en diversos puntos alrededor de la ciudad. Una vez que iniciaron el lento y continuo batir, ya no habían cesado ni día ni noche. Los hombres hacían turnos para tocarlos, de modo que los tambores jamás callaban, ni por un solo segundo.

Poco a poco, ese omnipresente sonido había ido poniendo nerviosa a la gente; todo el mundo se mostraba irritable y de mal humor, como si la fatalidad acechara en las sombras, invisible, lista para atacar. Los usuales gritos, charlas, risas y también músicas habían sido sustituidos por un inquietante silencio que se sumaba a la perturbadora atmósfera.

En las afueras de la ciudad los indigentes que vivían en simples chabolas permanecían dentro de ellas en vez de charlar entre ellos, vocear sus modestas mercancías, lavar ropa en cubos o cocinar en pequeños fuegos como era habitual. Los tenderos permanecían en el umbral o junto a los sencillos tablones de madera sobre los que exhibían sus productos, con los brazos cruzados y expresión ceñuda. Los hombres que tiraban de carretillas lo hacían encorvados y con gravedad. Los compradores adquirían lo que necesitaban rápidamente, apenas mirando de pasada las mercancías. Los niños se aferraban a las faldas de sus madres y miraban en todas direcciones. Hombres a los que la hermana Verna había visto jugando a dados u otros juegos se arribaban a los muros.

En la distancia, en el Palacio de los Profetas, una solitaria campana tañía cada pocos minutos. Había sonado toda la noche anterior y sonaría hasta el atardecer para anunciar la muerte de la Prelada. No obstante, los tambores no tenían nada que ver con la muerte de la Prelada, sino que anunciaban la inminente llegada del emperador.

Los ojos de la hermana Verna se encontraron con miradas atribuladas, tocaba la cabeza de los muchos que se le acercaban en busca de consuelo e impartía la bendición del Creador.

—Tan sólo recuerdo reyes. No recuerdo la Orden Imperial —le dijo a Warren—. ¿Quién es ese emperador?

—Se llama Jagang. Hace unos diez o quince años la Orden Imperial empezó a anexionarse diferentes reinos y a unirlos bajo su autoridad. —Con un dedo se frotó una sien, pensativo—. He pasado la mayor parte de mi vida abajo, en las criptas, estudiando, por lo que no conozco todos los detalles, pero por lo que he podido averiguar, Jagang ganó rápidamente el dominio de todo el Viejo Mundo y unió a todos bajo su poder. Sin embargo, el emperador nunca ha causado problemas, al menos aquí, en Tanimura. No se mete en los asuntos de palacio y espera que las Hermanas tampoco se metan en los suyos.

—¿A qué se debe que venga?

Warren se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez desea visitar esta parte de su imperio.

Tras impartir la bendición del Creador a una demacrada mujer, la Hermana esquivó una boñiga fresca de caballo.

—Bueno, ojalá que se dé prisa en llegar para que cese ese infernal ruido. Los tambores suenan desde hace cuatro días; supongo que debe de estar al caer.

Warren echó un vistazo en torno antes de hablar.

—Los soldados del palacio pertenecen a las tropas de la Orden Imperial. Son una cortesía del emperador, puesto que no permite que nadie, excepto sus hombres, empuñen armas. La cuestión es que estuve hablando con uno y me dijo que los tambores simplemente anuncian la visita del emperador, no que vaya a llegar pronto. Me dijo que cuando visitó Breaston los tambores estuvieron sonando durante casi seis meses.

—¡Seis meses! ¿Quieres decir que tendremos que soportar ese estruendo durante meses?

Warren se alzó la túnica para pasar encima de un charco.

—No necesariamente. Podría tardar meses o estar aquí mañana mismo. El emperador no se digna anunciar cuándo llegará, sólo anuncia que vendrá.

—Bueno, pues si no llega pronto, ya procuraremos las Hermanas que esos infernales tambores se callen —declaró Verna, ceñuda.

—Por mí, perfecto. Pero me parece que el emperador no es alguien a quien se pueda tratar a la ligera. He oído que posee el mayor ejército que se haya reunido en toda la historia. Y eso incluye la gran guerra que separó el Nuevo y el Viejo Mundo —añadió con una mirada muy significativa.

Verna entornó los ojos.

—¿Para qué necesita un ejército así si ya ha conquistado todos los antiguos reinos? Yo diría que no es más que mera palabrería de soldados. Ya se sabe que a los soldados les encanta exagerar.

—No sé. Los soldados me han asegurado que lo han visto con sus propios ojos. Según ellos, cuando la Orden se concentra cubre el suelo en todas direcciones hasta donde alcanza la vista. ¿Qué crees que harán en palacio cuando el emperador llegue?

—Bah, a las Hermanas no les interesa la política.

Warren sonrió ampliamente.

—No te dejas intimidar fácilmente, ¿verdad Hermana?

—Las Hermanas cumplimos los deseos del Creador, no de un emperador mortal, eso es todo. Mucho después de que ese emperador haya desaparecido, el Palacio de los Profetas seguirá existiendo.

Tras caminar en silencio unos minutos, Warren carraspeó.

—¿Sabes? Hace mucho tiempo, cuando hacía poco tiempo que los dos vivíamos en palacio y tú eras todavía una novicia... estaba enamorado de ti.

La Hermana Verna lo miró incrédulamente.

—Te burlas de mí.

—No. Es verdad. —El joven se ruborizó—. Me parecía que jamás había visto un pelo más bonito que tus rizos castaños. Además, eras más lista que las otras y manejabas el han con confianza. Eras mucho mejor que las demás. Yo quería pedirte que estudiaras conmigo.

—¿Por qué no lo hiciste?

Warren se encogió de hombros.

—Siempre parecías tan segura de ti misma... Yo nunca lo estaba. —Incómodo, el joven se apartó el pelo de la cara—. Además, estabas interesada en Jedidiah. Yo no era nada a su lado. Siempre creí que te echarías a reír si te decía algo.

Verna se dio cuenta de que también ella se echaba el pelo hacia atrás y se detuvo.

—Bueno, tal vez lo habría hecho. —Enseguida se disculpó por el desaire—. Algunas personas pueden ser muy tontas cuando son jóvenes.

Una mujer con un hijo pequeño se acercó y se hincó de rodillas delante de ellos. Verna se detuvo para bendecirlos. Después de que la mujer le diera las gracias y se marchara a toda prisa, se volvió hacia Warren.

—Podrías estar fuera veinte años o más para estudiar esos libros que tanto te interesan y así envejecer tanto como yo. De ese modo pareceríamos de nuevo de la misma edad. Entonces podrías pedirme que te cogiera de la mano... como deseabas hace tanto tiempo.

Ambos alzaron la vista al oír que alguien los llamaba. Entre la multitud la Hermana vislumbró a uno de los soldados de palacio, que agitaba una mano tratando de llamar su atención.

—¿No es ése Kevin Andellmere? —preguntó.

Warren asintió.

—Me preguntó por qué está tan agitado.

El soldado, casi sin aliento, esquivó a un niño y se detuvo frente a la pareja.

—¡Hermana Verna! ¡Por fin os encuentro! Os reclaman en palacio inmediatamente.

—¿Quién me reclama? ¿Qué ocurre?

El soldado inspiró y trató de hablar al mismo tiempo.

—Las Hermanas os reclaman. La hermana Leoma me cogió por la oreja y me ordenó que os buscara. Me dijo que, si no me daba prisa, lamentaría el día en que nací. Seguro que hay un problema.

—¿Qué tipo de problema?

El soldado alzó las manos.

—Cuando pregunté, la Hermana me echó una de esas miradas capaces de fundir los huesos de un hombre y me dijo que era un asunto de las Hermanas y que no me metiera en lo que no me incumbe.

Verna lanzó un cansado suspiro.

—En ese caso, será mejor que regrese contigo o te arrancarán la piel a tiras y harán un pendón con ella.

El joven soldado palideció como si la creyera.

6

Sobre el arqueado puente de piedra que permitía cruzar el río Kern hacia la isla Halsband y el Palacio de los Profetas, las hermanas Philippa, Dulcinia y Maren esperaban en fila, hombro contra hombro, como tres halcones que aguardaran a que su cena se aproximase. Tenían las manos enlazadas al nivel de la cintura y parecían impacientes. Al estar de espaldas al sol sus rostros quedaban en la sombra, pero incluso así la hermana Verna distinguió sus expresiones ceñudas. Warren cruzó el puente junto a ella, mientras que el soldado Kevin Andellmere, tras cumplir con su deber, se escabulló.

—¿Dónde te habías metido? Has tenido esperando a todo el mundo —espetó a Verna la canosa hermana Dulcinia con rígido gesto.

En la ciudad seguían sonando los tambores como sonido de fondo, como el lento gotear de la lluvia. Verna trató de olvidarlos.

—He estado paseando para reflexionar sobre el futuro del palacio y la labor del Creador. Teniendo en cuenta que las cenizas de la prelada Annalina aún no se han siquiera enfriado, no esperaba que la maledicencia empezara tan pronto.

La hermana Dulcinia se aproximó aún más a ella, y en sus penetrantes ojos azules se encendió una peligrosa chispa.

—No te muestres insolente con nosotras, hermana Verna, o volverás a ser novicia antes de lo que crees. Ahora que te has reintegrado a la vida de palacio será mejor que respetes sus usos y empieces a mostrar el debido respeto a tus superiores.

Tras amenazarla, la hermana Dulcinia enderezó de nuevo la espalda, como si retrajera las garras. Era evidente que no esperaba ninguna réplica. La hermana Maren, una mujer baja y fornida con músculos de leñador y sin pelos en la lengua, sonrió con aire satisfecho. Por su parte, la alta y oscura Philippa, cuyos prominentes pómulos y su estrecha mandíbula le daban un aire exótico, clavaba en Verna sus ojos negros tras una máscara inexpresiva.

—¿Superiores? —replicó la hermana Verna—. Todas somos iguales a los ojos del Creador.

—¡Iguales! —resopló la hermana Maren, irritada—. Una idea interesante. Si convocáramos una asamblea para juzgar tu conflictiva actitud, descubrirías lo «igual que eres» y probablemente acabarías desempeñando las mismas tareas que mis novicias, sólo que esta vez no tendrías a Richard que intercediera y te sacara las castañas del fuego.

Verna enarcó una ceja.

—¿Eso crees, hermana Maren? —Warren se acercó imperceptiblemente a Verna por la espalda—. Corrígeme si me equivoco, pero creo recordar que la última vez que «me sacaron las castañas del fuego», dijiste que después de rezar al Creador habías comprendido que el mejor modo en que podía servirlo era volver a ser Hermana. Y ahora dices que fue cosa de Richard. ¿Tengo o no razón?

—¿Osas poner en duda mis palabras? —La indignada hermana Maren se apretó las manos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. ¡Yo ya castigaba a novicias insolentes doscientos años antes de que tú nacieras! ¿Cómo te atreves a...?

—Has contado dos versiones del mismo hecho. Puesto que ambas no pueden ser verdad, es obvio que una de ellas tiene que ser mentira. ¿Sí o no? Diría que te han pillado en una mentira, hermana Maren. Jamás hubiese creído que precisamente tú cayeses en el hábito de la mentira. Las Hermanas de la Luz tienen la sinceridad en alta estima y aborrecen la mentira, más incluso de lo que aborrecen la falta de respeto. ¿Qué penitencia piensa imponerse mi superiora, la maestra de las novicias, por haber mentido?

—Vaya, vaya —comentó Dulcinia con una afectada sonrisa—. Qué osadía. Diría que estás pensando luchar por el puesto de Prelada, pero te aconsejo que te quites esa absurda idea de la cabeza. Cuando la hermana Leoma hubiese acabado contigo, apenas quedaría nada de ti que pudiera recogerse.

Verna le devolvió la misma sonrisa.

—Por lo que veo, hermana Dulcinia, tienes intenciones de apoyar a la hermana Leoma. ¿O acaso estás tratando de endosarle una tarea para quitarla de en medio mientras tú luchas por el puesto?

—Ya basta —ordenó la hermana Philippa en voz baja pero autoritaria—. Tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos. Acabemos con esta farsa cuanto antes para poder continuar con el proceso de selección.

—¿A qué farsa te refieres? —inquirió Verna, los brazos en jarras.

Con gracioso ademán la hermana Philippa se volvió hacia el palacio. Su sencilla pero elegante túnica amarilla fluyó tras ella.

—Ven con nosotras, hermana Verna. Ya nos has retrasado lo suficiente. Eres la última. Después de ti podremos empezar en serio. Nos ocuparemos de tu insolente actitud en otro momento.

Philippa echó a andar por el puente con paso majestuoso seguida por las otras dos Hermanas. Tras intercambiar una mirada de extrañeza, Verna y Warren las siguieron.

Warren aflojó el paso para que las Hermanas les adelantaran una docena de pasos, frunció el entrecejo y susurró a la oreja de la hermana Verna:

—¡Hermana Verna, a veces pienso que serías capaz de enojar incluso a la persona más pacífica del mundo! Durante los veinte años que estuviste fuera todo ha estado tan tranquilo que ya había olvidado la cantidad de problemas que puede causar esa lengua tuya. ¿Por qué te comportas de ese modo? ¿Te gusta meterte en líos para nada?

Verna lo fulminó con la mirada, por lo que Warren miró al cielo y cambió de tema.

—¿Qué crees que están haciendo esas tres juntas? Creía que serían rivales.

Verna echó una rápida mirada a las tres Hermanas para asegurarse de que no podían oírla.

—Si quieres clavar un cuchillo en la espalda de tu rival, para decirlo de algún modo, primero tienes que acercarte.

En el corazón del palacio, al llegar ante las gruesas puertas de madera de nogal que conducían al salón principal, las tres Hermanas se detuvieron tan bruscamente que Verna y Warren a punto estuvieron de chocar con ellas. Las tres se volvieron. La hermana Philippa posó las yemas de los dedos de una mano sobre el pecho de Warren y lo obligó a retroceder un paso.

Entonces alzó uno de sus largos y elegantes dedos, que quedó a apenas unos centímetros de la nariz del joven y lo atravesó con una fría mirada.

—Esto es asunto de las Hermanas. Una vez que la nueva Prelada, sea quien sea, tome posesión del cargo —añadió, tras echar una ojeada al desnudo cuello de Warren—, tendrás que ponerte de nuevo un rada'han al cuello si deseas quedarte en el Palacio de los Profetas. No podemos tolerar que los muchachos no estén debidamente controlados.

Con una mano invisible en la parte baja de la espalda de Warren, la hermana Verna impidió que retrocediera más.

—Fui yo quien le quitó el collar por la autoridad que me da ser una Hermana de la Luz. Fue un compromiso que tomé en nombre de palacio y no puede ser revocado.

La oscura mirada de la hermana Philippa se posó en Verna.

—Ya discutiremos eso más tarde, en un momento más apropiado.

—Acabemos de una vez —intervino la hermana Dulcinia—. Tenemos asuntos más importantes que atender.

La hermana Philippa asintió.

—Ven con nosotras, hermana Verna.

Un Warren encorvado y con aspecto perdido contempló cómo una de las Hermanas usaba su han para abrir las pesadas puertas, que las tres atravesaron. Para no parecer un cachorro al que acaban de echar una reprimenda y sigue obedientemente a sus amos, la hermana Verna aceleró el paso para colocarse a su lado. Dulcinia resopló, Maren invocó una de sus famosas miradas que tan bien conocían las desafortunadas novicias, aunque no protestó, y Philippa sonrió apenas. Cualquiera observador hubiese pensado que Philippa había ordenado a la hermana Verna que caminase a su lado.

Se detuvieron al borde interior del bajo techo, entre blancas columnas con capiteles dorados tallados con enroscadas hojas de roble. La hermana Leoma esperaba dándoles la espalda. Era más o menos de la misma estatura que la hermana Verna. El pelo blanco, que se había recogido holgadamente con una única cinta dorada, le caía hasta media altura de la espalda. Llevaba un modesto vestido marrón que llegaba casi hasta el suelo.

Más allá, el gran salón se abría a una estancia cubierta con una enorme cúpula. La luz que entraba por las vidrieras situadas detrás de la galería superior coloreaba la bóveda de crucería pintada con figuras de Hermanas vestidas al antiguo estilo, rodeadas por una resplandeciente figura que representaba al Creador. Éste tenía los brazos abiertos para simbolizar su amor hacia todas las Hermanas, las cuales, a su vez, también tendían los brazos hacia él.

Junto a las ornamentadas barandillas de las galerías situadas a doble nivel que circundaban la estancia, Hermanas y novicias miraban hacia abajo en silencio. En el brillante suelo que conformaba un dibujo en zigzag Verna vio algunas Hermanas; las de mayor edad y de más alta categoría. Excepto por alguna que otra tos que resonaba en la enorme estancia, el silencio era absoluto.

En el centro de la sala, bajo la figura que representaba al Creador, se alzaba una solitaria columna blanca y acanalada que llegaba a la altura de la cintura. El débil resplandor que la rodeaba parecía surgir de la nada. Las Hermanas dispuestas en torno se mantenían a una prudente distancia de la columna y de su misteriosa envoltura de luz. Y hacían bien, si ese resplandor era lo que la hermana Verna sospechaba. En la parte superior plana de la columna descansaba un pequeño objeto que Verna no podía ver bien.

—Ah. Me alegro de que hayas podido reunirte con nosotras, hermana —le dijo la hermana Leoma, volviéndose hacia ella.

—¿Es eso lo que creo que es? —inquirió Verna.

Una leve sonrisa dobló las arrugas que surcaban el rostro de la hermana Leoma.

—Si estás pensando en una red de luz, sí, lo es. Ni siquiera la mitad de nosotras posee el talento ni el poder necesarios para tejer una. Es bastante impresionante, ¿no te parece?

La hermana Verna entrecerró los ojos para tratar de distinguir qué era aquel objeto en lo alto de la columna.

—Nunca había visto un pedestal igual, al menos aquí. ¿Qué es? ¿De dónde ha salido?

La hermana Philippa miraba sin pestañear el blanco pilar que se alzaba en medio de la sala. Ya no quedaba ni rastro de su arrogante actitud.

—Cuando volvimos del funeral estaba aquí, esperándonos.

La hermana Verna echó otra ojeada al pedestal.

—¿Qué hay encima?

—El anillo de la Prelada —respondió la hermana Leoma, uniendo las manos—. El anillo del cargo.

—¡El anillo de la Prelada! ¿Y qué está haciendo allí arriba, en nombre del Creador?

La hermana Philippa enarcó una ceja.

—Eso me gustaría saber a mí —comentó.

Verna creyó detectar una leve inquietud en aquellos ojos oscuros.

—Bueno, ¿qué...?

—Ve y trata de cogerlo —dijo la hermana Dulcinia—. Desde luego, no creo que lo logres —añadió entre dientes.

—No sabemos qué está haciendo ahí —le explicó la hermana Leoma con una entonación más propia para hablar con otra hermana—. Cuando regresamos ya estaba allí. Hemos tratado de examinarlo, pero no podemos acercarnos. En vista de la peculiar naturaleza del escudo hemos creído conveniente comprobar si alguna de nosotras consigue acercarse y, tal vez, descubrir su propósito. Todas lo hemos intentado, pero sin éxito. Sólo faltas tú.

La hermana Verna se envolvió con el chal e inquirió:

—¿Qué pasa cuándo tratáis de acercaros?

Las hermanas Dulcinia y Maren desviaron la vista, pero la hermana Philippa sostuvo la mirada a Verna y respondió:

—No es agradable. No es nada agradable.

Era de esperar. A Verna solamente le sorprendió que ninguna de las Hermanas hubiera resultado herida en el intento.

—Es criminal encender un escudo de luz y dejarlo en medio, donde cualquier inocente puede toparse con él accidentalmente.

—Es poco probable —replicó Leoma—, si tenemos en cuenta dónde está. El personal de la limpieza lo encontró y tuvieron el buen sentido de mantenerse alejados.

Verna estaba segura de que todas las Hermanas habían intentado aproximarse al anillo, y no presagiaba nada bueno el hecho de que ninguna Hermana lo hubiese logrado. Sería un gran logro que una de ellas demostrara que poseía el poder suficiente para recuperar el anillo de la Prelada.

—¿Habéis probado a unir redes para succionar el poder del escudo? —preguntó Verna a la hermana Leoma.

La interpelada negó con la cabeza.

—Decidimos que primero todas las Hermanas tendrían una oportunidad, pues podría tratarse de un escudo adaptado específicamente a una de ellas. Ignoramos cuál podría ser el propósito de tal cosa, pero si es así y se trata de un escudo defensivo, cuando lo enlazáramos con otra red para tratar de desactivarlo el objeto que defiende podría ser destruido. Tú eres la única que aún no lo ha intentado. Incluso hemos subido a la hermana Simona —añadió Leoma con un cansino suspiro.

Verna bajó la voz en el súbito silencio.

—¿Está mejor?

—Todavía oye voces —respondió Leoma, alzando la mirada hacia el fresco del Creador—. Anoche, mientras estábamos en la colina, tuvo otra pesadilla.

—Vamos, trata de recuperar el anillo y luego seguiremos con el proceso de selección —dijo la hermana Dulcinia. Con una severa mirada pareció reprender a las hermanas Philippa y Leoma por tanta charla. La hermana Philippa recibió la mirada inexpresivamente y sin ningún comentario, mientras que la hermana Maren lanzaba una impaciente mirada al débil resplandor que resguardaba el objeto por todas codiciado.

Con una mano de nudosos dedos, la hermana Leoma señaló hacia la columna blanca.

—Verna, querida, tráenos el anillo, si puedes. Tenemos asuntos importantes de palacio de los que ocuparnos. Si tampoco tú puedes, tendremos que usar un enlace para desactivar el escudo y tratar de recuperar el anillo de la Prelada. Vamos, muchacha, inténtalo.

Verna inspiró hondo, decidió no tomarse como una ofensa que otra Hermana, una igual, la hubiese llamado «muchacha», y echó a andar sobre el suelo pulido. Sus pasos resonaron en la vasta sala, en la que el único otro sonido era el amortiguado batir de los tambores. Después de todo, se dijo, la hermana Leoma era bastante mayor que ella y, por tanto, merecía cierta deferencia. Al alzar la vista hacia las

galerías distinguió a sus amigas —las hermanas Amelia, Phoebe y Janet—, que la animaban con débiles sonrisas. Con expresión resuelta Verna siguió adelante.

¿Qué estaba haciendo el anillo de la Prelada bajo un escudo tan peligroso, un escudo de luz? Algo iba mal. La respiración se le aceleró al pensar que podría tratarse de la trampa de una Hermana de las Tinieblas. Tal vez una de ellas había preparado ese escudo para eliminarla porque sospechaba que sabía demasiado. Verna aflojó ligeramente el paso. Si su suposición era correcta y se trataba de una trampa para eliminarla, el escudo podría incinerarla antes de que se diera ni cuenta.

Solamente el sonido de sus pasos resonaba en sus oídos al notar los límites externos de la red. Podía distinguir el resplandor que emanaba del anillo. Tensó los músculos y esperó a sentir la desagradable experiencia por la que todas las demás habían pasado, pero únicamente notó calor, como el del sol en un día de estío. Lentamente, paso a paso, fue avanzando, y el calor no aumentó.

Por las débiles exclamaciones de sorpresa que oyó supo que ninguna de sus compañeras había llegado tan lejos. No obstante, era consciente de que ello no significaba necesariamente que lograra llegar hasta el anillo o salir con vida del escudo. A través del suave fulgor blanco distinguió los asombrados rostros de sus Hermanas, que seguían con atención todos sus movimientos.

Entonces, como en la brumosa luz de un sueño, se vio ante el pedestal. En el centro del escudo la luz era tan intensa que ya no podía distinguir los rostros de quienes se hallaban fuera.

El anillo de oro de la Prelada descansaba sobre un trozo de pergamino doblado y lacrado con un sello rojo que mostraba la misma figura de un reluciente sol que el anillo. Había algo escrito. Verna apartó el anillo y dio la vuelta al pergamino con un dedo a fin de leerlo.

Si quieres escapar con vida de esta red, ponte el anillo en el dedo anular de la mano izquierda, bésalo y entonces rompe el sello y lee en voz alta a las demás Hermanas lo que he escrito dentro.

Estaba firmado: *Prelada Annalina Aldurren.*

La hermana Verna se quedó mirando fijamente esas palabras. Tuvo la impresión de que los trazos le devolvían la mirada, expectantes. Reconocía la letra de la Prelada, pero podía tratarse de una falsificación. Si se trataba de una trampa de una Hermana de las Tinieblas amante del teatro y el drama y ella seguía esas instrucciones, podría costarle la vida. Pero, si no era una trampa y no seguía las instrucciones, también moriría. Verna reflexionó unos instantes sobre la alternativa, inmóvil. No se le ocurría nada.

Entonces, alargó una mano y cogió el anillo. De la oscuridad al otro lado del escudo le llegaron exclamaciones de sorpresa. Verna dio la vuelta a la sortija entre los dedos para examinar el dibujo del sol y los signos de desgaste en el metal. Se notaba cálido al tacto, como si una fuente interna lo calentara. Desde luego parecía el anillo de la Prelada y algo en su interior le decía que, efectivamente, lo era. La Hermana posó nuevamente la mirada en las palabras escritas en el pergamino.

Si quieres escapar con vida de esta red, ponte el anillo en el dedo anular de la mano izquierda, bésalo y entonces rompe el sello y lee en voz alta a las demás Hermanas lo que he escrito dentro.
Prelada Annalina Aldurren.

Verna apenas podía respirar. Se puso el anillo en el dedo anular de la mano izquierda, se llevó los dedos a los labios y besó el anillo mientras desgranaba una silenciosa plegaria dirigida al Creador, suplicándole que la guiara y le diera fortaleza. De la figura del Creador pintada sobre ella surgió un brillante haz de luz que la bañó en su resplandor. Verna se estremeció. A su alrededor percibía un leve zumbido en el aire. Oyó breves y entrecortados gritos y chillidos de las Hermanas alrededor de la sala, pero la luz no le permitía verlas.

La Hermana alzó el pergamino con manos trémulas. El zumbido en el aire se hizo más intenso. Verna deseaba echar a correr pero en lugar de eso rompió el sello. El haz de luz que emanaba de la figura del Creador se intensificó hasta adquirir un cegador brillo.

Verna desplegó el pergamino y alzó la vista, aunque no distinguía los rostros que la rodeaban.

—Bajo pena de muerte, he recibido instrucciones de leer esta carta. —En vista de que no oyó ni un sonido, prosiguió—: Dice así: «A todas las Hermanas reunidas y también las no presentes, ésta es mi última voluntad».

Varias Hermanas lanzaron exclamaciones entrecortadas. Verna hizo una pausa y tragó saliva.

—«Vivimos tiempos muy difíciles, y el Palacio no puede permitirse el lujo de enzarzarse en una prolongada lucha por mi sucesión. No pienso permitirlo. Así pues, ejerzo una de mis prerrogativas como Prelada que se recogen en el canon del Palacio de los Profetas y nombro a mi sucesora. La tenéis ante vosotras, llevando el anillo del cargo. La Hermana que esté leyendo esto es ahora la Prelada. Las Hermanas de la Luz la obedecerán. Todos la obedecerán.

»He tejido el encantamiento alrededor del anillo con la ayuda y la guía del mismo Creador. Si desobedecéis mi voluntad, allá vosotras.

»A la nueva Prelada le encomiendo que sirva y proteja el Palacio de los Profetas y todo aquello que representa. Que la Luz te sostenga y te guíe siempre.

»Escrito por mi propia mano antes de abandonar esta vida y entregarme a las dulces manos del Creador. Prelada Annalina Aldurren.»

Con un estruendo que hizo temblar el suelo bajo sus pies, el haz de luz y el resplandor que la envolvían se extinguieron.

Verna Sauventreen dejó caer la mano que sostenía la carta mientras alzaba la vista hacia el círculo de perplejas caras que la miraban. Un suave crujido resonó en la vasta sala cuando todas las Hermanas de la Luz se hincaron de rodillas e inclinaron la cabeza ante su nueva Prelada.

—No puede ser —musitó Verna para sí.

Echó a andar lentamente, arrastrando los pies sobre el suelo pulido, y dejó caer la carta. Cautelosamente las Hermanas corrieron tras ella para recoger el escrito y leer por sí mismas las últimas palabras de la prelada Annalina Aldurren.

Las cuatro Hermanas se pusieron de pie ante ella. El fino cabello rubio rojizo de la hermana Maren enmarcaba una faz pálida como la cera. La hermana Dulcinia la miraba con ojos azules desorbitados y rostro encendido. Y la hermana Philippa había trocado su habitual expresión plácida por otra de consternación.

En el arrugado rostro de la hermana Leoma apareció una amable sonrisa.

—Necesitarás consejo y guía, Her... Prelada. —El modo en que tragó saliva, involuntariamente, arruinó el efecto de la sonrisa—. Os ayudaremos en todo lo que podamos. Estamos a vuestra disposición. Estamos para servirlos en...

—Gracias —la interrumpió Verna con voz débil y echó a andar. Era como si sus pies tuvieran voluntad propia.

Warren esperaba fuera. Verna cerró las puertas. Aún aturdida, se vio delante del joven mago de rubia cabellera. Warren se hincó de hinojos e inclinó la cabeza.

—Prelada. —Entonces alzó la vista y le explicó con una sonrisa—: He escuchado detrás de la puerta.

—No me llames Prelada. —La voz le sonó hueca incluso a ella.

—¿Por qué no? Ahora es lo que eres —dijo con una sonrisa más amplia—. Es realmente...

Verna giró sobre sus talones y empezó a alejarse. Por fin su mente volvía a funcionar.

—Sígueme —le ordenó.

—¿Adónde vamos?

Verna se llevó un dedo a los labios para imponerle silencio y lo miró de reojo con tal expresión que el joven se calló de golpe. Warren tuvo que darse prisa para alcanzarla. Una vez a su lado, empezó a andar a grandes zancadas. Verna lo condujo fuera del Palacio de los Profetas. Cada vez que parecía que se

disponía a decir algo, Verna se llevaba un dedo a los labios. Al fin el joven suspiró, se metió las manos en las mangas y caminó mirando al frente.

Fuera del palacio, las novicias y los muchachos que habían oído el estruendo de las campanas que anunciaban el nombramiento de la nueva Prelada inclinaban la cabeza al ver el anillo. Verna pasaba junto a ellos sin detenerse a mirarlos. Los soldados que custodiaban el puente sobre el río Kern la saludaron con una inclinación de cabeza.

Tras cruzar el río, Verna descendió a la orilla y avanzó por un sendero que discurría entre matorrales. Warren caminaba deprisa para no perderla. Así pasaron junto a pequeños embarcaderos, todos vacíos pues los pescadores faenaban en sus barcas en el río, lanzando redes o tirando de anzuelos, mientras remaban lentamente río arriba. Pronto regresarían para vender los peces en el mercado de la ciudad.

Tras caminar un rato río arriba alejándose del Palacio de los Profetas, Verna se detuvo en un lugar plano desierto, cerca de un afloramiento rocoso alrededor del cual el agua borboteaba y salpicaba. Contemplando la corriente con expresión ceñuda, la mujer se colocó en jarras.

—Juro que si esa entrometida no estuviera muerta, la estrangularía con mis propias manos.

—¿De quién estás hablando?

—De la Prelada. Si no estuviera ya en manos del Creador, sentiría las mías alrededor del cuello.

Warren se rió por lo bajo.

—Sería digno de verse, Prelada.

Verna cogió al joven bruscamente por la túnica a la altura de ambos hombros.

—Warren, tienes que ayudarme. Ayúdame a salir de ésta.

—¿Qué? ¡Pero si es maravilloso! Verna, ahora eres la Prelada.

—No. No puede ser. Warren, tú conoces todos los libros que se guardan en las criptas, has estudiado las leyes de palacio; tienes que encontrar algo para sacarme de ésta. Tiene que haber un modo. Tú puedes encontrar en los libros algo que lo impida.

—¿Impedirlo? Si ya está hecho. Además, es lo mejor que podría haber pasado. —El joven ladeó la cabeza e inquirió—: ¿Por qué me has hecho venir hasta aquí?

Verna le soltó la túnica.

—Warren, piensa. ¿Por qué murió la Prelada?

—La mató la hermana Ulicia, una de las Hermanas de las Tinieblas. Murió porque luchaba contra su maldad.

—No, Warren, piensa. Murió porque un día, en su despacho, me dijo que sabía que había Hermanas de las Tinieblas en palacio. La hermana Ulicia, que era una de sus administradoras, la oyó—. Verna se inclinó hacia él—. El despacho estaba protegido con un escudo. Yo misma me aseguré de ello pero no caí en que las Hermanas de las Tinieblas son capaces de usar Magia de Resta. La hermana Ulicia nos oyó pese al escudo y regresó para matar a la Prelada. Aquí fuera podremos ver si hay alguien lo suficientemente cerca como para oírnos. No hay lugar en el que ocultarse. —Con un gesto de la cabeza señaló el agua borboteante—. Y el agua altera el sonido de nuestras voces.

Warren miró nervioso a su alrededor.

—Ya veo qué quieres decir. Pero Prelada, a veces el agua puede transportar el sonido a cierta distancia.

—Te he dicho que no me llames Prelada. Con los sonidos del día y si hablamos en voz baja, el agua enmascarará nuestras voces. No podemos arriesgarnos a hablar en palacio. Siempre que queramos tratar de esto, tendremos que salir al campo, para ver si hay alguien cerca. Bueno, tienes que hallar el modo de librarme del cargo de Prelada.

Warren soltó un suspiro de exasperación.

—Deja de repetir eso. Estás cualificada para ser la Prelada, tal vez seas la más cualificada para ello de entre todas las Hermanas. Además de experiencia, la Prelada debe estar dotada de un poder excepcional. —Warren desvió la mirada cuando Verna enarcó una ceja—. Tengo un acceso ilimitado a cualquier escrito de las criptas. He leído los informes. —Volvió a mirarla a los ojos—. Cuando capturaste a Richard las otras dos Hermanas murieron y te traspasaron su poder. Ahora tienes el poder, el han, de tres Hermanas.

—Ése no es el único requisito, Warren, ni mucho menos.

El joven mago se inclinó hacia ella.

—Como ya he dicho, tengo acceso ilimitado a los libros. Conozco los requisitos. No hay nada que te descalifique; los cumples todos. Deberías estar eufórica por ser la Prelada. Es lo mejor que podría haber pasado.

La hermana Verna suspiró.

—¿Has perdido el seso justo ahora que ya no llevas el collar? ¿Qué posible razón podría tener yo para desear ser Prelada?

—Ahora podremos descubrir quiénes son las Hermanas de las Tinieblas. —Warren sonrió confidencialmente—. Tendrás la autoridad necesaria para hacer lo que hay que hacer—. Sus ojos azules brillaban—. Como he dicho, es lo mejor que podría haber pasado.

Verna alzó los brazos.

—Warren, mi nombramiento como Prelada es lo peor que pudiera haber pasado. El manto de la autoridad es tan restrictivo como ese collar del que tanto te alegras haberte librado.

—¿Qué quieres decir?

La mujer se apartó algunos mechones rizados de pelo castaño.

—Warren, la Prelada es una prisionera de su autoridad. ¿Veías a menudo a la prelada Annalina? No. ¿Y por qué no? Porque estaba en su despacho, ocupada en administrar el Palacio de los Profetas. Tenía miles de asuntos que atender, miles de cuestiones que requerían su atención, centenares de Hermanas y de jóvenes que supervisar, sin olvidar el constante dilema de Nathan. Ni te imaginas la cantidad de problemas que podía llegar a causar ese hombre. Tenía que estar bajo vigilancia constante.

»La Prelada no puede visitar de improviso a una Hermana ni a un joven mago, pues tendrían un ataque de pánico preguntándose qué han podido hacer mal, qué le habrán dicho a la Prelada de ellos. Las conversaciones de la Prelada no pueden ser nunca casuales; uno siempre busca un significado oculto en sus palabras. Y no es porque la Prelada lo quiera, sino porque posee una autoridad tan absoluta que es imposible olvidarse de ello.

»Cada vez que se aventura fuera de sus aposentos, inmediatamente la rodea la pompa y el ceremonial que conlleva su cargo. Si decide cenar en el comedor, nadie se atreve a hablar con ella; todos la miran en silencio, rezando para que no se le ocurra mirarlos o, aún peor, pedirles que se sienten a su mesa.

El entusiasmo de Warren se marchitó.

—Nunca lo había visto de ese modo.

—Si tus sospechas acerca de las Hermanas de las Tinieblas son ciertas, y no estoy diciendo que lo sean, el hecho de ser Prelada me impedirá descubrir quiénes son.

—A la prelada Annalina no se lo impidió.

—¿De veras? Tal vez, si no hubiese sido la Prelada, las habría descubierto mucho tiempo antes y podría haber hecho algo para detenerlas. Tal vez las habría podido eliminar antes de que empezaran a matar a nuestros muchachos para robarles el han y hacerse más poderosas. Pero, siendo Prelada, las descubrió demasiado tarde, y la mataron.

—Pero es posible que teman lo que sabes y que, de un modo u otro, se descubran ellas mismas.

—Si realmente hay Hermanas de las Tinieblas en palacio, seguro que saben que ayudé a descubrir a sus seis compañeras huidas, por lo que estarán encantadas de verme convertida en la Prelada para que tenga las manos atadas y no estorbe.

—No obstante, tal vez sea de ayuda que seas la Prelada.

—No. Será un obstáculo para detener a las Hermanas de las Tinieblas. Warren, tienes que ayudarme. Tú conoces los libros. Tiene que haber algún modo de sacarme de ésta.

—Prelada...

—¡Deja de llamarme así!

Warren se estremeció, frustrado.

—Eso es lo que eres. No puedo llamarte de otro modo.

Verna suspiró.

—La Prelada, la prelada Annalina, pedía a sus amigos que la llamaran Ann. Puesto que ahora yo soy la Prelada, te pido que me llames Verna.

Warren frunció el entrecejo, pensativo.

—Bueno... supongo que somos amigos.

—Warren, somos más que amigos. Tú eres la única persona en quien puedo confiar. Ahora no tengo a nadie más.

—Muy bien, Verna. —Warren torció el gesto, cavilante—. Tienes razón; conozco los libros. Sé cuáles son los requisitos y tú los cumples todos. Ciertamente eres joven para ser Prelada, aunque eso sólo es cuestión de precedentes; no hay ninguna ley sobre la edad. Además, posees el han de tres Hermanas. En eso ninguna Hermana, al menos ninguna Hermana de la Luz, te iguala. Sólo por eso estás más que cualificada; el poder, el han, es uno de los principales requisitos para ser Prelada.

—Warren, tiene que haber algo. Piensa.

Los ojos azules del joven reflejaron la profundidad de sus conocimientos y también su pesar.

—Verna, conozco los libros, y son explícitos. Una vez legalmente nombrada, prohíben expresamente que la Prelada renuncie a su cargo. Sólo la muerte puede liberarla. A no ser que Annalina Aldurren vuelva a la vida y reclame el puesto, no hay nada que te descalifique ni que te permita dimitir. Eres la Prelada.

A Verna no se le ocurría ninguna solución. Estaba atrapada.

—Esa mujer me ha manipulado durante toda la vida. Ella tejió el hechizo específicamente para mí, para atraparme. ¡La mataría!

Warren posó una mano sobre su brazo con gesto cariñoso.

—Verna, ¿podrías permitir que una Hermana de las Tinieblas se convirtiera en Prelada?

—El Creador nos libre.

—¿Y crees que Ann sí podría?

—No, pero no entiendo qué...

—Verna, me has dicho que solamente puedes confiar en mí. Piensa en Ann. Ella también estaba atrapada. No podía arriesgarse a que una de ellas se convirtiera en Prelada. Se estaba muriendo e hizo lo único que podía hacer. Solamente podía confiar en ti.

Verna lo miró de hito en hito mientras sus palabras resonaban en su mente. Luego se dejó caer sobre una roca oscura y sin aristas junto al agua y hundió la cara entre las manos.

—Querido Creador —susurró—. ¿Cómo puedo ser tan egoísta?

Warren se sentó a su lado.

—¿Egoísta? Obstinada sí, a veces, pero nunca egoísta.

—Oh, Warren, tiene que haberse sentido tan sola. Al menos Nathan estuvo a su lado... al final.

Warren asintió. Entonces la miró y le preguntó:

—Estamos metidos en un buen lío, ¿verdad, Verna?

—En un lío descomunal, Warren. Los dos estamos atrapados.

7

Richard bostezó y se cubrió la boca con una mano. Estaba tan cansado por haber pasado la noche en blanco, por no hablar del combate con los mriswith, que le costaba un gran esfuerzo poner un pie delante del otro. Mientras avanzaba por el intrincado laberinto de calles pegado a los edificios para evitar el jaleo, lo asaltaban todo tipo de olores, desde hediondos a fragantes. Aunque había puesto todo su empeño en seguir las indicaciones que le había dado la señora Sanderholt, no estaba seguro de no haberse perdido.

Para un guía saber en todo momento dónde se encontraba y cómo llegar a su destino era una cuestión de honor, pero puesto que Richard había sido un guía de bosque no tendría nada de particular que se perdiera en una gran ciudad. Además, ya no era guía de bosque, y difícilmente volvería a serlo.

No obstante, por mucho que las calles y las construcciones trataran de confundirlo con sus abarrotadas vías, sus oscuros callejones y la maraña de estrechas y tortuosas callejas entre antiguos edificios sin ventanas que se sucedían sin orden ni concierto, sabía dónde estaba el sol, y el sudeste era el sudeste. En vez de tomar como punto de referencia altos árboles o elevaciones del terreno, se fijaba en los edificios de mayor altura sin importarle qué calle en concreto debía tomar.

Así se fue abriendo paso entre la muchedumbre compuesta por mercachifles pobremente vestidos que ofrecían vasijas llenas de raíces secas, cestas de palomas, peces y anguilas, carboneros que empujaban las carretillas voceando el precio de su mercancía y fabricantes de queso ataviados con sus impecables ropajes rojos y amarillos. Pasaba ante carnicerías con cerdos, corderos y venados colgados de ganchos, ante vendedores de sal que ofrecían diferentes calidades y texturas, ante tenderos que vendían pan, tartas, pastelillos, aves, especias, sacos de grano, barriles de vino y cerveza, y cientos de otros productos exhibidos en los escaparates o en mesas fuera del establecimiento, ante gente que inspeccionaba la mercancía, charlando y quejándose por los precios. De repente, una especie de hormigueo le advirtió que lo estaban siguiendo.

Súbitamente alerta se volvió y vio cientos de caras, pero no reconoció a nadie. Richard ocultaba la espada bajo la capa negra para no llamar la atención sobre su persona. Por suerte, los numerosos soldados no parecían especialmente interesados en él, aunque algunos de los d'haranianos alzaban la vista al pasar cerca, como si sintieran algo sin ser capaces de discernir la fuente. Cuando eso ocurría, Richard aceleraba el paso.

El hormigueo era tan leve que pensó que sus perseguidores no estaban lo suficientemente cerca para verlos. Aunque, en ese caso, ¿cómo sabría quiénes eran? Podría ser cualquiera de los rostros que veía. El joven echó un vistazo a los tejados, pero no vio a nadie que pudiera estar siguiéndolo. Así pues, comprobó una vez más la dirección del sol para no perderse.

Cerca de una esquina se detuvo para contemplar la riada de gente que desfilaba por la calle, buscando a cualquiera que lo mirara con atención, cualquiera que le pareciera fuera de lugar o especial. Pero no vio a nadie con esas características.

—¿Una torta de miel, milord?

Richard se volvió y vio a una niña ataviada con un abrigo que le quedaba demasiado grande situada detrás de una mesa pequeña y desvencijada. Calculó que debería tener unos diez u once años, aunque nunca se le había dado bien adivinar la edad de las niñas.

—¿Qué has dicho? —inquirió.

La niña señaló con un ademán la mercancía que había expuesta encima de la mesa.

—¿Una torta de miel? Las hace mi abuela. Son muy buenas, os lo aseguro, y sólo cuestan un penique. ¿Deseáis comprar una, milord? Por favor. No os arrepentiréis.

En el suelo, junto a la niña, una anciana baja y fornida cubierta con una andrajosa manta marrón estaba sentada sobre una tabla colocada encima de la nieve. La anciana le sonrió. Richard le devolvió la sonrisa sólo a medias, pues trataba de determinar a qué podía obedecer ese hormigueo interior que le avisaba de algo. La niña y la anciana sonrieron, expectantes, y aguardaron.

Tras echar un nuevo vistazo a la calle, Richard soltó un hondo suspiro que formó una alargada nube de aliento que voló en la suave brisa y rebuscó en un bolsillo. En la carrera de dos semanas hasta Aydindril apenas había comido y aún se sentía débil. Todo lo que llevaba era plata y oro del Palacio de los Profetas. Tal vez en la mochila llevara algún penique, aunque lo dudaba.

—No soy ningún lord —dijo, mientras volvía a guardarse las monedas de plata en el bolsillo.

La niña señaló la espada.

—Cualquiera que lleve una espada tan bonita como ésta tiene que ser un gran señor.

La anciana ya no sonreía. Con los ojos prendidos en la espada, se levantó.

Richard se apresuró a cubrir con la capa la empuñadura así como la funda trabajada con oro y plata, tras lo cual tendió a la pequeña una moneda. La niña se quedó mirándola en su palma.

—No tengo tanto cambio, milord. Madre mía, ni siquiera sé cuánto debería devolveros. Nunca había visto una moneda de plata.

—Ya te he dicho; no soy ningún señor. —Cuando la niña lo miró, le sonrió—. Me llamo Richard. ¿Sabes qué? Quédate con el cambio. Considéralo como un pago a cuenta. Así, cada vez que pase por aquí puedes darme otra de tus tortas de miel, hasta llegar al valor de la moneda de plata.

—Oh, milord... quiero decir, Richard, muchas gracias.

Con expresión radiante la niña entregó la moneda a su abuela. La anciana examinó el metal con ojo crítico, dándole vueltas entre los dedos.

—Nunca había visto una moneda igual. Supongo que venís de muy lejos.

La anciana no podía saber de dónde procedía esa moneda, pues el Viejo y el Nuevo Mundo habían permanecido separados durante tres mil años.

—Así es —repuso—. Aunque te aseguro que es válida.

La anciana clavó en él unos ojos azules que parecían desvaídos por la edad.

—¿Os la entregaron o la tomasteis vos, milord? —En vista del gesto de extrañeza de Richard, señaló la espada—. Esa espada que lleváis. ¿Os fue entregada o la tomasteis vos mismo?

Richard le sostuvo la mirada, comprendiendo al fin. El Buscador siempre era nombrado por un mago, pero desde que Zedd huyera de la Tierra Central mucho tiempo atrás, la espada se convirtió en un trofeo que se compraba o se robaba. La *Espada de la Verdad* tenía una pésima reputación por culpa de los falsos Buscadores, pues la utilizaban por razones egoístas y no para los fines previstos por quienes la habían imbuido de magia. Richard había sido el primero en décadas que había sido nombrado Buscador de la Verdad por un mago. Richard comprendía la magia de la espada, su terrible poder y la responsabilidad que conllevaba el poseerla. Richard era un verdadero Buscador.

—Me fue entregada por un mago de la Primera Orden. Fui nombrado —respondió críticamente.

—Un Buscador —susurró la anciana, estrechando la manta contra su abundante pecho. El aire se le escapaba por los huecos entre los dientes—. Alabados sean los espíritus. Un verdadero Buscador.

La niña, que no comprendía la conversación, miró detenidamente la moneda que reposaba en la mano de su abuela y a continuación tendió a Richard la torta de miel más grande de las que había sobre la mesa. Richard la aceptó con una sonrisa.

La anciana se inclinó ligeramente sobre la mesa y bajó la voz para decir:

—¿Habéis venido para librarnos de esos indeseables?

—Más o menos. —Richard dio un bocado a la torta de miel y sonrió de nuevo a la niña—. Sabe tan bien como prometiste.

—¿Veis? La abuela hace las mejores tortas de miel de toda la calle Stentor —proclamó la niña, radiante.

Calle Stentor. Bueno, al menos había dado con la calle correcta. «Pasado el mercado, en la calle Stentor», le había dicho la señora Sanderholt. Richard guiñó un ojo a la pequeña mientras masticaba.

—¿Qué indeseables? —preguntó a la anciana.

Los ojos de la anciana se posaron brevemente en su nieta.

—Mi hijo y su madre nos han abandonado para permanecer cerca de palacio, en espera del oro prometido. Yo les dije que trabajaran pero ellos me replicaron que soy una vieja tonta y que simplemente esperando lo que les pertenece podrán conseguir mucho más de lo que ganarían trabajando.

—¿Por qué razón creen que el oro les pertenece?

La anciana se encogió de hombros.

—Porque alguien de palacio lo dijo. Dijo que tenían derecho a él, que todo el pueblo tenía derecho al oro. Algunos, como el holgazán de mi hijo, lo creyeron. En los tiempos que corren los jóvenes no quieren trabajar. Así pues, están ahí sentados esperando recibir algo, esperando que alguien les solucione la vida en lugar de arreglárselas solos. Y se pelean por quién debe recibir antes el oro. Algunos de los más débiles y ancianos han muerto en las peleas.

»Mientras tanto, como son pocos los que trabajan, los precios no dejan de subir. A duras penas podemos permitirnos comprar pan. Y todo por una estúpida sed de oro —declaró la anciana con amarga expresión—. Mi hijo trabajaba para Chalmer, el panadero, pero ahora se limita a esperar que le entreguen el oro, y su hija cada día está más hambrienta. —Por el rabillo del ojo miró a la pequeña y sonrió con cariño—. Sin embargo, ella sí trabaja. Me ayuda a hacer las tortas y a venderlas para poder comer. Yo no dejo que vague sola por las calles como tantos otros muchachos.

Su mirada era sombría al posarla en Richard.

—Ellos son los indeseables. Ellos, que nos arrebatan lo poco que podemos ganar o fabricar con nuestras manos con la vana promesa de que pronto nos lo devolverán, y encima esperan que les agradezcamos su generosidad. Ellos, quienes empujan a las buenas personas a ser holgazanas a fin de dominarnos como borregos junto al pesebre. Ellos, quienes nos privan de nuestra libertad y nuestras costumbres. Incluso una pobre mujer como yo sabe que los haraganes no tienen opiniones propias y que sólo piensan en ellos mismos. No sé adónde vamos a llegar.

Cuando finalmente pareció quedarse sin aliento, Richard indicó con un gesto la moneda que apretaba en un puño mientras tragaba el bocado de la torta. Entonces le dirigió una mirada muy elocuente.

—Te estaría muy agradecido si, por el momento, olvidaras el aspecto de mi espada.

—Pues claro —accedió la anciana, cabeceando—. Lo que gustéis, milord. Que los buenos espíritus os acompañen. Espero que deis a esos indeseables lo que se merecen.

Richard se alejó un trecho y fue a sentarse un momento sobre un barril al lado de un callejón para acabarse la torta de miel. Estaba muy rica, aunque él no prestara excesiva atención al sabor. Tampoco le servía para acabar con la sensación de aprensión en el estómago. No era exactamente la misma sensación que lo advertía de la presencia de un mriswith, sino más bien lo que sentía al notar que alguien lo observaba. Los pelillos de la nuca se le erizaron. Una vez más escrutó las caras, pero nadie parecía especialmente interesado en él.

Tras lamerse la miel de los dedos volvió a lanzarse al sinuoso fluir de la muchedumbre en la calle, rodeando carros y carretas tirados por caballos. A veces era como nadar contra corriente. El barullo, el metálico repicar de los arreos, el ruido sordo de los cascos, el traqueteo del cargamento en los carros, el crujido de los ejes, el crepitar de la nieve dura, los gritos de los vendedores ambulantes y de los charlatanes así como el zumbido de las conversaciones, algunas de ellas en un sonsonete, y la amalgama de idiomas incomprensibles, lo ponían nervioso. Richard estaba acostumbrado al silencio de su bosque, donde como mucho se oía el susurro del viento en los árboles o el agua saltando sobre las rocas. Aunque

iba a menudo a la ciudad del Corzo, la capital de la Tierra Occidental no era más que una pequeña ciudad; nada comparado con las grandes urbes, como Aydindril, que había visto desde que abandonara su hogar.

¡Cuánto echaba de menos su bosque! Kahlan le había prometido que un día regresarían juntos. Richard sonrió para sí al imaginarse los bellos parajes que le mostraría: los miradores, las cascadas, los escondidos pasos de montaña. Y aún sonrió más al imaginar lo sorprendida que se quedaría y lo felices que serían juntos. Al recordar la especial sonrisa de Kahlan, ésa reservada sólo a él, no pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

Echaba de menos a Kahlan mucho más de lo que nunca llegaría a echar de menos su bosque. Deseaba reunirse con ella cuanto antes. Pero primero tenía que resolver algunos asuntos en Aydindril.

Oyó gritos, alzó la mirada y se dio cuenta de que, sumido como estaba en sus ensoñaciones, no se había fijado por dónde iba y estaba a punto de ser pisoteado por una columna de soldados. El oficial soltó una maldición y ordenó bruscamente a sus hombres que se detuvieran.

—¿Es que estás ciego? —vociferó—. ¡Hay que ser un idiota para ir directo hacia una columna de jinetes!

Richard echó un vistazo en torno. Todo el mundo se había apartado de los soldados y, por sus caras, uno hubiese pensado que jamás se les habría ocurrido caminar por el centro de la calle. De hecho, se comportaban como si los soldados no existieran y muchos de ellos trataban de hacerse invisibles.

El joven fijó la vista en el oficial que lo había increpado y por un instante sopesó la posibilidad de volverse invisible antes de que surgiera algún conflicto y alguien resultara herido. No obstante, a su mente acudió la Segunda Norma de un mago: de las mejores intenciones puede resultar un gran mal. Había aprendido que jugar con magia podía tener resultados desastrosos. La magia era peligrosa y debía usarse con cautela. Así pues, decidió que lo más prudente y sensato sería disculparse.

—Lo siento. No miraba por dónde iba. Perdonadme.

No guardaba memoria de haber visto nunca unos soldados como aquéllos, montados sobre sus caballos formando filas exactas y precisas. Todos exhibían una expresión adusta y llevaban armaduras de un brillo cegador a la luz del sol. Además de impecable armadura perfectamente brillantada, también espadas, cuchillos y lanzas refulgían. Llevaban asimismo una capa carmesí que formaba exactamente los mismos pliegues sobre el flanco del respectivo caballo blanco. Era como si un poderoso monarca estuviera a punto de pasar revista.

El hombre que le había gritado le lanzó una fulminante mirada bajo el borde de un reluciente yelmo rematado por un penacho rojo de crin de caballo. Sujetando fácilmente las riendas de su brioso caballo castrado gris con una sola mano cubierta por guantelete, se inclinó hacia Richard.

—Apártate, imbécil, o te aplastaremos como a un ratón.

Richard reconoció el acento del hombre; era el mismo de Adie. No sabía de qué país era Adie, pero aquellos hombres procedían del mismo lugar.

Richard se encogió de hombros y retrocedió un paso.

—He dicho que lo siento. No tenía ni idea de que hubiera asuntos tan urgentes.

—Combatir al Custodio siempre es un asunto urgente.

Richard retrocedió otro paso.

—No discutiremos sobre eso. No perdáis tiempo; estoy seguro de que ahora mismo debe de estar escondido en un rincón, temblando, esperando que lleguéis a vencerlo.

Los oscuros ojos del oficial brillaron como el hielo. Richard trató de ocultar un estremecimiento. ¿Cuándo aprendería a no ser tan guasón? Suponía que era la consecuencia de su tamaño.

A Richard nunca le había gustado pelearse, pero a medida que crecía se fue convirtiendo en el blanco de otros que deseaban demostrar su valor. Antes de que le fuera entregada la *Espada de la Verdad*, que le enseñó que a veces era necesario dar rienda suelta a la furia que siempre había reprimido, aprendió que con una sonrisa y un comentario jocoso podía calmar los agitados ánimos de sus rivales y desarmar a aquellos que trataban de provocarlo en busca de pelea. Richard era consciente de su fuerza, y la confianza

que ello le daba lo había conducido a un humor fácil y frívolo. En ocasiones no podía evitarlo y hablaba sin pensar.

—Eres atrevido. Tal vez seas uno de los que se han dejado engatusar por el Custodio.

—Os aseguro de que vos y yo combatimos al mismo enemigo.

—Los esbirros del Custodio acechan tras la arrogancia.

Justo cuando pensaba que no tenía que meterse en líos y que ya era hora de emprender la retirada, el soldado hizo gesto de desmontar. En ese mismo instante dos poderosas manos lo agarraron y dos hombres enormes, uno a cada lado, lo levantaron en vilo.

—Lárgate, caballerete —dijo el gigante de su derecha al hombre a caballo—. No te metas donde no te llaman. —Richard trató de torcer el cuello, pero únicamente distinguió el cuero marrón de los uniformes d'haranianos de los hombres que lo sujetaban por detrás.

El soldado se quedó paralizado con un pie fuera del estribo.

—Luchamos en el mismo bando, hermano. Tenemos que interrogar a ese tipo y luego enseñarle algo de humildad. Le...

—¡Largo he dicho!

Richard abrió la boca para decir algo. Inmediatamente el musculoso brazo del d'haraniano de su derecha emergió de debajo de una gruesa capa de lana marrón oscuro y una enorme manaza le tapó la boca. Richard vio una banda de metal dorado justo por encima del codo con relucientes salientes afilados como cuchillas. Aquellas bandas eran armas letales que se usaban para desgarrar al enemigo en un combate cuerpo a cuerpo. Richard a punto estuvo de asfixiarse con su propia lengua.

La mayoría de los soldados d'haranianos eran altos y fornidos, pero aquellos dos eran auténticos gigantes. Peor aún, no eran soldados regulares. Richard había visto antes hombres como éstos, con las bandas doradas justo encima de los codos. Eran los guardaespaldas de Rahl el Oscuro. Rahl no daba ni un paso sin dos de sus guardias pegados a sus talones.

Los dos d'haranianos mantenían a Richard en vilo sin ningún esfuerzo; en sus manos estaba indefenso como una muñeca de trapo. Durante las dos semanas de frenética carrera hasta Aydindril no solamente apenas había comido, sino que apenas había descansado. El combate contra los mriswith sólo unas horas antes le había consumido la poca energía que le quedaba. No obstante, el miedo confirió a sus músculos una reserva de fuerzas. Claro que, contra aquellos dos, no sería suficiente.

El oficial a caballo hizo ademán de nuevo de pasar una pierna sobre el flanco del caballo para desmontar.

—Os he dicho que es nuestro. Vamos a interrogarlo. Si sirve al Custodio, le arrancaremos una confesión.

El d'haraniano situado a la izquierda de Richard replicó en tono grave y amenazador:

—Si desmontas, te cortaré la cabeza y la usaré para jugar a los bolos. Lo estábamos buscando y ahora que lo hemos encontrado es nuestro. Cuando acabemos con él podrás interrogar a su cadáver cuanto quieras.

El jinete se quedó paralizado a medio desmontar y fulminó a los dos d'haranianos con la mirada.

—Te lo repito, hermano: luchamos en el mismo bando. Ambos combatimos la maldad del Custodio. No luchemos entre nosotros.

—¡Si quieres discutir hazlo con la espada, si no, largo de aquí!

Los casi doscientos soldados a caballo contemplaban a los dos d'haranianos sin demostrar especial emoción y, sobre todo, sin temor. Después de todo, ellos eran sólo dos por lo que, pese a su imponente tamaño, no representaban una seria amenaza. Claro que sólo un estúpido pensaría eso. Richard había visto tropas de D'Hara por toda la ciudad y no tardarían en hacer acto de aparición si algunos de los suyos estaban en dificultades.

Pero al oficial no parecían preocuparle excesivamente los otros d'haranianos.

—Vosotros sólo sois dos, hermanos. No sería una lucha igual.

El d'haraniano situado a la izquierda de Richard echó un indiferente vistazo a la hilera de jinetes, entonces volvió la cabeza y escupió.

—En eso tienes razón, caballere. Egan, mi compañero, se hará a un lado para equilibrar la lucha. Me basto y me sobro para encargarme de ti y de tus gallardos hombres. Pero piensa bien lo que haces, «hermano», porque si tu pie toca el suelo, te juro que caerás muerto.

Con gélida mirada, el oficial de reluciente armadura y capa carmesí evaluó a los dos d'haranianos un momento. Luego, mascullando una maldición en una lengua extranjera, volvió a dejar todo el peso sobre la silla.

—Tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos —anunció—. No podemos perder tiempo. Es vuestro.

A un gesto suyo la columna de jinetes se puso en marcha al trote, y a punto estuvo de pisotear a Richard y a sus dos captores. Mientras los dos enormes d'haranianos arrastraban a Richard desde el centro de la calle, la gente se dispersaba para dejarles paso como si tuvieran ojos en la nuca. Las ahogadas protestas de Richard se perdieron en el ruido de la ciudad. Por mucho que lo intentara, no llegaba a sus armas. Sus pies rozaban la nieve sin llegar a tocar el suelo.

Pese a su resistencia, antes de que tuviera tiempo de pensar qué hacer, los d'haranianos se introdujeron en una estrecha y oscura callejuela limitada por una posada y otro edificio con postigos cerrados.

Al fondo de la calleja cuatro figuras embozadas esperaban ocultas en la sombra.

8

Los dos colosales d'haranianos dejaron suavemente a Richard en el suelo. Tan pronto como sus pies se posaron en tierra, la mano encontró la empuñadura de la espada. Los dos d'haranianos separaron los pies, adoptaron una pose relajada y unieron las manos a la espalda. Las cuatro figuras embozadas situadas en el oscuro fondo de la calleja echaron a andar hacia él.

Rápidamente Richard decidió que huir era mejor que luchar, por lo que no llegó a desenvainar la espada sino que echó a correr a un lado. Dio una voltereta sobre la nieve y se puso de pie de un salto. Su espalda chocó contra el frío muro de ladrillos. Jadeando, se cubrió con la capa de mriswith. Un instante después la capa adoptó el mismo color que el muro y Richard se desvaneció.

Ahora que ya no podían verlo sería fácil escapar. Mejor huir que luchar. Sólo tenía que recuperar el aliento.

Las cuatro figuras entraron en la zona iluminada. Las capas que llevaban se abrieron dejando al descubierto prendas de cuero del mismo marrón oscuro que los uniformes de los d'haranianos. Richard vio cuatro cuerpos torneados cubiertos de los pies a la cabeza, con una estrella amarilla entre los vértices de una media luna estampada a la altura del estómago.

Al reconocer esa estrella amarilla y la media luna, Richard se quedó como si le hubieran propinado un mazazo en la cabeza. Demasiadas veces su rostro, cubierto con su propia sangre, había descansado sobre ese emblema. Instintivamente se quedó paralizado sin desenvainar la espada ni siquiera respirar. Por un instante el pánico se apoderó de él y únicamente podía ver ese símbolo que tan bien conocía.

Mord-sith.

La que iba en cabeza se retiró la capucha dejando al descubierto una larga melena rubia recogida en una gruesa trenza. Sus ojos azules recorrieron el muro delante del cual se encontraba Richard.

—¿Lord Rahl? ¿Lord Rahl, dónde...?

Richard parpadeó.

—¿Cara?

Justo cuando relajó la concentración permitiendo así que la capa se tornara de nuevo negra y los ojos de la mujer se posaran en él, el cielo se desplomó sobre ellos.

Con un rugido, un poderoso aleteo y un destello de colmillos, Gratch se lanzó en picado. Casi al instante los hombres empuñaron sus espadas, pero no fueron tan rápidos como las mord-sith. Antes de que los hombres llegaran a desenvainar ellas ya asían los agiels. Pese a que en apariencia no eran más que delgadas varas de cuero rojo, Richard sabía que en realidad eran armas de estremecedor poder; no en vano lo habían «entrenado» con uno.

El joven se lanzó contra el gar y lo derribó contra el muro más alejado antes de que los dos hombres y las cuatro mujeres pudieran alcanzarlo. Gratch lo empujó bruscamente a un lado, deseoso de enfrentarse a la amenaza.

—¡Deteneos! ¡Deteneos todos! —El grito de Richard paralizó a los seis humanos y al gar. El joven no sabía quién llevaba las de ganar en un combate y tampoco le interesaba averiguarlo. Entró en acción plantándose frente a Gratch antes de que se decidieran de nuevo a atacar. Dando la espalda al gar extendió los brazos a ambos lados.

—Gratch es amigo mío. Sólo quiere protegerme. Si no os movéis, no os hará ningún daño.

Gratch abrazó a Richard por la cintura con uno de sus peludos brazos y lo estrechó contra la tensa y rosada piel de su estómago y pecho. En el estrecho callejón resonó un gruñido de afecto hacia Richard y de amenaza hacia los demás.

—Lord Rahl —dijo Cara en voz baja, mientras que los dos hombres envainaban de nuevo las espadas—, estamos aquí para protegeros.

Richard se liberó del brazo del gar y lo tranquilizó.

—No pasa nada Gratch. Los conozco. Has hecho bien, como te pedí, pero ahora ya está. Cálmate.

Gratch emitió un ronroneo que retumbó contra los muros que convertían el callejón en una especie de estrecho y oscuro cañón. Richard sabía que era un sonido de satisfacción. Había ordenado a Gratch que lo siguiera volando o saltando de un tejado a otro, pero sin dejarse ver a menos que algo ocurriera. Y eso había hecho. Richard no había visto ni rastro de él hasta que se dejó caer sobre ellos.

—Cara, ¿qué estáis haciendo aquí?

La mord-sith le tocó un brazo con reverencia y pareció sorprenderse de notarlo sólido. A continuación hundió un dedo en la espalda del joven y sonrió de oreja a oreja.

—Ni siquiera Rahl el Oscuro podía volverse invisible. Mandaba sobre las bestias, pero no podía hacerse invisible.

—Gratch es un amigo; yo no mando sobre él. Y tampoco es que me vuelva invisible exactamente... Cara, ¿qué estáis haciendo aquí?

—Protegeros —respondió la mujer con aire perplejo.

—¿Y ellos? —Richard señaló hacia los dos hombres—. Dijeron que iban a matarme.

Los aludidos permanecieron quietos como estatuas gemelas.

—Lord Rahl —dijo uno de ellos—, moriríamos antes de permitir que os ocurriera algo malo.

—Casi os habíamos alcanzado cuando os topasteis con esos elegantes jinetes —explicó Cara—. Dije a Egan y Ulic que trataran de rescataros sin lucha, pues podríais salir herido. De saber que tratábamos de salvaros, esos jinetes habrían intentado mataros. No podíamos arriesgarnos.

Richard echó un vistazo a los dos hombretones rubios. Las correas de cuero negro, las planchas metálicas y los cinturones de su uniforme les quedaban como un guante sobre sus musculosos cuerpos. En el centro del pecho, grabado sobre el cuero, se veía una ornamentada «R» y bajo ella dos espadas cruzadas. Uno de los dos, Richard no sabía si Egan o Ulic, confirmó las palabras de Cara. Puesto que tanto Cara como las demás mord-sith lo habían ayudado en D'Hara dos semanas atrás, gracias a lo cual logró vencer a Rahl el Oscuro, se sentía inclinado a creerlas.

Poco podía imaginar él qué sucedería cuando liberó a las mord-sith del yugo a Rahl; una vez libres, decidieron convertirse en sus guardianas y protegerlo hasta la muerte. No parecía haber modo de hacerlas cambiar de opinión.

Otra de las mujeres llamó a Cara en tono de advertencia y señaló con la cabeza la entrada del callejón. Los viandantes aminoraban la marcha al pasar, echaban un vistazo y los observaban. Pero con una fulminante mirada, los soldados los obligaron a apartar la vista y seguir adelante.

—Aquí no estamos seguros... —dijo Cara a Richard, agarrándolo por el antebrazo— aún. Venid con nosotros, lord Rahl.

Sin esperar respuesta ni cooperación la mujer lo empujó hacia las sombras del fondo del callejón. Con un mudo gesto Richard tranquilizó a Gratch. Cara levantó la parte inferior de una contraventana suelta y lo hizo entrar delante de ella. La ventana por la que entraron era la única en una habitación solamente amueblada con una polvorienta mesa, tres velas, varios bancos y una solitaria silla. En un lado habían apilado su impedimenta.

Gratch plegó las alas y logró colarse en el interior. Se quedó cerca de Richard, en silencio, observando a los demás. Pero ellos, una vez sabían que era amigo de Richard, no parecían en absoluto inquietos por la presencia de un enorme gar que no les perdía de vista.

—¿Cara, qué es lo que estáis haciendo aquí? —preguntó Richard por tercera vez.

—Ya os lo he dicho: protegeros —respondió ella con el ceño fruncido, como si lo considerara algo obtuso. Esbozando una maliciosa sonrisa añadió—: Y parece que hemos llegado justo a tiempo. El amo

Rahl debe consagrarse a lo suyo, a ser la magia contra la magia, y dejarnos a nosotras que seamos el acero contra el acero. —La mord-sith extendió una mano hacia sus compañeras—. En palacio no hubo tiempo para presentaciones. Éstas son mis Hermanas del agiel: Hally, Berdine y Raina.

Richard escrutó los tres rostros a la titilante luz de las velas. En el palacio de D'Hara tenía tanta prisa que solamente recordaba a Cara, la mord-sith que había hablado en nombre de las demás y a la que había amenazado con un cuchillo hasta convencerse de que decía la verdad. Al igual que Cara, Hally era rubia, de ojos azules y alta. Berdine y Raina eran algo más bajas; Berdine tenía los ojos azules y pelo castaño ondulado que se recogía en una trenza. Raina era morena y tenía una mirada que lo taladraba; escrutaba su alma en busca de fuerza, debilidad y carácter, como sólo una mord-sith era capaz de hacer. Pero, debido a los ojos oscuros, el examen de Raina parecía más incisivo y penetrante. Richard les sostuvo la mirada.

—¿Vosotras estabais entre las mord-sith que me guiaron en el palacio? —Las mujeres asintieron—. En ese caso os debo gratitud eterna. ¿Y las demás?

—Las otras se han quedado en palacio, por si regresabais antes de que nosotras os encontrásemos —respondió Cara—. El comandante general Trimack insistió en que Ulic y Egan nos acompañaran, pues forman parte de la guardia personal del amo Rahl. Partimos una hora después de vos y tratamos de alcanzaros. —La mujer sacudió la cabeza en gesto de admiración—. Pero, aunque no perdimos tiempo, nos sacasteis casi un día de ventaja.

Richard se ajustó el tahalí del que colgaba la espada.

—Es que tenía mucha prisa.

Cara se encogió de hombros.

—Sois el amo Rahl. Nada de lo que hagáis puede sorprendernos.

Richard recordó que se había quedado pasmada al verlo desaparecer pero, decidido a aprender a morderse la lengua, no dijo nada. En vez de eso observó la habitación polvorienta y apenas iluminada.

—¿Que estáis haciendo aquí?

Cara se quitó los guantes y los arrojó encima de la mesa.

—Tenía que ser la base desde la que buscaros. Hace poco que llegamos. Elegimos este lugar porque está cerca del cuartel general de los d'haranianos.

—Me han dicho que ocupan un gran edificio detrás del mercado.

—Así es —dijo Hally—. Lo hemos comprobado.

Richard buscó sus penetrantes ojos azules.

—Iba hacia allí cuando me encontrasteis. Supongo que no me irá mal que me acompañéis. —El joven se aflojó la capa de mriswith al cuello y se rascó la parte posterior del cuello—. ¿Cómo lograsteis dar conmigo en una ciudad tan grande?

Los dos hombres no revelaron emoción alguna, pero las mujeres enarcaron las cejas.

—Sois el amo Rahl —se limitó a decir Cara, como si fuese suficiente explicación.

Richard puso las manos en las caderas.

—¿Y...?

—El vínculo —dijo Berdine. Perpleja, contempló la expresión de desconcierto del joven—. El vínculo nos une al amo Rahl.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene eso que ver con encontrarme?

Las mujeres intercambiaron miradas. Cara ladeó la cabeza y luego repuso:

—Vos sois el amo Rahl de D'Hara, y nosotros somos d'haranianos. ¿Cómo es posible que no lo entendáis?

Richard se apartó un mechón de pelo de la frente y entonces suspiró exasperado.

—Yo me crié en La Tierra Occidental, muy lejos de D'Hara. No supe nada de la existencia de D'Hara y mucho menos de Rahl el Oscuro hasta que los Límites cayeron. Ni siquiera supe que Rahl el Oscuro era mi padre hasta hace unos meses. Rahl violó a mi madre —contó a las desconcertadas mord-sith, aunque evitando su mirada— y ella huyó a la Tierra Occidental antes de nacer yo, antes de que se alzaran los Límites. Rahl el Oscuro nunca supo de mi existencia ni que yo fuese su hijo hasta que murió. Así pues, no tengo ni idea de qué significa ser el amo Rahl.

Los dos hombres continuaban impasibles. Las cuatro mord-sith lo observaron fijamente unos momentos como si nuevamente exploraran su alma. La luz de las velas añadía un destello a los ángulos de sus ojos. Richard se preguntó si acaso lamentaban haberle jurado fidelidad.

Era muy embarazoso contar a personas a las que realmente no conocía el modo en que fue concebido.

—Aún no me habéis explicado cómo me habéis encontrado.

Mientras Berdine se despojaba de su capa y la arrojaba a la pila de la impedimenta, Cara le instó a que tomara asiento colocándole una mano sobre el hombro. Por el modo en que la silla se balanceó bajo su peso Richard no estaba seguro de que lo aguantara.

—Puesto que vosotros sentís el vínculo con más fuerza —dijo Cara dirigiéndose a los dos soldados—, tal vez sea mejor que se lo expliquéis vosotros. ¿Ulic?

Ulic se removió, inquieto.

—No sé ni por dónde empezar.

Cara iba a decir algo pero Richard la interrumpió.

—Tengo cosas importantes que hacer y no puedo perder mucho tiempo. Tú dime lo más importante. ¿Qué es el vínculo?

—De acuerdo. Os diré lo que nos enseñan a nosotros.

Con un ademán Richard invitó a Ulic a sentarse en un banco. Lo ponía nervioso tenerlo enfrente como una alta montaña provista de brazos. Mirando de reojo comprobó que Gratch se lamía sosegadamente el pelaje, aunque sin apartar sus relucientes ojos de los d'haranianos. El joven sonrió, tranquilo. Gratch nunca había estado rodeado de tanta gente y, en vista de lo que planeaba, quería que se sintiera cómodo. En la arrugada faz del gar se dibujó una sonrisa pero sus orejas seguían levantadas y no se perdía ni media palabra. Richard deseó estar seguro de hasta qué punto entendía Gratch.

Ulic se acercó al banco y se sentó.

—Hace mucho tiempo...

—¿Cuánto? —lo atajó Richard.

Ulic pensó la respuesta mientras acariciaba con un pulgar el mango de hueso del cuchillo que llevaba al cinto. Tenía una voz tan grave que parecía capaz de apagar la llama de las velas.

—Hace mucho tiempo... en los albores de D'Hara. Creo que de eso hace varios miles de años.

—¿Sí? ¿Qué ocurrió en tiempos tan remotos?

—Bueno, entonces fue cuando se creó el vínculo. En el principio de los tiempos el primer amo Rahl desplegó su poder, su magia, sobre la gente de D'Hara para protegerla.

Richard enarcó una ceja.

—Querrás decir para dominarla...

—No. —Ulic negó con la cabeza—. Fue un pacto. La Casa de Rahl —explicó, dándose golpecitos sobre la «R» grabada en el pecho— sería la magia y el pueblo de D'Hara sería el acero. Nosotros lo protegemos a él y él, a su vez, nos protege a nosotros. Estamos unidos.

—¿Para qué necesita un mago la protección del acero? Los magos son poderosos.

El uniforme de cuero de Ulic crujió al apoyar un codo sobre la rodilla e inclinarse hacia adelante con actitud aleccionadora.

—Vos poseéis magia. ¿Acaso siempre os ha protegido? No podéis estar siempre despierto, ni ver quién hay detrás de vos, ni conjurar magia con la suficiente rapidez si el enemigo es muy numeroso. También los magos mueren a punta de espada. Nos necesitáis.

Richard no lo rebatió.

—Bueno, ¿y qué tiene que ver el vínculo conmigo?

—El pacto, la magia, vincula a la gente de D'Hara con el amo Rahl. Cuando el amo Rahl muere, el vínculo pasa a su heredero, si es que tiene el don. —Ulic se encogió de hombros—. El vínculo es la magia que une. Todos los d'haranianos la sienten; aprendemos a hacerlo desde que nacemos. Cuando el amo Rahl está cerca notamos su presencia. Así es como os encontramos; cuando estáis cerca, nosotros lo presentimos.

Richard se agarró a los brazos de la silla al tiempo que se inclinaba hacia adelante.

—¿Me estás diciendo que todos los d'haranianos sienten mi presencia y saben dónde estoy?

—No. La cosa no es tan simple. —Ulic introdujo un dedo bajo el uniforme de cuero para rascarse el hombro, tratando de hallar el modo de explicarse.

Berdine acudió a su rescate; plantó un pie en el banco, junto a Ulic, y se inclinó sobre un codo. Al hacerlo su pesada trenza castaña le cayó por encima del hombro.

—Veréis, para empezar todos tenemos que reconocer al nuevo amo Rahl. Es decir, tenemos que reconocerlo y aceptar su autoridad formalmente. No se trata de una ceremonia, sino de reconocerlo y aceptarlo en nuestros corazones. Tampoco tiene que ser una aceptación deseada voluntariamente y, en el pasado, al menos para nosotras, no lo era, pero de todos modos, esa aceptación debe existir.

—Quieres decir que tenéis que creer.

Todas las caras, vueltas hacia él, se iluminaron.

—Sí. Es un buen modo de expresarlo —intervino Egan—. Una vez que consentimos someternos a la autoridad del amo Rahl, mientras viva estamos unidos a él. Cuando muere, el nuevo amo Rahl ocupa su lugar y el vínculo pasa a él. Al menos así debería ser. Pero esta vez algo salió mal y Rahl el Oscuro, o su espíritu, de algún modo logró mantener una parte de sí en este mundo.

Richard se enderezó en la silla.

—La puerta. Las cajas en el Jardín de la Vida son una puerta hacia el inframundo y una de ellas permaneció abierta. Cuando regresé, hace dos semanas, la cerré y envié a Rahl el Oscuro al inframundo, y esta vez para siempre.

Los músculos de Ulic se marcaron cuando se frotó las palmas de las manos.

—Cuando Rahl el Oscuro murió, a principios de invierno, y vos hablasteis delante de palacio, muchos d'haranianos creyeron que erais el nuevo amo Rahl. Sin embargo otros no. Algunos todavía mantenían su lealtad, su vínculo a Rahl el Oscuro. Debió de ser por esa puerta que decís que seguía abierta. Nunca había ocurrido antes, al menos que yo sepa.

»Luego, al regresar a palacio y vencer al espíritu de Rahl el Oscuro gracias al don, también vencisteis a los oficiales rebeldes que se oponían a vos. Al desterrar el espíritu de Rahl el Oscuro rompisteis el vínculo que aún mantenía con algunos de ellos y convencisteis al resto de los habitantes de palacio de que, efectivamente, erais el nuevo amo Rahl. Ahora todos son leales. Todo el palacio está vinculado a vos.

—Tal como debe ser —sentenció Raina—. Sois el poseedor del don; sois un mago. Sois la magia contra la magia; y los d'haranianos, vuestro pueblo, son el acero contra el acero.

Richard alzó la vista hacia los oscuros ojos de la mujer.

—Sé menos de ese vínculo, eso del acero contra el acero y de la magia contra la magia, de lo que sé sobre magia, y te advierto que apenas sé nada sobre magia. No tengo ni idea de cómo se usa.

Las mord-sith se quedaron mirándolo un momento y luego se echaron a reír como si Richard acabara de gastarles una broma y pretendieran quedar bien con él.

—No bromeo. No sé cómo usar mi don.

Hally le propinó una palmada en el hombro y señaló a Gratch.

—Mandáis sobre las bestias, como Rahl el Oscuro. Nosotras no podemos. E incluso habláis con él. ¡Habláis con un gar!

—No lo entendéis. Le salvé cuando era sólo un cachorro y lo crié, eso es todo. Luego nos hicimos amigos. No es magia.

Hally volvió a palmearle el hombro.

—Es posible que a vos no os parezca magia, lord Rahl, pero ninguno de nosotros podría hacerlo.

—Pero...

—Hemos visto cómo os volvíais invisible —arguyó Cara, que ya no reía—. ¿Vais a decirnos que no era magia?

—Bueno, sí. Supongo que eso sí que era magia, pero no del modo que os imagináis. Es que...

—Lord Rahl, a vos os parece de lo más normal porque poseéis el don. Pero para nosotros es magia. No nos diréis ahora que cualquiera puede hacerlo.

—No, no podríais —repuso Richard, en un aprieto—. Pero insisto en que no es lo que creéis.

Los oscuros ojos de Raina se clavaron en él con esa mirada con las que las mord-sith exigían obediencia ciega; una mirada acerada que pareció paralizarle la lengua. Aunque ya no estaba cautivo de una mord-sith y esas mujeres trataban de ayudarlo, la mirada lo impresionó.

—Lord Rahl —dijo Raina con voz queda que llenó el silencio de la habitación—, en el Palacio del Pueblo luchasteis contra el espíritu de Rahl el Oscuro. Vos, simplemente un hombre, os enfrentasteis al espíritu de un poderoso hechicero que había regresado del inframundo, del mundo de los muertos, para destruirnos a todos. Rahl el Oscuro ya no tenía una existencia corpórea; no era más que un espíritu animado gracias a la magia. A un demonio así sólo se lo vence con magia.

»Durante el combate lanzasteis rayos que, impulsados por la magia recorrieron el palacio para destruir a los líderes rebeldes, a los que deseaban el triunfo de Rahl el Oscuro. Todos aquellos que aún no estaban unidos a vos, ese día se unieron. Ninguno de nosotros había visto nunca nada semejante a la magia que crepitó en palacio ese día.

La mord-sith se inclinó hacia él, manteniéndolo preso de su oscura mirada. Su apasionada voz cortaba el silencio.

—Eso fue magia, lord Rahl. Estábamos a punto de ser destruidos, de ser engullidos por el mundo de los muertos. Vos nos salvasteis. Cumplisteis vuestra parte del pacto: ser la magia contra la magia. Sois el amo Rahl, y estamos dispuestos a dar nuestra vida por vos.

Richard se dio cuenta de que su mano derecha aferraba con tanta fuerza la empuñadura de su espada que notaba cómo las letras doradas en relieve de la palabra «VERDAD» se le hundían en la carne. De algún modo logró sustraerse de la mirada de Raina y posar los ojos en el resto.

—Todo lo que decís es cierto, pero no es tan simple como creéis. Hay más. Me niego a pensar que fui capaz de hacer lo que hice porque sabía cómo. Simplemente sucedió. Rahl el Oscuro estudió toda su vida para convertirse en mago, para usar la magia. Pero yo apenas sé nada de eso. Depositáis demasiada confianza en mí.

Cara se encogió de hombros.

—Lo comprendemos —dijo—. Aún os queda mucho que aprender sobre la magia. Eso es bueno. Siempre está bien aprender más. Cuanto más sepáis, mejor nos serviréis.

—No, no lo comprendéis en absoluto...

—No importa cuánto sepáis —lo tranquilizó Cara, poniéndole una mano sobre el hombro—, siempre habrá más. Nadie lo sabe todo. Pero eso no cambia nada. Vos sois el amo Rahl, y estamos unidos a vos. —La mujer le estrujó el hombro antes de añadir—: No podríamos cambiar eso ni aunque quisiéramos.

Richard tuvo una súbita sensación de calma. De hecho, no le interesaba cambiar las cosas; podía servirse de su ayuda y su lealtad.

—Antes, en la calle, me ayudasteis, y es posible incluso que me salvaseis el cuello, pero no quiero que tengáis una desproporcionada fe en mí. No quisiera decepcionaros. Deseo que me sigáis porque estáis convencidos de que lo que hacemos está bien y no debido a un vínculo forjado con magia. No quiero esclavos.

—Lord Rahl —intervino Raina, y por primera vez titubeó—, en el pasado estábamos unidas a Rahl el Oscuro y nada podíamos contra eso, como tampoco podemos ahora. Él nos arrebató de nuestros hogares cuando éramos niñas, nos entrenó y nos utilizó para...

—Lo sé. —Richard se levantó y la silenció poniéndole un dedo sobre sus labios—. Ya pasó. Ahora sois libres.

Cara le agarró por la camisa y acercó mucho su rostro al de ella.

—¿Es que no lo veis? Aunque muchas de nosotras odiábamos a Rahl el Oscuro, no podíamos evitar servirlo debido al vínculo. Eso sí era esclavitud.

»No nos importa que no lo sepáis todo. Estamos unidas a vos porque sois el amo Rahl. Pero por primera vez en nuestras vidas no es una carga. Si el vínculo no existiera, de todos modos decidiríamos servirlos; no somos esclavas.

—Nosotras no sabemos nada sobre magia —dijo Hally— pero os podemos enseñar qué significa ser el amo Rahl. Después de todo la misión de una mord-sith es enseñar. —Su irónica sonrisa suavizó sus ojos azules y dejó entrever la mujer que había más allá de la mord-sith. Pero enseguida la sonrisa desapareció para adoptar una expresión seria—. No nos importa que os queden más etapas en el camino; nosotras no os abandonaremos.

Richard se pasó los dedos por el pelo. Estaba conmovido por sus palabras, pero lo inquietaba la devoción ciega que le demostraban.

—Quiero que comprendáis que no soy el mago que creáis. Sé algo de magia, por ejemplo de la magia de mi espada, pero no sé cómo usar mi don. Es algo que sale de dentro de mí sin que lo entienda ni pueda controlarlo, y hasta ahora los buenos espíritus me han ayudado. —El joven hizo una pausa y se sumergió en lo más profundo de sus expectantes miradas—. Denna está con ellos.

Las cuatro mujeres sonrieron; cada una a su manera. Todas habían conocido a Denna, sabían que ella lo había entrenado y que la había matado para poder escapar. Al hacerlo, la había liberado del vínculo con Rahl el Oscuro y también la había liberado de aquello en lo que se había convertido. Pero por mucho que supiera que ahora el espíritu de Denna estaba en paz, esa muerte lo seguía atormentando. Había vuelto blanca la *Espada de la Verdad* y había puesto fin a la vida de Denna con ese lado de la magia, con su amor y su perdón.

—No puede haber nada mejor que tener a los buenos espíritus de nuestro lado —sentenció Cara con voz serena, hablando en nombre de todas—. Me alegra saber que Denna está con ellos.

Richard desvió la mirada e hizo un esfuerzo por librarse también de esos angustiosos recuerdos. Se sacudió el polvo de los pantalones y cambió de tema.

—Bueno, como Buscador de la Verdad que soy me disponía a averiguar quién está al mando de los d'haranianos aquí en Aydindril. Debo hacer algo importante y no hay tiempo que perder. No sé nada acerca de ese vínculo, pero sí sé qué significa ser el Buscador. Supongo que no me irá mal un poco de ayuda.

—Menos mal que os hemos encontrado a tiempo —dijo Berdine, mientras sacudía su mata de pelo castaño. Las otras tres murmuraron palabras de aquiescencia.

—¿Por qué? —inquirió Richard, mirándolas una a una.

—Porque aún no saben que sois el amo Rahl —explicó Cara.

—Ya os lo he dicho: soy el Buscador. Eso es más importante que ser el amo Rahl. No olvidéis que como Buscador maté al último amo Rahl. Pero ahora que sé lo del vínculo pienso decir al comandante en jefe d'haraniano que soy el nuevo lord Rahl y le pediré lealtad. Sin duda eso facilitará mis planes.

Berdine se echó a reír.

—Lo repito: menos mal que os hemos encontrado a tiempo.

—Tiemblo al pensar lo cerca que hemos estado de perderlo —comentó Cara a su hermana de agiel, al tiempo que se apartaba el oscuro flequillo.

—¿De qué estáis hablando? Son d'haranianos. Creía que se darían cuenta de quién soy, por todo eso del vínculo.

—Ya os lo hemos dicho —repuso Ulic—, primero deben reconocer y aceptar de manera formal la autoridad del amo Rahl. A ellos aún no les habéis convencido. Además, el vínculo no es igual para todos.

Richard alzó los brazos al cielo.

—Primero me decís que me seguirán y ahora me decís que no. ¿En qué quedamos?

—Debéis vincularlos a vos, lord Rahl —le explicó Cara pacientemente—. Si es que podéis, claro. El general Reibisch no es de sangre pura.

—¿Qué significa eso?

Egan intervino.

—Lord Rahl, en el inicio de los tiempos cuando el primer amo Rahl conjuró el hechizo que nos vinculó a él, D'Hara no era lo que es hoy. Era un país dentro de otro país mucho mayor, más o menos como los diversos países que integran la Tierra Central.

De pronto Richard recordó la historia que Kahlan le contó la noche que se conocieron. Sentados en el interior del tronco hueco de un pino, junto al fuego, temblando todavía por el aterrador encuentro con un gar, le relató parte de la historia del mundo que se extendía más allá de su Tierra Occidental natal.

Con la mirada perdida en un oscuro rincón, recordó la historia:

—El abuelo de Rahl el Oscuro, Panis, Señor de D'Hara, decidió unir todos los países bajo su mandato. Se anexionó todos los países y todos los reinos para formar uno solo: D'Hara.

—Exacto —confirmó Egan—. No todos los que se consideran d'haranianos descienden de los primeros habitantes de D'Hara, de los que se vincularon a Panis. Algunos sólo tienen una pequeña parte de verdadera sangre d'haraniana, mientras que otros, como Ulic y yo, somos de sangre pura. Los que no tienen ni una gota de verdadera sangre d'haraniana no sienten el vínculo.

»Rahl el Oscuro, y su padre antes que él, reunieron a su alrededor a personas que pensaban como ellos, que ansiaban el poder. Por las venas de muchos de ellos no corría verdadera sangre de D'Hara, sino sólo ambición.

—El comandante general Trimack de palacio y los hombres de la Primera Fila —con un gesto Richard señaló a Ulic y Egan— y la guardia personal del amo Rahl, ¿deben ser de sangre pura?

—Así es —respondió Ulic—. Rahl el Oscuro, como su padre, solamente confiaba en los de sangre pura para que lo protegieran, mientras que a los de sangre mezclada o los que no sentían en absoluto el vínculo los enviaba a luchar lejos de D'Hara y a conquistar nuevas tierras.

Richard se acarició pensativo el labio inferior.

—¿Y qué me decís del hombre que está al mando de las tropas de D'Hara en Aydindril? ¿Cómo habéis dicho que se llama?

—General Reibisch —replicó Berdine—. Es de sangre mezclada, por lo que no será fácil. Pero si conseguís que os reconozca como amo Rahl tiene la suficiente sangre pura para establecer el vínculo. La vinculación de un oficial conlleva la vinculación inmediata de muchos de sus hombres, porque confían en él y creen lo que él cree. Si lográis unir al general Reibisch tendréis el control de las fuerzas en Aydindril, pues aunque algunos de sus hombres no tienen ni una gota de sangre pura son leales a su líder y, en cierto modo, también estarán unidos a vos.

—En ese caso tendré que hacer algo para convencer a ese general Reibisch de que soy el nuevo amo Rahl.

—Para eso nos necesitáis —declaró Cara con una maliciosa sonrisa—. Os hemos traído algo de parte del comandante general Trimack. Enséñaselo Hally.

La aludida se desabrochó la parte superior de su atuendo de cuero y se sacó una bolsa larga que colgaba entre sus senos. Con una orgullosa sonrisa se la tendió a Richard. Éste sacó del interior un rollo y examinó el símbolo de una calavera con dos espadas cruzadas debajo grabado en la cera de color dorado.

—¿Qué es?

—El comandante general Trimack quería ayudaros —respondió Hally. Con un destello de sonrisa aún en sus ojos señaló el sello de cera—. Éste es el sello personal del comandante general de la Primera Fila. Está escrito de propia mano. Yo misma vi cómo lo escribía. En él declara que vos sois el nuevo amo Rahl y que tanto la Primera Fila como todas las tropas y generales de campo de D'Hara ya os han reconocido, se han vinculado y están dispuestos a defender vuestro ascenso al poder con sus propias vidas. Amenaza con eterna venganza a todos aquellos que se opongan a vos.

Richard alzó la mirada hacia los azules ojos de la mord-sith.

—Te comería a besos, Hally.

La sonrisa de la mujer se esfumó al instante.

—Lord Rahl, nos habéis declarado libres. Ya no tenemos que someternos a... —Hally se interrumpió y se sonrojó, como sus compañeras. Entonces humilló la cabeza y clavó la vista en el suelo. Al hablar su voz fue un dócil susurro—. Perdonadme, lord Rahl. Si es eso lo que deseáis, naturalmente nos ofrecemos voluntariamente.

Richard le levantó el mentón con los dedos.

—Hally, no era más que una forma de hablar. Vosotras mismas me habéis dicho que, pese al vínculo, esta vez no sois esclavas. No soy sólo el amo Rahl sino también el Buscador de la Verdad y espero que llegue el día en que todos vosotros queráis seguirme porque nuestra causa es justa. Vuestro vínculo debe ser con la causa, no conmigo. No temáis nunca que revoque vuestra libertad.

—Gracias, lord Rahl.

—Bueno —prosiguió Richard, agitando el rollo—, ya es hora de que el general Reibisch conozca al nuevo amo Rahl, para así seguir adelante con los planes.

Berdine frenó su entusiasmo.

—Lord Rahl, las palabras del comandante general sólo son una ayuda. Pero ellas mismas no bastan para vincular a vos las tropas.

—Lo de siempre: primero me dais esperanzas y luego las destrozáis de un plumazo. ¿Qué más debo hacer? ¿Algún truco de magia?

Las cuatro asintieron, satisfechas de que al fin Richard hubiera entendido el plan.

—¡Qué! —exclamó el joven—. ¿Decís en serio que ese general espera que le haga un truco de magia para demostrar quién soy?

Cara se encogió de hombros, incómoda.

—Lord Rahl, lo que tenéis en las manos no son más que palabras. Por mucho que os ayuden no pueden hacer el trabajo por vos. En el palacio de D'Hara la palabra del comandante general es la ley, sólo vos estáis por encima de él, pero aquí no es así. Aquí, el general Reibisch es la ley, y debéis convencerlo de que estáis por encima de él.

»No os será fácil ganaros a esos hombres. El amo Rahl debe ser una figura fuerte y poderosa que les inspire un respeto reverencial. Para invocar el vínculo debéis sobrecogerlos, como hicisteis con las tropas de palacio al encender los muros con vuestros rayos. Como vos mismo habéis dicho: deben creer. Y para creer necesitarán más que unas palabras escritas en papel. La carta del general Trimack ayudará, pero no es suficiente.

—Magia —masculló Richard, dejándose caer sobre la desvencijada silla. Estaba tan cansado que apenas podía pensar. Él era el Buscador, designado por un mago, lo cual conllevaba poder y responsabilidad; el Buscador era una ley por sí mismo. Su plan había sido actuar como Buscador. De hecho, aún podía hacerlo. Sabía cómo ser el Buscador.

Sin embargo, si pudiera ganarse la lealtad de los d'haranianos en Aydindril...

Una cosa estaba clara: tenía que asegurarse de que Kahlan se encontraba a salvo. Tenía que pensar con la cabeza y no sólo con el corazón. No podía simplemente correr a su encuentro, haciendo caso omiso de lo que sucedía; no, si quería realmente asegurarse de que nada le pasara. Era preciso que se ganara a los d'haranianos.

De un salto se puso en pie y preguntó:

—¿Habéis traído los trajes rojos? —Las mord-sith se ponían trajes de cuero rojo cuando se disponían a impartir disciplina. Eran rojos para que la sangre no se viera. Cuando una mord-sith llevaba su traje rojo era señal de que esperaba que hubiera mucha sangre, y desde luego no suya.

Hally sonrió con astucia y cruzó los brazos sobre los pechos.

—Una mord-sith no va a ninguna parte sin su traje rojo.

—¿Se os ha ocurrido alguna cosa, lord Rahl? —preguntó Cara, esperanzada.

—Sí. ¿No habéis dicho que necesitan ver una exhibición de poder y fuerza? ¿Que deben quedar sobrecogidos por la magia? Pues les daremos una magia que los dejará anonadados. No obstante —añadió, alzando un dedo en gesto admonitorio— no quiero que nadie salga herido. Tenéis que hacer lo que yo diga. No os di la libertad para que os maten a las primeras de cambio.

Hally lo taladró con su férrea mirada.

—Una mord-sith no debe morir en la cama, vieja y desdentada.

En aquellos ojos azules Richard captó una sombra de la locura que había convertido a aquellas mujeres en armas sin sentimientos. Él había sufrido en sus propias carnes una pequeña parte de lo que ellas habían sufrido; sabía qué era vivir con esa locura. Así pues, sostuvo la mirada a Hally y replicó en tono suave, para aplacarla:

—Si os matan, ¿quién me protegerá?

—Si debemos dar nuestras vidas, lo haremos. De otro modo no habrá lord Rahl que proteger. —Una inesperada sonrisa suavizó la mirada de Hally y alumbró una pequeña luz en las sombras—. Queremos que lord Rahl muera en la cama, viejo y desdentado. ¿Qué queréis que hagamos?

Por la cabeza del joven pasó la sombra de una duda. ¿Acaso esa misma locura estaba alimentando su ambición? No. No tenía elección. Era el modo de salvar vidas.

—Quiero que las cuatro os pongáis vuestro traje rojo. Nosotros esperaremos fuera mientras os cambiáis. Cuando estéis listas os lo explicaré.

Ya daba media vuelta para irse cuando Hally lo detuvo agarrándolo por la camisa.

—Ahora que os hemos encontrado no os vamos a perder de vista. Quedaos aquí mientras nos cambiamos. Si lo deseáis, volveos de espaldas.

Con un suspiro Richard se dio media vuelta y se cruzó de brazos. Los dos soldados miraron. Richard frunció el entrecejo y con un gesto les ordenó que se dieran la vuelta. Gratch ladeó la cabeza con expresión desconcertada, pero los imitó.

—Nos alegramos de que hayáis decidido unir a esos hombres a vos, lord Rahl —dijo Cara. Richard las oía sacar sus cosas de las mochilas—. Estaréis mucho más seguro con todo un ejército para protegeros. Después de vincularlos partiremos hacia D'Hara, donde estaréis seguro.

—No iremos a D'Hara —dijo Richard por encima del hombro—. Tengo asuntos importantes que resolver. Tengo planes.

—¿Planes, lord Rahl? —Richard casi pudo sentir el aliento de Raina en la nuca mientras se despojaba de sus prendas de cuero marrones—. ¿Qué planes?

—¿Qué planes podría tener el amo Rahl? Conquistar el mundo, por supuesto.

9

No fue necesario abrirse paso a empujones entre la multitud; su presencia provocaba una oleada de pánico, como lobos entre un rebaño de corderos. La gente se dispersaba gritando. Las madres cogían a sus hijos en brazos y echaban a correr, los hombres caían de bruces sobre la nieve en sus prisas por apartarse, los vendedores ambulantes abandonaban sus mercancías y corrían para salvar sus vidas, y las puertas de las tiendas a ambos lados se iban cerrando de golpe.

Richard se dijo que el pánico era una buena señal. Al menos, no harían caso omiso de ellos. Claro que resultaba un poco difícil hacer caso omiso de un gar de más de dos metros de estatura que caminaba por una ciudad a plena luz del día. Seguramente Gratch se lo estaba pasando en grande. Pero los demás, que no compartían la misma visión inocente de la tarea que tenían entre manos, exhibían una expresión adusta.

Gratch caminaba detrás de Richard, Ulic y Egan iban al frente, Cara y Berdine a su izquierda, y Hally y Raina a la derecha. No era al azar. Ulic y Egan habían insistido en que por ser los guardianes personales de lord Rahl debían ir cada uno a un lado. Las mord-sith pusieron mala cara y arguyeron que serían la última línea de defensa alrededor de lord Rahl. A Gratch no le importaba dónde lo colocaran, siempre que estuviera cerca de Richard.

Finalmente Richard tuvo que alzar la voz para poner fin a la discusión. Les dijo que Ulic y Egan marcharían al frente para abrir paso en caso necesario, las mord-sith protegerían los flancos y, por su altura, Gratch iría detrás de él. Nadie protestó; todos parecían pensar que les habían asignado la posición más adecuada para defender a lord Rahl.

Ulic y Egan se habían retirado las capas y exhibían por encima de los codos brazales provistos de pinchos, aunque las espadas seguían envainadas. Las mujeres iban cubiertas del cuello hasta los pies por ceñidos trajes de cuero de color rojo sangre, con el símbolo de las mord-sith de la estrella y la media luna amarillas en el estómago. Empuñaban el agiel en una mano protegida con un guante de cuero negro y el dorso blindado.

Richard sabía perfectamente el dolor que causaba sostener un agiel. Del mismo modo que el agiel con el que Denna lo había entrenado, y que después le había dado, le dolía cada vez que lo cogía, ellas tampoco podían empuñar su propio agiel sin que la magia del objeto les causara un daño atroz. No obstante, las mord-sith aprendían a soportar el dolor y se enorgullecían de su capacidad de aguante.

Él había tratado de convencerlas de que renunciaran al agiel, pero fue en vano. Podría ordenárselo y ellas obedecerían, pero eso sería traicionar la libertad que les había concedido; algo en lo que no quería ni pensar. Si renunciaban al agiel, tenía que ser por propia voluntad, aunque no confiaba en que lo hicieran. Después de llevar él mismo tanto tiempo la *Espada de la Verdad* podía entender que los deseos chocasen con los principios; él odiaba la espada y deseaba deshacerse de ella, de los actos que cometía con ella, de lo que la espada le hacía, pero al mismo tiempo había luchado para conservarla.

Entre cincuenta y sesenta soldados patrullaban fuera del edificio cuadrado de dos plantas ocupado por el alto mando de D'Hara. De ellos sólo seis, situados en el rellano de la entrada, mostraban una actitud marcial. Sin detenerse Richard y su pequeña compañía caminaron en línea recta entre los soldados, en dirección a los escalones. Atónitos y asustados, los hombres se iban apartando para dejarlos pasar.

Aunque no se dejaban llevar por el pánico, como la gente común en el mercado, la mayoría de ellos se apartaban. Y las aceradas miradas de las mord-sith alejaban al resto tan eficazmente como si los amenazaran con espadas. Algunos, mientras retrocedían unos pasos, se llevaban la mano a la empuñadura de su arma.

—¡Paso a lord Rahl! —bramó Ulic. Los soldados se alejaron más en absoluto desorden. Para no correr riesgos, pese a su confusión algunos inclinaron la cabeza.

Richard, sumido en un mundo propio de concentración, lo observaba todo bajo su capa de *mrswith*.

Antes de que nadie tuviera la suficiente presencia de ánimo para detenerlos o interrogarlos, habían atravesado la turba de soldados y habían subido la docena de escalones que conducían a la sencilla puerta acorazada. Allí uno de los soldados, un hombre de estatura similar a la de Richard, decidió que no estaba seguro de si debía franquearles el paso. Así pues, se colocó ante la puerta y empezó a decir:

—Esperad aquí hasta...

—¡Paso a lord Rahl, idiota! —gruñó Egan, sin detenerse.

Los ojos del soldado se clavaron en los brazales.

—¿Qué...?

Sin pararse Egan lo apartó a un lado de un tremendo revés. El soldado cayó al suelo. Dos de sus compañeros se quitaron de en medio a toda prisa, mientras que los otros tres abrían la puerta y entraban de espaldas.

Richard se estremeció. Les había dicho a todos, Gratch incluido, que no quería que nadie resultara herido a menos que fuera estrictamente necesario, y ahora lo inquietaba lo que ellos pudieran considerar necesario.

En el interior, los soldados que habían oído el alboroto fuera salieron a toda prisa a su encuentro desde corredores tenuemente iluminados. Al ver a Ulic y a Egan, con sus brazales dorados por encima de los codos, no desenvainaron las armas, aunque por su expresión no les faltaban ganas. Un amenazador gruñido de Gratch los obligó a frenar la marcha. Pero cuando vieron a las *mord-sith* con las ropas de cuero rojo, no dieron ni un paso más.

—El general Reibisch —se limitó a decir Ulic.

Un puñado de los hombres se avanzó.

—Lord Rahl desea ver al general Reibisch —declaró Egan con tranquila autoridad—. ¿Dónde está?

Recelosos, los hombres se miraron pero guardaron silencio. Por el lado derecho, un fornido oficial, manos en las caderas y una desafiante mirada en un rostro marcado por la viruela, se abrió paso entre sus hombres.

—¿Qué pasa aquí?

Agresivo, dio un paso adelante y alzó un amenazador dedo hacia ellos. Fue suficiente. En un abrir y cerrar de ojos Raina le había aplicado el *agiel* en el hombro y lo tenía de rodillas. La mujer inclinó el *agiel* para presionar con la punta el nervio de un lado del cuello. El alarido del oficial resonó por los corredores. Los demás hombres se encogieron.

—Tienes que dar respuestas, no formular preguntas —dijo Raina en el inconfundible tono de ira controlada típico de una *mord-sith*. El cuerpo del hombre sufría convulsiones y no dejaba de gritar. Cuando Raina se inclinó hacia él el cuero rojo crujió—. Te daré una última oportunidad. ¿Dónde está el general Reibisch?

El oficial levantó bruscamente un brazo que, pese a las sacudidas, logró apuntar aproximadamente en la dirección del corredor central de los tres.

—Puerta... final... pasillo.

—Gracias. —Raina retiró el *agiel* y el hombre se desplomó como una marioneta a la que cortan los hilos. Richard no podía sacrificar ni un ápice de su concentración en compadecerse de él. Por mucho dolor que pudiese infligir un *agiel*, Raina no lo había usado para matar; el oficial que ahora se retorció en el suelo, preso aún del dolor, se recuperaría, aunque los demás hombres lo observaban boquiabiertos—. Inclinaos ante el amo Rahl —ordenó Raina con un siseó—. Todos.

—¿El amo Rahl? —inquirió una voz aterrada.

Los soldados parecían consternados. Raina hizo chasquear los dedos y señaló el suelo. Todos se hincaron de rodillas. Antes de tener tiempo para pensar, el grupo de Richard se había alejado ya por el pasillo. El ruido de sus botas sobre el suelo de tablas de madera resonaba contra los muros. Algunos de los soldados los siguieron con las espadas desenvainadas.

Al final del corredor Ulic abrió con violencia la puerta que daba a una amplia sala de techos altos que había sido despojada de cualquier tipo de ornamentación. Aquí y allí aún se adivinaba el color azul original bajo la práctica capa de cal. Gratch, en la retaguardia, tuvo que agacharse para pasar por la puerta. Algo visceral avisó a Richard de que se estaban metiendo en un nido de víboras.

En la sala fueron recibidos por tres filas de formidables soldados d'haranianos que empuñaban hachas de guerra o espadas, formando un sólido muro de rostros adustos, de músculos y de acero. Detrás de los soldados se veía una mesa que estaba situada delante de sencillas ventanas que daban a un nevado patio. Por encima del lejano muro del patio Richard distinguió los chapiteles del Palacio de las Confesoras y, más arriba todavía, en la ladera de la montaña, el Alcázar del Hechicero.

Se sentaba a la mesa un grupo de hombres de severo aspecto que observaban a los intrusos. A través de las mangas de sus cotas de malla que cubrían parcialmente la parte superior de sus brazos Richard vio cicatrices que supuso denotaban rango. Desde luego el brillo de confianza e indignación de sus ojos hacía pensar que eran oficiales.

El hombre sentado en el centro inclinó la silla hacia atrás y cruzó sus musculosos brazos, que mostraban más cicatrices que los demás. La crespa barba rojiza cubría parte de una antigua cicatriz blanca que le iba desde la sien izquierda hasta la mandíbula. Sus pobladas cejas se torcieron en gesto de desagrado.

—Hemos venido a ver al general Reibisch —dijo Hally, fulminando con la mirada a los soldados—. Apartaos u os apartaremos nosotras.

El capitán de los soldados fue a por ella.

—No...

Hally lo golpeó en un lado de la cabeza con su guante acorazado. Egan describió un arco ascendente con el codo, presto a descargar la espada sobre el hombro del capitán. Recordando quizá las órdenes de Richard, lo agarró por el pelo, lo obligó a arrodillarse y echándole la cabeza atrás le presionó la tráquea.

—Una palabra más y estás muerto.

El capitán cerró la boca con tanta fuerza que los labios se le tornaron blancos. Pese a las airadas imprecaciones de los soldados, el grupo fue avanzando con los agiels alzados en señal de amenaza.

—Dejadlos pasar —ordenó el hombre barbudo que estaba sentado a la mesa.

Los soldados retrocedieron dejando apenas espacio para que pasaran. Las mord-sith blandieron los agiels y consiguieron que les dejaran más sitio. Egan soltó al capitán. Éste, apoyándose sobre las rodillas y el brazo bueno, tosió y boqueó. Detrás, la puerta y el corredor se llenaron de hombres armados.

El hombre de la barba pelirroja dejó que las patas delanteras de su silla volvieran a posarse ruidosamente en el suelo y cruzó las manos encima de los papeles esparcidos sobre la mesa, entre pilas de otros perfectamente ordenados.

—¿Qué queréis?

Hally dio un paso al frente entre Ulic y Egan.

—¿Sois el general Reibisch?

Ante el breve gesto de aquiescencia del hombre, Hally inclinó levemente la cabeza. Richard jamás había visto a ninguna mord-sith humillarse más, ni siquiera ante una reina.

—Os traemos un mensaje del comandante general Trimack, de la Primera Fila. Rahl el Oscuro ha muerto y su espíritu ha sido desterrado al inframundo por el nuevo amo Rahl.

—¿De veras?

Hally se sacó el rollo de la bolsa y se lo tendió. El general inspeccionó brevemente el sello antes de romperlo con un pulgar. Mientras desplegabla carta, inclinó de nuevo la silla hacia atrás. Sus ojos de un verde grisáceo recorrieron rápidamente la misiva. Al acabar se echó de nuevo hacia adelante.

—¿Son necesarias tantas personas para traerme un simple mensaje?

Hally plantó sus nudillos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

—No sólo os traemos el mensaje, general Reibisch, sino que también traemos a lord Rahl.

—¿Ah sí? ¿Y dónde está ese lord Rahl?

Inmediatamente el rostro de Hally adoptó su mejor expresión de mord-sith; la que advertía que cesaran tantas preguntas.

—Lo tenéis delante —repuso.

La mirada de Reibisch se posó en el grupo de intrusos y se detuvo brevemente en el gar. Hally se irguió y señaló con una mano a Richard.

—Permitid que os presente a lord Rahl, amo de D'Hara y de su gente.

Las palabras de la mord-sith avanzaban por el corredor de boca de los soldados, que las repetían en murmullos. Desconcertado, el general hizo un gesto hacia las mujeres.

—¿Una de vosotras reivindica ser lord Rahl?

—No seáis estúpido —replicó Cara—. Éste es lord Rahl —dijo, señalando a Richard.

—No sé a qué estáis jugando, pero os advierto que mi paciencia se está...

Richard se echó hacia atrás la capucha de la capa y relajó la concentración. Ante los ojos del general y de todos sus hombres apareció como salido de la nada.

Todos los soldados lanzaron exclamaciones entrecortadas, y algunos incluso se arrodillaron y humillaron la cabeza.

—Yo soy lord Rahl —declaró Richard sin alzar la voz.

Sobrevino un momento de absoluto silencio, hasta que el general prorrumpió en carcajadas y dio un palmetazo a la mesa. Echó la cabeza hacia atrás y siguió riéndose. Algunos de los hombres se unieron tímidamente a sus risas, pero por sus nerviosas miradas era evidente que no sabían de qué se reían y solamente lo hacían para no contrariar a su general.

—Un truco excelente joven —declaró el general cuando por fin dejó de reírse y se puso de pie—. Pero he visto muchos trucos desde que llegué a Aydindril. Un día me enviaron a un payaso que se sacaba pájaros vivos de los pantalones. —La expresión se tornó seria para añadir—: Por un momento estuve tentado de creerte pero los trucos de magia no te convierten en lord Rahl. Tal vez Trimack se lo crea, pero yo no. No pienso inclinarme ante un mago de tres al cuatro.

Richard, blanco de todas las miradas, se quedó petrificado, tratando frenéticamente de pensar qué debía hacer. No había previsto esa reacción, no se le ocurría ninguna otra exhibición de magia, y aquel general parecía capaz de distinguir entre la magia real y un truco. Incapaz de pensar en nada mejor, Richard intentó al menos que su voz sonara segura.

—Soy Richard Rahl, hijo de Rahl el Oscuro. Rahl el Oscuro está muerto y ahora yo soy el nuevo lord Rahl. Si quieres seguir en tu puesto, arrodíllate ante mí y acepta mi autoridad. Si no lo haces, te reemplazaré.

Riéndose, el general Reibisch adoptó una postura de absoluta confianza en sí mismo.

—Haz otro truco y, si me gusta, te daré a ti y a tus amigos comediantes una moneda antes de echaros de aquí. La verdad es que te la mereces, aunque sólo sea por tu temeridad.

Los soldados se acercaron a ellos. El temor había sido sustituido por una actitud de amenaza.

—Lord Rahl no hace trucos —replicó Hally.

Reibisch apoyó sus rollizas manos en la mesa y se inclinó hacia ella para decirle:

—Tu disfraz es muy convincente, pero no deberías jugar a ser una mord-sith, muchacha. Si una de las auténticas te descubre, no se tomaría nada bien la broma. Las mord-sith se toman su oficio muy seriamente.

Hally le aplicó el agiel a una mano. Lanzando un chillido el general retrocedió de un salto. Era evidente que no se esperaba eso. Inmediatamente sacó un cuchillo.

El rugido de Gratch hizo temblar los cristales de las ventanas. Sus ojos verdes relucían, enseñaba los colmillos y bruscamente desplegó las alas, como velas en plena galerna. Los soldados recularon alzando manos armadas.

Richard gruñó para sus adentros. La situación se le estaba escapando de las manos. Deseó haber tenido un plan mejor, pero había estado seguro de que los d'haranianos se asustarían al verlo aparecer de repente y que creerían en él. Al menos debería haber urdido un plan de escape. Ahora no tenía ni idea de cómo conseguirían salir con vida de aquel edificio. El único modo de conseguirlo sería un baño de sangre, justo lo que no quería. Solamente había aceptado tratar de ser reconocido como lord Rahl para evitar que más gente muriera, no para causar más muertes. A su alrededor resonaban gritos.

Sin darse cuenta de lo que hacía desenvainó la espada. Su característica vibración metálica llenó la sala. La magia de la espada brotó en él con ímpetu, acudiendo en su defensa, inundándolo con su furia. Era como ser golpeado por una onda expansiva que lo quemaba hasta el tuétano. Richard conocía perfectamente esa sensación y la alentó; no tenía elección. En su interior se desataron tormentas de rabia. Los espíritus de aquellos que habían usado la magia de la espada antes que él surcaron con él los vientos de la ira.

—¡Muerte a los impostores! —gritó Reibisch, mientras blandía el aire con su cuchillo.

Justo cuando el general salvaba de un salto la mesa que lo separaba de Richard, en la sala resonó un ruido estruendoso. El aire se llenó de fragmentos de cristal que reflejaban la luz en rutilantes destellos.

Richard se agachó para que Gratch saltara por encima de él. Por encima de sus cabezas volaron piezas de los parteluces de las ventanas. Los oficiales que flanqueaban al general salieron despedidos hacia adelante, muchos de ellos con cortes de los cristales. Richard comprendió, atónito, que las ventanas estaban estallando hacia el interior.

Entre la lluvia de cristales se veían manchas borrosas de color. Sombras y luz en el aire aterrizaron en el suelo. Richard los sintió y pese a la furia de la espada se asustó.

Mriswith.

Al aterrizar en el suelo se materializaban. Richard distinguió destellos rojos, borrones de pelaje y amplios arcos de acero. Un oficial cayó de bruces sobre la mesa, salpicando los papeles con su sangre. Ulic frenó la arremetida de dos soldados, mientras que Egan lanzaba a otros dos por encima de la mesa.

Richard hizo caso omiso del tumulto que se desataba a su alrededor mientras buscaba el centro de calma en su interior. La algarabía se apagó mientras se tocaba la frente con el frío acero y suplicaba en silencio a su espada que no le fallara.

Solamente veía a los mriswith, solamente los sentía a ellos. Con cada fibra de su ser no deseaba nada más.

El más cercano saltó hacia arriba dándole la espalda. Profiriendo un grito de furia Richard dio rienda suelta a la rabia de la *Espada de la Verdad*. La punta del arma silbó al describir un semicírculo, y luego hizo mella; la espada había derramado sangre. Decapitado, el mriswith se desplomó y su cuchillo de triple hoja repiqueteó sobre el suelo.

Inmediatamente giró sobre sí mismo para enfrentarse al reptiliano ser del lado opuesto. Pero Hally se interpuso de pronto entre ambos. Mientras completaba el giro, Richard aprovechó el impulso para empujarla con el hombro. Antes de que la cabeza del primer mriswith tocara el suelo, la espada ya había rajado al segundo. Hedionda sangre de mriswith empañó el aire.

Nuevamente giró sobre sí mismo; está vez hacia adelante. Se había entregado por completo a la furia, se había fundido con la espada, con sus espíritus y su magia. Era lo que las antiguas profecías

escritas en d'haraniano culto anunciaban: *fuer grissa ost drauka*, el portador de la muerte. De no ser así sus amigos estarían perdidos, aunque en esos momentos Richard era incapaz de atender a la razón; estaba inmerso en su ansia.

Aunque el tercer mriswith era marrón oscuro, del color del cuero, Richard lo distinguió corriendo entre los soldados. De una poderosa estocada lo atravesó clavándole la espada entre los omóplatos. El aullido mortal de la bestia resonó en el aire. Al oírlo todos se quedaron quietos y silenciosos.

Resoplando por el esfuerzo y la rabia, Richard apartó al mriswith. El cuerpo sin vida se deslizó de la hoja y cayó al suelo sobre una pata de la mesa. La pata se rompió, y la esquina del tablero se derrumbó bajo un revoloteo de papeles.

Con dientes apretados Richard describió con la espada un arco hacia el hombre que hasta pocos segundos antes estaba delante del mriswith. La punta de la hoja se detuvo en su garganta, inmóvil, goteando sangre. La magia ardía fuera de control y pedía a gritos derramar más sangre para soslayar la amenaza.

La mortífera mirada del Buscador se clavó en los ojos del general Reibisch. Por primera vez esos ojos vieron de verdad a quién tenían ante él. La magia que danzaba en los ojos de Richard era inconfundible; era como ver el sol, sentir su calor, saber sin dudar.

Nadie hizo ningún ruido, aunque de todos modos Richard nada habría oído, concentrado como estaba en el hombre al que amenazaba a punta de espada, deseoso de clavarla en él. Richard se había arrojado de cabeza desde el borde de un compromiso letal a un caldero de burbujeante magia, y salir de él le provocaba una terrible angustia.

El general Reibisch se arrodilló y sus ojos recorrieron la espada en toda su longitud hasta encontrar la mirada de halcón de Richard. La voz del general resonó en el clamoroso silencio.

—Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.

No eran palabras falsas que pronunciaba para salvar la vida, sino que las pronunciaba con la reverencia de un hombre que acaba de ver algo que jamás hubiera esperado.

Richard había recitado esas mismas palabras infinidad de veces durante las plegarias. Durante dos horas cada mañana y cada tarde, todos los habitantes del Palacio del Pueblo de D'Hara se reunían en los patios de oración cuando la campana tañía, inclinaban la frente hasta el suelo y repetían esa plegaria. Richard había tenido que recitar esas mismas palabras cuando conoció a Rahl el Oscuro.

Al bajar la vista hacia el general y oír las Richard se sintió asqueado, aunque otra parte de él las acogió con alivio.

—Lord Rahl —susurró Reibisch— me habéis salvado la vida. Nos habéis salvado a todos. Gracias.

Richard sabía que aunque ahora lo intentara, la *Espada de la Verdad* no lo mataría. En su corazón sabía que Reibisch ya no era una amenaza, ni un enemigo. La espada no podía causar ningún mal a alguien que no fuese una amenaza, a no ser que se tornara blanca y se usara en nombre del amor y el perdón. Pero la ira no respondía a la razón y negarle la sangre que demandaba era un tormento. Finalmente Richard dominó la ira y envainó la *Espada de la Verdad*, guardando al mismo tiempo la magia y la rabia.

Todo había acabado tan rápidamente como había empezado. A Richard, al menos, se le antojó como un sueño inesperado, un breve instante de violencia que pronto había terminado.

Sobre el inclinado tablero de la mesa yacía un oficial muerto, cuya sangre descendía por la madera pulida. El suelo estaba cubierto de fragmentos de cristal, papeles y hedionda sangre de mriswith. Los soldados que atestaban la sala y el corredor estaban de rodillas. También ellos habían presenciado lo innegable.

—¿Estáis todos bien? —Richard se dio cuenta de que se había quedado ronco de tanto gritar—. ¿Hay algún herido?

El silencio fue la respuesta. Unos pocos soldados atendían heridas que parecían dolorosas pero no mortales. Ulic y Egan, jadeantes, ambos con las espadas aún envainadas y con los nudillos ensangrentados, estaban de pie entre los soldados arrodillados. Ellos ya habían visto la prueba en el Palacio del Pueblo; sus ojos ya habían visto.

Gratch plegó las alas y sonrió. Richard pensó que al menos uno de ellos estaba unido a él por lazos de amistad. En el suelo yacían desmadejados cuatro mriswith muertos; Gratch había matado uno y Richard a los otros tres, por suerte antes de que mataran a nadie más que el oficial. Podría haber sido mucho peor. Cara se apartó una madeja de pelo del rostro, Berdine se sacudía esquivas de cristal de la cabeza y Raina justo entonces soltó al oficial que agarraba por el brazo, y que se desplomó en el suelo, sin aliento.

Sin detenerse a contemplar el tronco cercenado de un mriswith en el suelo, miró a Hally. El color rojo del uniforme contrastaba intensamente con su cabellera rubia. Encorvada, la mord-sith tenía los brazos cruzados sobre el abdomen. El agiel le pendía de la cadena que llevaba a la muñeca y mostraba un rostro pálido como la cera.

Al bajar la vista un escalofrío de aprensión erizó la piel del joven. El rojo del cuero ocultaba lo que ahora veía: Hally estaba bañada en sangre, en su propia sangre.

—¡Hally! —Saltó por encima del mriswith, la cogió en sus brazos, la depositó en el suelo y le apoyó la cabeza en su regazo—. Por todos los espíritus, ¿qué ha ocurrido? —Richard lo supo antes de que la mujer hablara; así era como mataban los mriswith. Las otras tres mord-sith se arrodillaron tras él. Gratch se agachó a su lado.

—Lord Rahl... —balbuceó Hally; sus ojos azules fijos en él.

—Oh, Hally. Lo siento mucho. No debía haber permitido que...

—No... escuchad. Me distraje un momento y... él fue muy rápido... pero antes... mientras me hería... capturé su magia. Por un instante... antes de que lo matarais... fue mío.

Cuando alguien usaba magia contra una mord-sith, ésta la controlaba y dejaba a su oponente inerme. Así era como Denna lo había capturado a él.

—Oh, Hally, perdóname. No fui lo suficientemente rápido.

—Era el don.

—¿Qué?

—Su magia era como la vuestra... el don.

Richard acariciaba la fría frente de la mujer, tratando de mirarla a los ojos y no la herida.

—¿El don? Gracias por la advertencia, Hally. Ahora estoy en deuda contigo.

Hally le agarró la camisa con una ensangrentada mano.

—Gracias, lord Rahl... por la libertad. —Hally luchó por tomar aire—. Aunque breve... merece morir... por ella. Protegedlo... —dijo a sus Hermanas de agiel.

Con un escalofriante resuello el aire salió de sus pulmones por última vez. Sus ojos ya sin vida aún lo miraban.

Richard atrajo hacia sí el inmóvil cuerpo y lloró con una desesperación que nacía de su impotencia de deshacer lo ocurrido. Gratch intentó consolarlo poniéndole una garra sobre la espalda, mientras que Cara le cogía una mano.

—Yo no quería que ninguna de vosotras muriera. Queridos espíritus, no lo quería.

—Lo sabemos lord Rahl —le dijo Raina, presionándole un hombro—. Es por ello por lo que debemos protegeros.

Suavemente Richard dejó a Hally en el suelo y se inclinó sobre ella para tratar de ocultar a las demás la terrible herida que la había matado. En unos segundos localizó una capa de mriswith cerca, pero prefirió coger la de un soldado.

—Dame tu capa —ordenó a uno de ellos.

El aludido le arrojó la capa tan rápidamente como si estuviera en llamas. Richard cerró los ojos a Hally y luego la cubrió con la capa, luchando todo el tiempo para contener las náuseas.

—Le daremos un apropiado funeral d'haraniano, lord Rahl —prometió el general Reibisch, de pie junto a él—. Y a Edwards, también —añadió, con un gesto hacia el muerto de la mesa.

Tras cerrar los ojos y dirigir una oración a los buenos espíritus para que velaran por el alma de Hally, Richard se puso en pie.

—Eso será después de la plegaria.

El general entrecerró un ojo.

—¿La plegaria, lord Rahl?

—Hally luchó por mí y murió por protegerme. Antes de enterrarla quiero que su espíritu vea que no ha sido en vano. Esta tarde, después de la plegaria, Hally y el soldado serán enterrados.

—Lord Rahl —le susurró Cara—, lejos de D'Hara no es costumbre realizar el rito completo de las plegarias. Como el general Reibisch ha sugerido, basta con una sencilla oración.

El general asintió con aire de disculpa. Richard recorrió la sala con la mirada. Todos los ojos estaban posados en él. Detrás de los rostros las paredes blancas mostraban manchas de sangre de mriswith. Su acerada mirada se clavó en el general.

—No me importa lo que solíais hacer en el pasado. Hoy celebraremos una plegaria completa, aquí, en Aydindril. Mañana podréis hacer lo que queráis. Pero hoy todos los d'haranianos de la ciudad y los alrededores orarán.

—Lord Rahl —protestó el general, mientras jugueteaba con su barba—, hay muchas tropas en esta zona. Tendremos que avisar a todos ellos y...

—No me interesan las excusas, general Reibisch. Nos espera un camino difícil. Si no eres capaz de hacer esto, no tendré ninguna confianza en tus capacidades como general.

Reibisch lanzó una ojeada a sus oficiales de reojo, como para advertirles que estaba a punto de empeñar su palabra y comprometerlos también a ellos. Entonces se volvió hacia Richard y se golpeó el corazón con un puño.

—Como soldado al servicio de D'Hara, el acero contra el acero, juro cumplir las órdenes de lord Rahl. Esta tarde todos los d'haranianos tendrán el honor de dirigir sus plegarias al nuevo amo Rahl.

Por el rabillo del ojo el general miró al mriswith tendido bajo la esquina de la mesa.

—Nunca había oído que un amo Rahl se uniera a sus hombres para luchar acero contra acero. Fue como si los mismos espíritus guiaran vuestra mano. —El general carraspeó antes de proseguir—. Si me lo permitís, lord Rahl, ¿cuál es ese difícil camino que nos espera?

Richard escrutó la marcada faz de su general.

—Soy un mago guerrero y lucho con todos mis recursos: magia y acero.

—¿Y mi pregunta, lord Rahl?

—Acabo de responderla, general Reibisch.

Una sonrisa casi imperceptible curvó los labios del general.

Involuntariamente Richard bajó los ojos hacia Hally. La capa no lograba tapar del todo los daños. Kahlan aún tendría menos posibilidades si se enfrentaba a un mriswith. Sólo pensarlo se ponía enfermo.

—Sabed que ha muerto como deseaba, lord Rahl —trató de consolarlo Cara—. Como una mord-sith.

En su mente intentó recuperar la sonrisa que había conocido sólo durante unas pocas horas, pero no pudo. Sólo veía la terrible herida que había entrevisto unos segundos.

Luchando contra la sensación de náusea, Richard apretó los puños y fulminó con la mirada a las tres mord-sith supervivientes.

—Pienso hacer todo lo posible para que vosotras tres muráis en la cama, viejas y desdentadas. ¡Así que ya os podéis ir haciendo a la idea!

10

Tobias Brogan se acariciaba el mostacho con los nudillos mientras por el rabillo del ojo echaba una rápida mirada a Lunetta. Ésta asintió apenas, ante lo cual Brogan contrajo la boca con un gesto avinagrado. Su insólito buen humor se había esfumado. El hombre decía la verdad. Aunque Lunetta nunca se equivocaba en ese tipo de asuntos, Brogan sabía que no era la verdad. No se lo tragaba.

Posó la mirada en el hombre plantado ante él al otro lado de la mesa, suficientemente larga como para celebrar un banquete de setenta personas, y se obligó a sonreír amablemente.

—Gracias. Nos has ayudado mucho.

El hombre miró con desconfianza a los soldados de reluciente armadura que lo flanqueaban.

—¿Eso es todo lo que deseáis saber? ¿Me habéis arrastrado hasta aquí sólo para preguntarme lo que todo el mundo sabe? Si vuestros hombres me hubieran preguntado, se lo habría dicho.

—Pido disculpas por las molestias —replicó Brogan, manteniendo con esfuerzo la sonrisa—. Has servido al Creador y a mí. Puedes irte —le despidió, ya sin sonrisa.

Al hombre no se le escapó la expresión en los ojos de Brogan, por lo que rápidamente inclinó la cabeza y se escabulló.

Brogan tamborileó con el pulgar sobre el estuche que llevaba al cinto y miró a Lunetta con impaciencia.

—¿Estás segura?

Lunetta, que estaba en su elemento, no se dejó amedrentar.

—Decía la verdad, lord general, como todos los demás. —Lunetta conocía su oficio, por abyecto que fuera, y cuando lo practicaba se daba unos aires de suficiencia que Brogan detestaba.

—¡No es la verdad! —El lord general descargó un puño sobre la mesa.

En los plácidos ojos de Lunetta que lo miraban casi podía ver al Custodio.

—Yo no digo que *sea* la verdad, lord general, sino que él cree que es la verdad.

Brogan carraspeó. Él conocía la verdad. Después de pasarse la vida persiguiendo el mal había aprendido algunos de sus trucos. Conocía la magia. La presa estaba tan cerca que casi podía olerla.

El sol del atardecer se filtraba a través de una hendidura en las pesadas cortinas doradas y salpicaba con una reluciente línea de luz la pata dorada de una silla, la ornamentada alfombra real azul con motivos florales y una esquina del largo y brillante tablero de la mesa. Ese día no había almorzado para proseguir con los interrogatorios, pero estaba en el mismo punto en el que había empezado. El sentimiento de frustración le roía las entrañas.

Galtero poseía un talento especial para elegir a los testigos que pudieran proporcionar información, pero en esa ocasión no se había lucido. Brogan se preguntó qué debía de haber averiguado Galtero; algo tenía a la ciudad revolucionada, y a Tobias Brogan no le gustaba que la gente se alborotara, a no ser que él y sus hombres fuesen la causa. La agitación podía ser un arma muy poderosa, pero los enigmas no le gustaban. Galtero debería haber regresado hacía tiempo.

Tobias se recostó en la silla de cuero almohadillada formando rombos y se dirigió a uno de los soldados ataviados con capa color carmesí que custodiaban la puerta.

—Ettore, ¿ha regresado ya Galtero?

—No, lord general.

Ettore era joven y ansiaba destacarse en la lucha contra el mal. Pero era un hombre bueno: astuto, leal y sin miedo a mostrarse despiadado contra los servidores del Custodio. Un día sería uno de los mejores cazadores de poseídos. Brogan se presionó con los nudillos la dolorida espalda y le preguntó:

—¿Cuántos testigos quedan?

—Dos, lord general.

—Haz pasar al siguiente —ordenó con impaciente ademán. Cuando Ettore hubo salido, Brogan entrecerró los ojos y observó a su hermana, situada de pie junto a la pared, más allá del rayo de luz—. Estabas segura, Lunetta, ¿verdad?

Con la vista prendida en él, la aludida se aferró a sus harapos y replicó:

—Sí, lord general.

Brogan suspiró cuando la puerta se abrió y el soldado condujo a una mujer delgada que parecía enfadada. No obstante, ensayó su mejor sonrisa, pues un cazador experimentado no permite que la presa le vea los colmillos.

La mujer se sacudió para desasirse de Ettore, que la tenía agarrada por el codo.

—¿Qué está pasando? Se me han llevado contra mi voluntad y me he pasado todo el día encerrada en una habitación. ¡No tenéis derecho a llevaros a una persona contra su voluntad!

Tobias Brogan sonrió con aire de disculpa.

—Debe de tratarse de un malentendido. Lo siento. Solamente queríamos hacer algunas preguntas a gente de la que se pueda uno fiar. Parece mentira, pero la mayor parte de la gente no ve más allá de sus narices. Como tú parecías una mujer inteligente...

La mujer se inclinó hacia él sobre la mesa.

—¿Y por eso me han encerrado en una habitación? ¿Es eso lo que la Sangre de la Virtud hace a la gente que le parece de fiar? Por lo que he oído, la Sangre no se molesta en hacer preguntas; simplemente actúa guiándose por rumores y sólo le importa que se cavén nuevas tumbas.

Brogan sintió cómo una mejilla le temblaba, sin embargo aguantó la sonrisa.

—Has oído mal, buena mujer. A la Sangre de la Virtud sólo le interesa la verdad. Nosotros servimos al Creador y hacemos su voluntad, al igual que una mujer de tu carácter. ¿Te importaría responder a unas preguntas? Después te llevaremos a tu casa.

—Llevadme ahora. Ésta es una ciudad libre. En Aydindril ningún palacio tiene derecho a apresar a nadie para interrogarlo. ¡No tengo obligación de responder ninguna pregunta!

Brogan sonrió más ampliamente y se encogió de hombros.

—Como quieras. No tenemos ningún derecho, y no he pretendido obligarte a nada. Simplemente pedimos la colaboración de gentes sencillas y honestas. Te estaríamos muy agradecidos si pudieses ayudarnos a llegar al fondo de unas pocas cuestiones muy simples.

La mujer frunció el entrecejo y movió los hombros para estirarse el chal de lana.

—Si de ese modo consigo regresar a mi casa, lo haré. ¿Qué queréis saber?

Tobias cambió de postura en la silla para ver a Lunetta por el rabillo del ojo y asegurarse de que prestaba atención.

—Verás, buena mujer, desde la última primavera una guerra ha assolado la Tierra Central, y estamos intentando averiguar si los discípulos del Custodio tienen algo que ver en la lucha que ensombrece estas tierras. ¿Alguno de los miembros del consejo ha alzado la voz en contra del Creador?

—Están todos muertos.

—Sí, eso se comenta. Pero la Sangre de la Virtud no se fía de los rumores. Necesitamos pruebas concluyentes, por ejemplo la palabra de un testigo.

—Anoche vi sus cuerpos en las cámaras del consejo.

—¿De veras? Bueno, desde luego eso es concluyente. Por fin oímos la verdad de los labios de una persona honrada que lo presencié. ¿Ves cómo ya nos has ayudado? ¿Quién los mató?

—Yo no vi cómo los mataban.

—¿Oíste alguna vez a alguno de los consejeros oponerse a la paz del Creador?

—Se unieron en contra de la alianza pacífica de la Tierra Central y, en lo que a mí concierne, eso es lo mismo aunque expresado de un modo distinto. Trataron de que lo blanco pareciera negro; y lo negro, blanco.

Brogan enarcó una ceja y trató de parecer interesado.

—Son las tácticas que usan los servidores del Custodio: convencer a los demás de que hacer el mal está bien. —Alzó la mano en gesto vago—. ¿Algún país en particular deseaba romper la alianza pacífica?

La mujer se quedó mirándolo con la espalda muy recta y rígida.

—Todos, incluyendo el vuestro, se mostraron dispuestos a entregar el mundo a la esclavitud de la Orden Imperial.

—¿Esclavitud? Tengo entendido que la Orden Imperial simplemente desea unir las diferentes tierras y que el hombre ocupe la posición que merece, naturalmente bajo la guía del Creador.

—Pues lo tenéis mal entendido. Sólo desean escuchar cualquier mentira que ayude a sus propósitos, y sus propósitos son la conquista y el poder.

—No conocía esa versión. Es una información muy valiosa. —El hombre se recostó en la silla, cruzó una pierna encima de la otra y unió las manos en el regazo—. Y mientras los consejeros conspiraban y preparaban una insurrección en las cámaras del consejo, ¿dónde estaba la Madre Confesora?

Por primera vez la mujer vaciló.

—No estaba. Tenía asuntos que atender.

—Ya entiendo. Pero ¿regresó?

—Sí.

—Y cuando regresó, ¿trató de detener la insurrección? ¿Trató de mantener unida la Tierra Central?

—Pues claro que sí, y ya sabéis lo que le hicieron por eso. No finjáis que lo ignoráis.

Mediante una ojeada rápida hacia la ventana vio que Lunetta miraba con gran atención a la mujer.

—Bueno, he oído todo tipo de rumores. Si tú viste con tus propios ojos lo que sucedió, tu testimonio sería una prueba de peso. ¿Lo presenciaste?

—Presencí la ejecución de la Madre Confesora, si es eso a lo que os referís.

Brogan se echó hacia adelante, se apoyó en los codos y unió las yemas de los dedos.

—Sí, eso me temía. Así pues, ¿está muerta?

A la mujer le temblaron las aletas nasales.

—¿Por qué tanto interés en los detalles?

—Durante los últimos tres mil años la Tierra Central ha estado unida bajo la autoridad de una Madre Confesora —respondió Brogan, fingiéndose extrañado por la pregunta—. Todos hemos prosperado y hemos gozado de paz gracias al poder de Aydindril. Cuando el Límite cayó y estalló la guerra contra D'Hara, temimos que la Tierra Central...

—¿Y por qué no acudisteis en nuestra ayuda?

—Yo deseaba ofrecer mi ayuda, pero el rey prohibió a la Sangre de la Virtud que interfiriese. Naturalmente protesté, pero después de todo es nuestro rey. Nicobarese sufrió bajo su férula. Al final resultó que abrigaba oscuras intenciones hacia nuestra gente y, como tú misma has dicho, sus consejeros pretendían reducirnos a la esclavitud. Una vez que el rey se desenmascaró como lo que era, un poseído, pagó el precio por ello. Inmediatamente después partí hacia Aydindril con nuestros hombres, cruzando las montañas, para ponerlos a disposición de la Tierra Central, del consejo y también de la Madre Confesora.

»Pero al llegar me encuentro con tropas de D'Hara por todas partes, aunque averiguo que ya no están en guerra con nosotros. Luego me dicen que la Orden Imperial ha acudido al rescate de la Tierra Central. Tanto durante mi viaje como aquí, en Aydindril, he oído multitud de rumores: que la Tierra Central ha caído, que la Tierra Central se está replegando, que los consejeros han muerto, que están vivos pero se han ocultado, que quien tiene el control de la Tierra Central son los keltas, los d'haranianos o la Orden Imperial, que todas las Confesoras han muerto, que todos los magos han muerto, que la Madre Confesora está muerta, que todos ellos están vivos. ¿Qué debo creer?

»Si la Madre Confesora estuviera viva, podríamos ayudarla y protegerla. Pese a que somos un país pobre, nos gustaría en lo posible ayudar a la Tierra Central.

La mujer se mostró algo más relajada.

—Parte de esos rumores son ciertos. En el curso de la guerra contra D'Hara todas las Confesoras, excepto la Madre Confesora, fueron asesinadas. También los magos murieron. Pero luego Rahl el Oscuro murió y los d'haranianos decidieron unirse a la Orden Imperial, al igual que Kelton y otros países. La Madre Confesora regresó y trató de mantener la unidad de la Tierra Central. Debido a ello, los sediciosos consejeros la condenaron a muerte.

Brogan sacudió la cabeza.

—Es una mala noticia. Esperaba que los rumores fuesen falsos. La necesitamos. ¿Pero estás segura de que realmente la ejecutaron? Tal vez te equivoques. Después de todo, poseía magia. Es posible que escapara tras una cortina de humo o algo parecido. Quizá continúa con vida.

La mujer clavó en él una penetrante mirada y declaró muy resuelta:

—La Madre Confesora está muerta.

—Pues yo he oído rumores de que la han visto con vida... al otro lado del río Kern.

—Simples rumores que han sido propagados por estúpidos que no tienen nada mejor que hacer. Está muerta. Yo misma vi cómo le cortaban la cabeza.

Brogan se pasó un dedo por la leve cicatriz que tenía a un lado de la boca mientras la contemplaba.

—También me han llegado rumores de que ha huido en la dirección contraria, hacia el sudoeste. Yo creo que aún hay esperanzas.

—Tonterías. Os lo diré por última vez: vi cómo la decapitaban. No escapó. La Madre Confesora está muerta. Si queréis ayudar a la Tierra Central, haced lo que esté en vuestra mano para restaurar la unidad.

El lord general escrutó por un instante la adusta faz de la mujer.

—Sí, sí, tienes razón. Me has dado noticias muy inquietantes, pero me alegro de que al fin un testigo de fiar haya echado un poco de luz a la verdad. Muchas gracias. Me has ayudado más de lo que te imaginas. Haré lo que pueda para que mis tropas colaboren.

—El único modo de colaborar es ayudar a expulsar la Orden Imperial de Aydindril y después de la Tierra Central.

—¿Tan malvados los crees?

—Ellos me arrancaron las uñas para obligarme a mentir —contestó, alzando hacia él la mano vendada.

—Terrible. ¿Y qué mentiras querían que dijeras?

—Que lo negro era blanco; y lo blanco, negro. Como la Sangre.

Brogan fingió tomarse la pulla a broma y sonrió.

—Has sido de mucha ayuda. Tienes toda mi gratitud por ser tan leal a la Tierra Central, aunque lamento que tengas en tan mal concepto a la Sangre de la Virtud. Tal vez no deberías hacer caso a los rumores tampoco tú. No son más que eso: rumores.

»No te entretengo más. Que tengas buen día.

La mujer salió hecha una furia tras mirarlo por última vez con severa expresión de reconvención. En otras circunstancias su renuencia a colaborar le habría costado mucho más que las uñas, pero no era la primera vez que Brogan perseguía a una presa peligrosa y sabía que la discreción en los inicios le reportaría beneficios al final. Merecía la pena aguantar el tono burlesco de la mujer si al final conseguía el premio. Incluso sin su cooperación había obtenido algo muy valioso, algo que ella no tenía ni idea de haberle dado y que era justamente lo que él buscaba: que la presa no sabría que había encontrado su rastro.

Por fin Brogan se dignó a devolver la brillante mirada de Lunetta.

—Miente, lord general. Dice casi siempre la verdad para que no se note, pero también miente.

Galtero le había conseguido un tesoro.

Tobias se inclinó hacia adelante, muy interesado. Ansiaba saber qué diría Lunetta, oírla expresar en voz alta sus propias sospechas, tener una vez más la confirmación de su talento.

—¿En qué miente?

—Ha dicho dos mentiras, que guarda tan celosamente como el tesoro de la corona.

—¿Cuáles? —ordenó con impaciencia.

—Primero, ha mentido al decir que la Madre Confesora ha muerto —respondió Lunetta con una astuta sonrisa.

—¿Lo sabía! —Tobias dio un puñetazo en la mesa—. Sabía que mentía cuando lo dijo. —Cerró los ojos y dio gracias en silencio al Creador—. ¿Y la otra?

—Ha mentido al decir que la Madre Confesora no huyó. Sabe que la Madre Confesora está viva y que huyó hacia el sudoeste. Todo el resto es verdad.

Brogan había recuperado el buen humor. Se frotó las manos, regocijándose en el calor que generaba. Tenía la suerte del cazador; había encontrado el rastro.

—¿Has oído lo que he dicho, lord general?

—¿Qué? Sí, te he oído. Está viva y ha huido al sudoeste. Lo has hecho bien, Lunetta. El Creador estará contento cuando le diga que nos has ayudado.

—Me refería a que el resto es verdad.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Tobias, ceñudo.

Lunetta trató de abrigarse con sus pobres harapos.

—Dijo que los consejeros muertos eran unos sediciosos. Verdad. Que la Orden Imperial sólo desea escuchar cualquier mentira que ayude a sus propósitos, y sus propósitos son la conquista y el poder. Verdad. Que le arrancaron las uñas para obligarla a mentir. Verdad. Que la Sangre actúa guiándose por rumores y sólo le importa que se caven nuevas tumbas. Verdad.

Brogan se puso de pie de un salto.

—¿La Sangre de la Virtud combate el mal! ¿Cómo te atreves a sugerir lo contrario, maldita *streganicha*?

Lunetta se estremeció y se mordió el labio inferior.

—Yo no digo que sea verdad, lord general, sólo que ella cree que es verdad.

El general se ajustó el fajín. No iba a permitir que la cháchara de Lunetta le arruinara aquel triunfo.

—Pues se equivoca, y lo sabes. Te he dedicado mucho más tiempo del que tienes derecho y del que te mereces para que comprendas la naturaleza del bien y del mal.

Lunetta no levantaba los ojos del suelo.

—Si, milord general, me habéis dedicado más tiempo del que merezco. Pido perdón. Son sus palabras, no las mías.

Finalmente Brogan apartó la mirada de ella y cogió el estuche del cinto, lo dejó sobre la mesa y con un pulgar le dio un pequeño empujón para que quedara perfectamente recto en el borde, tras lo cual tomó de nuevo asiento. Trató de olvidar la insolencia de Lunetta mientras decidía qué hacer a continuación.

Ya iba a ordenar que le llevaran la cena cuando recordó que quedaba un testigo más. Ya había descubierto lo que buscaba y no había necesidad de más interrogatorios... aunque siempre era conveniente ser concienzudo.

—Ettore, haz pasar al siguiente testigo.

Con una mirada Brogan obligó a Lunetta a retirarse de nuevo contra la pared. Lo había hecho bien, pero luego lo había echado todo a perder al provocarlo. Aunque él sabía que era el mal que llevaba dentro y que brotaba cada vez que hacía el bien, lo irritaba que Lunetta no se esforzara más por eliminar ese mal. Tal vez había sido demasiado amable con ella últimamente; en un momento de debilidad, deseando compartir su alegría, le había regalado una «gala», y quizás ella lo había interpretado como que a partir de entonces podía mostrarse insolente. Y no era así.

Brogan adoptó la postura adecuada en la silla y cruzó las manos sobre la mesa, una vez más pensando en su triunfo, en el premio de los premios. Esta vez la sonrisa le salió natural.

Se quedó un tanto sorprendido al alzar la mirada y ver a una niña entrar en la sala delante de los dos guardias. Llevaba un viejo abrigo que se arrastraba por el suelo. Tras la niña, entre los guardias, una anciana baja y rechoncha que se cubría con un retazo de manta parda a modo de chal caminaba renqueante.

Cuando el grupo se detuvo delante de la mesa, la niña le sonrió.

—Tenéis una casa muy bonita y caliente, milord. Ha sido muy agradable pasar el día aquí. Espero que algún día os podamos devolver la hospitalidad.

La anciana también sonrió.

—Me alegro de que hayáis tenido la oportunidad de estar calientes y estaría muy agradecido si tú y tu... —Enarcó una ceja en signo de interrogación.

—Abuela —dijo la niña.

—Claro, claro, abuela. Os estaría muy agradecido si me pudierais responder algunas preguntas, eso es todo.

—Ahhh. Preguntas, ¿decís? Las preguntas pueden ser muy peligrosas, milord.

—¿Peligrosas? —Brogan se frotó las arrugas de la frente con dos dedos—. Yo solamente busco la verdad, buena mujer. Si respondes con sinceridad no te pasará nada. Te doy mi palabra.

La anciana mostró su sonrisa desdentada.

—Me refería a peligroso para vos —lo corrigió, riéndose para sus adentros. Pero enseguida adoptó una expresión severa—. Tal vez no os gusten las respuestas, o no les hagáis caso.

—Deja que sea yo quien me preocupe por eso.

—Como gustéis —repuso la anciana con una sonrisa, y se rascó un lado de la nariz—. ¿Qué queréis saber?

El lord general se recostó en la silla y escrutó los expectantes ojos de la anciana.

—Últimamente la confusión reina en la Tierra Central, y queremos saber si los discípulos del Custodio tienen algo que ver en la lucha que ensombrece estas tierras. ¿Alguno de los miembros del consejo ha alzado la voz en contra del Creador?

—Los consejeros no tienen por costumbre acercarse al mercado para hablar de teología con viejas damas, milord, y no creo que nadie fuese tan estúpido como para revelar en público su conexión con el inframundo, en caso de tenerla.

—Bueno, ¿qué has oído sobre los consejeros?

La anciana enarcó una ceja.

—¿Deseáis oír rumores de la calle Stentor, milord? Decidme qué clase de rumor os gustaría oír y buscaré uno que os satisfaga.

Brogan tamborileó con los dedos encima de la mesa.

—No estoy interesado en rumores, mujer; sólo en la verdad.

—Claro, claro, milord, y tendréis la verdad. Algunas personas se interesan por las cosas más absurdas.

Brogan carraspeó, enojado.

—Ya he oído bastantes rumores. No necesito más. Lo que quiero saber es qué ha sucedido realmente en Aydindril. Me han llegado a decir que tanto el consejo como la Madre Confesora han sido ejecutados.

La anciana volvió a sonreír, achicando los ojos.

—Un hombre de vuestra posición podría simplemente ir a palacio y pedir ver al consejo. Eso sería más práctico que arrastrar hasta aquí a todo tipo de personas que nada saben e interrogarlas. Podríais discernir mejor la verdad con vuestros propios ojos, milord.

—Yo no estaba aquí cuando, según los rumores, la Madre Confesora fue ejecutada —replicó Brogan con irritación.

—Ahhh. Así que es la Madre Confesora quien os interesa. ¿Por qué no lo habéis dicho desde el principio, en vez de dar tantas vueltas? He oído que la decapitaron, pero yo no lo vi. Pero mi nieta sí lo vio, ¿verdad, cariño?

La niña asintió.

—Sí, milord, yo lo vi. Le cortaron la cabeza; eso hicieron.

Brogan suspiró con excesivo énfasis.

—Eso es lo que me temía. Entonces, ¿está muerta?

—No, no, milord. Yo no he dicho eso. Yo he dicho que vi cómo le cortaban la cabeza —respondió la niña mirándolo directamente a los ojos y sonriendo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha querido decir? —preguntó primero a la niña y luego a la abuela.

—Justo lo que ha dicho, milord. En Aydindril siempre se ha sentido la magia con intensidad pero últimamente la ciudad bulle de magia. Y cuando hay magia de por medio, uno no puede fiarse de lo que ve. Aunque aún es muy joven, mi nieta lo sabe perfectamente. Y un hombre de vuestra profesión también debería saberlo.

—¿La ciudad bulle de magia? Eso augura el mal. ¿Qué sabes sobre los seguidores del Custodio?

—Que son terribles, milord. Pero la magia no es mala en sí misma; es lo que uno quiere que sea.

—La magia es la lacra del Custodio —repuso Brogan, apretando los puños.

De nuevo la anciana rió suavemente.

—Eso es como decir que ese reluciente cuchillo de plata que lleváis al cinto es la lacra del Custodio. Si se usa para amenazar o hacer daño a inocentes, quien lo empuña encarna el mal. Sin embargo, si, por ejemplo, se utiliza para defender la vida contra un lunático fanático, por elevada que sea su posición social, quien lo empuña encarna el bien. El cuchillo en sí no es ni una cosa ni otra; depende de cómo se use.

Con mirada desenfocada la anciana añadió en un susurro:

—Si se usa como represalia, la magia es la venganza encarnada.

—Entonces, desde tu punto de vista, ¿la magia que dices que bulle en la ciudad se está usando para el bien o para el mal?

—Para ambas cosas, milord. Después de todo, aquí se alza el Alcázar del Hechicero y es un centro de poder. Las Confesoras y los magos han gobernado desde aquí durante miles de años, y el poder atrae al poder. Algo está pasando. Unos seres con escamas llamados mriswith aparecen salidos de la nada y

destripan a los inocentes con los que se topan. Es un funesto presagio. Hay otra magia que acecha para apoderarse de los imprudentes o los desprevenidos. La misma noche hierve de magia transportada por las sutiles alas de los sueños.

La anciana miró a su interrogador con un ojo azul deslucido, y prosiguió.

—Aquí, un niño fascinado por el fuego podría quemarse fácilmente. Ese niño haría bien en ser muy prudente y marcharse a la primera oportunidad, antes de que sin darse cuenta acercara la mano al fuego.

»Incluso se rapta a gente de la calle para pasar sus palabras por el tamiz de la magia.

Brogan se inclinó hacia adelante con expresión ardiente.

—¿Y qué sabes tú sobre magia, buena mujer?

—Ésa es una pregunta ambigua, milord. ¿Podéis ser más explícito?

Brogan hizo una breve pausa para ordenar sus ideas. No era la primera vez que trataba con gente como aquella anciana, por lo que era consciente de que lo estaba embaucando para alejarlo del rastro.

—Bueno —respondió con la más amable de sus sonrisas—, por ejemplo, tu nieta dice que vio cómo cortaban la cabeza a la Madre Confesora pero que eso no significa que esté muerta. Según tú, eso es cosa de la magia. Me has intrigado. Ya sé que en ocasiones la magia engaña a la gente pero solamente he oído hablar de pequeños engaños. ¿Cómo explicas que pueda resucitar a los muertos?

—¿Resucitar? El Custodio posee ese poder.

—¿Me estás diciendo que el mismo Custodio le devolvió la vida? —la presionó.

—No, no, milord —rió la mujer—. Sois tan persistente en vuestros propósitos que no prestáis atención y solamente oís lo que queréis oír. Me habéis preguntado cómo es posible resucitar a los muertos, y yo os he dicho que el Custodio puede hacerlo. Al menos, eso supongo yo porque, como soberano del reino de los muertos, manda sobre la vida y la muerte, por lo que es natural suponer que...

—¿Está viva o no? —gritó, exasperado.

La anciana parpadeó.

—¿Cómo queréis que yo lo sepa, milord?

Brogan apretó los dientes.

—Acabas de decir que el hecho que la gente asistiera a su ejecución no significa que esté muerta.

—Oh, volvemos a ese tema. Bueno, podría ser una argucia de la magia pero yo solamente he dicho que era posible. Entonces vos cambiasteis de tema y me preguntasteis sobre resurrecciones. Son dos temas completamente distintos, ¿no?

—¿Cómo? —vociferó Brogan—. ¿Cómo podría la magia lograr tal engaño?

La anciana se abrigó los hombros con la harapienta manta.

—Con un hechizo de muerte, milord.

Brogan miró a Lunetta cuyos ojos, semejantes a dos relucientes perlas, estaban clavados en la anciana mientras se rascaba los brazos.

—¿Un hechizo de muerte? ¿Qué es exactamente?

—Bueno, yo nunca he visto ejecutar ninguno, por decirlo de algún modo... —se rió de su propia broma antes de proseguir— por lo que no puedo daros testimonio, pero puedo deciros lo que me han contado, si es que no os importa obtener información de segunda mano.

—Habla —ordenó Brogan entre dientes.

—Cuando vemos una muerte somos conscientes de lo que ha ocurrido a un nivel espiritual. Lo que reconocemos como muerte es ver un cuerpo despojado ya de su alma o espíritu. Un hechizo de muerte imita una muerte real persuadiendo a la gente de que han presenciado una muerte, que han visto el cuerpo sin su alma, por lo que están dispuestos a jurar que la persona ha muerto.

La anciana sacudió la cabeza como si juzgara el asunto asombroso y escandaloso.

—Muy peligroso —añadió—, pues es preciso invocar la ayuda de los espíritus para que acojan el alma de la persona mientras se realiza el hechizo. Si algo sale mal, el alma de esa persona iría a parar al inframundo... lo cual es una forma terrible de morir. Pero si todo sale bien y los espíritus devuelven el alma que les ha sido encomendada temporalmente, tengo entendido que la persona sigue viva pero todos quienes la ven la creen muerta. Es tremendamente arriesgado. He oído hablar de tal hechizo pero no sé de nadie que lo haya intentado de verdad, por lo que es posible que sólo sean habladurías.

Brogan se quedó quieto mientras en su mente movía las diversas piezas de información, tratando de encajar lo que había averiguado ese día con lo que ya sabía. Seguramente la Madre Confesora había orquestado un truco para escapar de la justicia, pero no lo habría logrado sin cómplices.

La anciana posó una mano sobre un hombro de la niña y empezó a alejarse arrastrando los pies.

—Gracias por el calor, milord, pero ya me he cansado de vuestras caprichosas preguntas y tengo cosas mejores que hacer.

—¿Quién podría realizar un hechizo de muerte?

La anciana se detuvo, y en sus deslucidos ojos azules prendió un peligroso resplandor.

—Sólo un mago, milord. Sólo un mago de inmenso poder y amplios conocimientos.

Brogan la miró a su vez con ojos peligrosos.

—¿Hay algún mago como el que dices aquí, en Aydindril?

La lenta sonrisa que esbozó la anciana iluminó sus cansados ojos. Se metió una mano en un bolsillo bajo la manta y lanzó sobre la mesa una moneda de plata que giró en morosos círculos antes de caer frente al interrogador. Brogan la cogió, confuso.

—Te he hecho una pregunta y espero una respuesta.

—Ya os la he dado, milord.

—Nunca había visto una moneda como ésta. ¿Qué es esta imagen grabada? Parece un gran edificio.

—Oh, lo es, milord. Es un lugar de salvación y de perdición, de hechiceros y de magia: el Palacio de los Profetas.

—Nunca lo había oído mencionar. ¿Qué es?

La anciana esbozó una enigmática sonrisa.

—Preguntad a vuestra bruja, milord. —Con estas palabras dio media vuelta para marcharse.

Inmediatamente Brogan se puso de pie.

—¡Nadie te ha dado permiso para irte, vieja bruja desdentada! —gritó.

—Es por el hígado, milord —contestó ella.

—¿Qué?

—Me encanta el hígado crudo, pero creo que hace que los dientes caigan antes de tiempo.

Justo entonces llegó Galtero, que pasó rozando a la anciana y la niña al salir por la puerta. Saludó llevándose los dedos a la frente inclinada.

—Lord general, hay noticias.

—Sí, sí, un momento.

—Pero...

Brogan lo silenció alzando un solo dedo y miró a Lunetta.

—¿Y bien?

—Todo verdad, lord general. Es como un insecto tejedor que apenas roza la superficie del agua con la punta de los pies, pero todo lo que ha dicho era verdad.

Brogan ordenó con un impaciente ademán a Ettore que se acercara. El guardia se puso firme delante de la mesa. La capa carmesí se le enroscó alrededor de las piernas.

—¿Lord general?

—Creo que nos hemos topado con un poseído —dijo Brogan con cautela—. ¿Te gustaría demostrar que eres merecedor de esa capa que llevas?

—Sí, lord general, me gustaría mucho.

—Detenla antes de que abandone el edificio. Es sospechosa de ser una poseída.

—¿Y la niña, lord general?

—¿Acaso no te has fijado, Ettore? Estoy seguro de que resultará ser el familiar de la poseída. Además, no queremos que vaya por la calle gritando que la Sangre de la Virtud ha apresado a su abuela. A la otra, la cocinera, la echarían de menos y podría causarnos problemas, pero a ese par nadie las echará de menos en la calle. Ahora son nuestras.

—Sí, lord general. Me ocuparé de ello al instante.

—Las interrogaré en cuanto pueda. A la niña también. Espero hallarlas dispuestas a contestar sinceramente cualquier pregunta —añadió con gesto admonitorio.

En el juvenil rostro de Ettore asomó una truculenta sonrisa.

—Confesarán, lord general. Por el Creador que estarán listas para confesar cuando vos las interroguéis.

—Excelente, muchacho, y ahora corre antes de que lleguen a la calle.

Mientras Ettore salía a toda prisa, Galtero rebullía impaciente, aunque esperaba en silencio frente a la mesa.

Brogan se sentó.

—Galtero —dijo con voz distante—, una vez más has hecho un trabajo meticuloso; los testigos que me has traído han sido muy útiles.

Tobias Brogan apartó a un lado la moneda de plata, desató las correas de cuero del estuche y vació su contenido en la mesa. Con extremo cuidado extendió sus trofeos y tocó la otrora carne viva. Se trataba de pezones disecados —pezones izquierdos, los más cercanos al malvado corazón de los poseídos— con un trozo de piel suficiente para tatuar el nombre. Representaban sólo una parte ínfima de todos los poseídos que había descubierto; los más importantes, los más malvados demonios del Custodio.

Mientras guardaba uno a uno sus trofeos, fue leyendo el nombre de cada poseído que había enviado a la hoguera. Recordaba cada caza, cada captura y cada ejecución. Se sulfuró al recordar los impíos crímenes que finalmente habían confesado. Pero en todos los casos se había hecho justicia.

No obstante, aún le quedaba por conseguir el mayor de los trofeos: la Madre Confesora.

—Galtero —dijo en tono suave pero firme— tengo su rastro. Reúne a los hombres. Partiremos enseguida.

—Creo que primero deberíais escucharme, lord general.

11

—Son los d'haranianos, lord general.

Tras guardar el último de sus trofeos, Brogan cerró la tapa del estuche y alzó la vista hacia los oscuros ojos de Galtero.

—¿Qué pasa con los d'haranianos?

—Esta mañana me di cuenta de que tramaban algo cuando empezaron a agruparse. Por eso la gente estaba tan excitada.

—A agruparse, ¿dices?

—Sí. Alrededor del Palacio de las Confesoras, lord general. Y a media tarde todos se pusieron a cantar.

Atónito, Tobias se inclinó hacia su coronel.

—¿Cómo que a cantar? ¿Recuerdas las palabras?

—Pues claro. Estuvieron cantando dos horas seguidas; sería difícil olvidarlas después de oírlas tantas veces. Los d'haranianos se inclinaron con la frente hacia el suelo y todos cantaron lo mismo: «Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas».

Brogan tamborileó con un dedo sobre la mesa.

—¿Y todos los d'haranianos cantaban? ¿Cuántos eran?

—Sí, todos ellos, lord general, y son más de los que imaginábamos. Llenaban la gran explanada frente al palacio así como parques, plazas y todas las calles de los alrededores. Era imposible pasar entre ellos de lo juntos que estaban, como si desearan estar lo más cerca posible del Palacio de las Confesoras. Según mis cálculos, eran casi doscientos mil, casi todos ellos reunidos en torno al palacio. Mientras duró la ceremonia el resto de la gente estaba casi en un estado de pánico, pues ignoraba qué sucedía.

»Salí de la ciudad y encontré a otros muchos que no habían ido a la ciudad, aunque, estuvieran donde estuviesen inclinaban la frente hasta el suelo y cantaban junto con sus compatriotas de la ciudad. Cubrí una buena distancia para ver todo lo posible y no encontré ni a un solo d'haraniano que no estuviera arrodillado y cantando. Podía oír sus voces desde las colinas y los pasos de montaña que rodean la ciudad. Y ninguno de ellos nos prestó la más mínima atención.

Brogan se calló lo que iba a decir.

—En ese caso, este tal amo Rahl debe de hallarse aquí.

—Así es, lord general. Mientras todos los d'haranianos cantaban, durante las dos horas, él estuvo en lo alto de la escalinata de la gran entrada, mirando. Todos se inclinaban ante él como si fuese el mismo Creador.

Brogan torció la boca en gesto de repugnancia.

—Siempre sospeché que los d'haranianos eran paganos. Imagínate, rezar a un simple hombre. ¿Qué pasó después?

Galtero parecía cansado; no en vano llevaba todo el día a caballo.

—Al acabar, todos saltaron en el aire, y hubo vítores y gritos de júbilo un buen rato, como si acabaran de librarse de las garras del Custodio. Cabalgué unos tres kilómetros alrededor de la multitud mientras los vivas y las aclamaciones se sucedían. Por fin el gentío se abrió para dejar paso a dos cuerpos que fueron depositados en la explanada, y todo el mundo guardó silencio. Se levantó una pira y se le

prendió fuego. Hasta que los cuerpos no se convirtieron en cenizas y esas cenizas se retiraron para ser enterradas, ese amo Rahl permaneció en los escalones, observando.

—¿Pudiste verlo bien?

—No. La multitud era tan compacta que no quise abrirme paso a la fuerza por temor a que la tomaran conmigo por interrumpir la ceremonia.

Brogan acarició el estuche con un lado del pulgar mientras su mirada se perdía en la nada.

—Por supuesto. No hubiera esperado que te jugaras la vida sólo para echar un buen vistazo al tipo ese.

Galtero vaciló.

—Muy pronto lo veréis vos mismo, lord general. Os han invitado al palacio.

—No tengo tiempo para cortesías sociales. Debemos salir a la caza de la Madre Confesora.

Galtero se sacó un papel de un bolsillo y se lo tendió.

—Acababa de regresar cuando un numeroso grupo de soldados d'haranianos se disponía a entrar en nuestro palacio. Los detuve, les pregunté qué querían, y ellos me dieron esto.

Brogan desplegó el papel y leyó las líneas escritas a toda prisa.

Lord Rahl invita a los dignatarios, diplomáticos y altos funcionarios de todos los países al Palacio de las Confesoras, sin dilación.

Hizo una bola con el papel y rezongó:

—Yo no acudo a audiencias; las doy. Y, como he dicho, no tengo tiempo para intercambiar cortesías.

—Yo me pensé lo mismo y les dije a los soldados d'haranianos que entregaría la invitación, pero que estamos ocupados con otros asuntos y que dudaba de que alguien del Palacio Nicobarese tuviese tiempo.

»Los soldados me respondieron que lord Rahl deseaba ver a todo el mundo allí y que mejor sería que encontrásemos el tiempo.

Brogan desestimó la amenaza con un simple ademán.

—Nadie va a buscar bronca aquí, en Aydindril, sólo porque no vayamos a una celebración organizada para dar a conocer a un nuevo líder tribal.

—Lord general, el Bulevar de los Reyes bullía de soldados d'haranianos. Todos los palacios del Bulevar están rodeados, además de los edificios administrativos de la ciudad. El soldado que me entregó la invitación me dijo que tenía la misión de «escoltarnos» al Palacio de las Confesoras. Añadió que si no salíamos pronto, entrarían para venir a buscarnos. El que me lo dijo tenía diez mil hombres detrás de él, observándome.

»No son tenderos ni granjeros que juegan a ser soldados durante unos meses, sino que son guerreros profesionales y parecían muy decididos.

—Si el grueso de nuestras fuerzas estuviera aquí, la Sangre de la Virtud nada tendría que temer contra esos hombres. Pero sólo contamos con quinientos hombres. No bastan para salir de aquí luchando. No podríamos avanzar ni veinte metros antes de nos eliminaran a todos.

Lunetta seguía contra la pared y se entretenía acariciando y alisando sus retales de colores, sin prestar la menor atención a la conversación. Tal vez tenían sólo quinientos hombres en la ciudad, pero también tenían a Lunetta.

Brogan no sabía qué juego se llevaba entre manos ese tal lord Rahl, aunque tampoco importaba demasiado; D'Hara se había alineado con la Orden Imperial y acataba sus órdenes. Probablemente no era más que un intento para ganar prestigio dentro de la Orden. Siempre había gente deseosa de alcanzar el poder sin preocuparse de los imperativos morales que el poder conlleva.

—Muy bien. De todos modos pronto anochecerá. Asistiremos a esa ceremonia, sonreiremos al nuevo amo Rahl, beberemos su vino, comeremos su comida y le daremos la bienvenida. Al alba

abandonaremos Aydindril y la Orden Imperial, y partiremos en busca de la Madre Confesora. Lunetta — con un gesto llamó a su hermana—, tú nos acompañarás.

—¿Cómo pensáis encontrarla? —Lunetta se rascaba un brazo—. A la Madre Confesora, lord general, ¿cómo pensáis encontrarla?

Brogan apartó la silla y se puso en pie.

—Huyó en dirección sudoeste. Tenemos hombres más que suficientes para buscarla. La encontraremos.

—¿De veras? —Lunetta seguía mostrándose insolente tras haber usado su poder—. Decidme cómo la reconoceréis.

—¡Es la Madre Confesora, estúpida *streganicha*! ¿Cómo quieres que no la reconozcamos?

Lunetta enarcó una ceja y clavó en su hermano el general una mirada salvaje.

—La Madre Confesora está muerta. ¿Creéis posible ver caminar a una muerta?

—No está muerta. La cocinera sabe la verdad, tú misma lo has dicho. La Madre Confesora está viva, y nosotros la encontraremos.

—Si lo que la anciana ha dicho es cierto y se tejió un hechizo de muerte, ¿con qué propósito crees que se hizo? Responded a Lunetta.

Tobias frunció el entrecejo.

—Para convencer a todo el mundo de que había muerto y así poder escapar.

—¿Y cómo es posible que nadie la viera escapar? —inquirió la mujer con una ladina sonrisa—. Pues por la misma razón por la que no podréis encontrarla.

—Déjate de tonterías sobre magia y explícame claramente qué quieres decir.

—Lord general, si realmente existen los hechizos de muerte y uno fue usado con la Madre Confesora, lo lógico sería que esa magia ocultara su identidad. Solamente de ese modo pudo escapar; nadie la reconoció debido a la magia que la rodeaba. Por la misma razón tampoco vos la reconoceréis.

—¿Puedes tú romperlo? ¿Puedes romper ese hechizo? —balbució Brogan.

—Lord general —repuso Lunetta con una risita—, nunca había oído hablar de esa magia. No sé nada sobre ese hechizo.

Tobias se dio cuenta de que su hermana tenía razón.

—Pero tú sabes de magia. Dime cómo puedo reconocerla.

Lunetta negó con la cabeza.

—Lord general, yo no puedo distinguir los hilos de una red que un hechicero tejió justamente para ocultar a una persona. Yo solamente digo lo que sería lógico: que si se tejió ese hechizo para ocultarla, tampoco nosotros la reconoceremos.

—Tú tienes poderes mágicos, Lunetta. Seguro que tú conoces la manera de mostrarnos la verdad.

—Lord general, la anciana dijo que solamente un mago podría conjurar un hechizo de muerte. Por tanto, para deshacerlo es necesario que podamos ver los hilos de la red. Yo no sé cómo ver la verdad a través de un engaño logrado con magia.

Brogan se frotó el mentón, pensativo.

—Sí, ver a través de un engaño. ¿Pero cómo?

—Las polillas caen en las telarañas porque no pueden ver los hilos. También nosotros podemos caer en esa red, como quienes presenciaron la ejecución, porque no podemos ver sus hilos.

—Un mago —murmuró el general para sí, mirando la moneda de plata encima de la mesa—. Cuando le pregunté si quedaba algún mago en Aydindril, ella me mostró esa moneda con el edificio grabado. El Palacio de los Profetas. —El nombre le indujo a alzar la cabeza—. Sí, eso es. Y me dijo que te preguntara a ti lo que era. ¿Lo conoces? ¿Dónde has oído hablar de ese lugar llamado Palacio de los Profetas?

Lunetta se encogió sobre sí misma y desvió la mirada.

—Justo después de que nacieras, mamá me habló de ese lugar. Es un sitio en el que brujas...

—*Streganicha* —la corrigió Tobias.

Lunetta hizo una breve pausa.

—Un sitio en el que *streganicha* entrenan a magos.

—Entonces es un lugar de maldad. —Mientras él contemplaba la moneda, Lunetta se mantenía encorvada y rígida—. ¿Cómo es posible que mamá supiera de un lugar tan malvado?

—Mamá está muerta, Tobias, déjala en paz —murmuró Lunetta.

Brogan la fulminó con la mirada.

—Ya hablaremos de eso más tarde. —Se ajustó el fajín de general y se acomodó la chaqueta gris con bordados plateados antes de ponerse la capa carmesí—. Seguramente la anciana quería decir que hay un mago en Aydindril que fue entrenado en ese lugar de maldad. Por suerte —dijo dirigiéndose a Galtero—, Ettore la retiene para seguir interrogándola. Esa vieja tiene mucho que decirnos; lo siento en los huesos.

Galtero asintió.

—Deberíamos partir ya hacia el Palacio de las Confesoras, lord general.

Brogan se echó la capa sobre los hombros.

—Antes pasaremos a ver a Ettore un momento.

Rugía un buen fuego cuando los tres entraron en la pequeña habitación para echar un vistazo a Ettore y a sus dos prisioneras. Ettore iba desnudo hasta la cintura, y sus perfilados músculos estaban cubiertos por una pátina de sudor. Encima de la capa relucían varias cuchillas junto con un surtido de afilados pinchos. En el hogar se habían desplegado varas de hierro con los extremos dentro de las llamas y anaranjados.

La anciana se encogía en el rincón más alejado y había colocado un brazo protector alrededor de la niña, que escondía la cara en la manta parda.

—¿Algún problema con ella? —quiso saber Brogan.

Ettore esbozó su habitual sonrisa.

—Cambié completamente de actitud al darme cuenta de que aquí no toleramos la arrogancia ni la insolencia. Así son los poseídos; se derrumban cuando ven ante sí el poder del Creador.

—Nosotros tres estaremos fuera un rato. El resto se queda en palacio por si necesitas ayuda. —Brogan echó un vistazo a las varas de hierro que brillaban en el fuego—. Cuando regrese, quiero su confesión. Haz lo que quieras con la niña pero quiero que la vieja siga con vida y esté ansiosa por confesar.

Ettore saludó llevándose los dedos a la frente e inclinándose.

—Por el Creador que se hará como ordenáis, lord general. Confesará todos los crímenes que ha cometido para el Custodio.

—Perfecto. Tengo más preguntas y quiero las respuestas.

—No pienso decir nada más —afirmó la anciana.

Ettore la miró de soslayo con la boca torcida. La anciana se retiró hacia el oscuro rincón.

—Cambiarás de opinión antes de que acabe esta noche, vieja bruja. Cuando veas lo que le hago a tu diablillo, me suplicarás que te permita contestar nuestras preguntas. Primero verás cómo muere, para que puedas pensar en lo que te espera cuando te llegue el turno.

La niña chilló y hundió la cara en la manta de su abuela. Lunetta las contemplaba a ambas mientras se rascaba lentamente un brazo.

—¿Queréis que me quede para ayudar a Ettore, lord general? Creo que sería mejor que me quedara.

—No. Quiero que esta noche me acompañes. Hiciste muy bien al traerme a estas dos —dijo a Galtero.

—Si no hubiera tratado de venderme tortas de miel, nunca me habría fijado en ella. Hubo algo que me hizo sospechar.

Brogan se encogió de hombros.

—Es típico de los poseídos; se sienten atraídos hacia la Sangre de la Virtud como las polillas a una llama. Son atrevidos porque tienen fe en su pérfido señor. —Eché un nuevo vistazo a la mujer encogida en un rincón—. Pero todos se vienen abajo cuando deben enfrentarse a la justicia de la Sangre. Aunque esta poseída sea un trofeo insignificante, creo que el Creador se sentirá complacido.

12

—Para ya —refunfuñó Tobias Brogan—. La gente va a creer que tienes pulgas.

En la avenida bordeada por majestuosos arcos a ambos lados, cuyas intrincadas ramas desnudas se abrazaban por encima de sus cabezas, los dignatarios y altos funcionarios de los diferentes países se apeaban de sus lujosos carruajes para recorrer a pie la distancia que los separaba del Palacio de las Confesoras. Las tropas d'haranianas eran como las riberas del incesante río de invitados que iban llegando.

—No puedo evitarlo, lord general —protestó Lunetta, sin dejarse de rascar—. Desde que llegamos a Aydindril me pican los brazos. Nunca había sentido nada igual.

La gente que se unía a la riada de invitados la miraban sin rebozo. Con sus pobres harapos destacaba como un leproso en una coronación. Pero ella era ajena a las miradas de burla o, si las percibía, las interpretaba como muestras de admiración. En multitud de ocasiones había declinado ponerse los vestidos que Tobias le ofrecía, con la excusa de que ninguno podía igualarse con sus «galas». Y puesto que parecían mantenerle la mente ocupada y lejos de la lacra del Custodio, él nunca insistió demasiado en que se pusiera otra cosa, por no mencionar que consideraba blasfemo que alguien tocado por el mal pareciera grato a la vista.

Ellos iban ataviados con sus más elegantes ropas, abrigos y pieles. Aunque algunos exhibían ornamentadas espadas, Tobias habría jurado que solamente eran decorativas y que ninguno de ellos la había desenvainado nunca con miedo y mucho menos con ira. Cuando el viento abría alguna capa, podía entrever las espléndidas galas de las mujeres, así como el resplandor del sol del ocaso en las joyas que adornaban cuellos, muñecas y dedos. Era como si todos ellos estuvieran tan ilusionados por haber sido invitados al Palacio de las Confesoras para conocer al nuevo lord Rahl, que no percibían la amenaza de los soldados de D'Hara. Por sus sonrisas y su cháchara, parecían ansiosos por congraciarse con el nuevo lord Rahl.

—Si no paras ahora mismo de rascarte —la amenazó entre dientes—, te ataré las manos a la espalda.

Lunetta dejó caer las manos a los lados, se detuvo y lanzó un grito ahogado. Tobias y Galtero alzaron los ojos hacia los cuerpos empalados a ambos lados del paseo, un poco más adelante. Al acercarse se dieron cuenta de que no eran humanos, sino seres con escamas que solamente el Custodio podría haber concebido. Un hedor tan denso como el vaho que se alza en una ciénaga los envolvió mientras avanzaban, y contuvieron la respiración por temor a contaminarse los pulmones si lo respiraban.

En algunos postes solamente habían clavado cabezas; en otros, cuerpos enteros; y en otros, partes de cuerpos. Algunas bestias mostraban tremendos tajos y otras habían sido cercenadas por la mitad y sus entrañas colgaban congeladas de lo que quedaba de ellas, lo cual indicaba que se había librado un brutal combate.

Era como caminar en medio de un monumento a la maldad, como traspasar las puertas del inframundo.

Los demás invitados se tapaban la nariz con lo que tenían a mano. Algunas de las peripuestas damas sufrieron desvanecimientos y sus sirvientes acudieron a su ayuda para abanicarlas con pañuelos o frotar sus frentes con un poco de nieve. Algunos se quedaban mirando con expresión atónita, mientras que otros temblaban tan intensamente que Tobias oía el castañeteo de sus dientes. Tras soportar todas esas desagradables imágenes y olores, todo el mundo se hallaba en estado de ansiedad o de alarma declarada. Tobias, acostumbrado a tratar con el mal, contempló al resto de invitados con desdén.

En respuesta a uno de los trastornados diplomáticos, un soldado d'haraniano que flanqueaba la avenida contó que aquellos seres habían atacado la ciudad y que lord Rahl los había matado. El ánimo de los invitados mejoró notablemente y siguieron avanzando parlotando sobre el honor que supondría conocer a alguien como el nuevo lord Rahl, el amo de D'Hara. Eufóricas risitas llenaron el gélido aire.

—Mientras estaba fuera, antes de que comenzaran los cánticos, los soldados que rodean la ciudad aún se mostraban conversadores y me dijeron que anduviera con cuidado, pues se habían producido ataques de seres invisibles y que muchos de sus hombres así como viandantes habían sido asesinados —dijo Galtero por lo bajo.

Tobias recordó que la anciana les había dicho que unos seres escamosos —de cuyo nombre no se acordaba en esos momentos— aparecían salidos de la nada y destripaban a los inocentes con los que se topaban. Según Lunetta, la mujer no mentía. Así pues, ésas debían de ser las bestias a las que se refería.

—Qué casualidad que lord Rahl llegara justo a tiempo de matar a esos seres y salvar la ciudad.

—Mriswith —dijo Lunetta.

—¿Qué?

—La mujer dijo que los seres se llamaban mriswith.

—Sí, creo que tienes razón. Mriswith.

Columnas blancas descollaban a la entrada del palacio. Pasando entre las hileras de soldados atravesaron las puertas blancas talladas, abiertas de par en par, y penetraron en un imponente vestíbulo iluminado con ventanas de cristal azul pálido entre columnas de mármol blanco pulido coronadas con capiteles dorados. Tobias Brogan sintió como si acabara de penetrar en el vientre del mal y se dijo que en lugar de temblar ante cuerpos sin vida, los demás invitados deberían echarse a temblar ante aquel monumento vivo a la blasfemia que los rodeaba.

Tras recorrer elegantes pasadizos y cámaras con suficiente granito y mármol para levantar una montaña, por fin atravesaron unas altas puertas de madera de caoba y entraron en una enorme sala rematada por una cúpula. El techo se adornaba con frescos de hombres y mujeres. Alrededor del borde inferior de la cúpula se abrían ventanas de forma redonda que dejaban entrar la menguante luz y revelaban las nubes que se agrupaban en el cielo del atardecer. Al otro lado de la sala, sobre un estrado semicircular, se veía un espléndido escritorio tallado y sillas desocupadas.

Unos arcos dispuestos a lo largo de los muros cubrían el acceso a unas escaleras que conducían a galerías con columnatas, bordeadas con sinuosas barandillas de madera de caoba pulimentada. Tal como Brogan comprobó, las galerías estaban atestadas de gente; no nobles vestidos de tiros largos como en el piso principal, sino gente humilde. Los demás invitados también se habían percatado y miraban con desaprobación a la chusma que se agolpaba tras las barandillas. Por su parte, la gente de las galerías procuraba apartarse de las barandas como si buscara refugio en la oscuridad, quizá por temor a ser reconocidos y que les pidieran cuentas por osar asistir a tan magnífica ceremonia. Lo habitual era que un mandatario primero se diera a conocer a personas con poder y luego al pueblo.

Haciendo caso omiso del público en las galerías, los invitados se desplegaron por el suelo de mármol ajedrezado, manteniendo la distancia entre ellos y los representantes de la Sangre de la Virtud, aunque trataban de aparentar que no los evitaban intencionalmente sino por mero azar. Mientras buscaban con expectantes miradas a su anfitrión, intercambiaban comentarios en susurros. Con sus ricas vestiduras parecían parte de las elaboradas tallas y cuidados motivos decorativos; ninguno de ellos se mostraba turbado por la magnificencia del Palacio de las Confesoras. Brogan supuso que debían de ser invitados habituales. Aunque nunca antes había estado en Aydindril, conocía a un cortesano adúlador en cuanto lo veía pues su propio rey había estado siempre rodeado por ellos.

Lunetta se mantenía cerca de él, apenas interesada en la imponente arquitectura que la rodeaba. Seguía sin darse cuenta de las miradas de las que era objeto, si bien ahora eran menos numerosas, pues los invitados estaban más interesados en mirarse entre sí y en la perspectiva de conocer por fin a lord Rahl que en la extraña mujer escoltada por dos hombres de la Sangre de la Virtud. Galtero recorría con la

mirada la enorme sala sin fijarse en la opulencia sino sólo en la gente, los soldados y las salidas. Las espadas que él y Tobias Brogan llevaban no eran decorativas.

Pese a su repugnancia, Tobias no podía evitar maravillarse de encontrarse en el lugar desde el cual las Madres Confesoras y los magos habían movido los hilos de poder de la Tierra Central. Ése era el lugar desde el que durante miles de años el consejo había defendido y preservado la unidad y la magia. Ése era el lugar desde el que el Custodio extendía sus tentáculos.

Pero esa unidad se había roto. La magia ya no dominaba al ser humano y no contaba con la protección del consejo. La edad de la magia había tocado a su fin. La Tierra Central estaba acabada. Muy pronto el Palacio de las Confesoras se llenaría de capas de color carmesí y sólo miembros de la Sangre de la Virtud se sentarían en aquel estrado. Brogan sonrió; los hechos se sucedían inexorablemente hacia un final providencial.

Un hombre y una mujer se fueron aproximando a ellos con lo que a Brogan se le antojó una actitud resuelta. La mujer, con una gran mata de pelo negro y cortos rizos que le enmarcaban el maquillado rostro, se inclinó hacia él en gesto despreocupado y comentó:

—Nos han invitado y ni siquiera nos dan nada para comer. —Mientras esperaba una respuesta se alisó las puntillas que adornaban la pechera de su vestido amarillo, y sus labios de un rojo imposible dibujaban una educada sonrisa. En vista de que él nada decía, insistió—: Teniendo en cuenta lo precipitado de la invitación, es de lo más vulgar no ofrecer siquiera un poco de vino, ¿no os parece? Después de tratarnos de un modo tan grosero supongo que no esperará que aceptemos de nuevo su invitación.

—¿Conocéis a lord Rahl? —preguntó Brogan, las manos enlazadas en la espalda.

—Es posible que lo haya visto antes; no recuerdo. —La mujer se quitó una mota, que él no pudo ver, de uno de sus hombros desnudos, dando así la oportunidad incluso a alguien situado al otro extremo de la sala de que viera el resplandor que lanzaban las sortijas de los dedos—. He sido invitada a tantas ceremonias de este tipo en palacio que me cuesta recordar a todas las personas que han querido conocerme. Después de todo, tras el asesinato del príncipe Fyren, el duque Lumholtz y yo misma somos los nuevos líderes.

»Pero sí sé que no me había encontrado nunca en este palacio a alguien de la Sangre de la Virtud —añadió, sonriendo afectadamente—. Después de todo, el consejo siempre consideró que la Sangre era demasiado entrometida. Yo no lo creo, por supuesto, pero el consejo le prohibió practicar su... «arte» fuera de su país de origen. Claro que ahora nos hemos quedado sin consejo. Fue espantoso el modo en que fueron asesinados justo aquí mismo, mientras deliberaban sobre el futuro de la Tierra Central. ¿Qué os trae aquí, señor?

—He sido «invitado»; lo mismo que vos —respondió Brogan, con la mirada puesta en los soldados que cerraban las puertas. Mientras echaba a andar hacia el estrado, se acarició suavemente el mostacho con los nudillos.

La duquesa Lumholtz lo acompañó.

—He oído que la Orden Imperial tiene en muy alta estima a la Sangre de la Virtud.

El hombre que la acompañaba llevaba una chaqueta azul recamada en oro y actuaba con porte de autoridad. Escuchaba con forzada indiferencia mientras aparentaba tener la atención fija en otra cosa. Por su pelo oscuro y sus pobladas cejas Tobias adivinó que era kelta. Los keltas habían sido de los primeros en aliarse con la Orden Imperial y salvaguardaban con celo su estatus dentro de la organización. También sabían que la Orden respetaba la opinión de la Sangre de la Virtud.

—Con lo mucho que habláis, señora, me sorprende que hayáis oído algo.

El rostro de la mujer se puso tan rojo como sus labios. Tobias Brogan se ahorró su previsible réplica airada, pues la muchedumbre que llenaba la sala se alborotó. Como su estatura no le permitía ver por encima de las cabezas vueltas esperó con paciencia, pues sabía que con toda probabilidad lord Rahl se dirigiría a ellos desde el estrado. Se había situado estratégicamente en previsión de ello: lo suficientemente cerca para evaluarlo pero no tan cerca para llamar la atención. A diferencia de los demás

invitados, él era consciente de que aquello no era un acto social. Muy probablemente la noche sería muy movida, y él prefería quedarse a la sombra. A diferencia de los estúpidos que revoloteaban a su alrededor, Tobias Brogan sabía cuándo se imponía la prudencia.

Al otro lado de la sala la gente se apartaba a toda prisa para dejar paso a un grupo de soldados de elite. Los seguían una fila de impresionantes piqueros, que fueron rompiendo la formación en parejas para formar un pasillo acorazado libre de invitados. Por su parte, los soldados se desplegaron delante del estrado cual sombría cuña protectora de músculos y acero. La rápida precisión resultaba impresionante. Oficiales de alto rango desfilaron por el pasillo recién abierto hasta el estrado. Por encima de la cabeza de Lunetta Brogan buscó la gélida mirada de Galtero. No, eso no era un acto meramente social.

La multitud murmuraba nerviosa e impaciente mientras esperaba para ver qué pasaría a continuación. Por los susurros que llegaron hasta él, Brogan supo que ese despliegue no tenía precedentes en el Palacio de las Confesoras. Airados dignatarios mascullaban su indignación sobre lo que consideraban un intolerable uso de la fuerza armada en las cámaras del consejo, donde hasta entonces había primado siempre la negociación.

Brogan despreciaba la diplomacia; la sangre funcionaba mejor y dejaba una impresión más duradera. Al parecer, el nuevo lord Rahl también lo sabía, aunque no así el mar de obsequiosos rostros que atestaban la sala.

Tobias sabía qué quería ese nuevo lord Rahl. Era previsible. Después de todo, los d'haranianos habían soportado gran parte de la carga de la Orden Imperial. En las montañas habían encontrado un ejército, formado sobre todo por d'haranianos, que se dirigía a Ebinissia. Los d'haranianos habían tomado Aydindril, la habían pacificado y después habían cedido el dominio sobre la ciudad a la Orden Imperial. En nombre de la Orden se habían jugado el cuello para combatir a los rebeldes, mientras que otros, como el duque Lumholtz, ocupaban las posiciones de poder y daban las órdenes esperando que los d'haranianos cayeran bajo las armas enemigas.

Sin duda lord Rahl pretendía reclamar una posición de poder dentro de la Orden Imperial e iba a coaccionar a los dignatarios reunidos para que aceptaran. Brogan deseó que les hubieran ofrecido comida para así ver cómo esos intrigantes representantes se atragantaban al oír las exigencias de lord Rahl.

Los dos d'haranianos que entraron a continuación eran tan grandes que Tobias pudo verlos por encima de las cabezas de la multitud. Cuando quedaron totalmente a la vista y percibió su armadura de cuero, la cota de mallas y afilados brazales por encima de los codos, Galtero le susurró sobre la cabeza de Lunetta:

—He visto a esos dos antes.

—¿Dónde? —susurró a su vez Tobias.

—Por ahí, en la calle.

Tobias Brogan volvió la cabeza y para su asombro vio a tres mujeres ataviadas de cuero rojo que seguían a los dos ciclópeos d'haranianos. Por los informes que había oído supo que se trataba de mord-sith. Las mord-sith tenían fama de ser enemigas de cualquiera con poderes mágicos que se opusiera a ellas, por lo que en una ocasión Tobias había tratado de hacerse con los servicios de una. Pero la mord-sith le había respondido que ellas solamente servían al amo de D'Hara y no consentían que nadie les hiciera propuestas de ningún tipo. Al parecer, no se vendían por nada.

Si las mord-sith pusieron nerviosa a la muchedumbre, lo que llegó a continuación la aterrorizó. A más de uno se le desencajó la mandíbula al ver a una bestia monstruosa con garras, colmillos y alas. Incluso Brogan acusó la llegada del gar. Los gars de cola corta eran bestias salvajemente agresivas y sedientas de sangre capaces de comerse cualquier ser vivo. Tras la caída del Límite en la primavera pasada, los gars habían causado no pocos problemas a la Sangre de la Virtud. De momento el monstruo caminaba tranquilo tras las tres mujeres. Tobias comprobó que tenía la espada presta para ser desenvainada y reparó en que Galtero hacía lo mismo.

—Por favor, lord general —lloriqueó Lunetta, rascándose frenéticamente los brazos—, vámonos ahora mismo.

Brogan la agarró por un brazo, se la acercó violentamente y le susurró furiosamente al oído:

—Prestarás atención a ese lord Rahl o tendré que pensar que ya no me sirves para nada. ¿Entendido? ¡Y deja de rascarte!

—Sí, lord general —dijo ella con lágrimas en los ojos.

—Presta atención a lo que dice.

Lunetta asintió. Los dos enormes d'haranianos tomaron posiciones a ambos extremos del estrado, las tres mujeres se dispusieron entre ellos dejando vacío un lugar en el centro, seguramente para lord Rahl cuando por fin se dignara aparecer. El gar descollaba detrás de las sillas.

La mord-sith rubia situada próxima al centro del estrado recorrió la sala con una penetrante mirada azul que conminaba al silencio.

—Pueblo de la Tierra Central —dijo, señalando a la nada encima del escritorio—. Os presento a lord Rahl.

En el aire se formó una sombra. De repente apareció una capa negra, que se abrió y allí, sobre el estrado, apareció un hombre.

Las personas situadas en primera fila retrocedieron, alarmadas. Unos cuantos invitados lanzaron gritos de terror, algunos suplicando la protección del Creador, otros implorando la intercesión de los espíritus, y otros se postraban de hinojos. Mientras que muchos se quedaban paralizados por la sorpresa, algunos de los portadores de espadas decorativas las desenvainaron por primera vez debido al miedo. Pero un oficial d'haraniano situado al frente advirtió con voz gélida y calmada que todo el mundo guardara las armas y, aunque de mala gana, las espadas regresaron a sus fundas.

Lunetta contemplaba al hombre rascándose furiosamente pero esta vez Brogan no la riñó; incluso él notaba cómo la piel se le erizaba por la maldad de la magia.

El hombre subido sobre el escritorio esperó pacientemente que la multitud se calmara antes de tomar la palabra.

—Soy Richard Rahl, llamado por los d'haranianos lord Rahl —anunció con voz serena—. Otros pueblos me llaman con otros nombres. Las profecías escritas en el pasado remoto, antes del nacimiento de la Tierra Central, me dan otro apelativo. —Se bajó del escritorio para colocarse entre las mord-sith—. Pero ahora estoy aquí para hablaros del futuro.

Aunque no era tan fornido como los dos d'haranianos plantados a cada extremo del curvado pupitre, era alto, musculoso, de complexión fuerte y sorprendentemente joven. Iba vestido sin pretensiones con capa negra, botas altas, pantalones oscuros y una camisa sencilla, lo cual chocaba en alguien al que llamaban «lord». Aunque era imposible no fijarse en la reluciente vaina de plata y oro que le colgaba de una cadera, por su aspecto cualquiera lo hubiera tomado por un simple guardabosque. A Tobias le pareció que estaba cansado, como si soportara una montaña de responsabilidad sobre sus espaldas.

Brogan no era un bisoño en el combate y, por la armonía de sus movimientos, por el modo en que llevaba el tahalí en bandolera y por cómo la espada se acomodaba a sus movimientos, se dio cuenta de que no era un hombre al que se pudiera tomar a la ligera. En su caso la espada no era un mero elemento decorativo, sino un arma. Parecía un hombre que últimamente hubiese tomado muchas decisiones desesperadas y que hubiera pasado por duros trances. Pese a su humilde aspecto externo lo rodeaba un halo de autoridad y exhibía un comportamiento que atraía la atención.

Muchas de las invitadas ya habían recuperado la compostura y le lanzaban insinuantes sonrisas acompañadas de tiernas miradas, que era su modo de congraciarse con quienes ejercían el poder. Se habrían comportado igual aunque el hombre no fuese tan toscamente atractivo, aunque quizá con menos sinceridad. Lord Rahl o bien no se enteró de sus intentos de seducción o bien prefirió no darse por enterado.

Eran sus ojos lo que interesaba a Tobias Brogan; él consideraba que los ojos son el espejo del alma, y raramente lo decepcionaban. Cuando la acerada mirada de lord Rahl se posaba en algunas personas,

éstas retrocedían involuntariamente y otras rebullían inquietas. Cuando por fin esos ojos se volvieron en su dirección y se posaron en él, Tobias le tomó la medida de su corazón y su alma.

Esa breve mirada le bastó para saber que lord Rahl era un hombre muy peligroso.

Pese a que era joven y le disgustaba ser el centro de todas las miradas, estaba dispuesto a luchar hasta la última gota de sangre. Brogan había visto ojos como éstos antes; eran los ojos de alguien capaz de tirarse por un precipicio en pos de su presa.

—Lo conozco —dijo Galtero.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Hoy, cuando recogía testigos, me topé con él. Traté de detenerlo para que lo interrogarais, pero esos dos enormes guardias de allí aparecieron y se lo llevaron.

—Qué lástima, habría sido...

El súbito silencio lo animó a alzar los ojos. Lord Rahl lo miraba fijamente con sus penetrantes y grises ojos de ave rapaz.

Entonces esos ojos se posaron en Lunetta, que se quedó como paralizada. Sorprendentemente lord Rahl esbozó una leve sonrisa.

—De todas las mujeres que hay en el baile —le dijo— tu vestido es el más bonito.

Lunetta no cabía en sí de contento. Tobias a punto estuvo de soltar la carcajada; lord Rahl acababa de transmitir un hiriente mensaje al resto de los reunidos: a sus ojos, su posición social no valía nada. Brogan empezaba a divertirse. Tal vez la Orden Imperial saldría ganando con un hombre como ése entre sus líderes.

—La Orden Imperial cree que ha llegado el momento de que el mundo se unifique bajo una ley común: la suya —dijo lord Rahl—. Según ellos, la magia es responsable de todos los defectos, las desgracias y los problemas de la humanidad. Según ellos, la maldad sólo se debe a la influencia externa de la magia y ha llegado el momento de erradicar la magia del mundo.

Algunos mascullaron su conformidad y otros su escepticismo, aunque la mayoría guardó silencio. Lord Rahl puso un brazo encima de la silla de mayor tamaño, la situada en el centro, y prosiguió:

—Para llevar a cabo su plan a la luz de su autoproclamada causa divina, no respetarán la soberanía de ningún país. Desean dominar todas las tierras y encarar el futuro todos unidos y sometidos a la Orden Imperial.

Hizo una breve pausa para mirar a muchos de la multitud.

—La magia no es una fuente de mal. Eso es lo que ellos dicen para justificar sus acciones encaminadas a ganar el poder.

Los susurros llenaron la sala y surgieron muchas discusiones en tono apagado. La duquesa Lumholtz avanzó, reclamando atención, y sonrió a lord Rahl antes de inclinar la cabeza.

—Lord Rahl, todo eso que decís es muy interesante, pero la Sangre de la Virtud —hizo un breve gesto con la mano hacia Tobias Brogan, al que lanzó una gélida mirada— afirma que toda la magia surge del Custodio.

Brogan permaneció inmóvil y en silencio. Lord Rahl no lo miró a él, sino que no apartó la vista de la duquesa.

—El nacimiento de un niño también es mágico. ¿Llamáis a eso el mal?

La duquesa impuso silencio a la multitud de su espalda alzando una mano con imperioso ademán.

—La Sangre de la Virtud predica que es el Custodio quien crea toda la magia y que, por tanto, la magia sólo puede ser el mal encarnado.

Tanto del sector de los nobles como del pueblo llano salieron gritos de apoyo. Esta vez fue lord Rahl quien alzó una mano para imponer silencio.

—El Custodio es el destructor, el azote de la luz y la vida, es el hálito de la muerte. A mí me han enseñado que es el Creador, con su poder y majestad, el hacedor de todas las cosas. —Casi todos los presentes gritaron que era cierto.

»En ese caso, creer que la magia proviene del Custodio es blasfemia. ¿Acaso el Custodio podría crear un recién nacido? Si atribuimos el poder de crear, que es exclusivo del Creador, al Custodio le estamos dando una capacidad para la bondad que únicamente es del Creador. El Custodio no crea; y afirmar lo contrario es una herejía.

El silencio se abatió sobre la sala cual paño mortuorio. Lord Rahl miró a la duquesa con la cabeza ladeada.

—¿Acaso os habéis adelantado para confesaros hereje? ¿O para acusar a otra persona de hereje para beneficio propio?

Con un rostro nuevamente tan rojo como los labios, la duquesa retrocedió varios pasos hasta colocarse junto a su marido, el duque. Éste, que había perdido la calma, blandió un dedo hacia lord Rahl.

—Los juegos de palabras no cambian el hecho de que la Orden Imperial combate el mal del Custodio y que ha venido para unirse a todos contra él. La magia niega ese derecho a los hombres. Yo soy kelta y orgulloso de serlo, pero ha llegado el momento de que los países frágiles y solos se unan. Kelton ha parlamentado largamente con la Orden Imperial, cuyos miembros han demostrado ser gente decente y civilizada que buscan la paz de todos los pueblos.

—Un noble ideal —replicó lord Rahl con calma—, aunque era el mismo que unía a la Tierra Central y que traicionasteis por avaricia.

—La Orden Imperial es diferente; ofrece verdadera fuerza y paz duradera.

Lord Rahl fulminó al duque con la mirada.

—Sí, la paz de los cementerios. Hace poco —dijo, dirigiéndose a la multitud— un ejército de la Orden Imperial arrasó el corazón de la Tierra Central en busca de adhesiones. Muchos se rindieron y se unieron a ellos. Los dirigía un general d'haraniano llamado Riggs junto con oficiales de diferentes nacionalidades, además de un mago de sangre kelta llamada Slagle.

»Ese ejército de más de cien mil hombres atacó Ebinissia, la capital de Galea. La Orden Imperial pidió a todos los habitantes de la ciudad que se unieran a ellos y se sometieran a la Orden. Es decir, se les pedía que traicionaran a la Tierra Central y renegaran de su compromiso con la unidad y la defensa común que representaba la Tierra Central. Pero los valientes habitantes de Ebinissia se negaron.

El duque abrió la boca para decir algo, pero por primera vez la voz de lord Rahl adoptó un tono amenazador que lo dejó sin palabras.

—El ejército de Galea defendió la ciudad hasta el último hombre. El hechicero usó su poder para abrir una brecha en las murallas de la ciudad por la que la Orden Imperial irrumpió. Tras eliminar a los defensores galeanos, muy inferiores en número, la Orden Imperial no ocupó la ciudad sino que la recorrió como una manada de animales salvajes, violando, torturando y asesinando a pobres inocentes.

Con la mandíbula tensa, lord Rahl se inclinó sobre el escritorio y señaló con un dedo al duque Lumholtz.

—La Orden masacró a todos los seres vivos de Ebinissia: viejos, jóvenes y recién nacidos. Empalaron a pobres mujeres embarazadas para matar tanto a la madre como al hijo por nacer.

Con la cara roja de rabia, dio un puñetazo en la mesa que sobresaltó a todos los presentes.

—¡Con ese acto, la Orden Imperial demostró que todo lo que dice son mentiras! Ha perdido el derecho de predicar a los demás qué está bien y qué está mal. Son depravados. Los mueve un único objetivo: vencer y someter. Masacraron a la gente de Ebinissia para demostrar qué les sucedería a todos lo que no se rindieran.

»No se detendrán por fronteras ni por argumentos. ¿Qué ética se puede esperar de hombres que han manchado sus espadas con la sangre de recién nacidos? Que nadie ose plantarse ante mí y tratar de convencerme de lo contrario; la Orden Imperial no tiene perdón. Ha mostrado los colmillos que oculta

detrás de sus sonrisas, ¡y por los espíritus que han perdido el derecho de hablar como si poseyeran la verdad!

Lord Rahl inspiró hondo para tranquilizarse y se enderezó.

—Tanto los inocentes que murieron a espada como quienes empuñaban esas espadas perdieron mucho ese día. Unos perdieron la vida y los otros perdieron su humanidad y el derecho de ser escuchados, y mucho menos de ser creídos. Ellos, y cualquiera que se una a ellos, son mis enemigos.

—¿Y quiénes eran esas tropas? —preguntó alguien—. Vos mismo habéis admitido que la mayoría eran d'haranianos. Vos sois el líder de los d'haranianos. Cuando el Límite cayó, la primavera pasada, los d'haranianos atacaron y cometieron atrocidades muy similares a las que habéis expuesto. Aunque Aydindril se ahorró sus crueldades, muchas otras ciudades y pueblos sufrieron el mismo destino que Ebinissia pero a manos de D'Hara. ¿Y ahora nos pedís que creamos en vos? No sois mejor que la Orden.

Lord Rahl asintió.

—Lo que decís sobre D'Hara es cierto. Entonces D'Hara estaba gobernada por Rahl el Oscuro, mi padre, aunque yo no lo conocía. Rahl el Oscuro no me crió, ni me educó en su maldad. Sus propósitos eran muy parecidos a los de la Orden Imperial: conquistar todas las tierras y gobernar sobre todo el mundo. Pero mientras que la Orden es una causa monolítica, la suya era una empresa personal. Además de usar la fuerza bruta, también usaba la magia, como la Orden.

»Yo me opongo a todo lo que Rahl el Oscuro representaba. Él no se detenía ante ninguna maldad para lograr lo que quería: torturó y mató a un número incontable de inocentes y eliminó la magia para que no pudiera usarse contra él, como la Orden pretende hacer.

—En ese caso, sois igual que él.

—No, no lo soy. Yo no ansío el poder. Si empuño una espada es únicamente para luchar contra la opresión. Combatí del lado de la Tierra Central contra mi padre y no me quedó más remedio que matarlo por sus crímenes. Pero luego, con su perversas artes mágicas, logró regresar del inframundo y yo tuve que usar magia para detenerlo y devolver su espíritu al Custodio. Usé de nuevo la magia para cerrar una puerta por la que el Custodio enviaba a sus sicarios a este mundo.

Brogan hizo rechinar los dientes. Sabía por experiencia que los poseídos muchas veces trataban de ocultar su verdadera naturaleza vanagloriándose del valor con que habían luchado contra el Custodio y sus sicarios. Había oído tantas historias falsas que había aprendido a reconocerlas como un modo de enmascarar la verdadera maldad del corazón. Los seguidores del Custodio eran demasiado cobardes para mostrarse realmente como eran y se ocultaban detrás de alardes y cuentos inventados.

De hecho, hubiese llegado antes a Aydindril de no haberse topado con tantos focos de perversidad en el mismo Nicobarese. Ciudades y pueblos en los que todo el mundo parecía llevar una vida piadosa resultaron estar corrompidos por el mal. Cuando fueron interrogados como es debido, algunos de los más ardientes defensores de la virtud se confesaron blasfemos y revelaron los nombres de las *streganicha* y los poseídos que vivían en el vecindario y que los habían pervertido con su magia.

Se imponía la purificación. Había sido necesario purificar con el fuego ciudades enteras hasta no dejar ni siquiera un letrero que condujera hasta esas guaridas del Custodio. La Sangre de la Virtud había cumplido la voluntad del Creador, aunque para ello necesitó tiempo y esfuerzo.

Furioso, Brogan prestó de nuevo atención a las palabras de lord Rahl.

—Si asumo este reto es solamente porque me ha sido confiada la espada. Os pido que me juzguéis no por quien fue mi padre sino por mis actos. Yo no asesino a inocentes indefensos; la Orden Imperial, sí. Hasta que no viole la confianza de las personas honestas, tengo el derecho de que se me juzgue también con honestidad.

»No puedo presenciar de brazos cruzados la victoria de esos hombres malvados; pienso luchar con todos los medios a mi alcance, lo cual incluye la magia. Quien se alíe con los asesinos, no encontrará clemencia bajo mi espada.

—Nosotros sólo queremos la paz —gritó alguien.

Lord Rahl asintió.

—Ojalá reinara la paz y pudiera regresar a mi hogar, a mis amados bosques y llevar una vida sencilla. Pero no puedo, del mismo modo que tampoco podemos regresar a la inocencia de nuestra infancia. Me ha sido impuesta una responsabilidad. Quien dé la espalda a los inocentes que necesitan ayuda se convierte en cómplice de los atacantes. Es en nombre de los inocentes y los desamparados que empuño esta espada y libro esta batalla.

Lord Rahl apoyó de nuevo el brazo en la silla del centro.

—Ésta es la silla de la Madre Confesora. Durante miles de años las Madres Confesoras gobernaron la Tierra Central con mano benevolente y lucharon por mantener la unidad, para que los diferentes pueblos de la Tierra Central vivieran en paz como buenos vecinos, gozando de libertad y sin temer las amenazas externas. —Lord Rahl observó todos aquellos ojos clavados en él—. El consejo trató de romper la unidad y la paz que representan esta sala, este palacio y esta ciudad; esa unidad y esa paz que recordáis con nostalgia. Unánimemente la condenaron a muerte y la ejecutaron.

Lentamente lord Rahl desenvainó la espada y la dejó sobre la mesa, donde todos pudieran verla.

—Como ya os he dicho, se me conoce con diferentes nombres, uno de los cuales es Buscador de la Verdad, título que me fue impuesto por el Primer Mago. Llevo la *Espada de la Verdad* por derecho. Anoche, ejecuté al consejo por traición.

»Vosotros sois los representantes de los pueblos que componen la Tierra Central. La Madre Confesora os brindó la oportunidad de permanecer unidos pero vosotros la rechazasteis y le disteis la espalda.

Un hombre al que Tobias no podía ver rompió el gélido silencio.

—Ninguno de nosotros aprobó lo que hizo el consejo. Muchos deseábamos que la Tierra Central resistiera. La Tierra Central volverá a unirse y será de nuevo fuerte para la lucha.

De la multitud brotaron muchas voces que juraron hacer todo lo posible por restaurar la unidad. Pero otros guardaron silencio.

—Ya es demasiado tarde para eso. Tuvisteis vuestra oportunidad. La Madre Confesora toleró vuestras rencillas y vuestra obstinación, pero yo no pienso tolerarlo —declaró lord Rahl, envainando de golpe la espada.

—¿De qué habláis? —preguntó el duque Lumholtz con irritación—. Vos sois de D'Hara. No tenéis ningún derecho a decirnos cómo debe funcionar la Tierra Central. La Tierra Central es cosa nuestra.

Sin mover un solo músculo el interpelado respondió con voz suave pero cargada de autoridad:

—La Tierra Central ya no existe. Aquí y ahora queda disuelta. A partir de este momento los diferentes países se quedan solos.

—¡La Tierra Central no es vuestro juguete!

—Ni tampoco el de Kelton. Os recuerdo que Kelton ha tratado de gobernar la Tierra Central.

—¿Cómo osáis acusarnos de...?

Lord Rahl alzó una mano para imponer silencio.

—Los keltas no habéis sido más rapaces que algunos de los otros. Muchos habéis tratado de quitar de en medio a la Madre Confesora y los magos para poder repartiros el pastel.

—Verdad —susurró Lunetta a Brogan, tironeándole de una manga. Pero Brogan le impuso silencio con una mirada glacial.

—La Tierra Central no tolerará esta interferencia en nuestros asuntos —clamó otra voz.

—No estoy aquí para discutir sobre el gobierno de la Tierra Central. Os acabo de decir que la Tierra Central ya no existe. —Lord Rahl miró a los reunidos con expresión tan iracunda e irrevocable que Brogan se olvidó de respirar por unos momentos—. Estoy aquí para dictar los términos de vuestra rendición.

La multitud acusó el golpe como un solo hombre. Inmediatamente resonaron protestas que fueron aumentando de tono hasta convertirse en un bramido general. Rojos de ira, los hombres lanzaban juramentos y blandían puños.

El duque Lumholtz les gritó que se callaran, tras lo cual se volvió de nuevo hacia la tarima.

—No sé qué extrañas ideas se os han metido en la cabeza, joven, pero la Orden Imperial está al mando en la ciudad. Son muchos los que han llegado a acuerdos muy razonables con ellos. ¡Gracias a la Orden Imperial la Tierra Central seguirá existiendo, permanecerá unida y nunca se rendirá al enemigo de D'Hara!

Cuando la muchedumbre se disponía a lanzarse contra lord Rahl, las mord-sith empuñaron los agiels, las filas de soldados desenvainaron armas, bajaron lanzas y el gar desplegó sus alas. La bestia gruñó dejando al descubierto sus goteantes colmillos, y sus ojos verdes relucieron. Entretanto, lord Rahl se mantuvo quieto como un muro de granito. La multitud se detuvo y retrocedió.

El cuerpo de lord Rahl adoptó una actitud tan firme y amenazante como su mirada.

—Ya tuvisteis la oportunidad de preservar la Tierra Central y fracasasteis. D'Hara se ha liberado del yugo de la Orden Imperial y ahora gobierna Aydindril.

—Eso te crees tú —replicó el duque—. Kelton tiene tropas en la ciudad, al igual que muchos otros países, y no permitiremos que la ciudad caiga.

—Un poco tarde para eso. Permitid que os presente al general Reibisch, que es el comandante en jefe de todas las fuerzas de D'Hara en este sector.

El general, un hombre musculoso con barba rojiza y cicatrices de guerra, subió al estrado y saludó a lord Rahl golpeándose el corazón con un puño antes de volverse hacia la multitud.

—Mis tropas rodean Aydindril y la controlan —anunció—. Los soldados de D'Hara llevan meses en esta ciudad y ahora, por fin, nos hemos librado de la tiranía de la Orden Imperial y volvemos a estar bajo las órdenes del amo Rahl.

»A las tropas de D'Hara no les gusta estar ociosas. Si alguno de vosotros quiere pelear, personalmente estaré encantado, aunque lord Rahl ha ordenado que no empecemos nosotros la lucha. No obstante, si debemos defendernos, los espíritus saben que lo haremos. La ocupación de una ciudad es un asunto muy tedioso, y confieso que estoy mortalmente aburrido. Preferiría mil veces tener algo más interesante que hacer, algo que se me da muy bien.

»Cada país cuenta con destacamentos de soldados estacionados en Aydindril para guardar el respectivo palacio. En mi opinión profesional, si todos os pusierais de acuerdo y organizarais todas las tropas con las que contáis para recuperar el control de la ciudad, nos costaría un día, o tal vez dos, aplastarlas hasta el último hombre. De ese modo se acabarían los problemas. Por si no lo sabíais los d'haranianos no toman prisioneros.

El general retrocedió tras dirigir una inclinación de cabeza a lord Rahl.

Todos rompieron a hablar al mismo tiempo, y algunos agitaban con furia los puños y gritaban para hacerse oír. Lord Rahl alzó una mano.

—¡Silencio! —Se hizo el silencio casi al instante—. Os he invitado para oír lo que tenéis que decir. Pero sólo estoy dispuesto a escucharos después de que os rindáis a D'Hara. ¡No antes!

»La Orden Imperial desea gobernar D'Hara y también la Tierra Central. Ahora han perdido D'Hara; yo soy el amo allí. También han perdido Aydindril; D'Hara manda en Aydindril.

»Tuvisteis una oportunidad para seguir unidos y la desdeñasteis. Esa oportunidad ya es historia. Tenéis dos opciones. La primera es rendiros a la Orden Imperial, que os gobernará con mano de hierro. Si elegís eso, no tendréis ni voz ni derechos. Toda magia será exterminada excepto la magia con la que os dominarán. Si sobrevivís, vuestras vidas serán una oscura lucha sin ni siquiera una chispa de esperanza de conseguir la libertad. Seréis sus esclavos.

»La segunda opción es rendiros a D'Hara. En ese caso deberéis obedecer la ley de D'Hara. Formaréis parte de nuestro país y vuestra voz será escuchada. Nada más lejos de nuestro deseo que

aniquilar la diversidad que compone la Tierra Central. Podréis cosechar los frutos de vuestro trabajo, comerciar y prosperar siempre y cuando cumpláis la ley y respetéis los derechos de los demás. La magia será protegida y vuestros hijos nacerán en un mundo de libertad en el que todo será posible.

»Y tras el exterminio de la Orden Imperial reinará la paz; una paz auténtica.

»Claro que todo eso tiene un precio: vuestra independencia. Aunque conservaréis vuestros territorios y vuestra cultura, no se os permitirá tener ejército propio. Los soldados serán los mismos para todos y servirán bajo el estandarte de D'Hara. No será una alianza formada por países independientes; vuestra rendición no es negociable. La rendición es el precio que cada país debe pagar a cambio de la paz, y también la prueba de que os comprometéis con la paz.

»Al igual que hasta ahora pagabais tributo a Aydindril, la carga de la libertad no recaerá sobre ningún país y ningún pueblo en concreto; todos pagaréis un tributo suficiente para contribuir a la defensa común, ni más ni menos. Todos pagaréis por igual sin favoritismos.

La sala en pleno protestó airadamente contra lo que se consideraba un robo. Una mirada bastó a lord Rahl para imponer silencio.

—Hoy mismo hemos dado sepultura a una mujer que me ha recordado que lo que nada cuesta no se valora como es debido. La libertad tiene un precio que todos pagaremos, a fin de que todos la valoremos y la preservemos.

En las abarrotadas galerías casi estalló un motín. La gente gritaba que les habían prometido oro y que no podían permitirse pagar ningún impuesto. A coro exigieron que se les entregara el oro. Una vez más lord Rahl alzó una mano para conminar al silencio.

—El hombre que os prometió oro a cambio de nada está muerto. Si queréis, desenterradlo y reclamádselo. Los soldados que van a luchar por vuestra libertad necesitarán provisiones y no las obtendrán mediante el robo. Aquellos de vosotros que podáis ofrecer alimentos y servicios seréis recompensados con un precio justo. Todos contribuiremos para alcanzar la libertad y la paz, si no puede ser luchando, al menos pagando un impuesto para mantener a las tropas.

»Todos, ricos o pobres, deberán pagar por la libertad en la medida de sus posibilidades. Este principio es una ley inviolable.

»Quien no desee contribuir, que abandone Aydindril y se una a la Orden Imperial. Sois libres de exigirles a ellos oro, pues ellos fueron quienes os lo prometieron y ellos son quienes deben cumplir su promesa.

»Sois libres para elegir: o estáis con nosotros o contra nosotros. Si estáis con nosotros, deberéis ayudarnos. Quienes estén pensando en irse, que lo piensen bien, pues, si más adelante deciden que se equivocaron y regresan, tendrán que pagar una tasa doble durante diez años para ser admitidos de nuevo.

Los ocupantes de las galerías lanzaron exclamaciones entrecortadas. Una mujer situada en el piso inferior, cerca de la tarima, tomó la palabra. Parecía consternada.

—¿Y si no nos gusta ninguna de esas dos opciones? Luchar va contra nuestros principios. Tan sólo deseamos que nos dejen tranquilos y seguir con nuestras vidas. ¿Qué pasará si decidimos no luchar y ocuparnos sólo de nuestros asuntos?

—¿Acaso creéis que sois mejores que nosotros porque nosotros queremos luchar para poner fin a tanta masacre y vosotros rechazáis la lucha? ¿O acaso creéis que llevaremos solos la carga a fin de que vosotros disfrutéis de la libertad para vivir según vuestros principios?

»Podéis colaborar de otros modos que no sean blandir una espada, pero tenéis que colaborar. Por ejemplo, atendiendo a los heridos, ayudando a las familias de los hombres que vayan a luchar o ayudando a construir y mantener en buen estado los caminos que permitirán mandarles provisiones; hay muchos modos de ayudar, y deberéis hacerlo. Asimismo pagaréis el tributo como todos los demás. Nadie puede quedar al margen.

»Si decidís no rendiros, os quedaréis solos. La Orden pretende conquistar todos los pueblos y todos los países. Yo deseo lo mismo, pues es el único modo de impedirselo. Más pronto o más tarde seréis gobernados por ellos o por mí. Y ya podéis rezar para que no sea la Orden.

»A los países que no se rindan a nosotros les será impuesto un bloqueo y quedarán aislados hasta que tengamos tiempo para invadirlos y conquistarlos, o hasta que la Orden los invada. Se prohibirá bajo pena de traición el comercio con esos países, y tampoco se les permitirá transportar mercancías ni personas por nuestro territorio.

»Naturalmente, la oportunidad de rendiros que os ofrezco también tiene sus alicientes: podréis uniros a nosotros sin prejuicios ni sanciones. Si no os rendís pacíficamente y debéis ser conquistados, al final tendréis que rendiros igualmente, pero las condiciones serán mucho más duras. Cada habitante deberá pagar el triple del tributo durante treinta años, no más, pues no sería justo castigar a futuras generaciones por vuestro error. Mientras que los países vecinos prosperan y crecen, vosotros os quedaréis estancados por pagar el alto precio de la rendición. Finalmente el país acabará por recuperarse, aunque probablemente vosotros no viviréis lo suficiente para verlo.

»Os lo advierto: tengo intención de aniquilar a esos carniceros que se hacen llamar la Orden Imperial. Si vais más allá de manteneros al margen y sois tan necios como para uniros a ellos, sufriréis el mismo destino que la Orden. Tampoco habrá merced para vosotros.

—No te saldrás con la tuya —gritó una voz anónima—. No te lo permitiremos.

—La Tierra Central está fragmentada. Si fuese posible restablecer la unidad, me uniría a vosotros. Pero es imposible. El pasado, pasado es, y no regresará.

»El espíritu de la Tierra Central subsistirá en aquellos de nosotros que honremos el objetivo para el que fue creada. La Madre Confesora declaró en nombre de la Tierra Central guerra sin cuartel contra la Orden Imperial. Cumplid su orden y haced honor a los ideales de la Tierra Central del único modo que conduce a la victoria: capitulad ante D'Hara. Si os aliáis con la Orden Imperial, os opondréis a todo aquello que la Tierra Central representaba.

»Un grupo de soldados de Galea, guiados por su misma reina, persiguieron a los sanguinarios asesinos de Ebinissia y los mataron hasta el último hombre. La reina de Galea nos ha demostrado que la Orden Imperial no es invencible.

»Estoy prometido con la reina de Galea, Kahlan Amnell, y su pueblo se unirá al mío. De este modo mostraré a todo el mundo que no pienso consentir los crímenes cometidos, ni siquiera si fueron cometidos por tropas de D'Hara. Galea y D'Hara serán los dos primeros países en unirse tras la rendición de Galea. Mi matrimonio con su reina demostrará a todos que se trata de una unión basada en el respeto mutuo, no en la conquista por las armas, no por ansia de poder sino para ser más fuertes y poder así construir una vida nueva y mejor. Ella, al igual que yo, ha jurado exterminar la Orden Imperial y ha demostrado con hechos su determinación.

Los presentes, sin importar su condición social, plantearon preguntas y demandas a gritos.

—¡Ya basta! —Lord Rahl fue obedecido a regañadientes—. Ya he oído todo lo que tenía que oír. Os he expuesto cómo van a ser las cosas. No os equivoquéis pensando que toleraré el mismo comportamiento que cuando erais naciones de la Tierra Central. Hasta que no os rindáis todos sois enemigos potenciales y como enemigos seréis tratados. Vuestras tropas depondrán las armas pacíficamente o por la fuerza, y desde este momento todos quedáis bajo custodia de las fuerzas de D'Hara que rodean vuestros palacios.

»Cada uno de vosotros enviará una pequeña delegación a vuestros países para transmitir mi mensaje. Os aconsejo que no pongáis a prueba mi paciencia; si os demoráis demasiado, lo consideraré una negativa. Y tampoco tratéis de obtener condiciones especiales mediante artimañas pues no lo lograréis. Todos los países, sean grandes o pequeños, recibirán el mismo trato y deben rendirse. Si os rendís, os acogeré con los brazos abiertos y deberéis contribuir al bien común. Vosotros también cargáis con una responsabilidad —añadió, dirigiéndose al pueblo llano de las galerías—, contribuid a nuestra supervivencia o abandonad la ciudad.

»No fingiré que va a ser fácil, pues nos enfrentamos a un enemigo sin conciencia. Esos seres que habéis visto empalados fuera del palacio nos atacaron. Mientras pensáis en lo que os he dicho, recordad la suerte que corrieron.

»Si decidís uniros a la Orden Imperial, rezad para que los espíritus sean más benevolentes con vosotros en la otra vida de lo que yo lo seré en ésta.

»Podéis iros.

13

Los soldados cruzaron las picas delante de la puerta.

—Lord Rahl desea hablar con vos.

Ya no quedaban invitados. Tobias Brogan se había hecho el remolón para comprobar si alguno solicitaba una audiencia privada con lord Rahl. La mayoría se había marchado a toda prisa pero unos pocos, tal como Brogan había supuesto, se habían rezagado. No obstante, los soldados habían rechazado sus cortesés peticiones. También las galerías se habían vaciado.

Brogan y Galtero, con Lunetta en medio, cruzaron la enorme sala de mármol hasta el estrado acompañados por el ruido de sus pasos, que resonaba en la bóveda, así como el repicar metálico de las armaduras de los soldados que los escoltaban. La luz de las lámparas creaba un cálido resplandor en la inmensa y ampulosa sala de mármol. Lord Rahl, reclinado en la silla adyacente a la de la Madre Confesora, observaba su avance.

La mayor parte de los soldados d'haranianos se había retirado junto con los invitados. Pero el general Reibisch continuaba de pie a un lado del estrado, con expresión adusta. Los dos fornidos soldados de los extremos y las tres mord-sith que flanqueaban a su amo también los observaban con la misma silenciosa intensidad de unas víboras que observaran a su presa. Por detrás de las sillas descollaba el gar, que los miraba con sus relucientes ojos verdes.

—Podéis iros —dijo lord Rahl a los soldados. Éstos, tras golpearse el corazón con puño de hierro, se marcharon. Una vez que las altas puertas se hubieron cerrado, lord Rahl miró a Galtero, luego a Brogan y finalmente a Lunetta.

—Bienvenida. Soy Richard. ¿Cómo te llamas?

—Lunetta, lord Rahl. —La mujer soltó una risita mientras ejecutaba una torpe reverencia.

A continuación lord Rahl posó su mirada en Galtero, el cual rebulló incómodo.

—Os pido perdón por haber estado a punto de pisotearos esta mañana, lord Rahl.

—Disculpas aceptadas —lord Rahl sonrió para sí—. ¿Veis lo fácil que es?

Galtero no respondió. Finalmente lord Rahl miró a Brogan con expresión súbitamente seria.

—Lord general Brogan, quiero saber por qué os dedicáis a secuestrar a gente.

—¿Secuestrar? —Brogan fingió inocencia—. Lord Rahl, nosotros no hemos hecho tal cosa; jamás se nos ocurriría.

—No os creo un hombre capaz de tolerar evasivas, general Brogan. Tenemos eso en común.

Tobias carraspeó.

—Lord Rahl, debe de tratarse de un malentendido. Cuando llegamos a Aydindril, para contribuir a la causa de la paz, nos encontramos la ciudad sumida en el caos sin nadie que ejerciera una autoridad firme. Así pues, hemos invitado a algunas personas a nuestro palacio para que nos ayudaran a determinar los posibles peligros, eso es todo.

Lord Rahl echó el cuerpo hacia adelante.

—La única cosa que os interesaba era la ejecución de la Madre Confesora. ¿Por qué?

Brogan se encogió de hombros.

—Lord Rahl, debéis comprender que durante toda mi vida la Madre Confesora ha sido la autoridad suprema en la Tierra Central, por lo que al enterarme de que quizás había sido ejecutada me sentí profundamente afectado.

—Casi la mitad de los habitantes de la ciudad asistieron a la ejecución y os lo podrían haber confirmado. ¿Por qué creísteis necesario secuestrar a gente de la calle para interrogarlos?

—Bueno, a veces, cuando se interroga por separado a las personas dan versiones diferentes de un mismo suceso. Lo recuerdan de distinta manera.

—Una ejecución es una ejecución. ¿Qué se supone que pueden recordar de manera diferente?

—Bueno, si uno está al fondo de una plaza, no puede estar seguro de quién sube al cadalso. Sólo los pocos situados delante pudieron haber visto su cara y muchos de ellos, aunque la vieron, no la conocían personalmente. —En vista de que en los ojos de lord Rahl seguía brillando una chispa de amenaza, prosiguió rápidamente—. Veréis, lord Rahl, de hecho confiaba en que simplemente se tratara de un ardid.

—¿Un ardid? La muchedumbre vio cómo la Madre Confesora era decapitada.

—A veces la gente ve lo que cree que va a ver. Mi esperanza era que realmente no vieron cómo la Madre Confesora era ejecutada, que quizá, de algún modo, ella logró escapar. Ésa era mi esperanza. La Madre Confesora es el símbolo de la paz, y el que siguiera con vida daría esperanzas a todos los habitantes de la Tierra Central. La necesitamos. De seguir viva, pensaba ofrecerle mi protección.

—Abandonad esa vana esperanza y pensad en el futuro.

—Estoy seguro de que también a vos os han llegado rumores de que escapó, lord Rahl.

—No he oído ningún rumor por el estilo. ¿Llegasteis a conocer a la Madre Confesora?

Brogan esbozó una agradable sonrisa.

—Oh sí, lord Rahl. De hecho, la conocía bastante bien. Visitó Nicobarese en varias ocasiones, pues nuestro país formaba parte de la alianza de la Tierra Central.

—¿De veras? —repuso lord Rahl con expresión impenetrable—. ¿Cómo era físicamente?

—Era... bueno, tenía... —Tobias puso ceño. La había conocido pero, de repente, era incapaz de recordarla—. Bueno, cuesta describirla y debo confesar que las descripciones no se me dan muy bien.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Su nombre?

—Sí, su nombre. Habéis dicho que la conocíais bien. ¿Cuál era su nombre?

—Bueno, se llamaba...

Nuevamente Brogan frunció el entrecejo. ¿Qué le ocurría? Estaba persiguiendo a una mujer a la que consideraba el azote de los piadosos, el símbolo de la magia en contra de la fe, una mujer a la que ansiaba castigar más que a cualquier otro discípulo del Custodio y, de pronto, ni siquiera recordaba su aspecto, ni su nombre. Por mucho que tratara de recordarla, no lo conseguía.

Entonces lo entendió: el hechizo de muerte. Lunetta le había explicado que, para que funcionara, seguramente ni él mismo podría reconocerla. No se le había ocurrido que el hechizo borrara incluso su nombre pero seguramente eso había ocurrido.

Brogan se encogió de hombros con una sonrisa.

—Lo siento, lord Rahl, pero después de escuchar vuestro discurso mi mente se ha quedado en blanco. —Se rió entre dientes mientras se daba golpecitos en un lado de la frente—. Supongo que me estoy haciendo viejo y pierdo la memoria. Perdonadme.

—¿Secuestráis a gente en la calle para interrogarlos sobre la Madre Confesora en la esperanza de que siga viva y protegerla, pero no recordáis su aspecto ni siquiera su nombre? Supongo que os daréis cuenta, general, que, desde mi punto de vista, decir que «perdéis la memoria» es ser muy indulgente. Debo insistir en que, al igual que habéis olvidado el nombre de la Madre Confesora, también olvidéis esa inútil búsqueda y dediquéis vuestros esfuerzos al futuro de vuestro país.

Brogan notó cómo le temblaba una mejilla mientras de nuevo fingía inocencia.

—Pero lord Rahl, ¿es que no lo veis? Si resultara que la Madre Confesora sigue viva, sería una gran ayuda para vos. Si vive y conseguís persuadirla de vuestra sinceridad y de la necesidad de vuestro plan, sería una inestimable baza. En caso de que os secundara arrastraría con ella a gran parte de los habitantes

de la Tierra Central. Pese a lo que pueda parecer debido a las desafortunadas acciones del consejo que, con toda sinceridad os digo, me indignaron, mucha gente de la Tierra Central respeta a la Madre Confesora y os apoyarían si ella os apoya. ¡Imaginaos el golpe de efecto que representaría si la convencierais de que se casara con vos!

—Ya estoy comprometido con la reina de Galea.

—No obstante, si estuviera viva, podría ayudaros. —Brogan clavó los ojos en el hombre que tenía enfrente mientras se acariciaba una cicatriz a uno de los lados de la boca—. ¿Creéis posible que siga viva, lord Rahl?

—Yo no estaba aquí en el momento en que sucedió pero tengo entendido que miles de personas vieron cómo le cortaban la cabeza y, según ellas, está muerta. Desde luego, si estuviera viva podría ser una aliada muy valiosa pero ésa no es la cuestión. La cuestión es: ¿podéis darme alguna buena razón que explique que esos miles de personas están equivocados?

—Bueno, no, pero tal vez...

Lord Rahl dio un puñetazo en la mesa que sobresaltó incluso a los dos formidables soldados.

—¡Ya he tenido suficiente! ¿Tan estúpido me creéis como para dejarme distraer de la causa de la paz por especulaciones sobre la Madre Confesora? ¿Creéis acaso que os otorgaré privilegios especiales porque me sugerís modos de ganarme a los habitantes de la Tierra Central? ¡Repito que no habrá ningún trato de favor! ¡Nicobarese recibirá el mismo trato que el resto de países!

Brogan se humedeció los labios.

—Naturalmente, lord Rahl. No era mi intención...

—Si seguís empeñado en buscar a una mujer a la que miles de personas vieron morir, olvidando vuestro deber para con el futuro de vuestro país, tanto vos como Nicobarese probaréis mi espada.

—Sí, lord Rahl —se humilló Brogan—. Partiremos al instante hacia Nicobarese para transmitir vuestro mensaje.

—De eso nada. Os quedaréis en Aydindril.

—Pero debo entregar vuestro mensaje al rey.

—Vuestro rey está muerto. ¿O acaso pretendéis perseguir también la sombra del rey muerto, en la esperanza de que él y la Madre Confesora se hayan escondido juntos? —inquirió en tono de chanza.

Lunetta no pudo reprimir la risa. Brogan le lanzó tal mirada que la risa murió al instante. Al darse cuenta de que su sonrisa había desaparecido, con un supremo esfuerzo Tobias Brogan logró curvar ligeramente los labios.

—Sin duda se designará un nuevo rey. Así funciona nuestro país. Somos una monarquía. Era al nuevo rey a quien pensaba transmitir vuestro mensaje, lord Rahl.

—Puesto que cualquier nuevo rey sin duda será una marioneta de la Sangre de la Virtud, el viaje es innecesario. Permaneceréis en vuestro palacio hasta que decidáis aceptar mis condiciones y os rindáis.

—Como deseáis, lord Rahl —repuso Brogan, sonriendo, e hizo ademán de desenvainar el cuchillo que llevaba al cinto. Instantáneamente se encontró con un agiel a escasos centímetros de su cara. Brogan se quedó paralizado.

El hombre alzó la mirada hasta los azules ojos de la mord-sith, temeroso de moverse.

—Es una costumbre de mi país, lord Rahl. No pretendía amenazaros. Iba a entregaros mi cuchillo como símbolo de que acataré vuestras órdenes y permaneceremos en palacio. Era un modo de dar mi palabra, un símbolo de mi sinceridad. ¿Permitís que os lo entregue?

La mord-sith no le quitaba el ojo de encima.

—Está bien, Berdine —le dijo lord Rahl.

La mord-sith se retiró a regañadientes, con una mirada cargada de veneno. Lentamente Brogan sacó el cuchillo y lo dejó con suavidad al borde de la mesa con el mango apuntando hacia lord Rahl. Éste lo cogió y lo colocó a un lado.

—Gracias, general. —Brogan extendía hacia él la palma de la mano—. ¿Y ahora?

—Es la costumbre, lord Rahl. En Nicobarese cuando uno entrega su cuchillo, para evitar el deshonor la persona que lo recibe entrega a cambio una moneda. Plata contra plata; es un acto simbólico de buena voluntad y paz.

Lord Rahl, sin apartar sus ojos de Brogan, reflexionó brevemente y, al fin, se recostó en la silla, sacó una moneda de plata del bolsillo y la deslizó sobre la mesa. Brogan extendió una mano, la tomó y se la metió en un bolsillo de la chaqueta no sin antes echarle un vistazo. Había sido acuñada en el Palacio de los Profetas.

—Gracias por respetar mis costumbres, lord Rahl —Brogan humilló la cabeza—. Si no deseáis nada más, nos retiraremos para meditar en vuestras palabras.

—De hecho sí hay una cosa más. He oído que la Sangre de la Virtud abomina de la magia. Si es así, ¿por qué viajáis con una hechicera? —preguntó, inclinándose hacia adelante.

Brogan lanzó una ojeada a la mujer bajita que le flanqueaba.

—¿Os referís a Lunetta? Lunetta es mi hermana, lord Rahl y me acompaña a todas partes. La amo profundamente, pese al don. En vuestro lugar yo no daría mucho crédito a las palabras de la duquesa Lumholtz. Es kelta, y he oído que los keltas y la Orden Imperial son uña y carne.

—Lo mismo he oído yo referido a otros países.

Brogan se encogió de hombros. Si pudiera poner las manos encima a esa maldita cocinera, le cortarían su indiscreta lengua.

—Antes nos habéis pedido que os juzguemos por vuestras acciones y no por lo que otros dicen de vos. ¿Me negaréis a mí lo mismo? Yo no puedo controlar las cosas que llegan a vuestros oídos, pero mi hermana posee el don y la quiero tal como es.

Lord Rahl se reclinó de nuevo en la silla y lo escrutó con ojos de halcón.

—Había miembros de la Sangre de la Virtud en el ejército de la Orden Imperial que pasó Ebinissia a sangre y fuego.

—Y también d'haranianos. Todos los atacantes de Ebinissia están muertos. Habéis dicho que no habría represalias para quienes se rindieran. Vuestra oferta de luchar por la paz vale para todos, ¿no es así?

Lord Rahl asintió lentamente.

—Una cosa más, lord general. He combatido contra los sicarios del Custodio y seguiré haciéndolo. Mientras luchaba contra ellos he descubierto que no necesitan sombras tras las que ocultarse. La última persona que uno se imagina puede ser un servidor del Custodio y, lo que es peor, alguien puede estar sirviéndolo sin siquiera saberlo.

—Yo también lo he oído —repuso Brogan.

—Aseguraos que esa sombra que perseguís no es la vuestra propia.

Brogan frunció el entrecejo. Había oído muchas cosas de boca de lord Rahl con las que no estaba de acuerdo, pero ésta era la primera que no entendía.

—Estoy totalmente seguro del mal que persigo, lord Rahl. No temáis por mí.

Ya empezaba a darse media vuelta cuando se detuvo.

—Por cierto, os felicito por vuestro compromiso con la reina de Galea... Realmente debo de estar perdiendo la memoria porque tampoco recuerdo su nombre. Perdonadme. ¿Cómo se llama?

—Reina Kahlan Amnell.

Brogan inclinó la cabeza.

—Por supuesto, Kahlan Amnell. No lo olvidaré.

14

Richard se quedó mirando las altas puertas de madera de caoba que acababan de cerrarse. Era refrescante ver a una persona tan cándida como para acudir al Palacio de las Confesoras, entre tantas personalidades elegantemente vestidas, cubierta con harapientos retales de diferentes colores. Seguramente todos los asistentes la habían tomado por una chiflada. Richard contempló sus sencillas y sucias ropas y se preguntó si también a él lo habían tomado por chiflado. Tal vez sí se había vuelto loco.

—¿Lord Rahl, cómo habéis sabido que era una hechicera? —preguntó Cara.

—La envolvía su han. ¿No pudiste verlo en sus ojos?

Se oyó el crujir del cuero cuando la mord-sith apoyó una cadera en el escritorio, junto a Richard.

—Nosotras nos damos cuenta de si una mujer es una hechicera cuando trata de usar su poder, pero no antes. ¿Qué es el han?

Richard se pasó una mano por la cara y bostezó.

—Su poder interior, su fuerza vital: su magia.

—Vos os habéis dado cuenta porque también poseéis magia. Nosotras no podemos.

Richard gruñó mientras acariciaba con el pulgar la empuñadura de su espada. Con el tiempo, sin darse cuenta, había aprendido a captar el lado mágico de una persona; normalmente, si usaba su magia lo notaba en los ojos. Aunque en cada persona era distinto, o tal vez lo que cambiaba era la naturaleza específica de su magia, había rasgos comunes que Richard reconocía. Tal vez, como Cara había dicho, era porque él también poseía el don por haber visto esa inconfundible mirada intemporal en los ojos de tantas personas con poderes mágicos: Kahlan, Adie —la mujer de los huesos—, Shota —la bruja—, Du Chaillu —la chamán de los baka ban mana—, Rahl el Oscuro, la Hermana Verna, la prelada Annalina y tantas otras Hermanas de la Luz.

Las Hermanas de la Luz eran hechiceras, y muchas veces Richard había contemplado en sus ojos esa mirada vidriosa, intensa y tan peculiar cuando tocaban su han. A veces, cuando estaban envueltas en un velo de magia, incluso le parecía ver que el aire a su alrededor crepitaba. Algunas Hermanas irradiaban tal aura de poder que cuando pasaba junto a ellas se le erizaban los pelillos de la nuca.

Richard había captado esa misma mirada en los ojos de Lunetta. La envolvía su han. Lo que no comprendía era por qué, por qué estaba allí sin hacer nada pero tocando su han. Por lo general, las hechiceras no se envolvían en su han a no ser que tuvieran un propósito, del mismo modo que él no desenvainaba la *Espada de la Verdad* sin razón. Tal vez, del mismo modo que le gustaba ir vestida con harapos de colores, a su infantil personalidad le complacía envolverse en el han. Pero Richard no creía que fuese por eso.

Le preocupaba que Lunetta estuviera tratando de comprobar si decía la verdad. Pese a que no sabía lo suficiente sobre magia como para estar seguro de que tal cosa era posible, de algún modo las hechiceras siempre parecían darse cuenta de si era sincero o no. Cuando les mentía, se daban cuenta tan rápidamente como si su cabello se inflamara de repente. Para no arriesgarse había sido muy cauto en no mentir frente a Lunetta, en especial en lo referente a la muerte de Kahlan.

Era evidente que lo que realmente interesaba a Tobias Brogan era la Madre Confesora. Lo que había dicho tenía sentido, pero Richard no se lo creía. Tal vez recelaba de todos por temor a que algo malo le sucediera a Kahlan.

—Ese tipo es un pájaro de mal agüero —dijo, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—¿Deseáis que le cortemos las alas, lord Rahl? —Con un ágil movimiento Berdine impulsó hacia su mano el agiel que colgaba del extremo de una cadena y lo asió—. ¿O tal vez algo de más abajo? —Sus compañeras rieron.

—No —repuso Richard con voz cansina—. He dado mi palabra. Les he pedido que hagan algo que no tiene precedentes, algo que cambiará sus vidas para siempre. Debo cumplir mi palabra y dar a todos la oportunidad de que se den cuenta de que es lo correcto, de que es para el bien común y para la consecución de la paz.

Gratch bostezó mostrando los colmillos y se sentó en el suelo, detrás de la silla que ocupaba Richard. Éste deseó que el gar no estuviera tan cansado como estaba él. Ulic y Egan, de pie en actitud relajada y las manos unidas a la espalda, parecían no prestar oídos a la conversación. Su inmovilidad podía compararse a la de las columnas de la sala. No obstante, permanecían en actitud vigilante y escrutaban constantemente las columnas, los rincones y las hornacinas, aunque en la enorme sala no había nadie excepto ellos ocho.

El general Reibisch bruñía de forma distraída con un rollizo pulgar la protuberante base dorada de una lámpara colocada en el borde del estrado.

—¿Lord Rahl, habéis dicho en serio eso de que los soldados no se llevarían ningún botín? —preguntó, alterado.

—Sí. Nuestros enemigos roban, pero nosotros no lo haremos. Nosotros luchamos por la paz, no para conseguir un botín.

El general desvió la mirada y asintió.

—¿Tienes algo que decir al respecto, general?

—No, lord Rahl.

Richard se echó hacia atrás en la silla antes de añadir:

—General Reibisch, durante toda mi vida he sido un guía de bosque. Ésta es la primera vez que mando un ejército. Yo soy el primero en reconocer que no sé mucho sobre la posición en la que me encuentro. Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Cómo os puedo yo ayudar, lord Rahl?

—Con tu experiencia. Te agradecería que expresaras tu opinión en vez de guardártela para ti y decir «sí» a todo. Es posible que no estemos de acuerdo y quizá me enfade contigo, pero nunca te castigaré por decirme lo que piensas. Si desobedeces mis órdenes, te sustituiré, pero eres libre para decir qué te parecen. Ésa es una de las cosas por las cuales luchamos.

El general unió las manos a la espalda. Los músculos de los brazos brillaban bajo la cota de mallas, y bajo las anillas metálicas Richard pudo ver las cicatrices blancas que indicaban su alto rango.

—Las tropas de D'Hara tienen por costumbre saquear a los vencidos. Los hombres lo esperan.

—Aunque los líderes del pasado lo toleraban o incluso lo alentaban, yo no pienso hacerlo.

El suspiro del general fue muy elocuente, pero se dobló.

—Como ordenéis, lord Rahl.

Richard se masajeó las sienes. Le dolían por la falta de sueño.

—¿Es que no lo entiendes? —dijo al general—. Nuestro objetivo no es conquistar tierras y robar sino luchar contra la opresión.

El general apoyó una bota en el travesaño dorado de una silla y enganchó un pulgar detrás de su ancho cinturón.

—No veo tanta diferencia. Por experiencia me he dado cuenta de que el amo Rahl siempre se cree en posesión de la verdad y siempre quiere dominar el mundo. Sois realmente hijo de vuestro padre. La guerra es la guerra. A nosotros no nos importan las razones: luchamos porque nos lo ordenan, al igual que los soldados del bando contrario. Las razones poco importan a un hombre que lucha con su espada para conservar su cabeza.

Richard descargó el puño contra la mesa. Los relucientes ojos de Gratch se pusieron alerta. Por el rabillo del ojo Richard vio cómo las mord-sith se acercaban a él para protegerlo.

—¡Los soldados que persiguieron a los asesinos de Ebinissia tenían una razón! Esa razón, y no la perspectiva del saqueo, fue lo que los sostuvo y lo que les dio fuerzas para vencer. Pese a ser un destacamento de cinco mil reclutas de Galea sin experiencia en combate vencieron al general Riggs y a su ejército de cincuenta mil hombres.

—¿Reclutas? —inquirió el general Reibisch, uniendo sus pobladas cejas—. Debéis de estar equivocado, lord Rahl. Conocía a Riggs; era un soldado muy experimentado. He recibido informes de esas batallas. Se cuentan cosas espeluznantes de lo que les ocurrió a esos hombres que luchaban en medio de las montañas. Sólo una fuerza aplastante pudo aniquilarlos de ese modo.

—En ese caso, supongo que Riggs no era un soldado tan experimentado como dices. Mientras que a ti te han llegado testimonios de segunda mano, yo he oído la historia de una fuente fidedigna; de alguien que participó personalmente en la lucha. Cinco mil hombres, o más bien muchachos, llegaron a Ebinissia, donde el ejército de Riggs había masacrado incluso a mujeres y niños. Esos reclutas persiguieron a los asesinos y los exterminaron. Al acabar, apenas quedaban un millar de reclutas pero del ejército de Riggs no quedó nadie para contarlos.

Richard se calló que si Kahlan no les hubiera mostrado el modo de vencer y les hubiera guiado en las primeras batallas, dirigiéndolos en el fragor del combate, probablemente esos mismos reclutas habrían servido de alimento a las aves de carroña en un solo día. Pero también sabía que había sido su compromiso con la venganza lo que les había infundido valor para escuchar a Kahlan e intentar lo imposible.

—Es el poder de la motivación, general. De eso son capaces las personas cuando tienen una razón justa y poderosa.

En la marcada faz del general se dibujó una agria expresión.

—Muchos d'haranianos se han pasado la vida luchando y saben qué hacen. En la guerra se trata de matar; hay que matar al enemigo antes de que el enemigo te mate a ti. Eso es todo. El vencedor siempre tiene la razón.

»Las razones son el botín de la victoria. Una vez has destruido al enemigo, tus líderes consignan en libros las razones y pronuncian emocionantes discursos sobre eso. Si has hecho bien tu trabajo, ya no quedan enemigos que disputen las razones de tu líder. Al menos, hasta la próxima guerra.

Richard se pasó los dedos por el cabello. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué pensaba que podría conseguir si incluso quienes estaban de su parte no creían en lo que intentaba hacer?

Encima de su cabeza, desde el techo enlucido de la cúpula, la figura pintada de Magda Searus —la primera Madre Confesora según le había contado Kahlan, y su mago, Merrit— lo miraban con una expresión que a Richard se le antojó de desaprobación.

—General, mi intención esta noche al hablar ante todas esas personas fue que nadie tenga que matar. Estoy intentando que la paz y la libertad tengan un suelo propicio en el que echar raíces.

»Suenan paradójico, lo sé, pero ¿no lo entiendes? Si nos comportamos honorablemente, todos esos países íntegros, que desean paz y libertad, se unirán a nosotros. Cuando vean que luchamos para poner fin a tanta lucha, y no simplemente para conquistar y dominar, o para saquear, se pondrán de nuestro lado, y las fuerzas de la paz serán invencibles.

»De momento, el agresor es quien dicta las normas y nuestra única opción es luchar o someternos, pero...

Con un suspiro de frustración apoyó pesadamente la cabeza contra el respaldo de la silla y cerró los ojos. No soportaba seguir viendo la mirada del mago Merrit. Era como si el hechicero estuviera a punto de soltarle un sermón acerca de la insensatez de su osadía.

Acababa de declarar públicamente su intención de gobernar el mundo por razones que sus propios seguidores calificaban como vana palabrería. De repente se sentía el mayor tonto del mundo. Él no era

más que un guía de bosque convertido en Buscador, no un gobernante. Sólo porque poseía el don ya empezaba a pensar que podía cambiar el curso de la historia. El don... ¡Pero si ni siquiera sabía cómo usarlo!

¿Cómo podía ser tan arrogante para pensar que su plan funcionaría? Estaba tan agotado que apenas podía pensar. Ni siquiera recordaba ya la última vez que había dormido.

Él no quería gobernar a nadie; sólo quería que esa pesadilla acabara para poder estar con Kahlan y pasar el resto de sus vidas juntos, sin luchar. La noche anterior con ella había sido de absoluta felicidad. Eso era todo lo que realmente quería.

El general Reibisch se aclaró la garganta.

—Nunca antes había luchado por nada, quiero decir por ninguna razón, que no fuese el vínculo. Tal vez ha llegado la hora de intentarlo a vuestro modo.

Richard se enderezó en la silla y entonces contempló al militar con cierto recelo.

—¿Dices eso sólo porque crees que es lo que quiero oír?

—Bueno... —con la uña del pulgar el general rascó las bellotas talladas en el borde de la mesa—, los espíritus saben que nadie lo creería pero en realidad los soldados desean la paz más que cualquier otra persona. Lo que ocurre es que ni siquiera nos atrevemos a soñar con ella, porque vemos tanta muerte que nos convencemos de que el derramamiento de sangre no acabará nunca. Además, si piensas demasiado en la paz te vuelves blando, y los blandos son los primeros en caer. Pero si te comportas como si ardieras en deseos de entrar en combate el enemigo se lo piensa antes de darte una razón para que lo mates. Es como la paradoja de la que antes hablabais.

»Después de presenciar tantas muertes, uno empieza a preguntarse si sabe hacer algo más aparte de cumplir las órdenes y matar a gente. Uno se pregunta si es una especie de monstruo que no sirve para nada más. Tal vez eso es lo que les pasó a aquellos que atacaron Ebinissia. Finalmente se rindieron a la voz que sonaba dentro de sus cabezas.

»Quizá tengáis razón y a vuestra manera podremos poner fin a tanta muerte. —El general trató de volver a colocar una larga astilla que había arrancado—. Supongo que un soldado confía siempre en que después de matar a todas las personas que quieren matarlo a él podrá guardar la espada. Los espíritus saben que nadie odia más la guerra que quienes realmente las hacen. Ahhh —suspiró—, pero nadie lo creería.

—Yo lo creo —replicó Richard con una sonrisa.

—Es muy poco común encontrar a alguien que comprende cuál es el precio de matar. La mayor parte de la gente o lo glorifica o lo condena. Pero nunca siente el dolor que supone infligir la muerte ni la amargura de la responsabilidad. Vos matáis y me alegro de que no os guste hacerlo.

La mirada de Richard se apartó del general y buscó consuelo en la penumbra que reinaba entre los arcos que unían las columnas de mármol. Tal como había dicho a los representantes allí reunidos, su nombre aparecía en las profecías. De hecho, se le mencionaba en una de las profecías más antiguas, escritas en d'haraniano culto, como *fuer grissa ost drauka*: el portador de la muerte. Pero esas palabras tenían tres posibles significados: aquel capaz de unir el mundo de los muertos y el mundo de los vivos rasgando el velo del inframundo; aquel capaz de resucitar el espíritu de los muertos, que es justo lo que hacía cuando usaba la magia de la espada y danzaba con la muerte; y, el tercero y fundamental significado, aquel que mata.

Berdine le propinó un palmetazo en la espalda que lo sacó de su ensimismamiento y rompió el incómodo silencio.

—Eh, no nos habíais dicho que tenéis novia. Espero que antes de la noche de boda toméis un baño u os echará del lecho. —Las tres mujeres se rieron.

A Richard le sorprendió comprobar que aún le quedaban fuerzas para sonreír.

—Yo no soy el único que apesta como un caballo.

—Si eso es todo, lord Rahl, debo ocuparme de un montón de asuntos. —El general se irguió y se rascó la barba rojiza—. ¿Cuántas personas creéis que tendremos que matar para conseguir esa paz de la que habláis? —preguntó con una sonrisa torcida—. Lo pregunto para saber hasta dónde llegaremos antes de poder echarme tranquilamente una siesta sin soldados que velen mi sueño.

Richard intercambió una larga mirada con el militar.

—Tal vez entrarán en razón y se rendirán. Entonces no tendríamos que luchar.

Reibisch soltó una cínica risotada.

—Si no os importa, ordenaré a los hombres que afilen las armas, sólo por si acaso. ¿Sabéis cuántos países formaban la Tierra Central?

Richard reflexionó un momento.

—La verdad es que no. Algunos países son tan pequeños que ni siquiera estaban representados en Aydindril pero muchos de los grandes tienen aún sus propios ejércitos. La reina lo sabrá. Muy pronto se reunirá con nosotros y podrá ayudarnos.

Diminutos destellos de luz se reflejaban en la cota de mallas del general.

—Esta misma noche, antes de que tengan tiempo para organizarse, desarmaré a las fuerzas que custodian los palacios. Tal vez así evitemos más muertes. Me temo que antes de mañana algunos tratarán de huir.

—Asegúrate de que hay suficientes hombres alrededor del palacio de Nicobarese. No quiero que el lord general Brogan abandone la ciudad. No me fío de él, pero he empeñado mi palabra en que tendrá la misma oportunidad que el resto.

—Me ocuparé de eso.

—Y, general, procura que los soldados no hagan ningún daño a su hermana, Lunetta. —La inocencia y candidez de la hermana de Tobias Brogan despertaba en Richard un singular sentimiento de simpatía. Le gustaba la mirada de Lunetta—. Procura que los arqueros estén apostados en puntos estratégicos y listos para entrar en acción si salen de su palacio con la intención de marcharse. Si la mujer usa magia, que no vacilen en disparar.

Richard dio la orden con repugnancia. Nunca antes había enviado hombres a una batalla en la que muchas personas podrían resultar heridas o perder la vida. Entonces recordó lo que la Prelada le había dicho en una ocasión: los magos debían usar a sus semejantes para hacer lo debido.

El general Reibisch posó su mirada en los silenciosos Ulic y Egan, en el gar y luego en las tres mujeres.

—Si necesitáis ayuda —dijo a Richard— gritad y tendréis a un millar de hombres listos para protegeros.

Cuando el general se hubo marchado, Cara relajó el gesto.

—Debéis dormir, lord Rahl. Como mord-sith reconozco cuándo un hombre está exhausto y a punto de desplomarse. Mañana, cuando estéis descansado, podréis seguir trazando planes para conquistar el mundo.

Pero Richard negó con la cabeza.

—Aún no. Antes tengo que escribir una carta.

Berdine se apoyó en el escritorio, junto a Cara, y entonces se cruzó de brazos.

—¿Una carta de amor para vuestra prometida?

—Más o menos —repuso Richard y abrió un cajón.

—Quizá podamos ayudaros —dijo Berdine con una coqueta sonrisa—. Podemos dictaros las palabras apropiadas para que su corazón siga latiendo por vos y olvide que necesitáis un baño.

Raina fue a reunirse con sus compañeras junto al escritorio; en sus ojos oscuros centelleaba una pícaro expresión.

—Podemos enseñaros cómo ser un buen amante. Vos y vuestra reina os alegraréis de tenernos cerca para pedirnos consejo.

—Y si no nos hacéis caso —le advirtió Berdine—, le enseñaremos a ella cómo conseguir que bailéis al son que toque.

Richard dio unos golpecitos a Berdine en una pierna para que se apartara un poco y le permitiera llegar a los cajones que tapaba. En el de más abajo encontró papel.

—¿Por qué no vais a dormir? —les sugirió con aire ausente, mientras buscaba pluma y tinta—. Habéis cabalgado mucho para alcanzarme y estoy seguro de que no habréis dormido mucho más que yo.

Cara alzó la nariz en gesto de muda indignación.

—Nosotras vigilaremos mientras vos dormís. Las mujeres son más fuertes que los hombres.

Richard recordó a Denna diciéndole eso mismo, pero ella no se lo había dicho en tono de broma. Las tres mord-sith nunca bajaban la guardia cuando había alguien cerca; él era el único del que se fiaban para poner en práctica sus dotes sociales. Richard pensó que necesitaban mucha práctica. Tal vez por eso se negaban a desprenderse de su agiel; no habían sido otra cosa en la vida que mord-sith y tenían miedo de no saber ser otra cosa.

Cara se inclinó hacia adelante para mirar dentro del cajón vacío antes de que Richard lo cerrara.

—Debe de amaros mucho para estar dispuesta a rendir su país a vos, lord Rahl —comentó, echándose la rubia trenza encima de la espalda—. No sé si yo sería capaz de hacer algo así por un hombre, ni siquiera por alguien como vos. Tendría que ser él quien se rindiera a mí.

Richard la hizo apartarse y por fin encontró pluma y tinta en el cajón que habría abierto en primer lugar si Cara no se hubiera puesto en medio.

—Tienes razón. Me quiere mucho. Pero en cuanto a lo de rendir su país, ella aún no lo sabe.

—¿Me estáis diciendo que aún no le habéis pedido que se rinda, como a todos los demás?

Richard sacó el tapón de la botella que contenía la tinta y repuso:

—Ésa es una razón por la que debo escribirle enseguida. Para explicarle mi plan. ¿Por qué no os estáis un ratito calladas para que pueda escribir?

Raina, con una mirada de auténtica preocupación, se agachó junto a Richard.

—¿Y si suspende la boda? —inquirió—. Las reinas son orgullosas; es posible que no quiera rendirse.

Richard notó una sensación de pánico en las entrañas. Era mucho peor que eso. Las mord-sith no sabían qué le iba a pedir a Kahlan que hiciera. No pedía a una reina que rindiera su país; pedía a la Madre Confesora que le entregara toda la Tierra Central.

—La reina desea tanto como yo vencer a la Orden Imperial y ha luchado por ello con un valor que asombraría incluso a una mord-sith. Ella desea tanto como yo que no haya más derramamiento de sangre. Me ama y comprenderá las razones de lo que le pido.

—Bueno —suspiró Raina—, y si no es así, nosotros os protegeremos.

Richard fijó en ella una mirada tan mortífera que Raina se balanceó hacia atrás, como si la hubiera golpeado.

—Nunca jamás se os ocurra siquiera hacer daño a Kahlan. La protegeréis igual que me protegéis a mí o ya podéis uniros ahora mismo a las filas de mis enemigos. Su vida debe ser tan preciosa para vosotras como la mía. Juradlo por el vínculo que os une a mí. ¡Juradlo!

Raina tragó saliva y dijo:

—Lo juro, lord Rahl.

—Jurad —ordenó implacable a las otras dos mujeres.

—Lo juro, lord Rahl —dijeron a coro.

Richard miró a Ulic y a Egan.

—Lo juro, lord Rahl.

—Muy bien —dijo Richard en tono más suave.

Entonces colocó el papel encima de la mesa frente a él y trató de pensar. Todo el mundo la creía muerta; ése era el único camino. Nadie debía enterarse que seguía con vida, o alguien podría tratar de acabar lo que el consejo había querido hacerle. Si encontraba las palabras justas, Kahlan lo entendería.

El joven sentía sobre su cabeza la presencia de Magda Searus mirándolo iracunda. Richard temía alzar la vista por miedo a que Merrit, su mago, lo fulminara con un rayo para castigarlo por lo que estaba haciendo.

Kahlan tenía que creer en él. Una vez le había dicho que, en caso necesario, estaba dispuesta a dar su vida para protegerlo a él y salvar la Tierra Central; que haría cualquier cosa. Cualquier cosa.

Cara se sentó sobre las manos.

—¿La reina es hermosa? —inquirió con una sonrisa de nuevo maliciosa—. ¿Cómo es? Espero que no querrá que llevemos vestidos una vez que estéis casados, ¿o sí? Nosotras la obedeceremos pero las mord-sith no llevan vestidos.

Richard suspiró interiormente. Ellas sólo trataban de animarlo con sus chanzas. No obstante, se preguntó a cuántas personas habrían matado esas «bromistas». Pero enseguida se echó una reprimenda; no era justo pensar eso, sobre todo si a uno lo llamaban el portador de la muerte. Una de ellas había muerto ese mismo día para protegerlo. Pobre Hally; no había tenido ninguna oportunidad frente a un mriswith.

Y Kahlan tampoco la tendría.

Tenía que ayudarla. No se le ocurría otro modo de hacerlo y cada minuto que pasaba podría ser un minuto malgastado. Tenía que darse prisa y dar con las palabras justas. Era fundamental que no dejaran traslucir que Kahlan era en realidad la Madre Confesora. Si la carta caía en malas manos...

Al oír el chirrido de la puerta al abrirse alzó la vista.

—¿Berdine, adónde crees que vas?

—A buscar un lugar donde dormir. Haremos turnos para guardaros. —Una mano reposaba sobre la cadera y la otra hacía girar la cadena de la que colgaba el agiel—. Controlaos, lord Rahl. Pronto tendréis a vuestra prometida en el lecho. Supongo que podréis esperar.

Richard no pudo evitar sonreír. Le gustaba el irónico sentido del humor de Berdine.

—El general Reibisch ha dicho que un millar de hombres está de guardia. No es necesario que...

—Lord Rahl —le interrumpió Berdine con un guiño—, ya sé que soy la que más os gusta, pero dejad de pensar en mi trasero cuando ando y acabad esa carta.

Mientras la puerta se cerraba Richard tamborileó con el mango de vidrio de la pluma contra un diente.

—Lord Rahl, ¿creéis que la reina tendrá celos de nosotras? —preguntó Cara.

—¿Por qué debería tener celos? —masculló Richard mientras se rascaba la parte posterior del cuello—. No tiene ninguna razón.

—Bueno... ¿no os parecemos atractivas?

Richard la miró y señaló la puerta.

—Vosotras dos apostaos en la puerta para asegurarnos de que ningún asesino pueda entrar para matarme. Si podéis estaros calladas, como Ulic y Egan y me dejáis escribir la carta en paz, podéis quedaros a este lado de la puerta, si no, id afuera.

Las mord-sith miraron al techo pero ambas sonreían mientras se dirigían a la puerta, como si las alegrara haber conseguido al fin irritarlo. Seguramente las mord-sith necesitaban gastarle ese tipo de bromas, pues pocas oportunidades tenían; pero él tenía cosas más importantes en las que pensar.

Con la mirada fija en la hoja de papel en blanco hizo un esfuerzo para aclararse la mente pese al cansancio. Gratch colocó una de sus peludas garras sobre su pierna y se acurrucó contra él. Richard mojó

la pluma en la tinta y empezó a escribir: «Mi queridísima reina», mientras que con la otra mano daba palmaditas a la garra.

15

Mientras caminaban penosamente sobre la nieve que se iba acumulando, Tobias escrutaba la oscuridad.

—¿Estás segura de que seguiste mis instrucciones?

—Sí, lord general. Ya os lo he dicho. Están hechizados.

A sus espaldas las luces del Palacio de las Confesoras y de los edificios del centro de la ciudad ya hacía tiempo que habían desaparecido entre los remolinos de nieve. La ventisca se había abatido sobre Aydindril procedente de las montañas mientras ellos y los demás representantes de la Tierra Central escuchaban las absurdas exigencias de lord Rahl.

—¿Dónde están? Si los pierdes y mueren congelados entre la nieve, estaré más que enfadado contigo, Lunetta.

—Sé dónde están, lord general —insistió ella—. No los perderé. —Se detuvo, olisqueó el aire y dijo—: Por ahí.

Tobias y Galtero intercambiaron una mirada, ambos ceñudos, pero siguieron a la mujer que se perdía en la oscuridad, en la parte posterior del Bulevar de los Reyes. De vez en cuando lograban distinguir apenas en medio de la tormenta las oscuras siluetas de los imponentes palacios. Eran como fantasmagóricos faros en ese vacío sin puntos de referencia conjurado por la nieve.

A lo lejos Brogan oyó el ruido de armaduras. Por su número no se trataba de una simple patrulla. Antes de que acabara la noche seguramente los d'haranianos moverían ficha para consolidar su control sobre Aydindril. Al menos eso es lo que él haría de encontrarse en su lugar: ataca antes de que el enemigo tenga tiempo de asimilar sus opciones. Bueno, no importaba. De todos modos, él no pensaba quedarse.

Brogan sopló para limpiar el mostacho de nieve.

—Lo estabas escuchando, ¿verdad, Lunetta?

—Sí, lord general. Pero ya os he dicho que no lo sé.

—Él no es distinto de los demás. Seguro que no prestabas atención. No parabas de rascarte los brazos y no prestabas atención.

Lunetta le lanzó una breve mirada por encima del hombro.

—Él es distinto. No sé por qué, pero es distinto. Nunca había sentido una magia como la suya. No sé si estaba diciendo la verdad o mentía, aunque seguramente decía la verdad. No lo entiendo. —Lunetta agitó la cabeza, perpleja—. Soy capaz de atravesar protecciones de todo tipo: aire, agua, fuego, hielo, cualquier cosa. Incluso espíritu. Pero eso...

Tobias sonrió con aire ausente. No importaba. No necesitaba que la infame lacra de Lunetta se lo dijera. Lo sabía.

La mujer seguía murmurando sobre los extraños aspectos de la magia de lord Rahl y lo mucho que deseaba mantenerse lejos de ellos, irse de allí, y sobre cómo se le había puesto carne de gallina. Brogan la escuchaba a medias. Su deseo de alejarse de Aydindril se cumpliría después de que él se ocupara de algunos asuntos.

—¿Qué estás oliendo? —gruñó.

—Un muladar, lord general.

Brogan la agarró por sus multicolores harapos.

—¿Muladar? ¿Los has dejado en medio de un montón de basura?

Lunetta sonrió de oreja a oreja y siguió con sus torpes andares.

—Sí, lord general. Me dijisteis que fuese lejos de todo el mundo. No conozco la ciudad ni a qué sitio seguro enviarlos pero de camino al Palacio de las Confesoras me fijé en el muladar. Nadie va allí de noche.

Un muladar. Tobias Brogan carraspeó.

—Estás como una cabra —murmuró.

—Por favor, Tobias —suplicó la mujer, y perdió el paso—, no me llames...

—¿Pues dónde están?

—Por ahí, lord general —señaló Lunetta con el brazo—. Ya veréis. Estamos cerca. Muy cerca.

Mientras se abría paso entre los montones de nieve, Brogan pensaba sobre ello. Le gustaba. Un muladar era justo lo que se merecían.

—Lunetta, me estás diciendo la verdad sobre lord Rahl, ¿verdad? Si me mientes sobre eso, jamás te perdonaré.

La mujer se detuvo y lo miró con los ojos anegados en lágrimas, aferrándose a sus harapos.

—Sí, lord general. Por favor. Estoy diciendo la verdad. Lo he intentado; de veras que sí.

Brogan la miró fijamente un instante eterno. Por uno de sus regordetes mofletes le corría una lágrima. No importaba; él lo sabía.

—Muy bien, muy bien —dijo al fin con un ademán impaciente—, sigue adelante. Será mejor que no los hayas perdido.

Radiante, Lunetta se secó las lágrimas, se dio media vuelta y salió disparada.

—Por aquí, lord general. Ya veréis. Sé exactamente dónde están.

Suspirando, Brogan fue tras ella. La nieve se amontonaba y, al ritmo que caía, sería una de esas nevadas que hacen historia. Daba igual, todo salía como estaba previsto. Lord Rahl era un necio si creía que el lord general Tobias Brogan de la Sangre de la Virtud iba a rendirse como un poseído sometido a la tortura del hierro incandescente.

—Por allí, lord general —señalaba Lunetta—. Están ahí.

Pese al viento que aullaba a sus espaldas, Brogan pudo oler el muladar antes de verlo. Al llegar junto al oscuro montículo iluminado por las tenues luces de los lejanos palacios que se alzaban al otro lado de la muralla, se sacudió la nieve de su capa carmesí. La nieve que caía sobre el humeante montón se fundía en algunos lugares, por lo que ningún manto blanco daba un pretendido aire de pureza a la oscura forma.

—¿Bueno? —inquirió con las manos en las caderas—. ¿Dónde se encuentran?

Lunetta se acercó a él buscando cobijo de la nieve impelida por el viento.

—Quedaos aquí, lord general. Ellos vendrán a vos.

—¿Un encantamiento de círculo? —preguntó al bajar la vista y ver un sendero de pisadas.

Lunetta se rió suavemente mientras trataba de protegerse las rojas mejillas del frío con sus harapos.

—Sí, lord general. Me dijisteis que si escapaban os enfadaríais conmigo. Y como no quería que os enfadarais con Lunetta, les he echado un encantamiento de círculo. De este modo, por muy rápido que caminen, no escaparán.

Brogan estaba encantado. Sí, pese a todo, el día acababa bien. Se habían presentado obstáculos pero con la ayuda del Creador los superaría. Ahora recuperaba el control de la situación. Ese lord Rahl iba a averiguar que nadie dicta normas a la Sangre de la Virtud.

Lo primero que vio emerger de la oscuridad fue la ondulante falda amarilla de la mujer que quedó al descubierto cuando una racha de viento le abrió el manto. La duquesa Lumholtz caminó con decisión hacia él seguida a medio paso por el duque, a su lado. Al verlo junto al camino una expresión de disgusto le ensombreció su maquillado rostro. Inmediatamente se tapó con el manto cubierto con una delgada capa de nieve.

—Volvemos a encontrarnos —la saludó Brogan con la mejor de sus sonrisas—. Os deseo una buena noche, milady. Y a vos también duque Lumholtz —añadió, ladeando la cabeza en una leve reverencia.

La duquesa resopló en señal de desaprobación y adoptó una actitud altiva. Por su parte el duque los fulminó con la mirada, como si levantara una barrera y los retara a cruzarla. Ambos se perdieron en la oscuridad sin devolver el saludo. Brogan se rió para sus adentros.

—¿Veis, lord general? Os prometí que os estarían esperando.

El lord general enganchó ambos pulgares en el cinturón y enderezó los hombros, dejando que el viento alborotara su capa carmesí. No era necesario ir tras la pareja.

—Te felicito, Lunetta —murmuró.

Al poco se vislumbró de nuevo la falda amarilla de la duquesa. Esta vez, al ver a Tobias, Galtero y Lunetta de pie junto al sendero formado por sus pisadas, la aristócrata enarcó las cejas con sobresalto. Realmente era una mujer atractiva, pese a ir tan pintarrajeada. No tenía nada de infantil y, aunque aún joven, era madura tanto de cara como de figura. Una mujer con todas las de la ley que proclamaba con orgullo su femineidad.

Con gesto deliberadamente amenazante, el duque posó con firmeza una mano en la empuñadura de la espada. Ambos avanzaron. Aunque el duque llevaba una espada ornamentada, Brogan sabía muy bien que, al igual que la de lord Rahl, no era mero adorno. Kelton se preciaba de forjar las mejores espadas de toda la Tierra Central y todos los keltas, sobre todo la nobleza, se enorgullecían de usarlas con maestría.

—General Bro...

—Lord general, milady —la corrigió él con dureza.

La mujer lo miró altiva.

—Lord general Brogan, nos dirigimos a nuestro palacio. Os sugiero que dejéis de seguirnos y regreséis al vuestro. Hace una noche de perros para estar fuera.

Galtero miraba fijamente los encajes sobre el pecho de la mujer, que subían y bajaban al ritmo de su ira. Al darse cuenta la duquesa se tapó furiosa con el manto. El duque también se dio cuenta y se inclinó hacia Galtero.

—Apartad los ojos de mi esposa, caballero, u os haré pedazos y alimentaré con ellos a mis sabuesos.

Galtero esbozó una traicionera sonrisa, alzó la mirada hacia el duque —que era más alto que él—, pero guardó silencio.

—Buenas noches, general —resopló la duquesa.

Nuevamente la pareja se alejó para recorrer su circuito en el muladar, sin la menor duda de que se dirigían a su destino directos como flechas. No obstante, atrapados en el encantamiento de círculo, no podían hacer otra cosa que dar vueltas y más vueltas. Brogan podría haberlos detenido la primera vez pero le encantaba presenciar sus miradas de consternación mientras trataban de comprender cómo era posible que surgiera delante de ellos una y otra vez. Debido al hechizo, sus mentes no podrían entenderlo.

La vez siguiente sus rostros se volvieron blancos como la misma nieve, aunque enseguida enrojecieron de rabia. La duquesa se detuvo y con las manos en jarras se quedó mirándolo ceñuda. Brogan miraba el encaje blanco justo delante de sus narices, que subía y bajaba con el calor de su indignación.

—Óyeme bien, personajillo insignificante. ¿Cómo te atreves a...?

Brogan notó cómo la mandíbula se le tensaba. Lanzando un rugido de rabia, agarró el encaje blanco en ambas manos y rasgó la pechera del vestido hasta la cintura.

Lunetta levantó una mano al tiempo que entonaba un breve ensalmo, y el duque se quedó rígido e inmóvil como si se acabara de convertir en piedra, con la espada a medio desenvainar. Sólo sus ojos se movían y vieron a la duquesa gritar cuando Galtero le sujetó ambos brazos a la espalda, dejándola tan

indefensa e inmóvil como él, aunque para ello no necesitó magia. Galtero le retorció los brazos cruelmente y la espalda de la mujer se arqueó. Sus pezones se erguían con rigidez, expuestos al gélido viento.

Puesto que había entregado su cuchillo a lord Rahl, Brogan desenvainó la espada.

—¿Qué acabas de llamarme, sucia ramera?

—¡Nada! —Aterrada, la duquesa ladeaba la cara ora a un lado ora al otro, y sus negros rizos le azotaban el rostro—. ¡Nada!

—Vaya, vaya. ¿Tan rápido perdemos el valor?

—¿Qué quieres? ¡No soy ninguna poseída! ¡Déjame ir! ¡No soy ninguna poseída! —jadeó la duquesa.

—Pues claro que no. Eres demasiado presuntuosa para ser una poseída pero eso no te hace menos despreciable, ni menos útil.

—¿Entonces es a él a quien quieres? Sí, el duque. El duque es el poseído. Suéltame y te contaré todos sus crímenes.

—Al Creador no se le sirve con confesiones falsas e interesadas —repuso Brogan hablando con los dientes apretados. Sus labios dibujaron una cruel sonrisa y su mejilla tembló—. De todos modos le servirás. Servirás al Creador a través de mí; cumplirás mis órdenes.

—No pienso... —Galtero le retorció los brazos, y la mujer gritó—. Sí, sí, lo haré.

—Harás exactamente lo que te ordene —repitió Brogan entre dientes, pegando su rostro al de la duquesa. Ésta, aunque lo intentó, no pudo apartarse.

—Sí. Muy bien. Te doy mi palabra —dijo totalmente aterrorizada.

—¿Crees que voy a confiar en la palabra de una ramera como tú, alguien capaz de vender cualquier cosa y traicionar cualquier principio? —replicó Brogan con desdén—. No. Me obedecerás porque no tendrás otro remedio.

Dio un paso atrás, le cogió un pezón entre el pulgar y el nudillo del índice y lo estiró. La mujer lanzó un gemido y abrió mucho los ojos. Brogan levantó la espada y de un solo tajo le cercenó el pezón. El chillido de la duquesa ahogó el aullido del viento.

Luego dejó el pezón en la palma que le tendía Lunetta. La hechicera lo rodeó con sus regordetes dedos, cerró los ojos y se envolvió en un velo mágico. Los suaves sonidos de un antiguo sortilegio se fundieron con el viento y los trémulos gritos de la duquesa. Galtero tenía que sostenerla mientras el viento se arremolinaba a su alrededor.

El cántico de Lunetta subió de tono al tiempo que inclinaba la cabeza hacia el negro cielo. Con ojos firmemente cerrados conjuraba el sortilegio en torno a ella y a la duquesa. Era como si el mismo viento impulsara las palabras pronunciadas en la lengua de las *streganicha*.

*De la tierra al cielo, de las hojas a las raíces
del fuego al hielo, y los propios frutos del alma.*

*De la luz a la oscuridad, del viento al agua,
reclamo este espíritu y a esta hija del Creador.*

*Hasta que la sangre del corazón hierva o los huesos sean ceniza,
hasta que el sebo sea polvo y los dientes de los muertos rechinen,
ella será mía.*

*Arrojo su cuerpo a una umbría cañada,
y arranco su alma de su insondable morada.*

*Hasta que cumpla con su cometido y alimente a los gusanos,
hasta que la carne sea polvo y el alma haya huido,*

ella será mía.

La voz de Lunetta se convirtió en un canto gutural: «Con hembra de gallo, arañas diez y bezoar, hago el estofado de esclavo. Hiel de buey, castor y placenta, hago un caldo con ella...».

Sus palabras se fueron apagando, dispersándose en el viento, pero ella continuó cantando al tiempo que inclinaba su rechoncho cuerpo, agitaba la mano vacía encima de la cabeza de la duquesa y la otra, con el pezón, sobre su propio corazón.

La duquesa se estremecía a medida que a su alrededor se enroscaban tentáculos de magia que se le clavaban en la carne. Cuando le llegaron al alma, los estremecimientos eran ya convulsiones.

Galtero tenía que hacer un auténtico esfuerzo para mantenerla sujeta hasta que, por fin, se quedó inerte entre sus brazos. Pese al viento, fue como si se hiciera el silencio.

Lunetta abrió la mano.

—Ahora es mía y te cedo a ti el derecho —declaró mientras dejaba en la palma de Brogan el pezón ahora reseco—. Ahora os pertenece, lord general.

Brogan cerró los dedos en torno al encogido pedazo de carne. La duquesa, con los brazos a la espalda y el cuerpo desmadejado, tenía una mirada vidriosa. Aunque las piernas la sostenían, se estremecía por el dolor y el frío. De un pecho le manaba sangre.

—¡Deja de temblar! —le ordenó, cerrando la mano en un puño.

La duquesa lo miró a los ojos y su mirada vidriosa desapareció. Inmediatamente se quedó quieta.

—Sí, lord general.

—Cúrala —ordenó Brogan a su hermana.

Galtero contempló con una chispa de lujuria en sus ojos oscuros cómo Lunetta posaba sus manos alrededor del sangrante seno de la mujer. Al duque Lumholtz casi se le salían los ojos de las órbitas contemplando la escena. Nuevamente Lunetta cerró los ojos para conjurar el hechizo. La sangre que le goteaba entre los dedos dejó de manar cuando la herida en el seno empezó a cerrarse.

Mientras aguardaba, Brogan pensaba en otros asuntos. Verdaderamente el Creador velaba por los suyos. El día había empezado poniéndolo al borde del mayor de los triunfos, luego se torció, pero al final había demostrado que quienes abrazaban en su corazón la causa del Creador finalmente vencían. Lord Rahl iba a enterarse qué les sucedía a quienes adoraban al Custodio, y la Orden Imperial iba a enterarse de cuán valioso era el lord general de la Sangre de la Virtud. También Galtero había demostrado una vez más su valía y se merecía una buena recompensa.

Lunetta usó el manto de la duquesa para limpiar la sangre y al retirarse dejó a la vista un seno entero y tan perfecto como el otro, excepto por la falta del pezón.

—¿A él también, lord general? —inquirió Lunetta, señalando al duque—. ¿Me ocupo también de él, lord general?

—No —Brogan negó con un ademán—. Sólo la necesito a ella, aunque él también tiene un papel en mi plan.

»Ésta es una ciudad peligrosa —prosiguió, clavando la mirada en los aterrados ojos del duque—. Tal como lord Rahl nos ha dicho esta noche, por Aydindril rondan unos peligrosos seres que atacan a ciudadanos inocentes que no tienen ninguna oportunidad contra ellos. Espantoso. Si al menos lord Rahl estuviera aquí para proteger al duque de tales ataques...

—Me ocuparé de ello al instante, lord general —anunció Galtero.

—No, no. Ya me ocupo yo. He pensado que tal vez te gustaría «entretener» a la duquesa mientras yo me ocupo del duque.

Galtero se mordió el labio inferior con la mirada fija en la duquesa.

—Sí, lord general, me encantaría. Gracias. Tomad —dijo, lanzándole su cuchillo—, lo necesitaréis. Los soldados me han contado que esos seres destripan a sus víctimas con cuchillos de triple hoja. Así pues, tendréis que dar tres tajos para lograr el mismo efecto.

Brogan dio las gracias a su coronel. Como siempre, Galtero estaba en todo. Los ojos de la duquesa se posaban alternativamente en ellos tres, aunque guardaba silencio.

—¿Quieres que la obligue a cooperar?

—¿Para qué, lord general? —replicó Galtero con una truculenta sonrisa en su faz por lo general pétrea—. Es mejor que esta noche aprenda otra lección.

—Muy bien. Como prefieras. Querida —dijo a la duquesa—, no te ordeno que lo hagas. Eres libre para expresar lo que realmente sientes hacia Galtero, mi hombre.

La mujer lanzó un grito de protesta cuando Galtero la enlazó por la cintura.

—¿Por qué no vamos hacia allí, a la oscuridad? No quisiera herir vuestros sentimientos obligándoos a contemplar lo que le ocurre a vuestro esposo.

—¡No! —gritó. ¡Me helaré en la nieve! Debo obedecer la voluntad del lord general—. ¡Me helaré!

—Tranquila —replicó Galtero, propinándole un azote en el trasero—, no te helarás. El estiércol está calentito.

La duquesa chilló y trató de desasirse pero Galtero la tenía bien cogida. Con la otra mano la agarró por la cabellera.

—Es una mujer muy hermosa, Galtero; no la estropees. Y ve al grano; tengo planes para ella. Para empezar, deberá pintarse menos —comentó haciendo una mueca—; claro que la práctica le será útil para pintarse el pezón que le falta.

»Cuando haya acabado con el duque y tú hayas acabado con ella, Lunetta le echará otro sortilegio. Uno muy especial; un hechizo realmente extraordinario y muy poderoso.

Lunetta se acariciaba sus «galas» mirándolo a los ojos. Sabía que quería Tobias.

—Para eso necesitaré algo que él haya tocado.

—Él mismo me dio una moneda —le recordó el lord general, dándose ligeros golpes en el bolsillo.

—Bastará.

La duquesa lanzó un nuevo grito y agitó los brazos mientras Galtero la arrastraba hacia la oscuridad. Brogan se dio media vuelta y movió el cuchillo frente a la horrorizada mirada del alto kelta.

—Y ahora, duque Lumholtz, os toca a vos cumplir vuestra parte en los planes del Creador.

16

Bajo la atenta mirada de Gratch, situado a su espalda, Richard vertió la cera roja a lo largo de la carta doblada. Enseguida dejó a un lado vela y cera, cogió la espada e hincó el mango en la cera para grabar la palabra «VERDAD» trenzada en la empuñadura del arma con hilo de oro. El resultado lo satisfizo; de ese modo Kahlan y Zedd sabrían que la carta era realmente suya.

Egan y Ulic, sentados a los extremos del lago y curvado escritorio, vigilaban la sala vacía como si un ejército fuese a asaltar de un momento a otro el estrado. Los dos descomunales guardias se resistieron a sentarse. Según ellos, estando de pie podrían reaccionar con mayor celeridad a un posible ataque. Richard arguyó que, de producirse un ataque, el millar de soldados que custodiaban la sala fuera armarían bastante jaleo y los alertarían, lo cual les daría tiempo a reaccionar incluso estando sentados para levantarse y desenvainar la espada. Con ese argumento finalmente se sentaron.

Cara y Raina permanecían junto a la puerta. Cuando Richard las invitó también a ellas a tomar asiento, las mord-sith rechazaron la oferta con altaneros resoplidos, diciendo que ellas eran más fuertes que Egan y Ulic y, por tanto, se quedarían de pie. Richard se encontraba justo a mitad de la carta y no quería discutir con ellas, por lo que replicó que, puesto que parecían cansadas y lentas de reflejos, prefería que se quedaran de pie para tener suficiente tiempo de reaccionar si se producía un ataque. Después de eso se sentaron, ceñudas, aunque Richard las sorprendió sonriéndose una a la otra; al parecer, las complacía haber sido capaces de arrastrarlo a su juego.

Con Rahl el Oscuro los límites estaban claramente delimitados: él era el amo y las mord-sith eran sus esclavas. Richard se preguntó si acaso las mord-sith lo estaban probando para determinar los límites y hallar su punto débil. O tal vez era que, sencillamente, se alegraban de seguir los dictados de su propia voluntad y actuar incluso por capricho.

Otra posibilidad era que el juego de las mord-sith fuese una prueba para saber si Richard estaba loco. Las mord-sith eran expertas en probar a la gente, y a Richard lo inquietaba que pudieran considerar que no estaba en sus cabales. Él simplemente hacía lo que debía; no había otro modo.

Ojalá que Gratch no estuviera tan cansado como los demás. Dado que se había reunido con él esa misma mañana, no tenía modo de saber si había dormido lo suficiente, aunque sus ojos verdes relucían con expresión alerta y animada. Los gars solían cazar de noche; tal vez por eso se veía tan despierto. Fuera por lo que fuese, Richard deseó que Gratch estuviera tan descansado como parecía.

—Gratch —le dijo, palmeándole una peluda garra—, ven conmigo.

El gar se puso en pie, desplegó ambas alas y una pata, y cruzó la sala en pos de Richard hasta una de las escaleras cubiertas que conducían a las galerías. Instantáneamente sus cuatro guardaespaldas se pusieron alerta pero Richard les ordenó con gestos que permanecieran en sus sitios. Egan y Ulic obedecieron; las dos mord-sith, no.

Solamente estaban encendidas dos lámparas situadas al pie de la escalera, mientras que el resto era un tenebroso túnel. La escalera desembocaba en una ancha galería, uno de cuyos lados estaba delimitado por una sinuosa baranda de madera de caoba y desde el cual se dominaba la sala, y el otro por el borde inferior de la cúpula. Por encima de una baja vigueta de mármol blanco se abrían ventanas redondas, la mitad de altas que él, dispuestas uniformemente alrededor de la enorme sala. Richard miró por una de las ventanas y comprobó que esa noche nevaba. Podría ser un problema.

La ventana estaba sujeta por la parte inferior mediante una palanca de latón, mientras grandes clavijas la aseguraban en el centro de cada hoja. Probó la palanca y comprobó que giraba suavemente.

—Gratch, quiero que me escuches con mucha atención. Esto es muy importante.

Gratch asintió con expresión seria y concentrada. Las mord-sith contemplaban la escena desde las sombras, casi en lo más alto de la escalera.

Richard extendió una mano y acarició el largo rizo de cabello que Gratch llevaba al cuello sujeto con una correa de cuero, junto con el colmillo de dragón.

—Éste es un mechón de pelo de Kahlan. —Gratch asintió con la cabeza para demostrar que entendía—. Gratch, Kahlan corre peligro. —El gar frunció el entrecejo—. Sólo tú y yo vemos a los mriswith.

Gratch gruñó, se tapó los ojos con las garras y lo miró entre ellas; era su signo para referirse a los mriswith.

—Sí, eso es. Gratch, Kahlan no se da cuenta de su presencia, como podemos hacer tú y yo. Si los mriswith van tras ella, no los verá y la matarán.

Gratch dejó ir un gutural gemido de angustia. Entonces su rostro se iluminó, con una mano asió el mechón de cabello y con la otra se golpeó su poderoso pecho.

Richard no pudo por menos de reír, asombrado ante la capacidad de Gratch para comprender qué quería de él.

—Has adivinado lo que estaba pensando, Gratch. Iría yo mismo a protegerla pero tardaría demasiado tiempo, y es posible que ahora mismo corra peligro. Tú eres grande, pero no lo suficiente para llevarme. Sólo hay una cosa que podemos hacer. Tienes que ir tú para protegerla.

Gratch expresó su conformidad con una amplia sonrisa de impresionantes colmillos. De pronto, se dio cuenta de lo que eso implicaba, porque abrazó a Richard.

—Grrratch quierrrg Raaaach aaarg.

—Yo también te quiero, Gratch —dijo Richard, dándole palmaditas en la espalda. Otra vez ya había enviado lejos a Gratch para salvarle la vida, pero el gar no lo había entendido. Richard le prometió que nunca más volvería a hacerlo. El joven abrazó al gar con fuerza y luego lo apartó.

»Gratch, escúchame. —Los relucientes ojos verdes se anegaban de lágrimas—. Gratch, Kahlan te quiere tanto como yo. Ella quiere que estés con nosotros, del mismo modo que tú quieres estar conmigo. Yo deseo que todos estemos juntos. Me quedaré aquí, esperando, mientras tú vas a protegerla y la traes de vuelta. Entonces todos estaremos juntos —concluyó con una sonrisa y le acarició la espalda.

El gar enarcó sus prominentes cejas en gesto de duda.

—Entonces todos estaremos juntos y tú no tendrás sólo un amigo sino a los dos. Y también a Zedd, mi abuelo. A Zedd le encantará tenerte cerca. —Gratch ya parecía más animado—. Tendrás un montón de amigos con los que luchar.

El gar ya se disponía a abalanzarse sobre él, pero Richard lo mantuvo a distancia. Pocas cosas le gustaban más a Gratch que luchar.

—Gratch, ahora no podemos jugar. Estoy muy preocupado por personas a las que quiero. ¿Lo entiendes? ¿Tendrías tú ganas de divertirte si yo estuviera en peligro y te necesitara?

Gratch se quedó un momento pensativo y negó con la cabeza. Richard volvió a abrazarlo. Cuando se separaron, el gar desplegó las alas con brioso aleteo.

—Gratch, ¿puedes volar con nieve? —El gar asintió—. ¿Y de noche? —Nuevo asentimiento del gar, esta vez acompañado de una dentada sonrisa.

»Perfecto. Ahora escúchame bien para poder encontrarla. Ya te enseñé los puntos cardinales: norte, sur, etc. Son las direcciones. Bien. Pues Kahlan está en dirección sudoeste. —Richard iba a señalarle la dirección, pero Gratch se le adelantó. Richard se rió—. Muy bien. Está hacia el sudoeste. Se está alejando de nosotros y se dirige a una ciudad. Ella cree que voy a reunirme con ella para ir juntos a esa ciudad, pero no puedo. Debo quedarme aquí. Kahlan tiene que regresar.

»Viaja con otras personas. Hay un anciano de pelo blanco con ella; es Zedd: mi amigo y también mi abuelo. Y muchas otras personas, casi todas soldados. Mucha gente. ¿Entiendes?

Gratch lo miró con una triste expresión ceñuda.

Richard se frotó la frente tratando de olvidar el cansancio y hallar el modo de hacérselo comprender.

—Como hoy —dijo Cara desde el otro lado de la galería—. Como cuando hablabais a toda la gente esta noche.

—¡Sí! Eso es, Gratch. —Richard señaló hacia el suelo y dibujó un círculo con el dedo—. ¿Recuerdas toda la gente que había allí esta noche, cuando hablaba? Pues más o menos toda esa gente acompaña a Kahlan.

Por fin Gratch indicó con un gruñido que lo había entendido. Aliviado, Richard le palmeó el pecho. Entonces le tendió la carta.

—Tienes que entregarle esta carta para que sepa que tiene que regresar aquí. En ella se lo explico todo. Es muy importante que lea la carta. ¿Entiendes? —Gratch le arrebató la carta con una garra.

»No, no, así no. No puedes llevarla de ese modo. Es posible que necesites usar las garras o que se te caiga y se pierda. Además, se puede mojar con la nieve y Kahlan no podría leerla. —Su voz se fue apagando mientras pensaba en un modo de que Gratch transportara la carta.

—Lord Rahl.

Al volverse Raina le lanzó algo a la mortecina luz. Al atraparlo se dio cuenta de que era la bolsa de piel en la que la carta del general Trimack había viajado desde el Palacio del Pueblo, en D'Hara.

—Gracias, Raina.

La mord-sith sonrió con suficiencia y sacudió la cabeza. Richard metió en la bolsa la carta y con ella sus esperanzas —y las esperanzas de todos—, y luego se la colgó a Gratch de la correa que llevaba al cuello. Gratch gorgoteó de placer al ver aumentar sus tesoros, antes de volver a examinar una vez más el mechón de pelo de Kahlan.

—Gratch, es posible que, por alguna razón, Kahlan no esté con toda esa gente. Pueden pasar muchas cosas antes de que la encuentres, y tal vez te cueste mucho dar con ella.

Contempló a Gratch, que acariciaba el mechón. Lo había visto cazar un murciélago en pleno aire en una noche sin luna. El gar era perfectamente capaz de encontrar a gente en el suelo, pero tenía que reconocer a la gente que buscaba.

—Gratch, tú nunca la has visto pero tiene el pelo muy largo, más largo que la mayoría de las mujeres, y lo sabe todo sobre ti. No se asustará cuando te vea y te llamará por tu nombre. De ese modo sabrás que realmente es ella; porque sabrá cómo te llamas.

Dándose por satisfecho con todas esas instrucciones, Gratch batió las alas y brincó sobre las almohadillas de los pies, impaciente por ponerse en camino y conducir a Kahlan junto a Richard. Éste abrió la ventana. El viento arrastró la nieve al interior. Por última vez los amigos se abrazaron.

—Kahlan lleva dos semanas huyendo de Aydindril y seguirá huyendo hasta que la encuentres. Es posible que te cueste muchos días alcanzarla, pero no te desanimes. Y ve con mucho cuidado; no quiero que te pase nada malo. Quiero que regreses sano y salvo para luchar contigo, querida bestia peluda.

Gratch soltó una risita alegre que, para quien no lo conociera resultaría aterradora, y se subió al alféizar.

—Grrratch quierrrg Raaaach aaarg

—Yo también te quiero, Gratch. Ve con cuidado. Buen viaje. —Richard lo despidió agitando la mano.

Gratch se despidió a su vez y saltó hacia la noche. Aunque el gar desapareció casi al instante, Richard se quedó mirando la fría negrura. De pronto sintió un hondo vacío. Aunque estaba rodeado de gente, no era lo mismo. Esa gente sólo estaba allí porque estaban unidos a él por un vínculo, no porque realmente creyeran en él o en lo que estaba haciendo.

Kahlan llevaba dos semanas huyendo y probablemente el gar tardaría al menos otra semana, quizá dos, en alcanzarla. Seguramente pasaría más de un mes entre que Gratch encontraba a Kahlan y a Zedd, y regresaban a Aydindril. Lo más probable es que en total transcurrieran casi dos meses.

El joven deseaba con tal ansia que sus amigos estuvieran ya con él que sentía un nudo en el estómago. Hacía demasiado tiempo que no se veían. Deseaba que ese sentimiento de soledad desapareciera, y solamente ellos podrían lograrlo.

Richard cerró la ventana, se volvió y se encontró cara a cara con las dos mord-sith.

—Gratch realmente es amigo vuestro —dijo Cara.

Richard se limitó a asentir por temor a prorrumpir en llanto. Antes de dirigirle de nuevo la palabra, Cara lanzó un vistazo a Raina.

—Lord Rahl, lo hemos hablado y hemos decidido que estaríais más seguro en D'Hara. Podemos dejar un ejército aquí para proteger a vuestra reina cuando llegue y escoltarla a D'Hara a reunirse con vos.

—Ya os lo he dicho. Tengo que quedarme aquí. La Orden Imperial pretende conquistar el mundo. Yo soy mago y debo impedirlo.

—Pero si ni siquiera sabéis cómo usar el don. Vos mismo admitisteis que no sabéis nada sobre magia.

—Yo no, pero mi abuelo Zedd sí. Tengo que quedarme aquí hasta que él llegue y me enseñe lo que debo saber para luchar contra la Orden e impedir que conquisten todo el mundo.

Cara desechó tal posibilidad con un gesto de la mano.

—Siempre hay alguien deseoso de mandar sobre quienes aún no mandan. Desde la seguridad de D'Hara podréis dirigir vuestra guerra contra la Orden. Cuando los representantes de los diferentes palacios regresen de sus países para ofrecer la rendición, la Tierra Central será vuestra. Entonces gobernareis el mundo, sin necesidad de estar en el ojo del huracán. Una vez que todos los países se hayan rendido, la Orden Imperial tendrá los días contados.

—No lo entendéis —replicó Richard, dirigiéndose hacia la escalera seguido de las mord-sith—. No se trata sólo de eso. La Orden Imperial se ha infiltrado en el Nuevo Mundo y ha conseguido aliados.

—¿El Nuevo Mundo? —inquirió Cara—. ¿Qué es el Nuevo Mundo?

—La Tierra Occidental, de donde yo provengo, la Tierra Central y D'Hara conforman el Nuevo Mundo.

—Conforman el mundo entero —lo corrigió la mord-sith con determinación.

—Hablas como lo haría un pez en un estanque. —Richard descendía la escalera deslizando una mano por la barandilla lisa como la seda—. ¿Crees realmente que el mundo se acaba en lo que ven tus ojos? ¿No ves más allá del estanque? ¿Crees que todo acaba en un océano, una cordillera, un desierto o algo así?

—Sólo los espíritus lo saben. —Cara se detuvo al pie de la escalera y ladeó la cabeza—. ¿Qué creéis vos? ¿Hay otras tierras más allá de las que conocemos? ¿Otros estanques, por ahí, en alguna parte? —La mord-sith trazaba círculos en el aire con su agiel.

Richard alzó los brazos.

—No lo sé. Pero sí sé que hacia el sur comienza el Viejo Mundo.

—En el sur no hay más que tierras yermas —afirmó Raina, cruzándose de brazos.

Richard se dispuso a cruzar la sala.

—En medio de la tierra yerma existía un lugar llamado el valle de los Perdidos dividido en dos, de uno a otro océano, por una barrera denominada las Torres de Perdición. Esas torres fueron erigidas hace tres mil años por magos que poseían un poder inimaginable. Los hechizos de las torres impidieron que en los últimos tres mil años casi nadie pudiera cruzar, por lo que con el tiempo el Viejo Mundo cayó en el olvido.

Cara lo miró con escepticismo, ceñuda. En la bóveda resonaba el ruido de los tres pares de botas.

—Si es así, ¿cómo lo sabéis?

—Porque yo estuve allí, en el Palacio de los Profetas, en una gran ciudad llamada Tanimura.

—¿De veras? —preguntó Raina. Richard asintió, en vista de lo cual Raina adoptó la misma expresión ceñuda que Cara—. Pero si nadie puede cruzar, ¿cómo lo conseguisteis vos?

—Es una larga historia que básicamente se resume en que esas mujeres, las Hermanas de la Luz me llevaron allí. Nosotros cruzamos porque poseíamos el don, aunque no era lo suficientemente fuerte para atraer el poder destructivo de los hechizos. Nadie más podría haber cruzado, por lo que el Viejo y el Nuevo Mundo permanecieron separados por la magia de las torres.

»Pero ahora la barrera entre ambos mundos ha caído y nadie está a salvo. La Orden Imperial proviene del Viejo Mundo. Están muy lejos, pero vendrán y debemos estar preparados.

—Si esa barrera ha estado ahí desde hace tres mil años, ¿cómo es que ha caído justo ahora? —inquirió Cara con recelo.

Ya habían llegado al estrado. Richard carraspeó y se subió seguido de las mord-sith.

—Bueno, supongo que es culpa mía. Yo destruí la magia de las torres; ya no forman ninguna barrera. Lo que antes era tierra yerma ahora vuelve a ser una tierra de verdes pastos, igual que como lo fue en el pasado.

Las dos mujeres lo evaluaron silenciosamente. Cara inclinó el cuerpo para decir a Raina, como si Richard no estuviera allí:

—Y eso que dice que no sabe cómo usar la magia...

—Así pues, ¿afirmáis que sois vos el culpable de esta guerra? —le preguntó Raina—. ¿Que vos la habéis hecho posible?

—No. Oíd, es una larga historia. —Richard se pasó los dedos por el pelo—. Incluso antes de que la barrera cayera la Orden ya buscaba aliados y había iniciado su guerra. La diferencia es que ahora ya nada los puede detener ni frenar su avance. No los subestiméis. Tienen magos y hechiceras a su servicio. Desean destruir la magia.

—¿Desean destruir la magia pero emplean a magos y hechiceras? Lord Rahl, eso es absurdo —se mofó Cara.

—Vosotros deseáis que yo sea la magia contra la magia. ¿Por qué? —Richard señaló con el dedo a los dos guardias—. Porque ellos solamente pueden ser el acero contra el acero. A menudo se necesita la magia para destruir la magia.

»Vosotras también tenéis magia. ¿Para qué? ¿Para contrarrestar la magia, acaso? Las mord-sith os apropiáis de la magia de otros y la volvéis contra ellos. Pues lo mismo hace la Orden Imperial; usa la magia para destruir la magia, del mismo modo que Rahl el Oscuro os usaba a vosotras para torturar y matar a los poseedores de magia que se le oponían.

»Repito, tenéis magia y la Orden tratará de eliminaros. Yo tengo magia y también querrán destruirme. También, debido al vínculo, todos los d'haranianos tienen magia. Cuando la Orden se dé cuenta decidirá exterminarlos a todos. Más pronto o más tarde decidirán aplastar a D'Hara del mismo modo que quieren aplastar la Tierra Central.

—Si eso sucede, las tropas de D'Hara los aplastarán a ellos —dijo Ulic a su espalda con la misma confianza de quien afirma que el sol se pondrá también ese día.

—Hasta que yo aparecí, los d'haranianos se unían a ellos y en su nombre aniquilaron Ebinissia. Los d'haranianos de Aydindril obedecían a la Orden Imperial.

Sus cuatro guardaespaldas se quedaron en silencio. Cara tenía la mirada clavada en el suelo. Raina lanzó un descorazonador suspiro. Al fin Cara tomó la palabra, como si pensara en voz alta.

—Es posible que, en plena confusión de la guerra, algunas de nuestras tropas que luchaban lejos de D'Hara notaran que el vínculo se rompía; como lo que sintieron algunos en palacio cuando matasteis a Rahl el Oscuro. En ese caso serían como almas perdidas sin un nuevo amo Rahl que renovara el vínculo.

Tal vez se unieron a la Orden Imperial para tener un líder que reemplazara el vínculo perdido. Pero ahora el vínculo vuelve a existir. Tenemos un nuevo amo Rahl.

Richard se dejó caer en la silla de la Madre Confesora.

—Ojalá sea así.

—Razón de más para regresar a D'Hara —insistió Raina—. Debemos protegeros para que podáis seguir siendo el amo Rahl y que nuestro pueblo no se una a la Orden Imperial. Si morís y el vínculo se rompe, el ejército se volverá otra vez en masa hacia la Orden en busca de guía. Dejemos que la Tierra Central libre sus propias batallas. ¿Por qué tenemos nosotros que salvarlos de ellos mismos?

—Porque, en ese caso, toda la Tierra Central caería bajo la espada de la Orden Imperial —respondió Richard con voz calma—. Todo el mundo sería tratado como Rahl el Oscuro os trató a vosotras. Nadie volvería nunca a ser libre. Mientras quede una posibilidad de detenerlos no podemos permitir que eso suceda. Y debe ser ahora, antes de que se hagan más fuertes en la Tierra Central.

Cara miró al techo.

—Que los espíritus nos libren de un hombre con una causa justa. No sois vos quien debe guiarlos.

—Si no lo hago yo, al final todo el mundo quedará sometido a una sola ley: la ley de la Orden Imperial. Todo el mundo será su esclavo para siempre jamás, pues los tiranos jamás se cansan de ejercer su tiranía.

Se produjo un sonoro silencio. Richard apoyó la cabeza en el respaldo de la silla. Estaba tan cansado que no se veía capaz de mantener los ojos abiertos mucho tiempo más. No entendía por qué se molestaba en tratar de convencerlas cuando, al parecer, ni entendían ni les importaba lo que él trataba de hacer.

Cara se apoyó en la mesa y se pasó una mano por la cara antes de decir:

—No queremos perderos, Lord Rahl. No queremos vivir de nuevo como antes— La voz de la mord-sith sonaba como si estuviera al borde de las lágrimas—. Nos gusta poder hacer cosas simples, como por ejemplo bromear y reír. Antes nunca se nos permitía. Vivíamos con el constante temor de que si decíamos algo equivocado nos ganaríamos una paliza o algo peor. Ahora que hemos conocido otra cosa no queremos perderlo. Si sacrificáis vuestra vida por la Tierra Central, lo perderemos.

—Cara... todos vosotros, escuchadme bien. Si no hago esto, al final ocurrirá lo que dices. ¿Es que no lo veis? Si no unimos todas las tierras bajo un mando fuerte, bajo una ley justa y un único líder, la Orden Imperial lo conquistará todo, trozo a trozo. Una vez que la Tierra Central haya caído bajo su sombra, esa sombra se irá arrastrando sigilosamente hasta D'Hara y, al final, el mundo entero quedará sumido en las tinieblas. No hago esto porque quiera, sino porque me doy cuenta de que tengo una oportunidad de éxito. Pero si no lo intento, no tendré adónde huir; al final me encontrarán y me matarán.

»Mi objetivo no es conquistar y gobernar; yo solamente deseo llevar una vida tranquila. Quiero una familia y vivir en paz.

»Por eso debo demostrar a los países que forman la Tierra Central que somos fuertes y que no consentiremos ni favoritismos ni rencillas, que no seremos una alianza de diferentes tierras que se unen solamente cuando es conveniente, sino que realmente estamos siempre unidos. Deben confiar en que defenderemos lo que es justo, para que no teman unirse a nosotros, para que sepan que también hay lugar para ellos y se alegren de saber que si desean luchar por la libertad, no estarán solos. Debemos ser una fuerza sólida y que merezca confianza, para que no teman rendirse a nosotros.

Sobrevino un gélido silencio. Richard cerró los ojos y recostó de nuevo la cabeza en el respaldo. Creían que estaba loco. Era inútil. Tendría que empezar a darles órdenes sin preocuparse de si les gustaban o no, y mucho menos si les importaba.

—Lord Rahl —dijo al fin Cara. Richard abrió los ojos y la vio de pie, de brazos cruzados y una adusta expresión en la cara—. No pienso cambiar los pañales de vuestro hijo, ni bañarlo, ni hacerlo eructar, ni mucho menos entretenerlo con estúpidos sonidos.

Richard volvió a cerrar los ojos y a apoyar la cabeza, riendo para sí. Se vio a sí mismo en la Tierra Occidental antes de que todo eso empezara. Un día, la comadrona había reclamado a Zedd con urgencia. Elayne Seaton, una joven no mucho mayor que Richard, se había puesto de parto de su primer hijo pero la cosa iba mal. La fornida comadrona había hablado en susurros con Zedd, dándole la espalda a Richard.

Por aquel entonces él aún no sabía que Zedd era su abuelo, aunque ya era su mejor amigo. Tampoco tenía ni idea —ni él ni nadie— de que Zedd fuese mago. Para todo el mundo Zedd era simplemente el viejo Zedd, alguien capaz de leer las nubes y que poseía considerables conocimientos acerca de las cosas más sencillas y más extraordinarias: hierbas raras y enfermedades, cómo curar, la procedencia de las nubes de lluvia, dónde cavar un pozo y cuándo empezar a cavar una tumba, y también sabía de partos.

Richard conocía a Elayne. La joven le había enseñado a bailar para poder invitar a una muchacha en el festival de verano. Richard deseaba aprender pero lo asustaba la perspectiva de sostener a una mujer en sus brazos por miedo a hacerle daño. Todo el mundo le decía siempre que era muy fuerte y que debía ir con mucho cuidado para no hacer daño a nadie. Cuando cambió de idea y dio una excusa a Elayne, ella se rió, lo tomó en sus brazos y empezó a dar vueltas con él por la habitación mientras tarareaba una alegre tonada.

Aunque apenas sabía nada del asunto de dar a luz, por lo poco que sabía no deseaba acercarse a casa de Elayne hasta que no acabara. Así pues, se dirigió a la puerta para dar un paseo en dirección contraria.

Pero Zedd cogió su bolsa de hierbas y pociones, agarró a Richard por el brazo y le dijo:

—Ven conmigo, muchacho. Es posible que te necesite. —Por mucho que Richard insistió en que él en nada podría ayudar, cuando a Zedd se le ponía algo en la cabeza era más terco que una mula—. Nunca se sabe, Richard. Es posible incluso que aprendas algo —le dijo mientras lo empujaba por la puerta.

El marido de Elayne, Henry, estaba fuera con otros hombres cortando hielo para las posadas y, debido al mal tiempo, no había regresado aún de realizar sus entregas a las ciudades vecinas. Había varias mujeres en la casa; todas junto a Elayne. Zedd le pidió que alimentara el fuego y calentara agua, y que se lo tomara con calma, pues la cosa iba para largo.

Richard se sentó en la fría cocina, con el sudor que le goteaba del cabello, mientras oía los gritos más horripilantes que había oído en toda su vida. También se oían palabras ahogadas de aliento de la comadrona y de las otras mujeres, aunque lo que predominaban eran los gritos. El joven echó leña al fuego y fundió nieve en una gran tetera para tener una excusa para salir afuera. Entonces se dijo que Elayne y Henry, con el nuevo bebé y todo lo demás seguramente necesitarían más leña, por lo que cortó una gran pila. Pero de nada sirvió. Seguía oyendo los gritos de Elayne. Lo que realmente le impresionaba no era que fuesen gritos de dolor, sino que eran gritos de auténtico pánico.

Richard sabía que Elayne iba a morir. La comadrona no habría ido en busca de Zedd si la cosa no fuese muy grave. Él nunca había visto a una persona muerta y no quería que la primera fuese Elayne. Recordaba sus risas cuando lo enseñó a bailar. Él se pasó todo el tiempo ruborizado pero ella fingió no darse cuenta.

Entonces, mientras estaba sentado a la mesa mirando al vacío y pensando que el mundo era un lugar terrible, sonó un último grito, el más terrible de todos y que le produjo un escalofrío que le recorrió la columna. Le siguió un silencio de desamparo. Richard cerró los ojos con fuerza en el pesado silencio, conteniendo las lágrimas.

Sería casi imposible cavar una tumba en el suelo helado, pero se prometió a sí mismo que lo haría por Elayne. No quería que su cuerpo congelado permaneciera en el cobertizo del sepulturero hasta la primavera. Él era fuerte y lo conseguiría aunque eso le costara un mes. Elayne le había enseñado a bailar.

La puerta se abrió con un crujido y por ella salió Zedd con algo en brazos.

—Richard, ven aquí. Toma —le entregó un bebé cubierto de sangre, con diminutos brazos—. Lávalo con cuidado.

—¿Qué? Pero ¿cómo lo hago? —balbució Richard.

—¡Con agua caliente! —bramó Zedd—. Cáspita, muchacho, has calentado agua, ¿verdad? —Richard señaló algo con el mentón—. No, no, está demasiado caliente. Tiene que estar tibia. Luego envuélvelo en esas mantas y llévalo al dormitorio.

—Pero Zedd... las mujeres. Deberían hacerlo ellas, no yo. Por todos los espíritus, ¿no puede hacerlo una mujer?

Zedd, su blanca cabellera desgreñada, lo miró con un solo ojo.

—Si quisiera que lo hicieran las mujeres, muchacho, ya se lo habría pedido, ¿no crees?

Luego, con un revoloteo de su túnica, desapareció cerrando de un portazo la puerta del dormitorio. Richard no se atrevía ni a moverse por miedo a aplastar al bebé. Era tan pequeño, que le costaba creer que fuese real. Entonces algo ocurrió, Richard empezó a sonreír. Era una persona, un espíritu nuevo en el mundo. Sostenía magia.

Cuando llevó a aquella pequeña maravilla al dormitorio después de haberla bañado y envuelto en mantas, a punto estuvo de romper a llorar al ver a Elayne viva. Las piernas le temblaban tanto que apenas le sostenían.

—Elayne, desde luego sabes bailar —fue todo lo que se le ocurrió en esos momentos—. ¿Cómo has podido hacer algo tan maravilloso? —Las mujeres que rodeaban el lecho lo miraron como si fuera tonto.

Pese a estar exhausta Elayne le sonrió.

—Un día tendrás que enseñar a Bradley a bailar, ojos brillantes. —La joven le tendió los brazos y su sonrisa se hizo más amplia cuando Richard depositó suavemente en ellos al niño.

—Bueno, muchacho, parece que al final lo conseguiste —comentó Zedd—. ¿Has aprendido algo?

Ahora Bradley debía de tener ya diez años y lo llamaba tío Richard.

Tras rememorar ese episodio, Richard escuchó el silencio de la sala y reflexionó sobre las palabras de Cara.

—Sí, lo harás —dijo al fin dulcemente—. Aunque tenga que ordenártelo, lo harás. Quiero que sientas la maravilla de sostener en tus brazos una nueva vida, un nuevo espíritu, una magia muy distinta del agiel que llevas a la muñeca. Lo bañarás, lo vestirás y le harás eructar para que te des cuenta de que el mundo también necesita de tu ternura, para que sepas que yo te confío el cuidado de mi propio hijo. Y le dirigirás absurdos sonidos para que rías con la esperanza del futuro y tal vez olvides que en el pasado mataste a otras personas.

»Aunque no comprendas nada más, espero que al menos entiendas esta razón para hacer lo que hago.

Dicho esto se relajó en la silla y aflojó los músculos por primera vez en horas. El silencio zumbaba en sus oídos. Pensó en Kahlan y dejó que su mente vagara.

—Si os matan en vuestro empeño por gobernar el mundo, yo misma os romperé todos los huesos del cuerpo —susurró Cara entre lágrimas. Su quedo susurro apenas fue audible en la enorme sala y en el sepulcral silencio.

Richard notó cómo sus labios esbozaban una sonrisa. En la oscuridad de sus párpados cerrados revoloteaban oscuros trazos de color.

Era plenamente consciente de la silla en la que estaba sentado: la silla de la Madre Confesora, la silla de Kahlan. Desde ella Kahlan había gobernado la Tierra Central. Richard notaba los ojos de la primera Madre Confesora y de su mago clavados en él, sentado en aquel sitio de honor después de haber exigido la rendición de la Tierra Central y haber sellado el final de una alianza que ellos forjaron con la esperanza de lograr una paz eterna.

Él se había metido en esa guerra para ayudar a la causa de la Tierra Central. Pero ahora estaba al mando de su antiguo enemigo y había colocado la espada en la garganta de sus aliados.

En un solo día había puesto el mundo del revés.

Aunque sabía que estaba rompiendo la alianza por razones justas, le angustiaba imaginarse qué pensaría Kahlan. Ella lo amaba y lo entendería. Tenía que entenderlo.

Queridos espíritus, ¿qué pensaría Zedd?

Sus brazos reposaban justo donde habían descansado los de Kahlan. Richard se imaginó que lo abrazaba como la noche anterior en aquel lugar situado entre los mundos. Nunca se había sentido tan feliz como esa noche, ni tan amado.

Le pareció oír que alguien le recomendaba que se buscara una cama, pero él ya estaba dormido.

17

Pese a regresar y encontrarse con varios miles de feroces soldados de D'Hara rodeando su palacio, Tobias Brogan no perdió el buen humor. Todo estaba saliendo a pedir de boca, aunque no como había previsto esa mañana. Los d'haranianos no le impidieron la entrada pero le advirtieron que no saliera de nuevo esa noche.

Su desfachatez era ofensiva, pero a Brogan le interesaba mucho más la anciana a la que Ettore estaba «preparando» que la falta de respeto de los d'haranianos. Tenía preguntas y estaba ansioso por oír las respuestas. A esas alturas seguro que la mujer se las daría: Ettore conocía bien su oficio. Aunque ésa era la primera vez que se le había encomendado preparar a un testigo para el interrogatorio sin la supervisión de un hermano más experimentado, ya había demostrado su valía y que su mano no vacilaba. Ettore estaba más que preparado para asumir esa responsabilidad.

Brogan se sacudió la nieve depositada en su capa sobre la alfombra dorada y rojo rubí, y no se molestó en limpiarse las botas antes de pisar la impoluta antesala, en dirección a los corredores que conducían a la escalera. Lámparas de cristal tallado que colgaban delante de reflectores de plata pulida iluminaban los amplios pasillos. Los fluctuantes rayos de luz danzaban por encima de la taracea. Los soldados de capa carmesí que patrullaban por palacio se llevaban los dedos a la frente al tiempo que inclinaban la cabeza. El lord general ni siquiera les devolvía el saludo.

Con Lunetta y Galtero pisándole los talones, bajó los escalones de dos en dos. Mientras que arriba los muros se adornaban con floridos paneles que exhibían los retratos de reyes y reinas de Nicobarese, así como tapices con sus legendarias hazañas —en su mayor parte ficticias—, abajo los muros eran de simple piedra, tan fríos a la vista como al tacto. No obstante, la estancia a la que se dirigía estaría caldeada.

Mientras se acariciaba el mostacho con los nudillos sintió un intenso dolor en los huesos. Últimamente las articulaciones le dolían más con el frío. Inmediatamente se reprendió por preocuparse por tan mundanos asuntos en lugar de por cumplir con la voluntad del Creador. Esa noche el Creador lo había ayudado con creces y tal ayuda no podía ser despreciada.

Los pasillos en los pisos superiores estaban bien protegidos con los soldados de la Sangre pero en los monótonos pasillos inferiores no se veía a nadie, pues era imposible entrar o salir de palacio desde allí. Galtero, siempre vigilante, examinó el corredor que conducía a la sala de interrogatorios, mientras Lunetta esperaba pacientemente, sonriendo. Brogan la había felicitado por su último hechizo, y la mujer estaba radiante por ello.

El general entró en la sala y se topó cara a cara con la familiar y amplia sonrisa de Ettore.

No obstante, la suya era la turbia mirada de la muerte.

Brogan se quedó paralizado.

Ettore colgaba de una cuerda atada a ambos extremos por una clavija de hierro que le perforaba los oídos. Justo debajo de sus pies se había formado un charco de sangre oscura coagulada.

En el cuello presentaba un limpio corte de oreja a oreja, por debajo del cual había sido despojado de hasta el último centímetro de piel. A un lado, las pálidas tiras de piel formaban un rezumante montón.

Justo por debajo del tórax presentaba una incisión. En el suelo, delante del cuerpo que se mecía lentamente, podía verse su hígado.

Tenía marcas de dientes a ambos lados: los de un lado eran marcas irregulares dejadas por dientes de adulto y los del otro eran marcas pequeñas y regulares.

Brogan giró sobre sus talones lanzando un grito de rabia y propinó un revés a Lunetta. La mujer se estrelló contra la pared, al lado del hogar, y se deslizó hasta el suelo.

—¡Esto es culpa tuya *streganicha*! ¡Es culpa tuya! ¡Deberías haberte quedado para ayudar a Ettore!

Con los puños apretados a los costados Brogan contempló el cuerpo desollado de su hombre. Si no estuviera ya muerto, lo mataría con sus propias manos por permitir que esa vieja bruja escapara de la justicia. Dejar escapar a un poseído no tenía perdón. Un verdadero cazador de poseídos jamás se dejaría matar antes de eliminar a esos engendros del mal, costara lo que costase. La burlona sonrisa de Ettore lo enfureció. Brogan golpeó su fría faz.

—Nos has fallado, Ettore. Te licencio con deshonor de la Sangre de la Virtud. Tu nombre será borrado de sus listas.

Encogida contra el muro, Lunetta se sostenía entre las manos la sangrienta mejilla.

—Yo os pedí que me dejarais quedarme para ayudarlo. Os lo pedí.

—Nada de sucias excusas, *streganicha* —replicó Brogan, fulminándola con la mirada—. Si sabías que esa vieja bruja podía causar problemas, deberías haberte quedado.

—Pero si yo os lo pedí —se justificó Lunetta entre lágrimas—. Vos no me dejasteis.

Brogan hizo caso omiso de sus palabras y ordenó a su coronel, entre dientes:

—Prepara los caballos.

Debería matarla. En ese mismo momento. Debería rebanarle el gáznate y acabar de una vez por todas. Estaba ya harto de su horrible lacra. Ahora tenía la certeza de que esa vieja le podría haber proporcionado valiosa información. Y de no haber sido por su abominable hermana, ahora dispondría de esa información.

—¿Cuántos caballos, lord general? —susurró Galtero.

Brogan contempló cómo su hermana se levantaba, tambaleante y recuperaba la compostura al tiempo que se limpiaba la sangre de la mejilla. Debería matarla allí mismo.

—Tres —gruñó como respuesta.

Antes de salir sigilosamente por la puerta, silencioso como una sombra, y desaparecer por el pasillo, Galtero cogió una porra de entre los instrumentos que se usaban en los interrogatorios. Obviamente los soldados no habían visto a la anciana, aunque tratándose de una poseída eso no significaba nada. No obstante, existía la posibilidad de que no anduviera lejos. Galtero sabía, sin necesidad de decírselo, que si la encontraba tenía que prenderla viva.

De nada serviría vengarse atravesándola con la espada. Si daban con ella, la harían prisionera para interrogarla. Si daban con ella, pagaría caro el precio de su blasfemia, aunque antes confesaría.

Si daban con ella... Brogan miró a su hermana.

—¿La sientes cerca?

Lunetta negó con la cabeza. No se rascaba los brazos. Incluso sin los miles de soldados d'haranianos que vigilaban el palacio, en medio de aquella tormenta de nieve sería imposible seguir el rastro de nadie. Además, por muchas ganas que tuviera de atrapar a la anciana el cazador Brogan tenía otra presa aún más blasfema. Por no hablar de lord Rahl. Si Galtero la encontraba, perfecto, pero si no, no podían perder tiempo en una búsqueda complicada que seguramente no daría resultados. Después de todo, los poseídos abundaban; si no era esa vieja bruja, ya atraparían a otros. El lord general de la Sangre de la Virtud tenía una tarea mucho más importante entre manos: la obra del Creador.

Lunetta se acercó renqueando a Tobias, le pasó un brazo por la cintura y le acarició el agitado pecho.

—Es muy tarde, Tobias —le susurró con voz cálida—. Vamos a la cama. Has tenido un día muy duro haciendo la obra del Creador. Deja que Lunetta te haga sentir mejor. Te gustará. Te lo prometo. —Tobias guardaba silencio—. Galtero ha tenido su placer, deja que Lunetta te dé el tuyo. Usaré un sortilegio. Por favor, Tobias, ¿quieres?

El interpelado reflexionó un breve instante antes de rechazar la oferta:

—No hay tiempo. Debemos partir al instante. Espero que esta noche hayas aprendido una lección, Lunetta. No pienso tolerar nunca más tu mal comportamiento.

—Sí, lord general —asintió la mujer—. Me esforzaré por hacerlo mejor. Lo haré mejor. Ya lo veréis.

Brogan la condujo arriba, hacia la sala en la que había hablado con los testigos. Había soldados a la puerta. Dentro cogió de encima de la larga mesa el estuche en el que guardaba sus trofeos y se lo sujetó al cinturón. Ya se encaminaba a la puerta cuando dio media vuelta. La moneda de plata que había dejado sobre la mesa, la que la anciana le había dado, ya no estaba.

—¿Supongo que nadie ha entrado aquí esta noche después de que yo me marchara? —interpeló a uno de los soldados.

—No, lord general —respondió éste con rigidez—. Ni un alma.

Brogan gruñó. La poseída había estado allí. Había recuperado su moneda para dejarle un mensaje. Mientras salía del palacio no se molestó en preguntar a los demás soldados; sabía que tampoco ellos habrían visto nada. La anciana y su pequeña cómplice se habían ido. Brogan las apartó de su mente para concentrarse en lo que debía hacer a continuación.

Fue avanzando por los corredores hasta la parte trasera del palacio, desde donde debería cruzar una breve extensión de campo abierto, hasta llegar a las caballerizas. Galtero ya habría recogido lo que necesitaban para el viaje y tendría ensillados tres de los caballos más fuertes. Sin duda había d'haranianos alrededor del palacio, pero con la oscuridad, el viento y la nieve, Brogan confiaba en llegar hasta las cuadras.

No dijo nada a sus hombres. Sólo ellos tres podían ir en busca de la Madre Confesora. Aprovechando la tormenta tres personas podrían escabullirse; pero todo un destacamento, no. Sin duda serían descubiertos, deberían luchar y muy probablemente serían exterminados. Aunque los soldados de la Sangre de la Virtud eran fieros guerreros, los d'haranianos los superaban ampliamente en número. Además, por lo que había visto los d'haranianos no eran bisoños en la batalla. Era preferible dejar a sus hombres en palacio como diversión. Si no sabían nada, nada podrían revelar.

La gruesa puerta de roble se abrió con un crujido y Brogan asomó fuera la cabeza. A la tenue luz procedente de algunas de las ventanas traseras del primer piso solamente vio remolinos de nieve. Lo más prudente hubiese sido apagar todas las luces, pero las necesitaba para encontrar en medio de la tormenta unas caballerizas que no conocía.

—No te apartes de mi lado. Si nos descubren, tratarán de impedir que nos marchemos. No podemos permitirlo. Debemos partir en busca de la Madre Confesora.

—Pero, lord general...

—Silencio —ordenó secamente Brogan—. Si tratan de detenernos, atácalos con tu magia. ¿Entendido?

—¿Y si son muchos? Yo sólo puedo...

—No me pongas a prueba, Lunetta. Me has prometido que te esforzarías. Te estoy dando una oportunidad. No me falles otra vez.

Lunetta se arrebujó en sus coloridos harapos.

—Sí, lord general —dijo.

Brogan apagó con un soplido la lámpara del corredor y empujó a Lunetta para que saliera. Debían abrirse paso entre la nieve amontonada. Galtero ya debía de tener los caballos ensillados. En medio de esa ventisca los d'haranianos no los verían acercarse y, una vez hubiesen montado, ya no podrían detenerlos. La oscura silueta de las cuadras cada vez se hacía más grande.

De pronto, entre la nieve empezaron a distinguirse figuras: soldados. Al verlo llamaban a sus compañeros y desenvainaban las espadas. Por culpa del viento sus voces no llegaban muy lejos, aunque en pocos minutos se congregó un enjambre de fornidos soldados. Los rodeaban.

—Haz algo, Lunetta.

Lunetta alzó un brazo con los dedos a modo de garra al tiempo que iniciaba un conjuro pero los d'haranianos no vacilaron. Corrían hacia ellos con las espadas enarboladas. Brogan se estremeció cuando una flecha le pasó rozando la mejilla. El Creador lo había salvado al formar una ráfaga de viento que había apartado el proyectil. Lunetta se agachó mientras les seguían lloviendo flechas.

Al ver a los hombres que corrían hacia ellos desde todas las direcciones, Brogan desenvainó su espada. Ya no podía retroceder hasta el palacio, pues los d'haranianos le cortaban la retirada. Eran demasiados. Lunetta estaba tan ocupada resguardándose de las flechas que no podía conjurar un hechizo que los protegiera. De hecho, lanzaba chillidos de terror.

La lluvia de flechas cesó tan súbitamente como había empezado. Brogan oyó gritos que le llevaba el viento. Rápidamente cogió a Lunetta por el brazo y echó a correr sobre la nieve amontonada. Si pudiesen llegar hasta las caballerizas, Galtero los ayudaría.

Varios d'haranianos le cortaban el paso. El que estaba más cerca lanzó un grito cuando una sombra pasó frente a él. El soldado se desplomó de bruces en la nieve. Confundido, Tobias contempló cómo los otros d'haranianos blandían sus espadas contra las ráfagas de viento.

El viento acabó con todos ellos sin ninguna piedad.

Brogan se detuvo y contempló la escena, parpadeando. Los d'haranianos que los rodeaban estaban siendo masacrados. Con el aullido del viento se mezclaban chillidos. La nieve se teñía de rojo. Vio a hombres con las tripas fuera.

Se humedeció los labios, sin atreverse a moverse por miedo a que el viento lo atacara también a él. Su mirada saltaba de un punto a otro, tratando de comprender lo que veía, tratando de ver a los atacantes.

—¡Querido Creador —gritó—, ten piedad de mí! ¡Soy tu servidor!

Los soldados seguían corriendo hacia el patio de las caballerizas desde todas las direcciones e iban cayendo a la misma velocidad con la que convergían. Más de un centenar de cadáveres yacían ya sobre la nieve. Brogan jamás había presenciado una matanza tan rápida ni brutal.

Se agachó y descubrió, sobresaltado, que los remolinos de viento se movían deliberadamente.

Tenían vida propia. Poco a poco empezó a distinguirlos. A su alrededor se deslizaban hombres ataviados con capas blancas que atacaban a los soldados d'haranianos con rápida y mortífera elegancia. Ni uno solo de los d'haranianos trató de huir; todos ellos arremetían con ferocidad y todos eran rápidamente despachados sin tener la oportunidad de luchar.

Sólo el viento llenaba el silencio de la noche. Antes de tener tiempo a huir todo había acabado. El suelo estaba cubierto con un revoltijo de figuras oscuras e inmóviles. Brogan dio la vuelta a todas las que tenía cerca; todos estaban muertos. La nieve caía sobre los cadáveres y en una hora más todos habrían desaparecido bajo su implacable manto blanco.

Los hombres embozados se desplazaban sigilosamente por la nieve haciendo gala de gran agilidad, como si fueran de viento. Cuando se acercaron a él, la espada se le escurrió de entre sus entumecidos dedos. Brogan quiso gritarle a Lunetta que los fulminara con un hechizo pero cuando realmente pudo verlos la voz le falló.

No eran humanos.

Vio prominentes músculos recubiertos con ondulantes escamas del mismo color que la nevada noche. La cabeza, sin orejas y achatada estaba cubierta por piel lisa y alojaba ojos redondos y brillantes como cuentas. Aquellos seres llevaban simples prendas confeccionadas con pellejos bajo capas que el viento hinchaba y azotaba. Sus garrudas manos empuñaban cuchillos de tres hojas cubiertos de sangre.

Eran los seres que había visto empalados fuera del Palacio de las Confesoras; los seres que lord Rahl había matado: mriswith. Tras haber visto cómo masacraban a todos aquellos avezados guerreros, Brogan no podía ni imaginarse cómo lord Rahl, ni nadie, podía vencer a uno, y mucho menos a todos los empalados.

Uno de los mriswith se le acercó, mirándolo sin parpadear. Se detuvo a apenas tres metros.

—Vete —le siseó.

—¿Cómo? —balbució Tobias.

—Vete. —El mriswith hendió el aire con un cuchillo semejante a una garra en un gesto veloz, elegante y mortíferamente perfecto—. Esssscapa.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto? ¿Por qué quieres que escapemos?

La rendija de aquella boca desprovista de labios se agrandó en un horripilante remedo de sonrisa.

—El Caminante de los Sueños quiere que escapesss. Vete.

—Pero...

Con un escamoso brazo el mriswith se resguardó del viento con la capa, dio media vuelta y se desvaneció en la ventisca. Brogan escrutó la noche pero las rachas de viento ya no ocultaban nada.

¿Por qué aquellos malvados seres querían ayudarlo? ¿Por qué matar a sus enemigos? ¿Por qué querían que escapara?

Una súbita y cálida oleada de comprensión y amor lo invadió. El Creador los había enviado. Pues claro. ¿Cómo había estado tan ciego? Lord Rahl, ese servidor del Custodio, había matado a los mriswith. Si los mriswith fuesen seres malvados, lord Rahl lucharía en su mismo bando y no contra ellos.

El mriswith le había dicho que lo había enviado el Caminante de los Sueños. El Creador se le aparecía a él en sus sueños. Eso era; el mismo Creador los había enviado.

—Lunetta. —Su hermana se agazapaba tras él—. El Creador me visita en mis sueños. A eso se refería uno de ellos cuando dijo que el de mis sueños los había enviado. Lunetta, el Creador los ha enviado para protegerme.

Lunetta abrió los ojos por el asombro.

—El mismo Creador ha intervenido en tu favor para frustrar los planes del Custodio. El mismo Creador vela por ti. Debe reservarte grandes cosas, Tobias.

Tobias Brogan recogió su espada de la nieve. Cuando se irguió, exhibía una sonrisa.

—Yo también lo creo. He cumplido sus deseos, anteponiéndolos a cualquier otra cosa, y él me recompensa otorgándome su protección. Aprisa, debemos hacer lo que sus mensajeros nos han dicho y partir para realizar su obra.

Avanzaban con dificultad por la nieve, sorteando los cuerpos, cuando de pronto una oscura figura se plantó ante él y le bloqueó el paso.

—Bueno, bueno, lord general, ¿vais a algún sitio? —El rostro esbozó una amenazadora sonrisa—. ¿Vas a lanzarme un hechizo, bruja?

Brogan tenía una mano sobre el pomo de la espada pero era consciente de que no sería suficientemente rápido. Un ruido sordo, de crujido de huesos, lo hizo estremecer. Su atacante se desplomó de bruces en la nieve. Al alzar la vista vio a Galtero sobre la figura inconsciente, enarbolando todavía la porra.

—Galtero, esta noche te has ganado tu rango.

El Creador le acababa de otorgar un premio inestimable al demostrarle que nada quedaba fuera del alcance de los piadosos. Por suerte Galtero había tenido la suficiente sangre fría para usar la porra y no un cuchillo.

El golpe de porra sangraba, aunque la figura seguía respirando.

—Vaya, vaya, esta noche está resultando redonda. Lunetta, tienes trabajo que hacer por el bien del Creador antes de curarlo.

Lunetta se inclinó sobre la inmóvil figura y presionó los dedos contra el cabello castaño ondulado empapado en sangre.

—Tal vez debería curar esta herida antes. Galtero tiene más fuerza de la que cree.

—Por lo que he oído de él, no te lo aconsejo, querida hermana. La curación puede esperar. ¿Están listos los caballos? —preguntó al coronel, echando un breve vistazo en la dirección de las caballerizas.

—Sí, lord general. Podemos partir al punto.

Brogan sacó el cuchillo que Galtero le había entregado.

—Debemos apresurarnos, Lunetta. El mensajero nos dijo que debemos escapar. —Brogan se agachó y dio la vuelta a la inconsciente figura—. Debemos partir a la caza de la Madre Confesora.

—Pero, lord general —objetó Lunetta—, ya os dije que la red del mago nos oculta su identidad. Es imposible ver los hilos de una red como ésta. No la reconoceremos.

La sonrisa tensó la cicatriz que afeaba un costado de la boca de Tobias Brogan.

—Oh, pero yo he visto los hilos de la red. El nombre de la Madre Confesora es Kahlan Amnell.

18

Como se temía, era una prisionera. Después de consignar esa entrada en el libro de contabilidad, Verna pasó otra página. Era una prisionera del más alto rango encerrada en una cárcel de papel pero, a fin de cuentas, una prisionera.

No pudo reprimir un bostezo mientras echaba un vistazo a la siguiente página para comprobar los gastos del palacio. Tenía que poner sus iniciales en cada informe para demostrar que la Prelada en persona había aprobado ese gasto. No comprendía por qué tal cosa era necesaria, pero llevaba tan pocos días en el cargo que no osaba afirmar que era una total pérdida de tiempo. Si lo hacía, las hermanas Leoma, Dulcinia o Philippa desviarían la mirada y le explicarían en voz baja, para no abochornarla, por qué era necesario y se explayarían en las funestas consecuencias que tendría no hacer algo tan sencillo, algo que apenas requería esfuerzo por su parte pero que suponía un enorme beneficio para los demás.

Sabía qué le dirían si de pronto declarara que no pensaba comprobar más cuentas: *«Pero Prelada, si la gente no temiera que la Prelada en persona se preocupa lo suficiente para supervisar su trabajo, se envalentonarían y nos sacarían hasta la última gota de sangre. Creerían que las Hermanas no son más que unas estúpidas derrochadoras sin pizca de sentido común. Y, por otro lado, si la Prelada se demora en aprobar el pago de las facturas, las pobres familias de los trabajadores pasan hambre. Supongo que no queréis que esos niños pasen hambre sólo porque no deseáis tomaros la molestia de autorizar que se les pague por un duro trabajo ya realizado, o porque no deseáis echar un vistazo al informe y tomaros la molestia de marcarlo con vuestras iniciales. ¿Deseáis que os tomen por una persona cruel?»*.

Verna suspiró mientras leía por encima la relación de gastos de las cuadras: heno, grano, el veterinario de los caballos, el mantenimiento de los arreos, los nuevos arreos que reemplazaran a los perdidos, las reparaciones de los daños en un compartimento ocasionados por un semental, así como la indemnización por los daños causados por varios de los caballos que, al parecer, se asustaron por la noche, derribaron una valla y huyeron. Se imponía una charla con el personal de las cuadras para insistir en que mantuvieran el orden en sus dependencias. Verna introdujo la pluma en el tintero, suspiró de nuevo y escribió sus iniciales a pie de página.

Mientras colocaba las cuentas de las caballerizas boca abajo en la parte superior de una pila de otras cuentas que ya había revisado, firmado con sus iniciales e introducido en el libro de contabilidad, alguien llamó suavemente a la puerta. Verna cogió otro informe de la pila que aún tenía que revisar —la larga factura del carnicero— y se dispuso a comprobar los números. Nunca había imaginado que fuese tan caro mantener el Palacio de los Profetas.

La llamada se repitió. Debía de ser la hermana Dulcinia o Phoebe con una nueva pila de informes. Por mucha prisa que ella se diera, no conseguía despachar los informes a la misma velocidad con la que sus ayudantes los redactaban. ¿Cómo se las debía arreglar la prelada Annalina? Ojalá que no fuese la hermana Leoma con noticias de una nueva calamidad que la Prelada había causado por una acción precipitada o un comentario irreflexivo. Tal vez, si no contestaba, imaginarían que estaba demasiado ocupada y la dejarían en paz.

Sus dos administradoras eran su amiga de la infancia Phoebe y la hermana Dulcinia. Necesitaba contar con alguien que tuviera la experiencia de la hermana Dulcinia. Además, de ese modo la tenía controlada. La misma Dulcinia había solicitado el trabajo arguyendo su «conocimiento de los asuntos de palacio».

Tener a las hermanas Leoma y Philippa como «consejeras de confianza» le permitía asimismo no perderlas de vista. No se fiaba de ellas. De hecho, no se fiaba de ninguna Hermana; no se lo podía permitir. No obstante, Verna tenía que admitir que ambas habían demostrado ser solícitas consejeras que

no olvidaban nunca que su máxima prioridad era el bien de la Prelada y de palacio. A Verna la sacaba de quicio no hallar ninguna pega en sus consejos.

La llamada se repitió, cortés pero insistente.

—¡Sí! ¿Qué ocurre?

La gruesa puerta se abrió lo suficiente para que asomara una cabeza de ensortijado cabello rubio: Warren. Al ver la ceñuda expresión de Verna sonrió de oreja a oreja. Dulcinia estiró el cuello para ver si la Prelada había acabado ya con los montones de informes. Warren acabó de entrar.

Ya dentro, se fijó en los trabajos llevados a cabo en el sombrío y triste despacho. Tras la derrota que su predecesora había encajado allí contra las Hermanas de las Tinieblas, el lugar había quedado reducido a ruinas. Una cuadrilla de operarios habían reparado a toda prisa los desperfectos para que la nueva Prelada pudiera instalarse lo antes posible. Verna sabía perfectamente cuánto había costado; había revisado la factura.

Warren se acercó con paso despreocupado a la recia mesa de madera de roble.

—Buenas noches, Verna. Te veo muy ocupada. Supongo que son asuntos importantes de palacio esos que te mantienen despierta tan tarde.

Verna apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. Antes de que pudiera lanzar una diatriba, Dulcinia aprovechó la oportunidad antes de cerrar la puerta del despacho para asomar su cabeza.

—Acabo de ordenar los informes de hoy, Prelada. ¿Queréis que os los entregue ahora? Supongo que debéis de haber acabado los otros.

Verna esbozó una breve sonrisa sarcástica en tanto que doblaba un dedo hacia su ayudante. La hermana Dulcinia se sobresaltó ante la expresión de la Prelada, sus penetrantes ojos azules recorrieron el despacho y se posaron en Warren antes de entrar, apartándose del rostro sus cabellos grises en gesto sumiso.

—¿Puedo ayudaros, Prelada?

—Pues sí, Hermana, creo que sí —contestó Verna—. Tu experiencia me será de ayuda en este asunto. Tengo una misión urgente para ti en las caballerizas —dijo, cogiendo un informe de la pila—. Parece que últimamente hemos tenido unos misteriosos problemas con los caballos.

A la mención de la palabra «problemas», el rostro de Dulcinia se iluminó.

—¿Problemas, Prelada?

—Sí. Han desaparecido caballos.

La hermana Dulcinia se inclinó ligeramente hacia adelante y bajó la voz con su habitual actitud meliflua.

—Recuerdo el informe al que os referís, Prelada. Los caballos se asustaron por la noche, huyeron despavoridos y aún no han regresado. Eso es todo.

—Eso ya lo sé, Hermana. Lo que quisiera es que maese Finch me explicara cómo es posible que esos caballos que derribaron la valla no hayan sido aún encontrados.

—No os comprendo.

Verna enarcó las cejas en gesto de burlón desconcierto.

—Vivimos en una isla, ¿verdad? ¿Cómo es que los caballos no siguen en la isla? Ninguno de los guardias los vio cruzar al galope uno de los puentes. Al menos, no he leído ningún informe sobre ello. Además, en esta época del año los pescadores se pasan día y noche junto al río capturando anguilas, pero ninguno de ellos vio ningún caballo nadar hasta el continente. Así pues, ¿dónde están?

—Bueno, estoy segura de que simplemente se desbocaron, Prelada. Quizá...

Verna sonrió con indulgencia.

—Quizá maese Finch los vendió y luego dijo que habían escapado.

—Oh, Prelada —respondió la hermana Dulcinia, muy rígida—, no pretenderéis acusar a...

Verna golpeó la mesa con la palma de la mano y se levantó de un salto.

—También faltan los arreos. ¿También los arreos huyeron por la noche? ¿O acaso los caballos decidieron ponérselos e ir de excursión?

La hermana Dulcinia palideció.

—Yo... bueno, yo... iré a...

—Vas a bajar ahora mismo a las cuadras y le dirás a maese Finch que si la próxima vez que pregunte aún no ha encontrado los caballos de palacio, los pagará de su propio sueldo. ¡Y los nuevos arreos saldrán de su pellejo!

La hermana Dulcinia ejecutó una precipitada reverencia y se escabulló. Cuando la puerta se hubo cerrado de un portazo Warren lanzó una risita.

—Parece que este trabajo te va como anillo al dedo, Verna.

—¡No empieces tú también, Warren!

El joven se puso súbitamente serio.

—Verna, cálmate. No son más que un par de caballos. El caballero los encontrará. No merece la pena que te alteres hasta el punto de llorar.

Verna lo miró, asombrada. Entonces se llevó los dedos a las mejillas y las notó húmedas. Lanzando un gruñido de agotamiento, se desplomó en la silla.

—Lo siento, Warren. No sé qué me ha pasado. Supongo que estoy cansada y también frustrada.

—Verna, nunca había visto que algo como unos estúpidos legajos te sacara de quicio.

—¡Warren, mira esto! —exclamó Verna, cogiendo al vuelo un informe—. ¡Me he convertido en una prisionera que se dedica a aprobar cuánto cuesta llevarse el estiércol! ¿Tienes alguna idea de cuánto estiércol producen los caballos? ¿O de cuánta comida comen para producir todo ese estiércol?

—Pues no. Tengo que admitir que...

—Mantequilla —lo interrumpió Verna, cogiendo el siguiente informe de la pila.

—¿Mantequilla?

—Sí, mantequilla. —Verna echó un vistazo al informe—. Parece que se puso rancia y tuvimos que comprar noventa quilos para reemplazarla. Tengo que considerar el asunto, decidir si el lechero ha pedido un precio justo y si nos quedamos con ella.

—Supongo que es importante comprobar dichos asuntos.

—Albañiles —prosiguió Verna, con el siguiente informe en las manos—. Albañiles para reparar las goteras en el techo del comedor. Y el tejado de pizarra. Un relámpago rompió la pizarra, según ellos, y tuvieron que arrancar diez metros cuadrados y sustituirlos. Según el informe, diez hombres estuvieron trabajando durante dos semanas. Yo tengo que decidir si fue oportuno y aprobar el pago.

—Bueno, los trabajadores tienen derecho a recibir una remuneración por su trabajo, ¿no?

Verna frotó con un dedo el anillo de oro en forma de sol.

—Yo pensaba que si alguna vez tuviera el poder, cambiaría el modo en que las Hermanas de la Luz sirven al Creador. Pero lo único que hago es leer informes, Warren. Estoy aquí encerrada día y noche leyendo sobre los asuntos más mundanos que puedas imaginar hasta que los ojos se me empañan.

—Supongo que es importante, Verna.

—¿Importante? —La Prelada seleccionó otro informe con gesto teatral—. Vamos a ver... parece que dos de nuestros «jóvenes» se emborracharon y prendieron fuego a una posada... el fuego se extinguió... la posada sufrió daños... y piden que el palacio se los reembolse. Esos dos me van a oír —sentenció, dejando a un lado el informe.

—Creo que haces bien, Verna.

—¿Y qué tenemos aquí? —Verna cogió otro informe—. La factura de una modista. Trabajo de costura para las novicias. —Otro informe—. Sal. Tres tipos.

—Pero, Verna...

—¿Y este de aquí? Por cavar tumbas. —Verna agitó el informe con burlona solemnidad.

—¿Qué?

—Dos sepultureros. Quieren cobrar por su trabajo. —La Prelada echó un vistazo a la factura—. Y debo añadir que, por el precio que piden, tienen un alto concepto de sus habilidades.

—Oye, Verna, creo que llevas aquí encerrada demasiado tiempo. Necesitas un poco de aire fresco. ¿Por qué no damos un paseo?

—¿Un paseo? Warren, no tengo tiempo para...

—Prelada, lleváis demasiado tiempo aquí sentada. Necesitáis un poco de actividad. —El joven mago ladeó la cabeza, al tiempo que señalaba con exagerado ademán la puerta—. ¿Qué me decís?

Verna dirigió su mirada a la puerta. Si la hermana Dulcinia la había obedecido, en la oficina exterior solamente estaría la hermana Phoebe. Phoebe era amiga suya. O no. Verna se recordó que no podía confiar en nadie.

—Bueno... sí, creo que me gustaría dar un paseo.

Warren rodeó el escritorio y la alzó cogiéndola por un brazo.

—Perfecto. ¿Nos vamos?

Verna retiró bruscamente su brazo y le lanzó una mirada asesina.

—Claro, claro —dijo con voz cantarina—. ¿Por qué no?

Al oír la puerta la hermana Phoebe se alzó precipitadamente para hacer una reverencia.

—Prelada... ¿necesitáis algo? ¿Un poco de sopa, tal vez? ¿Té?

—Phoebe, te he dicho mil veces que no tienes que hacerme reverencias cada vez que me veas.

Phoebe se inclinó de nuevo.

—Sí, Prelada. Quiero decir... —balbució, ruborizada hasta la raíz de los cabellos—... lo siento, Prelada. Perdonadme.

Verna suspiró y se armó de paciencia.

—Hermana Phoebe, nos conocemos desde que éramos novicias. ¿Cuántas veces nos castigaron a la dos a fregar ollas en las cocinas por...? —Verna lanzó una rápida mirada a Warren—. Bueno, no recuerdo por qué, pero el asunto es que somos viejas amigas. Por favor, trata de recordarlo.

—Lo haré... Verna —dijo Phoebe con una sonrisa. Aunque fuese una orden, se estremeció al llamar «Verna» a la Prelada.

Ya en el pasillo Warren le preguntó por qué las castigaban a fregar ollas.

—Ya he dicho que no lo recuerdo —replicó ella en tono cortante, echando una mirada por encima del hombro al vacío corredor—. ¿Qué te traes entre manos?

Warren se encogió de hombros.

—No es más que un paseo. —Warren comprobó asimismo que estuvieran solos antes de mirarla con intención—. Se me ocurrió que la Prelada querría visitar a la hermana Simona.

Verna perdió el paso. La hermana Simona llevaba semanas desquiciada —algo relacionado con los sueños—, por lo que se la mantenía encerrada en una habitación protegida con escudos para que no pudiera hacerse daño a ella misma ni a algún inocente.

—Antes he pasado a verla —le susurró Warren.

—¿Por qué?

Con un dedo el joven señaló arriba y abajo, al suelo. Las criptas. Quería decir las criptas. Verna lo miró con extrañeza.

—¿Y cómo la encontraste?

Al llegar a una intersección Warren miró a derecha e izquierda para asegurarse de que estaban solos y a continuación echó otro vistazo atrás.

—No me han dejado verla —susurró.

Fuera caía un aguacero. Verna se cubrió la cabeza y los hombros con el chal y se metió bajo aquel diluvio, saltando sobre los charcos y tratando de pisar las losas de piedra colocadas sobre la empapada hierba. La luz amarilla que salía de las ventanas titilaba en el agua de los charcos. Los soldados apostados a las puertas del complejo privado de la Prelada inclinaron la cabeza cuando ambos llegaron a un sendero cubierto de techo bajo.

Una vez dentro Verna se sacudió el agua del chal y se lo colocó sobre los hombros. Ambos se habían quedado sin aliento. Warren también se sacudió el agua de su túnica. Los lados del pasadizo estaban formados por arcos y protegidos únicamente con celosías abiertas por las que se emparraban enredaderas. Pese a ello la lluvia no iba acompañada de viento, por lo que estaba bastante seco. Verna escrutó la oscuridad y no vio a nadie. Se hallaban bastante lejos del siguiente edificio, que era la achaparrada enfermería.

La mujer se dejó caer sobre un banco de piedra. Warren pretendía continuar pero cuando Verna se sentó él la imitó. Hacía fresco, y Verna se sintió mejor al sentir junto a ella el calor del cuerpo de Warren. El penetrante olor de lluvia y tierra mojada resultaba refrescante después de pasar tanto tiempo encerrada. Verna no estaba acostumbrada a estar entre cuatro paredes; prefería estar al aire libre. Para ella el mejor lecho era el suelo; y el mejor despacho, los árboles y campos. Pero esa parte de su vida se había acabado. El despacho de la Prelada comunicaba con un jardín pero ni siquiera había tenido tiempo para echarle un vistazo.

En la distancia resonaba el incesante retumbar de los tambores, semejante al latido de la fatalidad.

—Con mi han no noto la presencia de nadie cerca —dijo finalmente Warren.

—¿Puedes sentir la presencia de alguien con Magia de Resta?

—No se me ha ocurrido —respondió, sobresaltado.

—¿Qué ocurre, Warren?

—¿Crees que estamos solos?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —respondió ella en tono desabrido.

El joven echó otro vistazo alrededor y tragó saliva.

—Bueno, últimamente he estado leyendo mucho. —Nuevamente señaló hacia las criptas y añadió—: Y creo que deberíamos visitar a la hermana Simona.

—Eso ya lo has dicho antes. Pero ¿por qué?

—Algunas de las cosas que he leído tienen que ver con sueños —respondió enigmáticamente.

Verna lo miró a los ojos pero estaba tan oscuro que solamente distinguía su silueta.

—Simona tiene sueños.

El muslo de Warren rozaba el suyo y notaba cómo temblaba de frío. Al menos, ella creía que era de frío. Sin pensar, lo rodeó con un brazo y apoyó su cabeza contra un hombro.

—Verna —balbució el joven—. Me siento tan solo... No me atrevo a hablar con nadie. Tengo la impresión de que todos me vigilan. Tengo miedo de que alguien me pregunte qué estoy estudiando, por qué y quién me ha autorizado. Sólo te he visto una vez en tres días y no puedo hablar con nadie más que contigo.

Verna le palmeó cariñosamente la espalda.

—Lo sé, Warren. Yo también quería hablar contigo pero he estado demasiado ocupada. Hay mucho trabajo que hacer.

—Tal vez te están abrumando de trabajo para tenerte ocupada y que no te metas en sus... asuntos.

Verna meneó la cabeza en la penumbra.

—Es posible. Yo también tengo miedo, Warren. No sé cómo ser Prelada. Tengo miedo de provocar la ruina del Palacio de los Profetas si no hago lo que debo hacer. No me atrevo a decir que no a Leoma, Philippa, Dulcinia y Maren. Ellas me aconsejan sobre cómo debe ser la Prelada. Si realmente están de nuestro lado, y si sus consejos son sinceros, si nos los sigo, puedo estar cometiendo un grave error. Y cuando la Prelada comete un error, todos pagan por ello. Pero si no están de nuestro lado, bueno... a mí me parece que lo que quieren que haga no puede causar ningún daño. ¿Qué mal puede haber en leer informes?

—Tal vez distraer tu atención de algo importante.

La mujer le acarició una vez más la espalda y luego lo apartó.

—Lo sé. Creo que deberíamos «pasear» más a menudo, Warren. El aire fresco me sienta muy bien.

—Me alegro Verna. —Warren le apretó una mano, se levantó y se alisó la oscura túnica—. Vamos a ver cómo sigue Simona.

La enfermería ocupaba uno de los edificios más pequeños de la isla Halsband. Las Hermanas eran capaces de curar con su han las dolencias más comunes, y aquellas que quedaban fuera de sus poderes solían acabar en una muerte rápida, por lo cual la enfermería alojaba únicamente a un puñado de criados, viejos y enfermos, que se habían pasado la vida trabajando en el Palacio de los Profetas y no tenían a nadie que los cuidara en su vejez. Asimismo allí se confinaba a los dementes. El don tenía sus limitaciones con las dolencias mentales.

Cerca de la puerta Verna envió su han a una lámpara y así, iluminados, recorrieron los pasillos pintados con sencillez hacia el lugar en el que, según Warren, Simona permanecía confinada. Los ronquidos, estornudos y toses proferidos por los escasos ocupantes de las habitaciones resonaban en los corredores en penumbra.

Al llegar al final del pasillo que alojaba a los débiles y ancianos tuvieron que atravesar tres endeble puertas reforzadas con poderosos escudos mágicos de diferente composición. Eran escudos que cualquier poseedor del don, por enajenado que estuviera, podría romper. Pero la cuarta puerta era de hierro y estaba asegurada con un sólido cerrojo, así como por un intrincado escudo preparado para desviar cualquier intento de abrir la puerta desde el otro lado con la ayuda de la magia; cuanto más fuerza se aplicara, más resistía el cerrojo. El escudo había sido colocado ahí por tres Hermanas, lo cual imposibilitaba que una sola Hermana lo rompiera desde el otro lado.

Su aparición alertó a los dos guardianes. Aunque inclinaron la cabeza no se apartaron de la puerta. Warren los saludó cortésmente y con un displicente ademán les indicó que corrieran el cerrojo.

—Lo siento, hijo. No puede entrar nadie.

Verna apartó a Warren a un lado con encendida mirada dirigida al guardia.

—¿Es eso cierto, «hijo»? —El guardián asintió sin vacilar—. ¿Por orden de quién?

—De mi comandante, Hermana. No sé de quién recibió él las órdenes, pero supongo que fue de una Hermana de la más alta autoridad.

Verna, con cara de pocos amigos, le puso el anillo en forma de sol a dos palmos de sus narices.

—¿Más autoridad que ésta?

—No, Prelada, claro que no. —Al soldado se le salían los ojos de las órbitas—. Perdonadme, no os había reconocido.

—¿Cuántas personas hay dentro?

El ruido del cerrojo al ser descorrido resonó por el pasillo.

—Sólo una Hermana, Prelada.

—¿La atiende alguna otra Hermana?

—Ahora no. Se han ido a dormir.

Cuando hubieron entrado y los guardias no podían oírlos, Warren soltó una risita.

—Me parece que por fin has encontrado alguna utilidad a ese anillo.

Verna, desconcertada, se detuvo.

—¿Warren, cómo crees tú que el anillo llegó hasta el pedestal después del funeral?

La sonrisa del joven empezaba a marchitarse.

—Bueno, veamos... —A medida que hablaba la sonrisa se desvaneció—. Pues no lo sé. ¿Qué crees tú?

—Lo rodeaba un escudo de luz. No muchas personas son capaces de tejer ese tipo de red. Si, como dices, la prelada Annalina no confiaba en nadie más que en mí, ¿de quién se fió para colocar el anillo allí y tejer la red alrededor?

—No tengo ni idea. ¿No pudo ser ella misma? —Warren se arregló la túnica húmeda.

—¿Desde su pira funeraria?

—No, quería decir que podría haberla tejido y encargarse a alguien que la colocara allí. Ya sabes, como hechizar una ramita para que cualquiera pueda encender una lámpara con ella. He visto a las Hermanas hacer eso para que los criados prendan las lámparas sin tener que llevar una vela que gotee cera caliente en sus dedos y en el suelo.

Verna alzó la lámpara para mirarlo a los ojos.

—Warren, es una idea luminosa.

El joven sonrió pero enseguida se puso serio para añadir:

—La pregunta sigue siendo: ¿quién?

Verna bajó la lámpara.

—Tal vez alguna criada de confianza. Alguien sin el don para no arriesgarse a que fuese... —Echó un rápido vistazo hacia atrás; el corredor se veía vacío—. Ya sabes a qué me refiero. —Warren asintió—. Tendré que pensar en ello.

Por debajo de la puerta de la habitación que ocupaba la hermana Simona se escapaban destellos luminosos; silenciosos centelleos que se colaban por el espacio que quedaba entre la puerta y el suelo. Cada vez que uno de ellos alcanzaba el escudo, éste brillaba y disipaba el poder con fuerzas mágicas opuestas. La Hermana estaba tratando de romper el escudo.

En su estado, era de esperar que lo intentara. La pregunta era: ¿por qué no le funcionaba? El escudo que guardaba la puerta era un escudo tan sencillo como el que solía usarse para mantener encerrados a los jóvenes magos que se mostraban díscolos.

Verna se abrió a su han y atravesó el escudo seguida por Warren. Llamó a la puerta. Los destellos de luz que se colaban por debajo de la puerta murieron de repente.

—¿Simona? Soy Verna Sauventreen. Me recuerdas, ¿verdad, querida? ¿Puedo entrar?

En vista de que no recibía respuesta, accionó el pomo y abrió la puerta. Mantenía ante ella la lámpara extendida, tratando de disipar la oscuridad con aquella trémula luz amarillenta. La habitación estaba vacía excepto por una bandeja con una jarra, pan y fruta, un camastro, un orinal y una mugrienta mujer encogida en un rincón.

—¡Déjame tranquila, demonio! —chilló.

—Simona, no pasa nada. Sólo soy yo, Verna, y un amigo, Warren. No te asustes.

Simona parpadeó al fijar los ojos en la luz, como si contemplara el sol que acabara de salir. Verna apartó la lámpara para no cegarla.

—Verna, ¿eres tú?

—Sí.

Simona se besó el dedo anular una docena de veces, dando gracias y derramando bendiciones sobre el Creador. Avanzó por el suelo a cuatro patas hasta alcanzar el dobladillo del vestido de Verna y besarlo una y otra vez.

—Oh, gracias por venir. ¡Deprisa! —exclamó poniéndose en pie—. ¡Tenemos que escapar!

Verna agarró a la menuda mujer por los hombros y la obligó a sentarse en el camastro. Para calmarla le acarició sus grises cabellos.

De repente, se quedó petrificada.

Simona llevaba un collar al cuello. Por eso no podía romper el escudo. Verna nunca había visto a una Hermana con un rada'han; había visto centenares de muchachos y jóvenes llevar uno, pero nunca una Hermana. Notó que se le revolvía el estómago. Sabía que en un remoto pasado se ponía el rada'han a Hermanas que perdían la cordura. El hecho de que alguien bendecido con el don se volviera loco era tan peligroso como dejar un león suelto en medio de un mercado. Era preciso controlarlo. No obstante...

—Simona, estás a salvo. Estás en palacio, bajo la permanente protección del Creador. Nada puede ocurrirte.

Simona estalló en llanto.

—Tengo que huir. Por favor, déjame ir. Tengo que huir.

—¿Por qué tienes que huir, querida?

—Él se acerca —respondió Simona, enjugándose las lágrimas de su sucio rostro.

—¿Quién se acerca?

—El de mis sueños. El Caminante de los Sueños.

—¿Quién es ese Caminante de los Sueños?

—El Custodio —contestó la desquiciada Hermana, encogiéndose.

Verna se quedó unos instantes en silencio antes de insistir:

—¿El Caminante de los Sueños es el Custodio?

Simona asintió con tanto ímpetu que la prelada Verna temió que se desnucara.

—A veces. Otras veces es el Creador.

—¿Qué? —intervino Warren, muy interesado.

Simona se estremeció.

—¿Eres tú? ¿Ya has llegado?

—Soy Warren, Hermana. Un estudiante, eso es todo.

Simona se llevó un dedo a sus cortados labios.

—En ese caso, también tú debes huir. Se acerca y busca a los que poseen el don.

—¿Te refieres al hombre que se te aparece en sueños? —preguntó Verna. Simona asintió—. ¿Qué te hace en tus sueños?

—Me atormenta. Me hace daño. Él... —La Hermana se besó el anular frenéticamente mientras invocaba la protección del Creador—. Me exige que renuncie a mi juramento. Me exige que haga cosas. Es un demonio. A veces finge ser el Creador para engañarme pero yo sé que es él. Lo sé. Es un demonio.

Verna abrazó a la asustada mujer.

—No es más que una pesadilla, Simona. No es real. Intenta comprenderlo.

Simona negó con ímpetu.

—¡No! Es un sueño pero es real. ¡Se acerca! ¡Tenemos que huir!

—¿Por qué razón crees eso? —le preguntó Verna con una compasiva sonrisa.

—Él mismo me lo ha dicho. Ya viene.

—Pero ¿no lo ves, querida? Eso ocurre sólo en sueños, no cuando estás despierta. No es real.

—Los sueños son reales. Cuando estoy despierta también lo sé.

—Ahora estás despierta. ¿Lo sabes ahora, querida? —Simona asintió—. ¿Cómo puedes saberlo estando despierta si no está dentro de tu cabeza, como cuando duermes?

—Oigo su advertencia. —Simona miró a Verna, luego a Warren y nuevamente a Verna—. No estoy loca. No lo estoy. ¿Acaso no oís los tambores?

—Sí, Hermana, oímos los tambores. —Warren sonrió—. Pero eso no es un sueño. No son más que los tambores que anuncian la inminente llegada del emperador.

—¿El emperador?

—Sí —trató de tranquilizarla Warren—, el emperador del Viejo Mundo. Viene de visita, eso es todo. Por eso suenan los tambores.

—¿El emperador? —inquirió Simona, alarmada.

—Sí. El emperador Jagang.

Simona lanzó un salvaje chillido y de un salto fue a refugiarse en un rincón. Gritaba como si la estuvieran apuñalando y agitaba las manos. Verna corrió hacia ella para inmovilizarle los brazos y calmarla.

—Simona, con nosotros estás segura. ¿Qué te ocurre?

—¡Es él! —chilló la Hermana—. ¡Jagang! ¡Ése es el nombre del Caminante de los Sueños! ¡Soltadme! ¡Por favor, soltadme antes de que él llegue!

Simona se desasíó y empezó a correr por la habitación lanzando pequeños relámpagos en todas direcciones. Los que se estrellaban contra las paredes arañaban la pintura como si fueran relucientes garras. Verna y Warren trataban de calmarla, de detenerla e inmovilizarla. En vista de que no hallaba la salida, Simona empezó a golpearse la cabeza contra la pared. Pese a su reducida estatura, en aquellos momentos poseía la fuerza de diez hombres.

Finalmente, muy a su pesar, Verna se vio obligada a usar el rada'han para controlarla.

Una vez la hubieron calmado, Warren le curó las heridas de la frente. Verna recordó un conjuro que le habían enseñado para los muchachos que acababan de llegar a palacio tras haberles sido arrebatados a sus padres y que sufrían pesadillas. Era un hechizo que calmaba los miedos e inducía a los muchachos a dormir un sueño tranquilo. Verna enlazó el rada'han entre sus manos y proyectó su han hacia Simona. Por fin la respiración de la trastornada mujer se tranquilizó, su cuerpo se relajó y se quedó dormida. Verna le deseó que no soñara.

Se sentía tan alterada que tuvo que apoyarse en la puerta tras salir de la oscura habitación.

—¿Has averiguado lo que querías saber? —preguntó a Warren.

Éste tragó saliva y respondió:

—Eso me temo.

No era la respuesta que Verna había esperado. Warren no se explicaba.

—¿Y bien? —lo animó Verna.

—Bueno, no estoy seguro de que la hermana Simona esté loca. Al menos no en el sentido convencional de la palabra. —El joven jugueteó con el brocado de una manga—. Tengo que seguir leyendo. Tal vez no sea nada. Los libros son complejos. Te tendré al corriente de lo que averigüe.

Verna se besó el dedo y notó en los labios el roce del anillo de Prelada, que aún no le era familiar.

—Querido Creador —rogó en voz alta— protege a este insensato joven, pues sería capaz de arrancarle el cuero cabelludo y estrangularlo con mis propias manos.

—Oye, Verna...

—Prelada —lo corrigió.

Warren suspiró y, aunque le costó, asintió.

—Supongo que debería decírtelo, pero debes entender que es una bifurcación muy antigua y oscura. Las profecías están llenas de bifurcaciones falsas. Ésta en concreto está doblemente contaminada por su antigüedad y su rareza. Sólo por eso, aunque el resto no existiera, hay motivos para dudar de su autenticidad. En libros tan antiguos hay un sinfín de atajos y retrocesos, y necesitaré meses para

verificarlos todos. Algunos enlaces están ocluidos por bifurcaciones triples. Cuando se retrocede sobre los pasos de una bifurcación triple, el número de bifurcaciones falsas en las diversas ramificaciones se duplica, y si alguna de ellas se triplica... bueno, en ese caso el enigma generado por las progresiones geométricas con las que te encuentras debido a...

Verna lo silenció con un gesto.

—Warren, todo eso ya lo sé. Soy perfectamente consciente de los grados de progresión y regresión relacionados con variables aleatorias en las bifurcaciones triples.

—Claro, claro. Había olvidado lo buena estudiante que fuiste. Lo siento. Me temo que empiezo a divagar.

—Suéltalo de una vez, Warren. ¿Qué te lleva a pensar que Simona no está loca «en el sentido convencional de la palabra»?

—Ese Caminante de los Sueños que ha mencionado. En dos de los libros más antiguos he encontrado unas referencias a un «Caminante de los Sueños». Esos libros están en tan mal estado que casi se deshacen al tocarlos, pero lo que me inquieta es que el nombre de Caminante de los Sueños nos es tan desconocido porque solamente se han conservado dos textos de tanta antigüedad. De hecho, es posible que en aquella época no fuese nada extraordinario. La mayor parte de los escritos de esa época se han perdido.

—¿De qué antigüedad estamos hablando?

—Más de tres mil años.

—Hummm. —Verna enarcó una ceja—. ¿De la época de la gran guerra? —Warren asintió—. ¿Qué se dice del Caminante de los Sueños?

—Bueno, cuesta comprenderlo. Por el modo de referirse a él más bien parece un arma que una persona.

—¿Un arma? ¿Qué clase de arma?

—No lo sé. El contexto tampoco indica que sea exactamente un objeto, sino más bien una entidad, incluso una persona.

—Tal vez se dice en el sentido de alguien que sobresale en algo, como los maestros de armas que se suelen describir con respeto o reverencia o incluso como un arma.

—Sí, eso es. Creo que has dado en el clavo, Verna.

—Según los libros, ¿qué es capaz de hacer esa arma?

Warren suspiró.

—No lo sé. Pero sí sé que el Caminante de los Sueños tuvo algo que ver con las Torres de Perdición que separaron el Nuevo y el Viejo Mundo y los mantuvieron aislados más de tres mil años.

—¿Quieres decir que Caminantes de los Sueños construyeron esas torres?

—No —respondió Warren bajando el tono de voz—. Creo que las torres se construyeron para detenerlos.

Verna se quedó de piedra.

—Richard destruyó las torres —dijo involuntariamente en voz alta—. ¿Qué más?

—Por ahora, nada más. E incluso lo que te he dicho se basa en conjeturas. En realidad podría tratarse de una leyenda y no de algo real.

—Lo que he visto allí —dijo Verna, volviendo la vista a la puerta— me ha parecido muy real.

—Sí, a mí también.

—¿Qué querías decir con que la hermana Simona no está loca en el «sentido convencional de la palabra»?

—Pues que no creo que esté teniendo sueños delirantes y se imagine cosas: creo que lo que le pasa es muy real y que eso es lo que la hace parecer loca. En los libros he encontrado alusiones a que esa

especie de «maestro de armas» se introducía en las mentes y sus víctimas eran incapaces de distinguir sus sueños de la realidad, como si no pudieran despertar de las pesadillas ni abandonar del todo el mundo real mientras dormían.

—A mí me parece que alguien incapaz de distinguir un sueño de la realidad debe de estar loco.

Warren mostró la palma de su mano y una llama prendió casi rozando la carne.

—¿Qué es la realidad? Acabo de imaginar que había una llama y mi «sueño» se ha hecho real. Mi mente despierta gobierna mis actos.

Verna jugueteó con un rizo castaño mientras reflexionaba.

—Del mismo modo que existe un velo que separa el mundo de los vivos y el mundo de los muertos, en nuestra mente hay una barrera que separa la realidad de la imaginación y los sueños. Mediante disciplina y fuerza de voluntad controlamos lo que para nosotros es realidad.

»Por todos los espíritus —prosiguió, súbitamente alarmada—, esa barrera mental es la que nos impide usar nuestro han cuando dormimos. Si no hubiera tal barrera, no tendríamos un control racional del han mientras estamos dormidos.

Warren asintió.

—Así es. Controlamos el han. Cuando imaginamos puede hacerse realidad. Pero la imaginación consciente está sujeta a las limitaciones del intelecto. —Una profunda mirada brillaba en los azules ojos de Warren cuando se inclinó hacia ella—. Pero la imaginación dormida podría decirse que no tiene límites. Un Caminante de los Sueños puede moldear la realidad sirviéndose de los poseedores del don.

—Ciertamente es un arma —murmuró la Prelada.

Cogió a Warren por el brazo y echó a caminar por el pasillo. Por aterrador que resultara lo desconocido, al menos era un consuelo contar con un amigo. En su cabeza se arremolinaban las dudas y las preguntas. Ahora era ella la Prelada y, por tanto, era responsabilidad suya encontrar las respuestas antes de que el palacio lo sufriera.

—¿Quién murió? —preguntó Warren.

—La Prelada y Nathan —respondió Verna con aire ausente, sólo porque justo entonces pensaba en ellos.

—No, sus cuerpos ardieron en la pira. Me refiero aparte de ellos.

La mente de Verna regresó a la realidad.

—¿Aparte de la Prelada y Nathan? Nadie. Últimamente no ha muerto nadie.

La luz de la lámpara titiló en los ojos del joven mago.

—¿Entonces, por qué el palacio contrató los servicios de los sepultureros?

19

Richard pasó una pierna por encima de los flancos de su caballo, aterrizó sobre la pisoteada nieve del patio de las caballerizas y lanzó las riendas a un soldado, que las esperaba. La compañía formada por doscientos hombres entró al galope tras él. Mientras esperaba que Ulic y Egan desmontaran, palmeó el dolorido cuello del caballo. Los respectivos alientos formaban blancas volutas en el quieto y frío aire del atardecer. Un sentimiento de frustración y desánimo invadía a los silenciosos soldados, pero Richard estaba enfadado.

Se quitó un grueso guante acolchado y entre bostezos se rascó la barba de cuatro días. Estaba cansado, sucio y hambriento, pero sobre todo enfadado. El general Reibisch le habría proporcionado los mejores rastreadores, según él, y Richard no tenía motivo para desconfiar de su palabra. No obstante, no le habían dado buen resultado. Él mismo era un experto rastreador y en varias ocasiones había reparado en pistas que los demás habían pasado por alto. No obstante, tras dos días de ventisca la tarea era casi imposible y al fin se habían dado por vencidos.

Todo eso no habría sido necesario si Richard no se hubiera dejado embaucar. Había fracasado en su primer desafío como líder. Nunca debió haber confiado en ese hombre. ¿Por qué pensaba siempre que los demás verían el lado de la razón y harían lo correcto? ¿Por qué siempre pensaba que la gente escondía un fondo de bondad y que, si se les daba la oportunidad, lo demostrarían?

Avanzando trabajosamente por la nieve hacia el palacio, cuyos blancos muros y chapiteles se teñían de un gris oscuro en el crepúsculo, ordenó a Ulic y a Egan que buscaran al general Reibisch para averiguar qué posibles desastres habían ocurrido en su ausencia. Richard notaba la presencia del Alcázar en las tenebrosas sombras de las montañas; la nieve parecía cubrir los hombros de la fortaleza de granito con un manto azul acerado, oscuro y taciturno.

Encontró a la señora Sanderholt ocupada dando órdenes a un enjambre de cocineros y marmitones, y en medio del barullo le preguntó si podría darles algo a él y sus dos fornidos guardaespaldas; un pedazo de pan seco, sopa que hubiera sobrado... cualquier cosa. La jefa de cocina se dio cuenta de que no estaba de humor para charlar, por lo que se limitó a apretarle un brazo en silencio y a decirle que pusiera los pies en alto mientras ella se ocupaba de todo. Richard se dirigió a un tranquilo estudio, cerca de las cocinas, para sentarse y descansar un poco mientras esperaba que los demás regresaran.

Pero al girar una esquina se topó de cara con Berdine. La mord-sith llevaba el uniforme de cuero rojo.

—¿Se puede saber dónde habéis estado? —inquirió con un helado tono de amenaza.

—Persiguiendo fantasmas en las montañas. ¿Acaso Cara y Raina no te lo dijeron?

—Vos no me dijisteis nada. —Los duros ojos azules de la mord-sith no se desviaban ni por un segundo de su mirada—. Eso es lo que cuenta. Espero que nunca más os marchéis sin decirme adónde vais. ¿Entendido?

Richard notó que un escalofrío le recorría la médula. Estaba clarísimo quién hablaba: no Berdine, la mujer sino Berdine, la mord-sith. Y no era una pregunta; era una amenaza.

No, no podía ser. Debían ser imaginaciones suyas. Simplemente estaba cansado y ella había estado muy inquieta por la suerte de su lord Rahl. ¿Qué le pasaba? Seguramente se habría llevado un buen susto al despertar y averiguar que lord Rahl había partido en pos de Tobias Brogan y su hermana bruja. Berdine tenía un extraño sentido del humor y tal vez ésa era su idea de una broma. Richard esbozó una forzada sonrisa para tratar de animarla.

—Berdine, ya sabes que tú eres mi preferida. Durante estos días no he pensado en nada más que en tus sonrientes ojos azules.

Dicho esto dio un paso hacia la puerta. Berdine alzó su agiel y apoyó la punta sobre el extremo más alejado del marco de la puerta, cortándole así el paso. Richard nunca la había visto exhibir tan descaradamente tan siniestra expresión.

—Te he hecho una pregunta y espero una respuesta. No me obligues a repetirla.

Esta vez no había excusa para su tono ni sus acciones. No era casualidad que Richard tuviera el agiel justo delante de la cara. Por primera vez la veía verdaderamente como una mord-sith, tal como sus víctimas la conocían; veía el carácter fruto de un perverso adoctrinamiento, y no le gustó. Por un instante miró a través de los ojos de aquellas pobres víctimas a las que Berdine había torturado con el agiel. Ningún prisionero de una mord-sith tenía una muerte rápida, y tan sólo él había sobrevivido a esa terrible experiencia.

De pronto contempló con pesar la confianza que había depositado en aquellas mujeres y sintió el agujijón de la decepción al verse traicionado.

Pero en esta ocasión no sintió frío en los huesos sino el calor de la furia. Se dio cuenta de que estaba a punto de hacer algo que lamentaría e inmediatamente se controló, pero podía sentir cómo la furia se le escapaba por los ojos.

—Berdine, si quería tener alguna oportunidad de encontrar a Brogan, tenía que ir tras él en cuanto supe que había huido. Informé a Cara y a Raina de adónde iba y, ante su insistencia, me llevé a Ulic y Egan. Tú dormías y no vi ninguna necesidad de despertarte.

Berdine continuaba inmóvil.

—Erais necesario aquí. Tenemos muchos rastreadores y muchos soldados, pero solamente tenemos un líder. —Con un rápido movimiento, giró el agiel hasta detenerlo justo frente a los ojos de Richard—. No volváis a decepcionarme.

A Richard le costó un esfuerzo sobrehumano contenerse para no romperle el brazo. Berdine retiró el agiel así como su abrasadora mirada y se marchó, muy digna.

Dentro del pequeño estudio revestido con oscuros paneles Richard arrojó su pesado manto contra la pared, al lado del pequeño hogar. ¿Cómo podía ser tan ingenuo? Esas mujeres no eran más que víboras con colmillos y él les había permitido que se enroscasen alrededor de su cuello. Estaba rodeado de extraños. No, peor que extraños, pues conocía perfectamente a las mord-sith, sabía algunas de las cosas que habían hecho los d'haranianos, sabía algunas de las cosas que habían hecho los representantes de algunos países y, no obstante, estúpido de él, había creído que se merecían una oportunidad.

Apoyó una mano en el marco de la ventana y contempló el paisaje montañoso en penumbra, sintiendo al mismo tiempo el calor del débil fuego que ardía en el hogar. Allí en las alturas, el Alcázar del Hechicero lo miraba. ¡Cuánto echaba de menos a Gratch y a Kahlan! Queridos espíritus, cómo deseaba abrazarla de nuevo.

Quizá debería abandonarlo todo. Kahlan y él podrían esconderse en lo más profundo del bosque del Corzo, donde nunca los encontrarán. Podían desvanecerse y dejar que el mundo se las compusiera sin ellos. ¿Qué le importaba a él? A los demás no les importaba.

«Zedd, necesito que me ayudes.»

Richard percibió una línea de luz que avanzaba por el suelo del estudio hacia él cuando la puerta se abrió. Al mirar de reojo vio a Cara en el umbral, y Raina detrás. Ambas llevaban ropas de cuero marrón oscuro y exhibían maliciosas sonrisas. Pero Richard no estaba para bromas.

—Lord Rahl, me alegra comprobar que conserváis vuestro hermoso pellejo. —Con una sonrisa de complicidad la mord-sith se echó la trenza rubia a la espalda—. ¿Nos habéis echado de menos? Espero que no...

—Largo.

La juguetona sonrisa de Cara se marchitó.

—¿Qué?

—He dicho que os marchéis —repitió Richard, volviéndose hacia la puerta—. ¿O habéis venido a amenazarme con un agiel? Ahora mismo no quiero ver vuestros rostros de mord-sith. ¡Fuera!

Cara tragó saliva.

—No estaremos lejos, por si nos necesitáis —dijo con un hilo de voz. Parecía que acabara de abofetearla. Dio media vuelta y se marchó llevándose consigo a Raina.

Una vez solo, Richard se desplomó en la acolchada silla de cuero situada detrás de una mesa pequeña, negra y reluciente con patas talladas en forma de garras. Por el acre olor del humo supo que lo que quemaba en el hogar era roble; justo lo que se necesitaba en una noche tan desapacible. El joven empujó la lámpara hacia el lado más cercano a la pared, de la que colgaba una serie de paisajes campestres de reducido formato. Aunque el mayor de ellos le cabría en la palma de su mano, todos mostraban grandiosos y magníficos paisajes. Richard contempló esas idílicas escenas deseando que la vida fuera tan sencilla como parecía en esas pinturas.

La llegada de Ulic y Egan, acompañados por el general Reibisch, lo arrancó de sus ensoñaciones. El general lo saludó golpeándose el pecho con el puño.

—Lord Rahl, menos mal que habéis regresado sano y salvo. ¿Habéis tenido éxito?

Richard negó con la cabeza.

—Los rastreadores que me proporcionasteis son muy buenos, pero las condiciones eran imposibles. Logramos seguirles el rastro un tiempo pero se dirigieron a la calle Stentor, en el centro de la ciudad. Desde allí pudieron tomar cualquier dirección. Probablemente fueron hacia el nordeste, hacia Nicobarese. Por si acaso tomaron otra dirección rastreamos un amplio círculo en torno a la ciudad y no hallamos ni rastro de ellos. La búsqueda fue meticulosa y tomó su tiempo, por lo que la tormenta de nieve tuvo tiempo para cubrir su rastro.

El general gruñó pensativo.

—Interrogamos a los hombres que dejó en su palacio. Ninguno sabía adónde había ido su general.

—Tal vez mentían.

Reibisch se acarició con el pulgar la cicatriz que le afeaba un lado de la cara.

—Creedme; no sabían nada.

Richard no deseaba oír los detalles de lo que se había hecho en su nombre.

—Por las pistas que descubrimos al principio fue posible discernir que solamente eran tres: lord general Brogan, su hermana y ese otro hombre.

—Bueno, en vista de que no se llevó consigo a sus hombres, es posible que huyera. Seguramente le disteis tal susto que echó a correr para salvar el pellejo.

Richard tamborileó sobre la mesa con un dedo.

—Es posible. Pero me gustaría saber adónde fue para estar seguro.

—En ese caso, ¿por qué no lo marcasteis con una nube rastreadora o usasteis vuestra magia para seguir sus pasos? Eso es lo que Rahl el Oscuro hacía cuando quería seguir a alguien.

¡Bien que lo sabía Richard! Sabía por experiencia propia, de perseguido, qué era una nube rastreadora. Todo había empezado cuando Rahl el Oscuro pegó a él una nube para encontrarlo cuando quisiera y recuperar el *Libro de las Sombras Contadas*. Para librarse de esa nube Zedd lo había subido a su roca de mago. Aunque allí encima sintió la magia que fluía por su interior, era incapaz de hacerlo solo. También había visto a Zedd usar polvo mágico para cubrir su rastro y evitar que Rahl el Oscuro los siguiera, pero tampoco sabía cómo.

Si admitía que no tenía ni idea sobre magia, la fe del general Reibisch en él se tambalearía, y eso justo cuando dudaba de la lealtad de sus aliados.

—No es posible usar una nube rastreadora con el cielo lleno de nubes de tormenta. Sería imposible distinguir una de otra. Además, Lunetta, la hermana de Brogan, es una bruja y usaría su magia para ocultar el rastro.

—Qué lástima. —El general se rascó la barba. Al parecer, se había tragado la trola—. Bueno, mi especialidad no es la magia. Para eso os tenemos a vos.

—¿Cómo va todo por aquí? —inquirió Richard, cambiando de tema.

El general sonrió siniestramente.

—No queda ninguna espada en la ciudad que no sea nuestra. Algunos se resistieron al principio, pero una vez que les explicamos claramente cuáles eran las alternativas, se sometieron sin lucha.

Bueno, al menos algo iba bien.

—¿Los hombres de la Sangre de la Virtud en el palacio de Nicobarese también?

—Tendrán que comer con los dedos. No les dejamos siquiera una cuchara de metal.

—Perfecto. —Richard se frotó los ojos—. Bien hecho, general. ¿Y qué hay de los mriswith? ¿Se han producido nuevos ataques?

—No desde esa primera noche de sangre. Todo ha estado muy tranquilo. Caray, incluso he dormido mejor que desde hacía semanas. Desde que vos llegasteis ya no he tenido más sueños extraños.

Richard alzó la vista.

—¿Sueños? ¿Qué tipo de sueños?

—Bueno... —El general se rascaba la barba rojiza—. Es extraño. Ahora no los recuerdo. Eran sueños realmente inquietantes, pero desde que vos llegasteis han desaparecido. Ya sabéis qué ocurre con los sueños: al cabo de un tiempo se desvanecen y uno ni los recuerda.

—Entiendo. —Él tenía la impresión de que todo lo que le sucedía era un sueño o más bien una pesadilla. Ojalá lo fuera—. ¿Cuántos hombres perdimos en el ataque de los mriswith?

—Casi trescientos.

Richard sintió un hondo vacío en el estómago y se tapó la cara con la mano.

—No sabía que fuesen tantos. No imaginaba que hubiese tantos cuerpos.

—Bueno, es que están los otros.

—¿Otros? ¿Qué otros?

—Los de ahí arriba —respondió el general, que señalaba hacia las montañas—. Ochenta hombres más cayeron en el camino que conduce al Alcázar del Hechicero.

Richard giró el cuerpo y miró a través de la ventana. Solamente se distinguía la silueta del Alcázar, que se recortaba contra el cielo color violeta oscuro. ¿Acaso los mriswith trataban de penetrar en el Alcázar? Queridos espíritus, si era eso, ¿qué podría hacer él para impedirlo? Kahlan le había contado que el Alcázar estaba resguardado con poderosos conjuros pero tal vez no podrían contener a unos seres como los mriswith. ¿Para qué querrían ellos entrar en el Alcázar?

Se dijo que no debía dejarse llevar por la imaginación; los mriswith habían asesinado a soldados y civiles por toda la ciudad. Zedd estaría de regreso en unas pocas semanas y sabría qué hacer. ¿Semanas? No, probablemente tardaría un mes, o dos. ¿Podría esperar tanto?

Quizás él mismo debería ir a echar un vistazo. Aunque tal vez eso fuera insensato. El Alcázar era un centro de magia poderosa, y él de magia solamente sabía que es peligrosa. Ya tenía bastantes problemas; ¿para qué buscarse más tratando de entrar? No obstante, continuaba pensando que tal vez fuera conveniente echar un vistazo. Quizá sería lo mejor.

—Ha llegado vuestra cena —anunció Ulic.

—¿Qué? —Richard se volvió—. Oh, gracias.

La señora Sanderholt llevaba una bandeja cargada con un humeante estofado de verduras, pan moreno untado con mantequilla, huevos picantes, arroz especiado con una salsa marrón, chuletas de cordero, guisantes con salsa blanca y un gran tazón de té con miel.

La mujer dejó la bandeja encima de la mesa dirigiéndole un amistoso guiño.

—Coméoslo todo, Richard. Os sentará bien. Y luego id a descansar.

La única noche que había pasado en el Palacio de las Confesoras había dormido en la cámara del consejo, sentado en la silla de Kahlan.

—¿Dónde? —preguntó.

—Bueno, podríais instalaros en... —La señora Sanderholt se contuvo—. Podríais instalaros en el dormitorio de la Madre Confesora. Es la mejor estancia de palacio.

Allí era donde él y Kahlan deberían haber pasado la noche de bodas que nunca tuvo lugar.

—Creo que no me sentiría cómodo ocupando esa habitación. ¿Queda alguna otra libre?

La mujer hizo un gesto con la mano vendada. Ahora los vendajes eran menos aparatosos y se veían más limpios.

—Subid por esa ala, al final torced a la derecha y encontraréis una serie de habitaciones de invitados. Elegid la que queráis; todas están libres.

—¿Dónde duermen las mord... ¿Dónde duermen tanto Cara como sus amigas?

Con irónico gesto la señora Sanderholt señaló en la dirección contraria.

—Las he dirigido a los aposentos de los criados. Comparten la misma habitación.

«Cuanto más lejos, mejor», se dijo Richard.

—Muchas gracias, señora Sanderholt. Ocuparé una de las habitaciones de invitados.

—Eh muchachotes, ¿qué os gustaría cenar? —preguntó a Ulic, dándole un codazo.

—¿Qué tenéis? —inquirió Egan mostrando entusiasmo por primera vez.

El ama de llaves alzó una ceja.

—¿Por qué no me acompañáis a la cocina y elegís vosotros mismos? Está aquí mismo —añadió al reparar en la rápida mirada que dirigían a Richard—. No estaréis muy lejos.

Richard se abrió la capa negra de mriswith y dejó que reposara sobre los brazos de la silla. Mientras tomaba una cucharada de estofado y un sorbo de té, les indicó con un gesto que fueran. El general Reibisch se llevó un puño al pecho y le deseó buenas noches. Richard le devolvió el saludo con un florido gesto ejecutado con el pan moreno.

20

Qué alivio estar por fin solo. Estaba harto de gente preparada para saltar a la menor orden suya. Aunque había tratado de que los soldados se sintieran cómodos a su lado, le tenían miedo, como si lo creyeran capaz de fulminarlos con un rayo mágico si no daban con el rastro de Brogan. Después de cuatro días se relajaron un poco, aunque seguían sin apartar la vista de él por si se le ocurría murmurar una orden. A Richard lo irritaba estar rodeado de personas que le tenían pavor.

La cabeza no dejaba de darle vueltas mientras daba buena cuenta del estofado. Aunque no estuviera hambriento, lo hubiera encontrado delicioso; no estaba recién hecho pero se había cocido a fuego lento, lo cual le había conferido la rica combinación de sabores que ningún ingrediente, excepto el tiempo, podía aportar.

Al alzar la vista de la taza de té, vio a Berdine en el umbral. Inmediatamente sus músculos se tensaron. Antes de ordenarle que se marchara, la mujer tomó la palabra:

—La duquesa Lumholtz de Kelton está aquí para ver a lord Rahl.

Richard se tragó un trozo de estofado que se le había quedado entre dos dientes, con la mirada clavada en los ojos de la mord-sith.

—No me interesa recibir a peticionarios.

Berdine avanzó resueltamente hasta la mesa y se echó la trenza de ondulados cabellos castaños sobre un hombro.

—A ella la veréis.

Con la punta de los dedos Richard palpó las muescas y los arañazos del mango de madera de nogal del cuchillo que llevaba al cinto. Los conocía al dedillo.

—Los términos de la rendición no son discutibles.

Berdine apoyó los nudillos en la mesa y se inclinó hacia él. El agiel sujeto con una cadena a la muñeca de la mord-sith rodó alrededor de sus manos. Los azules ojos de Berdine despedían heladas llamas.

—A ella la veréis.

Richard notó que se acaloraba.

—Ya he dado una respuesta. No pienso cambiar de opinión.

Pero la mujer no dio su brazo a torcer.

—Y yo he dado mi palabra de que la recibiríais. Y la recibiréis.

—Lo único que pienso oír de los representantes de Kelton es su declaración de rendición incondicional.

—Y eso es lo que oiréis —dijo una melodiosa voz desde la entrada—. Os agradecería que me escucharais. No he venido a proferir amenazas, lord Rahl.

En aquel suave y humilde tono de voz Richard percibió vacilación y miedo, lo cual despertó su simpatía.

—Haz pasar a la dama... —ordenó a Berdine, mirándola con dureza—... y luego cierra la puerta y vete a la cama. —Su voz decía claramente que era una orden y que no toleraría desobediencias.

Sin demostrar ninguna emoción, Berdine fue hasta la puerta y extendió un brazo en gesto de invitación. Cuando el cálido resplandor del fuego iluminó a la duquesa, Richard se levantó. Berdine le dirigió una mirada vacía y cerró dando un portazo, pero él apenas lo notó.

—Duquesa Lumholtz, por favor, pasad.

—Gracias por recibirme, lord Rahl.

El joven se quedó un momento mudo contemplando los dulces ojos castaños de la mujer, sus sensuales labios rojos y aquella rizada melena de pelo negro que enmarcaba un rostro perfecto y resplandeciente. Richard sabía que en la Tierra Central la longitud del pelo en una mujer denotaba su posición social. La larga y abundante melena de la duquesa indicaba una posición preeminente. Solamente había visto a una reina con un pelo tan largo y, por encima de ella, la Madre Confesora.

Se sentía aturdido pero inspiró y de pronto recordó las buenas maneras.

—Venid, dejad que os ofrezca una silla.

No recordaba que la duquesa tuviese ese aspecto ni que poseyera una elegancia tan pura y cautivadora, aunque, desde luego, no la había visto tan de cerca. La recordaba como una mujer ostentosa, demasiado enjoyada y maquillada. No iba vestida como ahora con un sencillo y delicado vestido de seda rosa que moldeaba suavemente su figura, realzando sus voluptuosas formas, y cogido justo debajo de los senos.

Al pensar en su último encuentro se le escapó un gruñido.

—Duquesa, lamento mucho las crueles palabras que os dirigí en la cámara del consejo. ¿Podréis llegar a perdonarme? Debería haberos escuchado; vos fuisteis la única que trató de advertirme sobre el general Brogan.

Al mencionar ese nombre le pareció percibir un destello de terror en los ojos femeninos, pero desapareció tan rápidamente que no podía estar seguro.

—Soy yo quien debería pedir os perdón, lord Rahl. Fue imperdonable interrumpiros delante de todos los representantes allí congregados.

Richard negó con la cabeza.

—No, no, vos sólo tratabais de advertirme sobre ese hombre, y ha resultado que tenáis toda la razón. Ojalá os hubiera escuchado.

—Me equivoqué al hablaros como lo hice. —Una recatada sonrisa embelleció aún más su rostro—. Pero sois tan galante que queréis disculparme.

Richard se ruborizó al oírse llamar «galante». El corazón le latía con tanta fuerza que temía que ella reparase en que las venas del cuello le palpitaban. Por alguna razón se imaginó que con los labios le apartaba suavemente ese mechón de sedoso pelo que le colgaba delante de su encantadora oreja. Le dolía apartar su mirada de ella.

En lo más profundo de su mente sonó una vocecilla de alarma, pero quedó sepultada bajo la avalancha de cálidas sensaciones. Con una mano agarró la silla gemela a la que él ocupaba, la colocó delante de la mesa y con un gesto la invitó a sentarse.

—Sois muy amable —balbució la duquesa—. Os ruego que me perdonéis si me falla la voz. Estos últimos días han sido muy duros. —Avanzó hasta colocarse frente a la silla, alzó la vista, y sus miradas quedaron de nuevo prendidas—. Y también estoy un poco nerviosa. Nunca había estado en presencia de un hombre tan importante como vos, lord Rahl.

Richard parpadeó, incapaz de apartar la mirada de los ojos de la mujer, aunque él creía que lo estaba intentando.

—No soy más que un guía de bosque que se encuentra muy lejos de su hogar.

La duquesa lanzó una suave y acariciante risa que convirtió el estudio en un lugar acogedor y confortable.

—Vos sois el Buscador de la Verdad, el Señor de D'Hara. —La expresión de la mujer pasó de diversión a reverencia—. Tal vez, un día, lleguéis a gobernar el mundo.

Richard se encogió de hombros.

—Yo no quiero gobernar nada; es sólo que... —Seguramente parecía un necio—. Os ruego que toméis asiento, milady.

La duquesa esbozó de nuevo una sonrisa radiante y cálida, tan llena de ternura y encanto que Richard se descubrió incapaz de apartar los ojos de ella. Incluso sentía en su cara la dulce calidez de su aliento.

La duquesa le devolvió la mirada.

—Perdonad mi descaro, lord Rahl, pero debo deciros que vuestra mirada vuelve a las mujeres locas de deseo. Apuesto a que rompisteis el corazón de todas las presentes en la sala del consejo. La reina de Galea es una mujer muy afortunada.

—¿Quién decís?

—La reina de Galea. Vuestra futura esposa. La envidio.

Mientras la mujer se sentaba delicadamente en el borde de la silla Richard le dio momentáneamente la espalda, inspiró hondo para tratar de aclararse la mente y luego fue a sentarse en su silla, al otro lado de la mesa.

—Duquesa, siento mucho la muerte de vuestro esposo.

Ella desvió la mirada.

—Gracias, lord Rahl, pero no debéis preocuparos por mí; yo no lamento su muerte. No me mal interpretéis, no le deseaba ningún mal, pero...

Richard notó cómo le ardía la sangre.

—¿Os hizo daño?

Cuando la duquesa se encogió significativamente de hombros y le hurtó la mirada, Richard tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no cogerla entre sus brazos y consolarla.

—El duque tenía muy mal carácter. —Con sus gráciles dedos se acariciaba el borde de suave y brillante piel de armiño del vestido—. Pero no era tan malo como parece. Apenas lo veía, pues tenía múltiples amantes.

—¿Os abandonaba para irse con otras mujeres? —inquirió Richard, absolutamente atónito. Ella se lo confirmó con un renuente asentimiento.

—Fue un matrimonio de conveniencia. Aunque él era de sangre noble, se casó conmigo para mejorar su posición y convertirse en duque.

—¿Y qué ganasteis vos?

Los rizos que le enmarcaban el rostro oscilaron por delante de sus mejillas cuando alzó la mirada hacia él.

—Mi padre ganó un despiadado yerno que administrara las propiedades familiares y, al mismo tiempo, se libró de una hija inútil.

—¡No digáis tal cosa de vos! —exclamó Richard, poniéndose casi en pie—. De haberlo sabido, habría dado una lección al duque que... Perdonad mi osadía, duquesa —se disculpó, y se sentó de nuevo.

Lentamente ella se humedeció la comisura de los labios con la lengua.

—Si os hubiese conocido cuando me golpeaba, tal vez me habría atrevido a suplicaros protección.

¿Golpearla? Ojalá hubiese estado allí para impedirlo.

—¿Por qué no lo abandonasteis? ¿Por qué lo soportasteis?

—Era mi deber. —Los ojos de la duquesa se fijaron en las débiles llamas que ardían en el hogar—. Soy la hija del hermano de la reina. El divorcio no está permitido entre la realeza. —De repente se sonrojó—. Os estoy incomodando con mis insignificantes problemas. Perdonadme, lord Rahl. Hay personas con problemas mucho más graves que un esposo infiel que pierde fácilmente los estribos. No soy una mujer desgraciada. Las responsabilidades hacia mi pueblo me mantienen ocupada.

»¿Podría tomar un sorbo de té? Se me ha quedado la garganta seca por miedo a pensar que vos... —Nuevamente se ruborizó—... que me cortaríais la cabeza por presentarme contraviniendo vuestras órdenes.

Richard se levantó al punto.

—Ahora mismo ordeno que os traigan té caliente.

—No, por favor, no quiero causaros molestias. Me basta con un sorbo, de verdad.

Inmediatamente el joven le ofreció su taza y contempló cómo los labios femeninos se ceñían al borde de la taza. Posó la mirada en la bandeja para tratar de pensar en asuntos de estado.

—¿Para qué queráis verme, duquesa?

Tras beber un sorbo, dejó la taza sobre la mesa y le dio la vuelta para que el asa quedara apuntando a Richard, tal como estaba antes. En el borde se apreciaba una tenue marca de carmín.

—Se trata de esas responsabilidades de las que os hablaba. Veréis, la reina se hallaba en su lecho de muerte cuando el príncipe Fyren fue asesinado, y poco después murió. Aunque el príncipe tenía incontables bastardos, no estaba casado, por lo que murió sin dejar un heredero legítimo.

Richard jamás había visto unos ojos de un castaño tan suave.

—No soy un experto en temas de la realeza, duquesa. Me temo que no os sigo.

—Bueno, lo que trato de decir es que ahora que la reina y que su único descendiente han muerto, Kelton no tiene monarca. Puesto que soy hija del hermano de la reina, ya fallecido, yo soy la siguiente en la línea de sucesión al trono. No es preciso enviar ningún mensaje a Kelton para exigir la rendición.

Richard debía hacer verdaderos esfuerzos para escucharla y no quedarse embobado contemplando sus labios.

—¿Me estáis diciendo que el poder de rendir Kelton está en vuestras manos?

—Exactamente, Vuestra Eminencia.

Las orejas se le pudieron coloradas al oírse llamar de ese modo. Para tratar de ocultar su rubor, cogió la taza. Sin darse cuenta posó los labios exactamente donde la duquesa había dejado la marca y notó un delicioso sabor. Mantuvo los labios en el borde de la taza mientras notaba la agradable y dulce calidez del líquido que se deslizaba por la lengua. Finalmente, con trémula mano dejó de nuevo la taza sobre la bandeja de plata y se frotó las sudorosas manos contra las rodillas.

—Duquesa, ya oísteis lo que tenía que decir. Luchamos por la libertad. Si os rendís a nosotros, no perderéis nada, sino que ganaréis. Por ejemplo, según nuestra ley sería un crimen que un hombre maltrate a su esposa, tal como lo sería que atacara a un desconocido en la calle.

—Lord Rahl —replicó ella con una sonrisa que contenía un suave reproche—, no estoy convencida de que lleguéis a tener el poder suficiente para proclamar tal ley. En algunos lugares de la Tierra Central se acepta incluso que el hombre mate a su mujer si ella lo provoca. La libertad simplemente otorgaría la misma licencia a hombres de otros lugares.

—Hacer daño a un inocente, sea quien sea, está mal. La libertad no da carta blanca para cometer acciones injustas. No es justo que los habitantes de un país deban sufrir actos que en un país vecino se consideran un crimen. Cuando estemos todos unidos no se darán tales injusticias. Todos tendrán las mismas libertades y los mismos deberes, todos vivirán bajo una ley justa.

—No podéis creer que simplemente por prohibir determinadas costumbres éstas se abandonarán.

—La ética viene de arriba, como entre padres e hijos. El primer paso debe ser proclamar leyes justas y demostrar que todos debemos respetarlas. Es imposible acabar con una injusticia si no se castiga, pues de otro modo prolifera hasta que la anarquía se impone bajo el disfraz de la tolerancia y la comprensión.

Los dedos de la duquesa se acariciaban la suave depresión en la base del cuello.

—Lord Rahl, vuestras palabras me llenan de esperanza por el futuro. Rezo a los buenos espíritus para que tengáis éxito.

—¿Entonces os uniréis a nosotros? ¿Rendiréis Kelton?

La mujer alzó hacia él sus tiernos y suplicantes ojos castaños.

—Hay una condición.

Richard tragó saliva.

—He jurado que no habría condiciones. Todos serán tratados del mismo modo; ya lo dije. ¿Cómo puedo prometer ser equitativo si rompo mi palabra y violo mis principios?

—Comprendo —replicó la duquesa en un susurro apenas audible. Sus ojos se revistieron de temor—. Perdonadme por tratar egoístamente de ganar algo para mí. Un hombre tan honrado como vos no puede comprender que una pobre mujer como yo pueda caer tan bajo.

Richard sintió el impulso de clavarse su propio puñal por haber sido capaz de asustarla.

—¿Qué condición es ésa?

La mujer clavó la mirada en las manos que reposaban en su regazo.

—Después de escuchar vuestro discurso, mi marido y yo casi habíamos llegado a nuestro palacio cuando... —Hizo una mueca y tragó saliva—. Casi habíamos llegado sanos y salvos cuando ese monstruo nos atacó. Ni siquiera lo vi llegar. Caminaba cogida del brazo de mi esposo, vi el relampagueo del acero y... —se le escapó un gemido. Richard se contuvo para no levantarse de su asiento—. Vi cómo las entrañas de mi marido se derramaban al suelo ante mis ojos. El cuchillo de triple hoja que lo mató me rozó la manga.

—Duquesa, lo sé. No hay necesidad de...

La mujer alzó una trémula mano implorando silencio para acabar. Se levantó la manga de seda del vestido para mostrarle tres cortes en el antebrazo. Era la marca del cuchillo de un *mrishwith*. Nunca había deseado con tanta ansia saber cómo usar su don para curar. Hubiera hecho cualquier cosa para borrar de su brazo esos feos cortes enrojecidos.

Como si leyera la preocupación en sus ojos, la duquesa se bajó la manga.

—No es nada. En pocos días curarán. Pero lo que me hizo aquí —dijo, dándose golpecitos en el pecho entre los senos— no curará. Mi marido era un avezado espadachín, pero ante ese monstruo estaba tan indefenso como yo. Nunca olvidaré el tacto de su cálida sangre en mi vestido. Me avergüenza confesar que no pude dejar de gritar hasta que me arranqué el vestido y me limpié la sangre del cuerpo. Por miedo a despertarme y creer que sigo llevándolo desde entonces tengo que dormir desnuda.

Richard deseó que hubiese usado palabras que no crearan en su mente una imagen tan explícita. En un intento por apartar los ojos del vestido de seda de la mujer, que subía y bajaba, quiso dar un sorbo del té pero se encontró con la marca de sus labios. Se secó una gota de sudor de detrás de la oreja.

—¿Y esa condición?

—Perdonadme, lord Rahl. Sólo quería que comprendierais mi miedo, y así juzgar mi condición. Estaba tan asustada... —Se abrazó ella misma, con lo que el vestido formó pliegues entre sus comprimidos senos.

Richard posó la mirada en la bandeja de la cena mientras se frotaba la frente con la yema de los dedos.

—Comprendo. ¿Cuál es la condición?

—Rendiré Kelton si me ofrecéis vuestra protección personal —declaró al fin, armándose de valor.

—¿Cómo?

—Vos matasteis a esos monstruos. Se comenta que sólo vos sois capaz de acabar con ellos. Tengo un miedo atroz. Si me pongo de vuestro lado, es posible que la Orden envíe a esos monstruos contra mí. Si me permitís quedarme aquí, bajo vuestra protección, hasta que el peligro haya pasado Kelton es vuestro.

Richard se inclinó hacia adelante.

—¿Sólo queréis sentirnos segura?

La duquesa asintió con un leve estremecimiento, como si temiera que le cortara la cabeza por lo que iba a decir a continuación:

—Deseo un dormitorio junto al vuestro para que, si grito, podáis acudir en mi ayuda enseguida.

—Y...

—Y... —finalmente reunió suficiente coraje para mirarlo a los ojos— nada más. Ésa es la condición.

Richard se echó a reír. El peso de la ansiedad que le ahogaba en el pecho desapareció como por ensalmo.

—¿Sólo deseáis estar protegida del mismo modo que mis guardaespaldas me protegen a mí? Duquesa, eso no es una condición; es un simple favor. Es perfectamente razonable que deseéis protección frente a nuestros despiadados enemigos. Deseo concedido. Yo me alojo en las habitaciones de los invitados, en esa ala de ahí. —Señaló con un dedo—. Todas están vacías. Como aliada, sois una honorable huésped y podéis elegir la que deseéis, por ejemplo la contigua a la mía, si eso os hace sentir más segura.

La mujer esbozó tan radiante sonrisa que, en comparación, sus anteriores sonrisas ni siquiera merecían tal nombre. Con las manos cruzadas sobre el pecho, lanzó un hondo suspiro como si acabara de liberarse de la peor de sus pesadillas.

—Oh, lord Rahl, muchas gracias.

—Mañana temprano una delegación escoltada por tropas nuestras partirá hacia Kelton. Vuestras fuerzas se pondrán a nuestras órdenes.

—A vuestras... sí, naturalmente. Mañana. Escribiré una carta y los nombres de todos los oficiales que deben ser informados. A partir de ahora Kelton es parte de D'Hara. —Al humillar la cabeza, sus oscuros rizos le acariciaron las sonrosadas mejillas—. Es un honor ser los primeros. Kelton. Lucharé por la libertad.

Richard suspiró a su vez.

—Gracias, duquesa... ¿o debería llamaros reina Lumholtz?

Ella se recostó en la silla con las muñecas sobre los reposabrazos y las manos colgando.

—Ni una cosa ni la otra. —Una pierna se deslizó hacia arriba al cruzarla sobre la otra—. Llamadme Cathryn, lord Rahl.

—Cathryn pues, y por favor, llámame Richard. Para ser sincero empiezo a estar cansado de que todo el mundo me llame... —Tan embebido estaba en sus ojos que olvidó lo que iba a decir.

Con una coqueta sonrisa la duquesa echó el cuerpo hacia adelante, colocando uno de sus senos sobre la mesa. Richard se dio cuenta de que volvía a estar sentado en el borde de la silla, mientras contemplaba cómo Cathryn jugueteaba con un oscuro rizo. Tratando de controlarse, clavó los ojos en la bandeja de comida.

—Muy bien, Richard —dijo con una risita. Fue un sonido en absoluto infantil sino ronco y femenino al mismo tiempo, en absoluto propio de una dama. Richard contuvo la respiración para no lanzar un sonoro suspiro—. No sé si podré acostumbrarme a tratar con tanta familiaridad al mismísimo amo de D'Hara.

—Sólo es cuestión de práctica, Cathryn —respondió él, risueño.

—Sí, práctica —dijo ella entrecortadamente, y se sonrojó—. Ya me vuelve a pasar. Ante esos preciosos ojos grises que tienes una mujer se olvida de todo. Será mejor que te deje terminar la cena antes de que se enfríe. Hummm —los ojos de la mujer se fijaron en la bandeja que había entre ellos—, parece delicioso.

Richard se puso de pie de un salto.

—Enseguida te pido algo.

La duquesa se alejó del borde de la mesa y apoyó de nuevo los hombros contra el respaldo de la silla.

—No, no —protestó—. Eres un hombre muy ocupado y ya te he molestado bastante.

—No me molestas. Simplemente estaba comiendo algo antes de acostarme. Al menos acompáñame mientras como y comparte parte de la cena. No me lo podré acabar todo; sería un desperdicio tirarlo.

Nuevamente el cuerpo de la duquesa se ciñó a la mesa.

—Bueno, realmente es muy abundante y... si no te lo vas a acabar todo... picaré un poco.

—Perfecto —sonrió Richard—. ¿Qué prefieres: estofado, huevos picantes, arroz, cordero?

Ante la palabra «cordero», la mujer emitió un gutural murmullo de placer. Inmediatamente Richard le ofreció el plato blanco con el borde dorado. Él no tenía ninguna intención de comerse el cordero; desde que se le había despertado el don le repelía la carne. Estaba relacionado con la magia o, tal como las Hermanas le habían dicho, «toda magia debe estar en equilibrio». Puesto que él era un mago guerrero tal vez no podía comer carne para compensar por las muertes que en ocasiones provocaba.

Asimismo le ofreció tenedor y cuchillo. Pero ella, sonriendo, cogió la chuleta con los dedos.

—Según un dicho kelta, si algo es bueno, nada debe interponerse entre tú y la experiencia.

—En ese caso, espero que sea bueno —se oyó decir a sí mismo Richard. Por primera vez en días no se sentía solo.

Con sus ojos castaños prendidos en el joven lord, la duquesa se apoyó sobre los codos y dio un mordisquito a la carne. Embelesado, Richard esperó.

—Y bien... ¿está bueno?

Por respuesta ella miró al techo y luego cerró los ojos mientras encorbaba los hombros y lanzaba un gemido de éxtasis. Entonces abrió los ojos y restableció la tórrida comunicación. Su boca rodeó la carne y con sus perfectos dientes blancos dio un buen mordisco. Tenía los labios brillantes. Richard pensó que jamás había visto a nadie masticar tan lentamente.

El joven partió el tierno pan en dos y le ofreció la parte untada con más mantequilla. Usando la corteza como cuchara, cogió arroz sin salsa marrón y se lo llevó a la boca. Antes de comerlo se detuvo para contemplar cómo la mujer lamía la mantequilla del pan y ronroneaba de gusto.

—Me encanta notarla tan suave y resbaladiza en la lengua —le explicó en apenas un susurro. Sus refulgentes dedos dejaron caer sobre la bandeja el trozo de pan.

Mientras recorría el hueso con los dientes, apurando los restos de carne, no apartó ni por un momento los ojos de él. Dejó el hueso pelado. Richard seguía con el pedazo de pan frente a la boca.

—Es lo mejor que he comido nunca —declaró la duquesa, y se relamió.

Richard se percató de que sus dedos estaban vacíos. Creyó que se había comido el arroz hasta que vio el pegote blanco en la bandeja; se le había caído.

Cathryn cogió un huevo, lo rodeó con sus rojos labios y se comió la mitad.

—Hummm. Exquisito. Toma, pruébalo —le ofreció, acercándole a los labios la otra mitad por el extremo redondeado.

En la lengua sintió un fuerte sabor picante así como la superficie sedosa, flexible y elástica del huevo. Ella lo empujó con un solo dedo. O masticaba o se ahogaba. Richard decidió masticar.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó la duquesa, fijando su atención en la bandeja—. Oh, Richard, no me digas que es... —Pasó los dedos índice y anular por el cuenco con los guisantes y se lamió la espesa salsa blanca del índice. Parte de la salsa que había recogido con el otro dedo se le deslizaba por la mano hasta la muñeca—. Oh sí. Oh, Richard es fabuloso. Prueba.

Le acercó el dedo anular a los labios. Antes de que él pudiera reaccionar, ya le había introducido la mitad en la boca.

—Lámelo —le animó ella—. ¿No es lo mejor que has probado en tu vida? —Richard asintió, tratando de recuperar el aliento cuando ella retiró el dedo—. Oh, por favor, chúpalo antes de que me manche el vestido —le imploró, tendiéndole la muñeca. Richard le cogió la mano y se la llevó a la boca. El sabor era electrificante. El corazón se le desbocó al rozar su piel con los labios.

La duquesa lanzó una risa gutural.

—Me haces cosquillas. Tienes la lengua áspera.

—Lo siento —susurró y le soltó la mano, interrumpiendo la íntima conexión.

—No seas tonto. No he dicho que no me gustara. —Sus ojos se perdieron en los del joven. La luz de la lámpara le iluminaba suavemente un lado del rostro, y las llamas el otro. Richard se imaginó que le acariciaba el cabello. Ambos respiraban al unísono—. Me ha gustado mucho, Richard.

A él también. Notaba cómo la habitación daba vueltas. Cuando oía su nombre de labios de la mujer, lo invadían oleadas de euforia. Haciendo un supremo esfuerzo se levantó.

—Cathryn, es tarde y estoy muy cansado.

Inmediatamente ella se levantó con gráciles movimientos que desvelaban los contornos de su cuerpo bajo el vestido de seda. Richard a punto estuvo de perder por completo el control cuando Cathryn lo enlazó por el brazo y se apretó contra él.

—Muéstrame tu dormitorio.

Mientras la conducía al pasillo, notaba el firme seno de la mujer contra su brazo. Ulic y Egan se mantenían cerca, de pie y con los brazos cruzados. Un poco más lejos, a ambos extremos del corredor, Cara y Raina se pusieron en pie. Ninguno de los cuatro demostró qué sentían al verlo cogido del brazo de la duquesa.

Con la mano que le quedaba libre, Cathryn le acariciaba el hombro con insistencia. El calor de la carne femenina contra la suya le llegaba hasta los huesos. No estaba seguro de si las piernas le aguantarían.

Al dar con el ala de invitados, indicó con una seña a Ulic y Egan que se acercaran.

—Haced turnos. Quiero que uno de vosotros vigile todo el tiempo. Nadie ni nada debe acercarse al pasillo esta noche. Y eso las incluye a ellas —añadió, echando un rápido vistazo a las dos mord-sith que esperaban en el extremo más alejado. Sin hacer preguntas, los dos guardaespaldas juraron cumplir las órdenes y adoptaron una actitud de firmes.

Richard acompañó a Cathryn un trecho del pasillo. Ella le seguía acariciando un brazo y apretaba un seno contra él.

—Espero que este dormitorio te guste.

La mujer separó los labios, respirando entrecortadamente. Sus delicados dedos se aferraron a su camisa.

—Sí —susurró— este dormitorio.

Una vez más Richard hizo acopio de toda su fortaleza.

—Yo ocuparé la contigua. Aquí estás a salvo.

—¿Qué? —Cathryn había palidecido—. Oh, por favor, Richard...

—Que duermas bien, Cathryn.

Ella le apretó el brazo con más fuerza.

—Espera. Entra conmigo. Por favor, Richard. Tengo miedo.

—La habitación es segura, Cathryn —repuso él, apretándole una mano que retiró del brazo—. Estate tranquila.

—Podría haber algo dentro acechando. Te lo suplico, Richard, entra conmigo.

El joven le sonrió para tranquilizarla.

—No hay nada dentro. Yo lo sentiría. Soy mago, ¿recuerdas? Estás totalmente a salvo. Yo estaré aquí mismo. Nada perturbará tu sueño, te lo prometo.

Richard abrió la puerta y le tendió la lámpara que colgaba del soporte situado al lado de la puerta, tras lo cual la empujó suavemente adentro colocando una mano en la parte baja de su espalda.

Ella se dio media vuelta y le pasó un dedo por el centro del pecho.

—¿Nos vemos mañana?

Richard le apartó la mano y se la besó del modo más cortesano que pudo.

—Cuenta con ello. Tenemos mucho trabajo que hacer temprano.

Cerró la puerta y se dirigió a su propio dormitorio. Los ojos de las dos mord-sith no se habían apartado de él ni un solo momento. Las dos mujeres deslizaron la espalda por la pared hasta sentarse en el suelo. Luego cruzaron las piernas, como si le dijeran que pensaban quedarse allí toda la noche, y asieron el agiel con ambas manos.

La mirada de Richard se posó en la puerta del dormitorio que ocupaba Cathryn y allí se quedó un largo momento. La vocecita en su interior le gritaba frenéticamente. El joven abrió bruscamente la puerta de su propia habitación y, tras cerrarla, apoyó la cabeza contra la puerta, tratando de recuperar la respiración. Con un esfuerzo, se obligó a correr el cerrojo.

Luego se desplomó en el borde del lecho y hundió el rostro entre las manos. ¿Qué le ocurría? Tenía la camisa empapada de sudor. ¿Por qué lo invadían tales pensamientos acerca de esa mujer? Queridos espíritus, no podía evitarlo. Entonces recordó que las Hermanas de la Luz decían que los hombres sienten impulsos incontrolables.

Aturdido, desenvainó la *Espada de la Verdad*. Un transparente sonido metálico llenó la oscura estancia. Richard apoyó la punta en el suelo y con ambas manos elevó la empuñadura hasta la frente, dejando que su furia lo inundara. En su alma se desató una terrible tormenta que esperaba que bastara.

Pero en el fondo sabía que se había enzarzado en una danza con la muerte en la que la espada no podría salvarlo. Y también sabía que no tenía elección.

21

La hermana Philippa pareció aún más alta de lo que era al enderezar por completo la espalda. Al mismo tiempo su rostro mostraba una expresión de altivez que trataba, aunque sin éxito, de disimular.

—Prelada, me temo que no habéis dedicado a este asunto la reflexión que se merece. Tal vez si lo meditáis un poco más os daréis cuenta de que tres mil años de resultados son suficiente aval de su necesidad.

Un codo de Verna descansaba sobre la mesa y apoyaba el mentón en la palma de la mano al mismo tiempo que echaba un vistazo a un informe, de modo que era imposible mirarla sin reparar en el anillo en forma de disco solar, símbolo de su cargo. No obstante, levantó la vista sólo para asegurarse de que, efectivamente, la hermana Philippa la miraba.

—Gracias por vuestro sabio consejo, Hermana, pero ya lo he meditado suficientemente. Es absurdo seguir buscando agua en un pozo ya seco; solamente se consigue estar más sediento, lo cual aumenta las esperanzas pero no da resultados.

La exótica faz de la hermana Philippa, con oscuros ojos y nariz delgada y recta, raramente demostraba emoción, pero Verna detectó una ligera tensión en los músculos de su estrecha mandíbula.

—Pero, Prelada... no podremos determinar si un joven progresa como debe o si ya ha aprendido lo suficiente para que se le quite el rada'han. No hay otro modo.

La Prelada hizo una mueca ante lo que leía. Dejó el informe a un lado, ya se ocuparía de eso más tarde, y dedicó toda su atención a su consejera.

—¿Cuántos años tenéis, Hermana?

—Cuatrocientos setenta y nueve, Prelada —respondió Philippa sin que la mirada le flaqueara.

Verna tuvo que admitir que sentía un poco de envidia. Aunque ella era trescientos años más joven, de hecho, por su aspecto nadie lo hubiera dicho. Los veinte años pasados lejos del embrujo de palacio le habían costado un tiempo que nunca recuperaría. Ella jamás dispondría de una vida tan larga como la de Philippa para aprender.

—¿Y cuántos de esos años habéis permanecido en el Palacio de los Profetas?

—Cuatrocientos setenta, Prelada. —La ligera inflexión en la palabra «prelada» hubiese pasado inadvertido a alguien no avisado. Pero Verna lo esperaba.

—O sea, ¿me estáis diciendo que el Creador os ha concedido cuatrocientos setenta años para aprender a servirlo, a trabajar con los muchachos, enseñarlos a controlar el don así como convertirse en magos, y después de todo ese tiempo no sois capaz de evaluar a los estudiantes?

—No, Prelada, no es exactamente eso lo que...

—¿Estáis tratando de decirme que todas las Hermanas de la Luz de palacio son incapaces de decidir si un joven, que ha estado bajo nuestra tutela casi doscientos años, está listo para seguir adelante sin antes someterlo a una brutal prueba de dolor? ¿Tan poco confiáis en las Hermanas? ¿Tan poca fe tenéis en la sabiduría del Creador a la hora de elegir a sus servidores? ¿Me estáis diciendo que el Creador nos eligió, que nos ha dado colectivamente miles de años de experiencia y, pese a ello, somos demasiado estúpidas para cumplir su voluntad?

—Creo que tal vez la Prelada está...

—Permiso denegado. Infligir ese tipo de dolor con el rada'han es un modo indecente de usarlo. Se puede destrozarse una mente humana. Algunos jóvenes incluso han muerto en esas pruebas.

»Decid a esas Hermanas que espero que me presenten propuestas para evaluar a los jóvenes sin que haya sangre, vómitos ni gritos de por medio. Podrías incluso sugerirles algo revolucionario como... oh,

no sé, tal vez hablar con los jóvenes. A no ser que las Hermanas teman ser engañadas, en cuyo caso espero que lo admitan en un informe que me será entregado y quedará archivado.

La hermana Philippa guardó un momento silencio. Probablemente consideraba la conveniencia de seguir discutiendo. Al fin, se inclinó de mala gana.

—Una decisión muy sabia, Prelada. Gracias por iluminarme.

Se daba media vuelta para marcharse cuando Verna la detuvo.

—Hermana, sé cómo os sentís. A mí me enseñaron lo mismo que a vos, y creía en ello. Pero un joven de apenas veinte años me mostró lo equivocada que estaba. A veces el Creador nos muestra su Luz de un modo que no esperamos, pero confía en que estemos preparadas para recibir su sabiduría, sea de quien sea.

—¿Os referís al joven Richard?

Con la uña del pulgar Verna jugueteó con los irregulares bordes de la pila de informes que aún tenía que revisar.

—Sí. Lo que aprendí, Philippa —añadió, abandonando su tono oficial—, es que esos jóvenes, esos magos, son enviados a un mundo que los pondrá a prueba. El Creador espera de nosotras que decidamos si les hemos enseñado a soportar con integridad el dolor que verán y sentirán. Con esto. —Se dio golpecitos en el pecho—. Es con el corazón que tenemos que determinar si serán capaces de tomar las dolorosas decisiones que a veces el Creador nos impone. Ése es el significado de la prueba de dolor. Su capacidad para soportar la tortura no nos dice nada sobre su corazón, su valor ni su compasión.

»Tú misma, Philippa, has pasado una prueba de dolor. Estabas dispuesta a luchar por el cargo de Prelada. Durante cuatrocientos años te esforzaste por alcanzar esa meta. Pese a que los acontecimientos te han jugado una mala pasada, nunca he oído de tus labios una palabra amarga aunque cada vez que me miras debes de sentirte dolida. En vez de eso, me aconsejas lo mejor que puedes para que desempeñe correctamente mi trabajo y, pese a ese dolor, defiendes los intereses de palacio.

»¿Me servirías mejor si hubiera insistido en torturarte para que te convirtieras en mi consejera? ¿Hubiera servido de algo?

El rubor cubría las mejillas de Philippa.

—No te mentaré diciendo que estoy de acuerdo contigo, pero al menos ahora entiendo que, realmente, has estado sacando tierra del pozo seco, que no es que te des por vencida porque no quieras dudar. Cumpliré tus indicaciones al instante, Verna.

—Gracias, Philippa —le agradeció con una sonrisa.

También Philippa esbozó un amago de sonrisa.

—Hay que ver el revuelo que armó Richard. Yo pensaba que iba a matarnos a todas y, al final, resultó que ha sido el mejor amigo que haya tenido el Palacio de los Profetas en los últimos tres mil años.

Verna soltó la carcajada.

—Si supieras cuántas veces tuve que rezar para contenerme y no estrangularlo...

Cuando Philippa abrió la puerta para irse, Verna vio que Millie esperaba en la oficina exterior permiso para entrar y limpiar. Verna se estiró, bostezó, cogió el informe que había dejado a un lado y se dirigió a la puerta. Tras indicar con una seña a Millie que entrara en su despacho, dirigió la atención a sus dos administradoras, las Hermanas Dulcinia y Phoebe.

Antes de que pudiera abrir la boca, la hermana Dulcinia se le acercó con otra pila de papeles.

—Si habéis acabado, Prelada, tenemos éstos para que los reviséis.

Verna cogió el montón, que pesaba como un bebé, y se lo apoyó en una cadera.

—Muchas gracias. Es tarde. ¿Por qué no os marcháis a descansar?

—No, no, Prelada. Si no os importa, me encanta trabajar y...

—Y mañana será otro día muy largo. Tienes que estar descansada para rendir bien. Vamos, marchaos las dos.

Phoebe tomó un fajo de papeles. Seguramente trabaja en sus habitaciones. Era como si disputaran una carrera: cuando sospechaba que existía la remota posibilidad de que Verna se pusiera al día, trabajaba frenéticamente para producir más papeleo como por arte de magia. Dulcinia cogió una taza de té de encima de su escritorio pero no se llevó ningún documento. Dulcinia trabajaba a un ritmo más pausado, sin apresurarse para ir por delante de la Prelada. No obstante eso, invariablemente se sacaba de dentro de la manga pilas de informes debidamente clasificados y anotados. No había ni la más remota posibilidad de que Verna se pusiera al día; de hecho, cada día que pasaba se acumulaba más trabajo pendiente.

Ambas Hermanas se despidieron con sus buenos deseos de que el Creador concediera a la Prelada una noche de sueño tranquilo.

Verna esperó que llegaran a la puerta antes de decir:

—Por cierto, hermana Dulcinia, hay un pequeño asunto del que quisiera que os ocuparais mañana.

—Naturalmente, Prelada. ¿De qué se trata?

Verna colocó el informe que llevaba en la mano encima de la mesa de Dulcinia, para que fuese lo primero que viera a la mañana siguiente.

—Es una solicitud de ayuda para una joven y su familia. Uno de nuestros jóvenes magos va a ser padre.

—¡Oh, es maravilloso! —exclamó Phoebe—. Recemos para que, por la gracia del Creador, sea un niño y nazca con el don. Hace... bueno ya no sé ni el tiempo que hace que no nace en la ciudad un bebé con el don. Quizás esta vez...

La ceñuda expresión de Verna le impuso silencio.

—Quiero ver a esa joven y al joven responsable de lo ocurrido —dijo a la hermana Dulcinia—. Mañana concertaréis una cita. Tal vez, puesto que solicitan nuestra ayuda, los padres de ella también deberían estar presentes.

—¿Hay algún problema, Prelada? —inquirió la hermana Dulcinia con mirada inexpresiva, aunque se notaba que estaba desconcertada.

—Yo diría que sí. Uno de nuestros pupilos ha dejado embarazada a esa muchacha.

Dulcinia dejó la taza de té en una esquina de la mesa y dio un paso hacia la Prelada.

—Pero, Prelada, precisamente por eso permitimos que nuestros estudiantes vayan a la ciudad. No sólo se liberan de sus impulsos, para concentrarse mejor en sus estudios, sino que de vez en cuando, conseguimos otro niño bendecido con el don.

—No autorizaré que el palacio se entrometa en la creación y en las vidas de inocentes.

—Prelada —replicó la Hermana, contemplando con sus ojos azules a la Prelada de la cabeza a los pies. Verna llevaba un sencillo vestido oscuro—, los hombres sienten impulsos incontrolables.

—Y yo también, pero con la ayuda del Creador hasta el momento he logrado no estrangular a nadie.

La risa de Phoebe enmudeció al instante con una fulminante mirada de Dulcinia.

—Prelada, los hombres son distintos. No son capaces de controlarse. No es más que una inocente diversión que les permite concentrarse en las lecciones. El palacio puede permitirse perfectamente la recompensa. Es un pequeño precio a cambio de lograr, de vez en cuando, un joven mago.

—Nuestra misión es enseñar a esos jóvenes a usar el don de un modo responsable, con comedimiento, siendo plenamente conscientes de las consecuencias de sus actos mágicos. Si en otros aspectos de su vida los animamos a actuar de un modo totalmente opuesto, sabotamos nuestras propias enseñanzas.

»En cuanto a que, de vez en cuando de esas uniones indiscriminadas nazca un bebé con el don, no hay ninguna prueba de que sea beneficioso. Tal vez, si los estudiantes actuaran de manera más responsable y controlada, sus futuros emparejamientos selectivos darían como fruto un porcentaje mucho mayor de bebés con el don. Por lo que sabemos, su comportamiento lascivo podría estar diluyendo su capacidad para transmitir el don.

—O, por el contrario, desarrollándola hasta su máximo potencial, por bajo que sea.

Verna se encogió de hombros.

—Es posible. No obstante, los pescadores que pescan en el río no faenan toda la vida en el mismo sitio sólo porque un día cogieron allí un pescado. Y puesto que también nosotras tratamos de pescar nuevos peces, creo que ya es hora de que cambiemos de sitio.

La hermana Dulcinia enlazó las manos y se armó de paciencia.

—Prelada, el Creador bendice a todos con una naturaleza determinada, que no es posible cambiar. Hombres y mujeres seguirán buscando su placer.

—Pues claro, pero mientras el Palacio de los Profetas siga pagando el precio de los resultados estaremos promoviendo tal comportamiento. Si no hay consecuencias, no hay autocontrol. ¿Cuántos niños han crecido sin padre porque damos a las jóvenes oro? ¿Es que el oro reemplaza el cariño paterno? ¿Cuántas vidas hemos alterado, para peor, con nuestro oro?

—Nuestro oro los ayuda —declaró Dulcinia, extendiendo las manos en gesto de consternación.

—Nuestro oro alienta a las mujeres de la ciudad a actuar de manera irresponsable y acostarse con nuestros estudiantes para asegurarse una vida cómoda sin trabajar. Con nuestro oro, estamos degradando a toda esa gente. —Con un amplio gesto de la mano indicó que se refería a todos los habitantes de la ciudad—. Los hemos convertido en poco más que en animales de cría.

—Llevamos usando este método durante miles de años para ayudar a aumentar el número de poseedores del don. Ya casi no nace ninguno.

—Lo sé, pero las Hermanas de la Luz somos maestras, no criadoras. Debido a nuestro oro, esas muchachas no tienen hijos por amor sino por codicia.

Este argumento dejó muda a Dulcinia, pero enseguida se recuperó:

—Seríamos crueles si les negáramos ayuda con un poco de nuestro oro. Las vidas son más importantes que el dinero.

—He leído los informes y estamos hablando de algo más que un «poco» de oro. Pero ésa no es la cuestión; la cuestión es que estamos utilizando a nuestros semejantes, a otros hijos del Creador como si fuesen ganado y, al hacerlo, fomentamos el desprecio hacia determinados valores.

—¡Pero nosotras enseñamos a los jóvenes valores! En cuanto creación suprema del Creador, las personas responden cuando se les enseñan valores porque poseen inteligencia suficiente para comprender su importancia.

Verna suspiró.

—Hermana, imaginad que predicásemos la sinceridad y, al mismo tiempo, entregásemos un penique por cada mentira. ¿Cuál creéis que sería el resultado?

Phoebe rió cubriéndose la boca.

—Apuesto a que no tardaríamos en arruinarnos —comentó.

—Nunca os creí capaz de la crueldad de dejar que un recién nacido, una criatura del Creador, se muriera de hambre —afirmó la hermana Philippa con mirada glacial.

—El Creador ha dado a las madres pechos para amamantar a sus hijos, no para arrebatar el oro de palacio.

Dulcinia se ruborizó hasta la raíz de los cabellos.

—¡Pero los hombres sienten impulsos incontrolables!

—Esos impulsos solamente son verdaderamente incontrolables cuando una bruja le echa un hechizo —replicó Verna, bajando la voz, indignada—. Ninguna Hermana ha hechizado a ninguna mujer de la ciudad. ¿Debo recordaros que cualquier Hermana que osara hacerlo tendría suerte si se la expulsaba de palacio, en vez morir colgada? Como bien sabéis, un sortilegio amoroso equivale a una violación.

Dulcinia se había quedado blanca.

—Yo no estoy diciendo que...

—Si mal no recuerdo, la última vez que se descubrió a una Hermana lanzar un sortilegio de amor fue... —La Prelada alzó la vista al techo, pensativa—. ¿Hace cuánto? ¿Cincuenta años?

Dulcinia ya no sabía adónde mirar.

—Yo era una novicia, Prelada, no una Hermana.

—Si mal no recuerdo, formasteis parte del tribunal. —Verna no apartaba los ojos de ella. Dulcinia asintió—. Y votasteis a favor de que la colgaran. No era más que una pobre muchacha que apenas llevaba unos años en palacio, y votasteis su muerte.

—Es la ley, Prelada —respondió la Hermana, con la cabeza gacha.

—Es la máxima pena que contempla la ley.

—Otras votaron lo mismo que yo.

—Lo sé. Hubo un empate de seis contra seis, y la prelada Annalina deshizo el empate al votar que se desterrara a la joven.

Finalmente los penetrantes ojos azules de Dulcinia buscaron los de la Prelada.

—Sigo pensando que se equivocó. Valdora juró venganza eterna; prometió que destruiría el Palacio de los Profetas, escupió a la Prelada a la cara y juró que un día la mataría.

—Dulcinia, siempre me he preguntado por qué fuiste elegida para formar parte del tribunal.

La Hermana tragó saliva.

—Porque yo era su maestra.

—¿De veras? Eras su maestra. —Verna chasqueó la lengua con desprecio—. ¿Dónde crees que Valdora aprendió a conjurar hechizos de amor?

Dulcinia recuperó el color de la tez de golpe.

—No logramos averiguarlo con total certeza. Seguramente fue su madre. Muchas veces la madre enseña a la joven bruja tales cosas.

—Sí, eso he oído, aunque personalmente no puedo saberlo. Mi madre no poseía el don; éste se saltó una generación. Pero en cambio tu madre lo tenía, ¿verdad?

—Así es. —Dulcinia se besó el dedo anular al tiempo que susurraba una plegaria al Creador. Era un acto de súplica y devoción muy frecuente pero que solía hacerse en privado—. Se está haciendo tarde, Prelada. No os entretenemos más.

Verna sonrió.

—Sí, buenas noches.

Dulcinia ejecutó una reverencia.

—Mañana por la mañana, después de consultarlo con la hermana Leoma, me ocuparé del asunto de la muchacha embarazada y el joven mago, tal como habéis ordenado.

—¡Ah! —Verna enarcó una ceja—. ¿De modo que ahora la hermana Leoma está por encima de la Prelada?

—No, no, Prelada —balbució Dulcinia—. Es sólo que a la hermana Leoma le gusta que yo... Creí que queráis que informara a vuestra consejera de vuestra decisión... para que no la pillara... por sorpresa.

—La hermana Leoma es mi consejera, Hermana. La informaré personalmente de mis decisiones si lo considero conveniente.

Phoebe contemplaba en silencio el intercambio de palabras girando la cabeza ora a la derecha ora a la izquierda.

—Se hará como deseéis, Prelada —dijo Dulcinia—. Os ruego que perdonéis mi... afán por seros de utilidad, Prelada.

Verna se encogió de hombros lo mejor que pudo, cargada como estaba con la pila de informes.

—Lo comprendo, Hermana. Buenas noches.

Afortunadamente ambas se marcharon sin discutir. Refunfuñando, Verna transportó el montón de papeles a su despacho y lo depositó pesadamente sobre su mesa, al lado de la pila que le quedaba por revisar. Armada con un trapo Millie limpiaba un rincón que nadie, ni en un siglo, se molestaría en comprobar si estaba sucio.

Excepto por los comentarios de Verna entre dientes y el sonido del trapo con el que Millie frotaba, el despacho débilmente iluminado se hallaba en silencio. Verna se acercó a un estante situado cerca de donde la criada, de rodillas, se afanaba y pasó un dedo por los libros, aunque sin ver realmente los títulos dorados grabados en los desgastados lomos de las antiguas cubiertas de piel.

—¿Cómo sientes esta noche tus viejos huesos, Millie?

—Oh, si empiezo a hablar, Prelada, no tardaríais en posar vuestras manos sobre mí para tratar de curar lo que no tiene remedio. La edad, ya sabéis... —Con una rodilla movió el cubo, disponiéndose a frotar otro trozo de la alfombra—. Todos nos hacemos viejos. Supongo que es voluntad del Creador, pues ningún mortal puede remediarlo. No obstante, he tenido una vida más larga de lo normal por trabajar en palacio. —La lengua le asomó por una comisura de la boca al frotar con más fuerza—. Sí, el Creador me ha concedido más años de los que realmente hubiera necesitado.

Verna siempre había visto a la enérgica mujercita afanada haciendo algo. Incluso cuando hablaba quitaba el polvo con brío, frotaba algo con el pulgar o arrancaba con la uña una mota de suciedad que nadie más podía ver.

Verna eligió un libro y lo abrió.

—Bueno, sé lo mucho que la prelada Annalina apreció contar contigo todos esos años.

—Sí, fueron muchos años. Creador mío, muchos, muchos años.

—Estoy descubriendo que una Prelada tiene muy pocas oportunidades para tener amigos. Me alegro de que ella contara contigo y estoy segura de que también para mí será un consuelo tenerte cerca.

Millie masculló una maldición por una pizca de suciedad que se le resistía.

—Oh sí, solíamos charlar hasta muy tarde. Vaya, era realmente una mujer maravillosa: sabia y amable. Escuchaba a todo el mundo, incluso a la vieja Millie.

Verna sonrió mientras distraídamente pasaba las páginas del libro, una obra sobre arcanas leyes de un reino tiempo atrás desaparecido.

—Fuiste muy amable al ayudarla con el anillo y la carta.

Millie alzó la vista y sus finos labios dibujaron una sonrisa. Incluso dejó de frotar.

—Ah, así que vos también estáis interesada en eso, como las otras.

—¿Otras? —Verna cerró el libro de golpe—. ¿Qué otras?

Millie sumergió el trapo en el agua jabonosa.

—Pues las Hermanas, Leoma, Dulcinia, Maren, Philippa, las otras. Ya sabéis quiénes, estoy segura. —La mujercita se lamió la yema de un dedo y limpió una pequeña mancha en la oscura madera, cerca del suelo—. Hubo otras que no recuerdo. La edad, ya sabéis. Todas vinieron a verme después del funeral. No juntas, claro está —añadió con una risita—. Vinieron una a una y sus ojos escrutaban las sombras mientras me preguntaban lo mismo que vos.

Verna ya no fingía ningún interés en los libros.

—¿Y qué les dijisteis?

Millie escurrió el trapo.

—Pues la verdad; la misma que os diré a vos, si es que deseáis oírla.

—Sí —replicó Verna, recordándose a sí misma que debía suavizar el tono—. Puesto que ahora yo soy la Prelada, creo que debería saberlo. ¿Por qué no descansas un rato y me lo cuentas?

Lanzando un gruñido de dolor, Millie se puso trabajosamente en pie y fijó su aguda mirada en Verna.

—Os lo agradezco, Prelada, pero tengo trabajo por hacer, ya sabéis. No quisiera que me tomarais por una holgazana que se dedica a parlotear cuando debería estar trabajando.

Verna dio una palmaditas en la espalda a la enjuta mujercita.

—Tranquila, Millie, jamás pensaría eso de ti. Cuéntame.

—Bueno, la prelada Annalina estaba en su lecho de muerte cuando la vi. También solía limpiar los aposentos de Nathan, ¿sabéis?, y allí era donde la veía. La Prelada sólo confiaba en mí para acercarme al Profeta, y no puedo decir que la culpe. El Profeta siempre era muy amable conmigo, excepto cuando lanzaba sus ataques, a gritos claro. No iban dirigidos contra mí, sino por su situación de prisionero durante tantos años. Supongo que eso acaba pasando un precio.

—Me imagino que era doloroso ver a la Prelada en ese estado.

—No os podéis hacer una idea —respondió la criada, posando una mano sobre el brazo de Verna—. Me rompía el corazón. Pero, pese al dolor, la Prelada conservaba el buen humor.

Verna se estaba mordiendo la parte interior de los labios.

—Me contabas sobre el anillo y la carta.

—Oh sí. —Millie parpadeó, extendió una mano y quitó una pelusilla de la hombrera del vestido que llevaba Verna—. Deberíais dejar que os lo cepillara. Si no, van a pensar que...

Verna la interrumpió cogiéndole la estropeada mano.

—Millie, esto es importante para mí. ¿Podrías decirme cómo llegó hasta ti el anillo?

Millie sonrió con gesto de disculpa.

—Ann me dijo que se estaba muriendo. Eso mismo dijo, sin rodeos: «Millie, me estoy muriendo». Yo lloraba desconsoladamente. Hacía mucho tiempo que éramos amigas. Ella sonrió y me cogió la mano, como vos acabáis de hacer, y me dijo que quería que hiciese una última cosa para ella. Se quitó el anillo del dedo y me lo entregó. En la otra mano me puso una carta sellada con cera que llevaba grabada el dibujo del sol.

»Me dio instrucciones para que, durante el funeral, colocara el anillo sobre la carta, encima del pedestal que debía poner allí. Me advirtió que, sobre todo, no colocara el anillo sobre la carta hasta el final o la magia que había conjurado alrededor me mataría. Me recordó varias veces que no los pusiera en contacto hasta tenerlo todo listo. Me indico los pasos que tenía que seguir y el orden. Y eso hice. Después de que me entregara el anillo, ya no volví a verla.

Verna miró por las puertas abiertas hacia el jardín que aún no había tenido tiempo de visitar.

—¿Cuándo fue eso?

—Eso es algo que ninguna de las otras Hermanas me preguntó —murmuró Millie para sí. Se frotó el labio inferior con uno de sus delgados dedos en un movimiento de vaivén—. Veamos. Fue hace bastante tiempo. Antes incluso del solsticio de invierno. Sí, fue justo después del ataque, el día que partisteis con el joven Richard. Oh, ése sí que era un buen muchacho. Siempre risueño y amable. Cuando me veía me sonreía y me saludaba cortésmente. La mayoría de los otros muchachos ni siquiera me ven aunque me tengan delante, pero el joven Richard siempre me veía y tenía una palabra amable para mí.

Verna escuchaba a medias. Recordaba el día al que se refería Millie. Ella y Warren habían acompañado a Richard para ayudarlo a atravesar el escudo que lo mantenía prisionero en palacio. Tras atravesar el escudo se dirigieron a la tierra de los baka ban mana y los condujeron a todos al valle de los Perdidos, su patria ancestral, de la que habían sido expulsados tres mil años atrás para erigir las torres que separarían el Viejo del Nuevo Mundo. Richard necesitaba la ayuda de su chamán.

El Buscador había desplegado un poder inimaginable —no sólo Magia de Suma sino también Magia de Resta— para destruir las torres, purificar el valle y devolvérselo a los baka ban mana, antes de partir en una misión desesperada para impedir que el Custodio del mundo de los muertos escapara por la

puerta abierta y penetrara en el mundo de los vivos. El solsticio de invierno llegó y pasó, y así supo Verna que Richard lo había logrado.

—Eso fue hace casi un mes —cayó de repente en la cuenta—. Bastante antes de morir.

—Pues sí. Diría que fue así.

—¿Me estás diciendo que te entregó el anillo casi tres semanas antes de morir? —Millie asintió—. ¿Por qué tan pronto?

—Me dijo que quería dármelo antes de que se deteriorase demasiado para poder despedirse de mí o para darme las instrucciones apropiadas.

—Entiendo. Y cuando volviste a verla después de eso, antes de que muriera, ¿estaba tan mal?

Millie suspiró y se encogió de hombros.

—Ya no volví a verla. Cuando regresé para verla y limpiar, los soldados me dijeron que Nathan y la Prelada habían dado órdenes estrictas para que no dejaran entrar a nadie. Nathan no quería que nadie le interrumpiera mientras trataba de curarla. Como deseaba que lo lograra, me marché de puntillas, sin meter ruido.

—Bueno, gracias por contármelo, Millie. —Echó un vistazo a su escritorio y a los montones de informes que la esperaban—. Creo que será mejor que vuelva al trabajo, o todos me creerán holgazana.

—Oh, qué lástima, Prelada. Hace una noche tan cálida y hermosa que deberíais disfrutarla en vuestro jardín privado.

Verna dejó escapar un gruñido.

—He tenido tanto trabajo que ni siquiera he tenido oportunidad de asomar la nariz fuera para echar una mirada al jardín privado de la Prelada.

Millie se dirigía hacia el cubo cuando, repentinamente, se dio media vuelta.

—¡Prelada! Acabo de recordar algo que Ann me dijo.

—¿Te dijo algo más? —inquirió Verna sin darle demasiada importancia—. ¿Quizás algo que dijiste a las demás y te habías olvidado de decirme a mí?

—No, Prelada —susurró Millie, yendo hacia ella rápidamente—. No, Ann me lo dijo y me advirtió que no lo dijera a nadie excepto a la Prelada. Pero por alguna razón se borró por completo de mi memoria hasta este momento.

—Es posible que también hechizara ese mensaje de modo que no lo recordaras para nadie excepto para la nueva Prelada.

—Es posible —replicó Millie, frotándose de nuevo el labio. Miró a Verna a los ojos y añadió—: A veces Ann hacía cosas como ésa. Podía ser muy tortuosa.

Verna sonrió sin humor.

—Lo sé perfectamente. Yo también fui víctima de sus manipulaciones. ¿Cuál es el mensaje?

—Me dijo que no trabajarais demasiado.

—¿Ése es el mensaje?

Millie asintió, se inclinó hacia ella y bajó la voz para decir:

—Y también dijo que deberíais usar el jardín para relajarnos. Cuando me dijo eso me cogió por el brazo, me acercó a ella y mirándome fijamente a los ojos añadió que os dijera que, sobre todo, visitarais el santuario de la Prelada.

—¿Santuario? ¿Qué santuario?

Millie se volvió y señaló por las puertas abiertas.

—Fuera, en el jardín, hay un pequeño edificio rodeado por árboles y arbustos. Ella lo llamaba su santuario. Yo nunca he estado allí. Ann nunca me permitió entrar para limpiar. Decía que ella misma lo limpiaba porque un santuario es un lugar sacrosanto, donde estar sola sin que nadie más pusiera nunca los

pies allí. De vez en cuando iba allí, creo que para rezar y pedir que el Creador la guiara, o quizá simplemente para estar sola. Me recalcó que os dijera que lo visitarais.

Verna soltó un suspiro de exasperación.

—Supongo que fue su modo de decirme que necesitaría la ayuda de Creador para despachar todo este papeleo. A veces tenía un sentido del humor muy retorcido.

Millie se rió entre dientes.

—Sí, Prelada, muy cierto. Era retorcida. Que el Creador me perdone —dijo, cubriéndose las ruborizadas mejillas—. Aunque también era una mujer muy amable y nunca pretendía hacer daño con su sentido del humor.

—No, supongo que no.

Verna se frotó las sienes mientras se dirigía al escritorio. Estaba cansada y no se sentía capaz de leer más informes soporíferos. De repente se detuvo y se volvió hacia Millie. Por las puertas del jardín abiertas de par en par entraba el fresco aire de la noche.

—Millie, es tarde, ¿por qué no cenas ya y te vas a la cama? El descanso es lo mejor para los huesos cansados.

—¿De veras, Prelada? —sonrió Millie—. ¿No os importa tener un despacho sucio?

Verna se echó a reír.

—Millie, he vivido al aire libre tantos años que incluso me gusta la suciedad. Está bien, de verdad. Que descanses.

Desde el umbral de las puertas que daban al jardín contempló el suelo moteado por la luz de la luna, que estaba más allá de un paisaje de árboles y enredaderas. Millie recogió sus trapos y el cubo.

—Buenas noches, Prelada. Disfrutad del jardín.

Verna oyó que la puerta se cerraba y luego todo quedó en silencio. Se quedó allí sintiendo la brisa cálida y húmeda, aspirando el fragante aroma de hojas, flores y tierra.

Tras dar un último vistazo al despacho, se sumergió en la noche.

22

Verna inspiró una profunda bocanada del aire húmedo y refrescante de la noche. Fue como un tónico. Notaba cómo sus músculos se relajaban mientras recorría un estrecho sendero que serpenteaba entre arriates de azucenas que apenas asomaban, cerezos silvestres en flor y exuberantes arbustos de arándanos, esperando que los ojos se acostumbraran a la luz de la luna. Por encima de los densos arbustos los árboles desplegaban su amplio ramaje. Era como si le ofrecieran las ramas para que las tocara, o la suave fragancia de sus hojas y flores para que la inhalara.

Aunque era demasiado pronto para que los árboles estuvieran en flor, en el jardín de la Prelada crecían árboles muy poco comunes: achaparrados, de tronco retorcido y amplio ramaje, que florecían todo el año, aunque solamente daban fruto en la temporada. En el Nuevo Mundo Verna se había topado con un bosquecillo de árboles siempre en flor y había descubierto que era un lugar frecuentado por los escurridizos geniecillos nocturnos, unas frágiles criaturas que solamente eran visibles de noche bajo la apariencia de chispas de luz.

Después de convencer a los geniecillos de que no llevaban malas intenciones, ella y las dos Hermanas que la acompañaban habían pasado varias noches allí, hablando con ellos acerca de cosas sencillas. Por los geniecillos supieron de la benevolencia de los magos y de las Confesoras que gobernaban la alianza de la Tierra Central. A Verna la complació averiguar que la gente de la Tierra Central protegía los lugares mágicos y permitía que las criaturas que los habitaban vivieran en paz y soledad.

Aunque también en el Viejo Mundo existían parajes habitados por seres mágicos, en ningún lugar eran tan numerosos ni variados como en esos paraísos del Nuevo Mundo. Asimismo, algunos de esos seres la habían enseñado a ser más tolerante, a comprender que en el mundo existían muchas y frágiles maravillas del Creador y que lo mejor que podía hacer la humanidad era dejarlas en paz.

Ésa era una idea que en el Viejo Mundo no se compartía, y eran muchos los lugares en los que la magia espontánea se había sometido a control para impedir que cosas que no se plegaban a la razón hicieran daño o mataran a la gente. En esos casos se consideraba que la magia era «inconveniente». En muchos aspectos, el Nuevo Mundo seguía siendo un lugar virgen, tal como el Viejo Mundo lo era miles de años atrás antes de que la humanidad lo convirtiera en un lugar seguro y, en cierto modo estéril, por querer dominarlo.

Verna echaba de menos el Nuevo Mundo. En ningún otro lugar se había sentido tan a gusto como allí. En un estanque junto al sendero, los patos se balanceaban en el agua mientras dormían con la cabeza metida entre las alas, al tiempo que invisibles ranas croaban entre los juncos. De vez en cuando veía a un murciélago que descendía en picado hacia la superficie del agua para atrapar a un insecto en el aire. Las sombras de la luna jugueteaban en la orilla cubierta de hierba al son del murmullo que producía la suave brisa al pasar entre las hojas.

Justo pasado el estanque, una pequeña senda doblaba hacia un grupo de árboles que se alzaban entre densos matorrales apenas tocados por la luz de la luna. Verna sintió que ése era el lugar que buscaba, por lo que abandonó el sendero principal y se internó en las sombras que la aguardaban. A diferencia del cuidado aspecto que ofrecía el resto del jardín, aquella pequeña zona había sido dejada al capricho de la naturaleza.

Tras cruzar una angosta brecha en la pared de espinos, Verna se encontró con una pequeña y encantadora construcción de cuatro aguilonos. Cada uno de los tejados se inclinaba describiendo una suave curva que remataba en un alero apenas más alto que la cabeza de la mujer. Frente a cada aguilon, a cierta distancia, crecía un impresionante ginkgo, las ramas de los cuales se entrelazaban sobre el edificio.

Las eglantinas abrazaban el suelo cerca de los muros, invadiendo el cautivador recinto con su aroma. En lo alto de cada aguilón se abría una ventana redonda, demasiado alta para mirar por ella.

La senda moría en uno de los muros rematados por un aguilón. Verna descubrió una puerta arqueada y toscamente labrada con la imagen del sol grabada en el centro. Tenía tirador, pero no cerradura. Verna tiró, pero la puerta no se movió ni un ápice. Obviamente estaba protegida con un escudo.

Verna palpó el borde con los dedos para tratar de determinar la naturaleza del escudo o el modo de traspasarlo. Únicamente notó una gélida sensación que la impulsó a apartar la mano.

Entonces se abrió a su han, dejando que la dulce luz la inundara con esa sensación cálida y familiar. Tan glorioso era estar más cerca del Creador que tuvo que reprimir una exclamación. De repente el aire se llenó con miles de fragancias; en su carne sentía la humedad, el polvo, el polen y la sal del océano; a sus oídos llegaban sonidos del mundo de los insectos, de pequeños animales y retazos de palabras transportados desde kilómetros de distancia por volátiles y etéreos dedos. Verna trató de captar cualquier indicio de una presencia cercana, de alguien con Magia de Suma. Pero nada oyó.

Entonces dirigió el han hacia la puerta. La investigación le dijo que todo el edificio estaba rodeado por una red, una red distinta a todas las que hubiese sentido antes, pues se había entretejido elementos de hielo y espíritu. Hasta ese momento ni siquiera lo creía posible. Hielo y espíritu luchaban como dos gatos metidos en un saco, aunque también ronroneaban satisfechos, como si formasen parte de un todo. Verna no tenía ni idea de cómo romper ese tipo de escudo y mucho menos eliminarlo.

Al unirse con su han de pronto le vino la inspiración. Alzó una mano y tocó con su anillo de Prelada el sol grabado en la puerta. Ésta se abrió en silencio.

Verna entró y colocó el anillo en el sol grabado en el lado interior de la puerta. Obedientemente la puerta se cerró. Con su han sentía el impenetrable escudo que rodeaba el edificio. Nunca se había sentido tan aislada, tan sola, ni tan segura.

Las velas prendieron solas. Verna supuso que estaban conectadas con el escudo. La luz de las diez velas, agrupadas en dos candeleros de cinco brazos, era más que suficiente para iluminar el interior del pequeño santuario. Los candeleros ocupaban ambos lados de un pequeño altar cubierto con un lienzo blanco ribeteado con hilo dorado. Sobre el lienzo reposaba un cuenco perforado, seguramente para quemar resinas aromáticas. En el suelo, delante del altar, vio una almohadilla roja de brocado festoneada con borlas doradas para arrodillarse.

En los huecos formados por los cuatro aguilonos apenas había espacio suficiente para la cómoda silla colocada en uno de ellos. En otro estaba el altar, en el tercero una diminuta mesa con un taburete de tres patas y en el cuarto, además de la puerta, un banco con arcón con una manta perfectamente doblada, seguramente para taparse el regazo, pues tumbarse en ese exiguo espacio era del todo imposible.

Verna recorrió el santuario preguntándose qué se suponía que debía hacer allí. La prelada Annalina le había dejado el mensaje de que visitara ese lugar. Pero ¿para qué? ¿Qué debía hacer allí?

Se dejó caer en la silla mientras con la mirada recorría las diversas caras de las paredes, que reseguían los ángulos que formaban los extremos de los aguilonos. Tal vez debía ir allí para relajarse. Annalina conocía muy bien el trabajo de ser Prelada y tal vez sólo quería que su sucesora conociera un lugar en el que estar sola, un lugar en el que alejarse de la gente que la abrumaba con informes. Verna tamborileó con los dedos sobre un brazo de la silla. No era probable.

No le apetecía estar sentada. Tenía cosas más importantes que hacer, por ejemplo, revisar informes que no se leerían solos. Con las manos enlazadas en la espalda paseó alrededor del pequeño santuario. Estaba perdiendo el tiempo. Por fin, soltó un exasperado suspiro y alzó la mano hacia la puerta, pero se detuvo antes de que el anillo tocara el sol grabado.

Se volvió, se quedó mirando algo fijamente y entonces se alzó el vestido y se arrodilló en la almohadilla. Quizás Annalina quería que rezara al Creador para que la guiara. Se suponía que la Prelada debía ser una persona piadosa, aunque era absurdo pensar que necesitaba un lugar especial en el que rezar. El Creador lo había creado todo, por lo que todos los lugares eran especiales. ¿Para qué necesitaría

alguien un sitio especial en el que suplicar su guía? Por especial que fuese ese lugar, lo importante era lo que una sentía en el fondo de su corazón. Ningún lugar podía compararse con la experiencia de unirse al propio han.

Con un suspiro irritado Verna juntó las manos y espero. Pero no estaba de humor para rezar al Creador en un lugar en el que sentía la obligación de hacerlo. La sacaba de quicio que incluso después de muerta Annalina la siguiera manipulando. Su mirada vagó por las paredes desnudas mientras que con un pie daba golpecitos en el suelo. Annalina trataba de seguir controlándola desde el otro mundo. ¿No había tenido suficiente durante todos esos años en los que fue Prelada? Cualquiera diría que sí, pero no, Annalina tenía que planificarlo todo para que, incluso después de muerta, pudiera...

Los ojos de Verna se posaron en el cuenco. Había algo dentro y no eran cenizas.

Extendió el brazo y cogió un paquete pequeño envuelto en papel y atado con cuerda. Le dio vueltas entre los dedos, inspeccionándolo. Tenía que ser eso. Tenía que ser eso por lo que la había enviado allí. Pero ¿por qué dejarlo allí? Debido al escudo nadie excepto la Prelada podía entrar. Era el único lugar donde esconder algo si uno quiere que solamente la Prelada lo encuentre.

Verna tiró de los extremos del lazo y dejó caer la cuerda en el cuenco. Colocó el paquete en la palma de su mano, retiró el envoltorio y miró qué había dentro.

Un libro de viaje.

Finalmente sus dedos recuperaron la movilidad, sacó el libro del envoltorio y lo hojeó pasando las páginas con el pulgar. Estaba en blanco.

Los libros de viaje eran objetos mágicos —como el dakra— creados por los mismos magos que impregnaron el Palacio de los Profetas con Magia de Suma y de Resta. En los últimos tres mil años nadie, excepto Richard, había nacido con Magia de Resta. Algunos la habían adquirido estudiándola por vocación, pero solamente en Richard era una magia innata.

Los libros de viaje se empleaban para transmitir mensajes; lo que se escribía en uno con la caña que se guardaba en el lomo aparecía por arte de magia en su libro gemelo. Por lo que las Hermanas habían llegado a determinar, el mensaje que se escribía en uno aparecía simultáneamente en el otro. Puesto que la caña servía también para borrar viejos mensajes, los libros nunca se agotaban y se utilizaban una y otra vez.

Las Hermanas que partían en busca de los muchachos nacidos con el don los llevaban consigo. Casi siempre las Hermanas tenían que atravesar la barrera erigida en el valle de los Perdidos y adentrarse en el Nuevo Mundo para recuperar al muchacho y ponerle el rada'han al cuello, a fin de que el don no le causara ningún perjuicio hasta que aprendiera a controlar su magia. Una vez habían atravesado la barrera ya no había vuelta atrás en busca de consejo o guía; a cada Hermana sólo se le permitía un viaje de ida y otro de vuelta. Sin embargo, Richard había destruido las torres así como las tormentas de hechizos que conjuraban.

Los muchachos, que no comprendían el don que poseían, no lo controlaban y emitían reveladoras señales. Algunas Hermanas de palacio eran sensibles a las alteraciones en los flujos de poder y las detectaban. Puesto que no todas las Hermanas poseían ese talento y no se podía correr el riesgo de ponerlas en peligro, eran otras las que partían y se llevaban un libro de viaje para comunicarse con el palacio. Si algo ocurría, por ejemplo que el muchacho cambiara de lugar, necesitarían que las guiaran para dar con él.

Ni que decir tiene que un mago podía enseñar a los muchachos a controlar el don y evitar los numerosos peligros que comportaba y, de hecho, ése era el método preferido. No obstante, no siempre había un mago a mano o dispuesto a asumir la responsabilidad. Mucho tiempo atrás las Hermanas llegaron a un acuerdo con los magos del Nuevo Mundo: en ausencia de un mago se permitía que las Hermanas de la Luz salvaran la vida al muchacho llevándoselo al Palacio de los Profetas, donde le enseñarían a usar su don. Por su parte, las Hermanas juraron no llevarse a ningún muchacho si un mago estaba dispuesto a enseñarle.

Si las Hermanas violaban ese trato, los magos matarían a cualquiera de ellas que volviera a poner los pies en el Nuevo Mundo. La prelada Annalina había violado el acuerdo al llevar a Richard al palacio, y Verna había sido el instrumento involuntario de tal vulneración del acuerdo.

En ocasiones, varias Hermanas emprendían simultáneamente viajes para recuperar a muchachos. Verna había descubierto en su despacho una caja llena de libros de viaje, atados en parejas. Los libros sólo funcionaban con sus gemelos. Así pues, antes de partir se tomaban precauciones para asegurarse de que las Hermanas no marchaban con un libro equivocado. Los libros se separaban y se probaban. Los viajes eran peligrosos, razón por la cual las Hermanas llevaban siempre un dakra escondido en la manga.

Por lo general un viaje duraba varios meses y en ocasiones excepcionales hasta un año. Pero el viaje de Verna se había prolongado durante más de veinte años. Era algo insólito en la historia del palacio, aunque también era cierto que habían transcurrido tres mil años desde la última vez que nació alguien como Richard. Verna había perdido veinte años que jamás recuperaría. En el mundo exterior las Hermanas envejecían. En el Palacio de los Profetas habría necesitado casi trescientos años para envejecer igual que los veinte años que pasó fuera. Así pues, no sólo había sacrificado veinte años en la misión que le encomendara la prelada Annalina, sino casi trescientos años.

Peor aún, durante todo ese tiempo Annalina sabía perfectamente dónde estaba Richard. Aunque la Prelada había actuado de ese modo para permitir que se cumplieran las profecías necesarias para que Richard pudiera detener al Custodio, a Verna le dolía que la Prelada no le hubiera confiado que ese viaje, en el que Verna malgastó gran parte de su vida, no era más que un señuelo.

Verna se reprendió. No había malgastado nada. Durante ese tiempo realizó la obra del Creador. El hecho de que ignorara algunos datos no importaba. Muchas personas se afanaban durante toda la vida por alcanzar metas sin sentido. Al menos ella se había esforzado durante veinte años para lograr algo que había salvado al mundo de los vivos.

Sin olvidar que esos veinte años seguramente habían sido los mejores de su vida. Los había pasado vagando por el mundo, libre, acompañada por otras dos Hermanas de la Luz, conociendo extraños lugares y extraños pueblos. Había dormido bajo las estrellas, había visto lejanas montañas, llanuras, ríos, suaves colinas, aldeas, villas y ciudades que pocas personas habían visto. Había tomado sus propias decisiones y había aceptado las consecuencias. No había tenido que leer ni un informe; ella «hacía» los informes. No, no había perdido nada. De hecho, había ganado mucho más de lo que hubiera ganado de haberse quedado cómodamente sentada en palacio durante trescientos años.

Una lágrima le cayó en una mano. Verna se enjuagó las mejillas. Echaba de menos ese viaje. Mientras duró creía que lo odiaba y sólo ahora se daba cuenta de lo mucho que había significado para ella. Con dedos temblorosos dio vueltas al libro de viaje, notando su forma y su peso tan familiares; la granulosa textura de la piel y esos tres bultitos en la parte superior de la portada.

Bruscamente se lo acercó a los ojos para examinarlo a la luz de las velas. Los tres bultos, el hondo araño en la parte inferior del lomo... era el mismo libro. Después de llevarlo encima veinte años era imposible confundirlo con otro. Era *su* libro. Había examinado distraídamente todos los libros de viaje del despacho buscando el suyo, pero sin encontrarlo. Ahí estaba.

¿Cómo habría llegado hasta allí? Se acercó el papel en el que había estado envuelto y vio algo escrito. A la luz de una vela leyó:

«Guárdalo con tu propia vida».

Dio la vuelta al papel, pero eso era todo. *«Guárdalo con tu propia vida».*

Verna conocía la letra de la Prelada. Cuando después del largo periplo por fin dio con Richard, resultó que se le prohibió interferir con él ni usar el rada'han para controlarlo, aunque al mismo tiempo se le exigía que condujera a palacio a un hombre ya adulto muy distinto de cualquier poseedor del don que hubieran conocido hasta la fecha. Indignada, Verna envió un mensaje a palacio: *«Soy la Hermana que está al cargo de este muchacho. Estas órdenes no son solamente irrazonables sino también absurdas. Exijo conocer el significado de estas instrucciones. Exijo saber con qué autoridad han sido dictadas.»*

La respuesta fue: «*Obedecerás las instrucciones o sufrirás las consecuencias. No te atrevas a poner nunca más en duda las órdenes de palacio. De mi propia mano, la Prelada.*»

La reprimenda de la Prelada se le grabó a fuego en la memoria así como la letra en que estaba escrita. Las palabras escritas en el envoltorio eran de la misma mano.

Ese mensaje había sido una espina clavada en el corazón, pues le prohibía hacer aquello para lo que había sido entrenada. Una vez en el palacio descubrió que Richard poseía Magia de Resta y que, de haber usado el collar, muy probablemente Richard la habría matado. Con ese mensaje la Prelada pretendía salvarle la vida pero la mortificaba no haber sido informada. Eso era lo que más la irritaba: que la Prelada no le hubiera dado razones.

Ahora lo entendía, por supuesto. El palacio albergaba también a Hermanas de las Tinieblas y la Prelada no podía poner en juego la salvación del mundo. No obstante, emocionalmente aún no lo había asimilado. La razón y los sentimientos no siempre andaban parejos. Como Prelada empezaba a comprender que a veces era imposible convencer a los demás de la necesidad de hacer algo, por lo que no quedaba más remedio que impartir órdenes. A veces una tenía que utilizar a los demás para alcanzar una meta justa.

Verna dejó caer el papel en el cuenco y lo prendió con su han. Miró cómo se consumía hasta quedar reducido a cenizas.

En la mano apretaba con fuerza el libro de viaje, *su* libro de viaje. Qué agradable era haberlo recuperado. Desde luego, no le pertenecía a ella, en realidad era de palacio, pero después de tantos años lo sentía como propio; era como un viejo amigo.

¿Dónde estaría el otro?, pensó de repente. Ese libro tenía un gemelo. ¿Quién lo tenía?

Contempló el libro presa de súbito temor. Tenía entre las manos algo potencialmente peligroso y, para variar, Annalina se había callado parte de la verdad. Tal vez el gemelo estaba en manos de una Hermana de las Tinieblas. Ése podría ser el modo de Annalina para decirle que si encontraba el gemelo encontraría una Hermana de las Tinieblas. Pero ¿cómo? ¿No podía escribir quién era y dónde estaba?

Verna se besó el dedo anular, en el que llevaba el anillo, y se puso en pie.

«*Guárdalo con tu propia vida.*»

Los viajes entrañaban peligros. En ocasiones las Hermanas eran capturadas y morían en manos de pueblos hostiles protegidos con magia propia. En tales casos solamente podían defenderse con el dacia, una especie de cuchillo capaz de arrebatar instantáneamente la vida, aunque no siempre eran suficientemente rápidas. Verna seguía llevando el suyo en la manga. Y mucho tiempo atrás cosió en la parte posterior del cinturón una bolsa en la que esconder el libro de viajes y tenerlo seguro.

Allí fue donde lo metió. Verna dio golpecitos al cinturón. Era agradable volver a sentir allí el libro.

«*Guárdalo con tu propia vida.*»

Querido Creador, ¿quién tendría el otro?

Verna irrumpió en la oficina, y la hermana Phoebe saltó como si alguien le hubiera clavado un alfiler en el trasero.

—Prelada... —dijo muy ruborizada— me habéis asustado. No estabais en vuestro despacho... Creí que os habíais ido a acostar.

La mirada de Verna se posó en la mesa cubierta de informes.

—Pensé que te había dicho que ya era suficiente por hoy y que te fueras a descansar.

Phoebe se retorció los dedos.

—Sí, eso dijisteis. Pero recordé que había olvidado verificar unas cuentas y temía que al reparar en ello me pidierais explicaciones, por lo que corrí hasta aquí para verificarlas.

Verna debía ir a un sitio, pero se replanteó el modo de llegar hasta allí. Con las manos enlazadas dijo a Phoebe:

—Phoebe, quisiera que llevaras a cabo una tarea que la prelada Annalina confiaba a sus administradoras.

—¿De veras? ¿Qué es?

Verna señaló su despacho.

—He estado fuera, en mi jardín, rogando al Creador que me guiara y he recibido la inspiración de que en estos tiempos tan duros debería consultar las profecías. Cada vez que la prelada Annalina hacía esto mismo, sus administradoras despejaban las criptas para que nadie espicara lo que leía. ¿Te gustaría desocupar las criptas para mí, como hacían sus administradoras?

La joven se puso de pie de un salto.

—¡Me encantaría, Verna!

Qué joven era, se dijo Verna con cierta irritación. Aunque nadie lo hubiese dicho, eran de la misma edad.

—Pues ya puedes ir. Yo antes tengo que ocuparme de unos asuntos de palacio.

La hermana Phoebe cogió a toda prisa su chal blanco y se lo echó sobre los hombros mientras corría hacia la puerta.

—Phoebe. —El redondo rostro de la joven se asomó por el quicio—. Si Warren está en las criptas, que se quede. Tengo algunas preguntas y él es el más indicado para indicarme los volúmenes adecuados. Eso me ahorrará tiempo.

—De acuerdo, Verna —dijo Phoebe casi sin aliento. A Phoebe le encantaba el papeleo, probablemente porque se sentía útil de un modo que no se habría sentido hasta contar con otros cien años de experiencia. Verna había acortado ese espacio de tiempo al nombrarla administradora de la Prelada. Sin embargo, la perspectiva de impartir órdenes aún parecía gustarle más que escribir informes—. Ahora mismo voy. Cuando llegues allí, las criptas estarán despejadas. Gracias por pedírmelo a mí en lugar de a Dulcinia.

Verna recordó lo parecidas que habían sido veinte años atrás y se preguntó si ella también había sido tan inmadura cuando Annalina la envió de viaje. Era como si en los años que había pasado lejos de palacio hubiese madurado más que Phoebe no sólo en el aspecto físico. Seguramente se aprendía más en el mundo exterior que quedándose recluida en el Palacio de los Profetas.

—Es como una de nuestras antiguas travesuras, ¿verdad? —sonrió Verna.

Phoebe soltó una risita.

—Así es, Verna. Pero nadie nos castigará a ensartar mil rosarios. —Phoebe echó a correr por el pasillo, con la falda y el chal ondeando a su espalda.

Cuando Verna completó el descenso hasta la enorme puerta de piedra redonda de casi dos metros de grosor, que permitía el acceso a las criptas excavadas en el lecho de roca sobre el que se erigía el palacio, Phoebe conducía afuera a seis Hermanas, dos novicias y tres muchachos. No tenía nada de extraño despertar a los estudiantes en plena noche para impartirles lecciones, por ejemplo en las criptas. El Creador no tenía horarios, y ellos debían aprender que su obra tampoco. Todos se inclinaron ante la Prelada.

—Que el Creador os bendiga —les dijo Verna. Iba a disculparse por haberles interrumpido en su trabajo y haberles echado de las criptas, pero se recordó que era la Prelada y que no tenía que disculparse ante nadie. La palabra de la Prelada era ley y debía ser obedecida sin preguntas. No obstante, le costaba no explicar sus acciones.

—No queda nadie, Prelada, excepto quien vos me indicasteis —declaró Phoebe en tono majestuoso—. Está en una de las salas pequeñas.

Verna se lo agradeció con un leve asentimiento y luego fijó su atención en las novicias, que la miraban con respeto reverencial.

—¿Cómo van los estudios? —les preguntó.

Ambas le hicieron una reverencia, temblando como las hojas de un álamo temblón. Una de ellas tragó saliva y respondió con un hilo de voz, muy ruborizada:

—Muy bien, Prelada.

Verna recordó la primera vez que la Prelada se había dirigido a ella. Había sido como si el Creador en persona le hablara. También recordaba cuánto había significado para ella la sonrisa de la Prelada, cómo la había sostenido e inspirado.

Así pues, se agachó y las atrajo a ambas hacia sí, una en cada brazo, y les dio un beso en la frente.

—Si alguna vez necesitáis algo, no dudéis en acudir a mí. Estoy para ayudaros y os amo como a todas las criaturas del Creador.

Radiantes, las dos muchachas volvieron a hacerle una reverencia, pero ya no temblaban tanto. Tenían los ojos clavados en el anillo de oro. Como si el anillo les recordara algo, se besaron el dedo anular al tiempo que murmuraban una plegaria. Verna las imitó. Al verlo, las dos chicas abrieron mucho los ojos.

—¿Os gustaría besar el anillo que simboliza la Luz que todas seguimos? —Ambas asintieron gravemente y se arrodillaron una después de la otra para besar el anillo en forma de sol.

—¿Cómo os llamáis? —les preguntó Verna, apretándoles los estrechos hombros.

—Helen, Prelada.

—Valery, Prelada.

—Helen y Valery. —Verna sonrió espontáneamente—. Recordad, novicias Helen y Valery, que aunque muchas personas, por ejemplo las Hermanas, saben más que vosotras y pueden enseñaros mucho, todos somos iguales a los ojos del Creador, incluso yo. Todos somos sus hijos.

Verna se sentía muy incómoda siendo objeto de veneración pero sonrió y despidió al grupo con un ademán. Obedientemente ambas se alejaron.

Una vez que hubieron desaparecido tras una esquina, posó una mano sobre la fría placa de metal fijada al muro para abrir el escudo que protegía las criptas. El suelo tembló bajo sus pies cuando la enorme puerta redonda empezó a moverse. No era habitual que la puerta principal de las criptas estuviera cerrada; excepto en circunstancias especiales sólo la Prelada sellaba la entrada. Verna entró y la puerta se cerró a su espalda con un chirrido. En las criptas reinaba un sepulcral silencio.

Fue dejando atrás viejas y desgastadas mesas atestadas de papeles y algunos de los libros de profecías más sencillos; las Hermanas habían estado impartiendo lecciones. Las lámparas colgadas en los muros de piedra tallada poco contribuían a disminuir la sensación de noche perpetua. Entre los sólidos pilares que sostenían las bóvedas se extendían largas hileras de estanterías.

Encontró a Warren en una de las salas del fondo. Eran pequeñas salas excavadas en la roca, de acceso restringido y separadas del resto por puertas y escudos. La sala que el joven ocupaba guardaba algunos de los volúmenes más antiguos, escritos en d'haraniano culto; un idioma que pocos conocían, entre ellos Warren y la antigua Prelada.

Cuando entró en el ámbito iluminado, Warren, apoyado en la mesa con los brazos cruzados sobre ella, simplemente alzó la vista.

—Phoebe me ha dicho que querías usar las criptas —dijo con tono distraído.

—Warren, tenemos que hablar. Ha ocurrido una cosa.

El joven pasó una página del libro que tenía delante y respondió sin mirarla:

—Ah, bueno.

Verna frunció el entrecejo y acercó una silla a la mesa, junto al joven, pero no se sentó. Con un hábil giro de la muñeca empuñó el dakra con la siniestra. El dakra, con una vara plateada en vez de filo, se usaba a modo de cuchillo, aunque no era la herida lo que causaba la muerte; el dakra era un arma imbuida con magia ancestral. Usada conjuntamente con el han de su poseedor consumía la fuerza vital de la víctima con independencia de la herida infligida. No había defensa contra su magia.

Warren alzó hacia ella sus enrojecidos ojos.

—Warren, quiero que tengas esto.

—Es un arma de las Hermanas.

—Posees el don, por lo que te servirá tanto como a mí.

—¿Qué quieres que haga con ella?

—Protegerte.

—¿A qué te refieres? —inquirió él con extrañeza.

—Las Hermanas de las... —Verna volvió los ojos a la sala común. Aunque estaba vacía, era imposible saber desde qué distancia podría estar escuchándolos alguien con Magia de Resta. Después de todo, habían oído a la prelada Annalina nombrarlas. Así pues, bajó la voz—. Ya sabes. Warren, el don no te protegerá de ellas. Pero esto sí. No hay protección frente al dacra. Ninguna. —Verna hizo girar el arma en su mano con una gracia fruto de la práctica, pasándosela por el dorso de los dedos. El apagado color plateado no era más que una mancha borrosa a la luz de las lámparas. Finalmente asió el arma y se la tendió a Warren—. Tengo más en el despacho. Éste es para ti.

Warren lo rechazó con un gesto de la mano.

—No sé cómo usarlo. Lo mío es leer viejos libros.

Verna lo agarró por el cuello de su túnica violeta y acercó la cara del joven a la suya.

—Simplemente clávasela. Vientre, pecho, espalda, cuello, brazo, mano, pie... no importa. Tú se la clavas estando envuelto en tu han, y morirán antes de que tengas tiempo de parpadear.

—No llevo unas mangas como las tuyas. Me caerá.

—Warren, da igual dónde lleves el dacra. Las Hermanas practican durante horas con él y lo llevan en la manga para tenerlo siempre a mano. Lo hacemos para protegernos en los viajes. No importa dónde lo lleves pero debes llevar uno. Póntelo en un bolsillo, si quieres. Pero acuérdate de no sentarte encima.

Con un suspiro, Warren tomó el dacra.

—Si eso te hace feliz... Pero dudo de ser capaz de matar a nadie.

Verna le soltó la túnica y desvió la mirada.

—Te sorprendería saber de lo que eres capaz en caso necesario.

—¿Para eso has venido? ¿Para entregarme el dacra?

—No. —La Prelada se sacó el pequeño libro de la bolsa oculta tras el cinturón y lo arrojó sobre la mesa, ante Warren—. He venido por esto.

—¿Vas a alguna parte, Verna? —inquirió él, mirándola por el rabillo del ojo.

Ceñuda, Verna le propinó un golpe en el hombro.

—Pero ¿qué pasa contigo?

—Estoy cansado; eso es todo —contestó él, apartando el libro—. ¿Qué hay de especial en un libro de viaje?

—La prelada Annalina me dejó un mensaje para que fuese a su santuario privado, en su jardín —respondió en voz baja—. Estaba protegido con un escudo de hielo y espíritu. —Warren enarcó una ceja. Verna le mostró el anillo—. El anillo lo abre. Dentro encontré este libro de viaje. Estaba envuelto en un papel en el que sólo decía: «*Guárdalo con tu propia vida*».

Warren cogió el librito y pasó las páginas en blanco.

—Probablemente quería enviarte instrucciones —comentó Warren.

—¡Pero está muerta!

—Ya. ¿Y crees que eso la detendría?

Verna no pudo reprimir una sonrisa.

—Tal vez tienes razón. Tal vez quemamos al gemelo junto con ella, y su intención era dirigir mi vida desde el otro mundo.

Nuevamente Warren adoptó una expresión hosca.

—Bueno, ¿y quién tiene el otro?

Verna se alisó el vestido por detrás de las rodillas, tomó asiento y arrimó la silla.

—No lo sé. Me preocupa que sea una especie de indicio acusador. Que sea un modo de decirme que si descubro quién tiene el otro, descubriré al enemigo.

—Eso es absurdo —arguyó Warren—. ¿Qué es lo que te lleva a pensar tal cosa?

—No sé, Warren —repuso ella, agobiada—. Es lo único que se me ocurre. ¿Se te ocurre una explicación más sensata? ¿Por qué, si no, me ocultó quién tiene el otro? Si es alguien que creía que nos ayudaría, alguien que está de nuestro lado, lo más lógico hubiera sido que me hubiera dicho su nombre, o al menos que lo tenía un amigo.

Warren clavó de nuevo la mirada en la mesa.

—Supongo que sí.

—Warren, ¿qué te pasa? —preguntó Verna en tono precavido—. Nunca te había visto así.

Ambos intercambiaron una larga mirada.

—He leído unas profecías que no me gustan.

Verna escrutó su rostro.

—¿Qué es lo que dicen?

Tras una larga pausa dio la vuelta con dos dedos a un papel puesto del revés y lo empujó hacia ella. Verna lo cogió y leyó en voz alta:

«Cuando la Prelada y el Profeta sean entregados a la Luz en el sagrado rito, las llamas llevarán a ebullición un caldero de engaño y promoverán el ascenso de una falsa Prelada, que reinará sobre los muertos del Palacio de los Profetas. En el norte, aquel vinculado a la hoja la abandonará por la sliph plateada, a la que insuflará de nuevo vida, y ella lo entregará a los brazos de los perversos».

Verna tragó saliva sin atreverse a mirar los azules ojos de Warren. Dejó el papel sobre la mesa y cruzó las manos en el regazo para que dejaran de temblar. En silencio y con la vista baja, no encontraba nada que decir.

—Es una profecía de una bifurcación verdadera —manifestó al fin Warren.

—Una afirmación muy atrevida viniendo de alguien con tanto talento para las profecías como tú, Warren. ¿Qué antigüedad tiene?

—Apenas un día.

—¿Qué? —susurró, mirándolo con ojos desorbitados—. Warren, ¿me estás diciendo que... que tú has tenido esta profecía? ¿Que por fin has tenido una profecía?

—Así es —respondió él, devolviéndole la mirada de ojos enrojecidos—. Caí en una especie de trance y, en ese estado de éxtasis, tuve una visión de fragmentos de esta profecía junto con las palabras. Creo que también Nathan las tenía así. ¿Recuerdas que te dije que empezaba a entenderlas de un modo distinto? Las profecías deben ser reveladas a través de las visiones.

—Pero todos estos libros —dijo señalando a su alrededor— contienen profecías, no visiones. Las profecías son palabras.

—Las palabras no son más que un modo de transmitir las, son claves que desencadenan una visión en las personas dotadas con el don de la profecía. Pese a llevar tres mil años estudiándolas, las Hermanas sólo tienen un conocimiento muy parcial de ellas. Estas palabras fueron escritas para transmitir el conocimiento a otros magos a través de visiones. Eso es lo que aprendí cuando me llegó la profecía. Fue como abrir una puerta en mi mente. Durante todo este tiempo tenía la llave dentro de mi cabeza.

—¿Me estás diciendo que puedes leer cualquier profecía y tienes una visión que te revela si es cierta?

Warren negó con la cabeza.

—No soy más que un niño que da los primeros pasos. Aún me queda mucho camino por recorrer antes de llegar a saltar las vallas.

Verna miró la página sobre la mesa y desvió la mirada, dando vueltas al anillo que llevaba en el dedo.

—¿Y ésta, la que tuviste, significa lo que sugiere?

Warren se humedeció los labios.

—Los primeros pasos de un niño siempre son tambaleantes, y esta profecía es el primer paso. Podríamos decir que es una especie de ejercicio. He encontrado otras similares, primeros intentos como la mía, y...

—¿Warren, es o no es cierta? —preguntó Verna, exasperada.

El joven se bajó las mangas.

—Es cierta pero como en todas las profecías, las palabras no significan necesariamente lo que sugieren.

Verna se acercó a él y le dijo hablando entre dientes:

—Responde la pregunta. Estamos juntos en esto. Tengo que saberlo.

Warren hizo el típico ademán con el que solía quitarle importancia a las cosas. Pero en la mente de Verna sonó la señal de alarma.

—Mira, Verna, te diré lo que sé y lo que vi en la visión, pero soy nuevo en esto y no lo comprendo todo, por mucho que la profecía sea mía.

—Dímelo, Warren —exigió Verna, mirándolo sin flaquear.

—La Prelada de la que habla la profecía no eres tú. No sé quién es, pero no eres tú.

Verna suspiró y cerró los ojos.

—Menos mal. Warren, no es tan grave como creía. Al menos no seré yo quien haga esas cosas terribles. ¿Hay algún modo de cambiar la profecía?

Warren desvió la mirada, la guardó en un libro abierto y lo cerró.

—Verna, si la Prelada es otra, sólo puede significar que tú estarás muerta.

23

Cuando todo el cuerpo se le encendió con el dulce tormento del deseo supo, aun sin verla, que acababa de entrar. Inspiró su inconfundible fragancia y lo invadió una dolorosa ansia de entregarse. Como quien percibe un furtivo movimiento en la niebla, no podía discernir la esencia de la amenaza pero de alguna manera, en lo más profundo de su mente consciente, sabía sin lugar a dudas que esa amenaza existía, y el intenso peligro lo excitaba aún más.

Con la desesperación de quien se ve invadido por un enemigo muy superior buscó la empuñadura de la espada en un intento de reunir toda su determinación y resistir el impulso de someterse. Lo que su mano buscaba no era el acero desnudo sino los terribles colmillos de la ira, una furia que lo sostuviera y le transmitiera la voluntad de resistir. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo; todo dependía de eso.

Su mano se ancló en la empuñadura al cinto y sintió la oleada de perfecta furia que le invadía cuerpo y mente.

Al alzar la vista distinguió las cabezas de Ulic y Egan que se acercaban hacia él entre los congregados. Aun sin verlos hubiese sabido que ella caminaba en el espacio que quedaba entre ambos; sabía que ella estaba allí. Soldados y dignatarios se apartaban para dejar paso a los dos fornidos guardaespaldas y a su protegida. Los susurros pasaban de uno a otro y las cabezas se ladeaban en oleadas, como las ondas en un estanque, lo cual recordó a Richard que en las profecías también lo llamaban «el guijarro en el estanque»; es decir, aquel que genera ondas en el mundo de los vivos.

Entonces la vio.

El deseo le constriñó el pecho. Llevaba el mismo vestido de seda rosa que la noche anterior, pues no se había llevado ninguna muda. Richard recordó vívidamente que le había dicho que dormía desnuda. Al pensarlo, el corazón le latió con la fuerza del martillo contra un yunque.

Haciendo un gran esfuerzo centró los pensamientos en la tarea que tenía entre manos. Ella miró asombrada a los soldados que conocía pues pertenecían a la guardia del palacio de Kelton. Pero ahora llevaban uniformes d'haranianos.

Richard se había levantado pronto para tenerlo todo listo. De todos modos, apenas había podido dormir y tuvo agitados sueños relacionados con ella.

¿Kahlan, amor mío, podrás perdonarme algún día por tener esos sueños?

Con tantas tropas d'haranianas en Aydindril sabía que no le faltarían pertrechos de todo tipo, por lo que había ordenado que le proporcionaran uniformes extra. Los keltas, desarmados, no estaban en posición de discutir y, de todos modos, sonrieron complacidos después de comprobar el fiero aspecto que les conferían los uniformes de cuero oscuro y malla. Entonces les dijeron que Kelton era parte de D'Hara y se les devolvieron las armas. Ahora formaban en fila, muy tiesos y orgullosos, sin perder de vista a los representantes de los otros países que aún no se habían rendido.

Al final resultó que aunque la tormenta de nieve había permitido a Tobias Brogan escapar, por otra parte había sido una suerte, pues los dignatarios prefirieron esperar a que el tiempo mejorara para ponerse en marcha. Richard aprovechó la oportunidad que el destino le ofrecía en bandeja y los convocó en palacio bien entrada la mañana, antes de partir. Solamente había citado a los más importantes. Deseaba que fuesen testigos de la rendición de Kelton, uno de los países más poderosos de la Tierra Central. Quería darles una última lección.

De pie a un lado del estrado contempló a Cathryn, que empezaba a subir los peldaños, devolviendo la mirada a todos aquellos ojos posados en ella. Berdine retrocedió para dejarla pasar. Richard había colocado a las tres mord-sith en los extremos del estrado, lo más alejadas de él. No le interesaba oír nada de lo que pudieran decirle.

Cuando, por fin, los castaños ojos de Cathryn se posaron en él, Richard tuvo que apretar las rodillas para evitar que se le doblaran. La mano izquierda con la que asía la empuñadura de la espada empezó a latirle con fuerza. El joven se recordó que no era necesario que tocara la espada para contar con su magia y, mientras consideraba las tareas que lo aguardaban, barajó asimismo la posibilidad de retirarla y mover los dedos para recuperar el tacto. Cuando las Hermanas de la Luz trataron de enseñarle a entrar en contacto con su han, le habían dicho que fijara su voluntad interior en una imagen mental. Richard había elegido la imagen de la *Espada de la Verdad*, y en esa imagen fijaba ahora toda su atención.

Pero para librar la batalla con las personas reunidas ante él la espada no le iba a servir de nada. Ese día sus armas serían las hábiles maniobras concebidas con la ayuda del general Reibisch, sus oficiales e informados miembros del personal de palacio, que también le habían ayudado a prepararlo todo. Ojalá saliera bien.

—Richard, qué...

—Bienvenida, duquesa. Todo está preparado. —Richard le besó la mano de un modo que le pareció el adecuado para saludar a una reina delante de espectadores, pero al tocarla las llamas de su interior se avivaron—. Sabía que desearíais que todos estos representantes fuesen testigos de vuestra valentía por ser la primera en unirse a nosotros en contra de la Orden Imperial, la primera en abrir el camino para la Tierra Central.

—Bueno yo... sí, bien... por supuesto.

Richard miró los expectantes y tensos rostros de los congregados. Esa mañana formaban un grupo más silencioso y dócil que en la última ocasión.

—La duquesa Lumholtz, que como todos sabéis muy pronto será coronada reina de Kelton, ha comprometido a su pueblo en la causa de la libertad y desea que todos seáis testigos de cómo firma los documentos de rendición.

—Richard —susurró ella, inclinándose ligeramente hacia él—, tengo que... mis abogados tienen primero que revisarlos... sólo para estar segura de que todo está claro y que no surgirán malentendidos.

Richard sonrió con gesto tranquilizador.

—Aunque estoy seguro de que están muy claros, me he anticipado a tu inquietud y me he tomado la libertad de invitarlos al acto de firma. —Con una mano señaló el otro extremo del estrado. Raina cogió a un hombre por el brazo y lo instó a subir los escalones—. Maese Sifold, ¿seríais tan amable de dar a vuestra futura reina vuestra opinión profesional?

El interpelado hizo una reverencia.

—Tal como lord Rahl dice, duquesa, los documentos están claros. No hay posibilidad de malentendidos.

Richard cogió de encima de la mesa un documento decorado con florituras.

—Con vuestra venia, duquesa, me gustaría leerlo ante todos los presentes, para que comprueben que Kelton desea inequívocamente unirse a nuestras fuerzas. De ese modo verán cuán valiente sois.

La duquesa alzó la cabeza con altivez ante los ojos de los representantes de los demás países.

—Hacedlo, lord Rahl, os lo ruego.

—Os pido un poco de paciencia —empezó diciendo Richard—, no es muy largo. —Sosteniendo el documento ante sí, leyó en voz alta—: «Que todos sepan que por el presente documento Kelton se rinde de manera incondicional a D'Hara. Firmado de propia mano, como líder debidamente designada del pueblo, duquesa Lumholtz».

Richard dejó de nuevo el documento sobre la mesa y mojó la pluma en un tintero antes de ofrecérsela a Cathryn. La mujer no se movió. Estaba lívida.

Temiendo que la duquesa se echara atrás, Richard no tuvo opción. Recurriendo a sus reservas de fortaleza, que sabía que más tarde iba a necesitar, acercó los labios al oído de la mujer soportando en silencio la agónica ansia que despertó en él la cálida fragancia de la piel femenina.

—Cathryn, una vez acabe la reunión, ¿te gustaría pasear conmigo, los dos solos sin nadie más? No puedo dejar de pensar en ti.

Las mejillas de la mujer recuperaron de pronto el color. Richard se temió que fuese a pasarle un brazo alrededor del cuello y dio gracias a los espíritus cuando no lo hizo.

—Pues claro, Richard —susurró ella, absolutamente radiante—. Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti. Acabemos ya con esta mera formalidad.

—Haz que esté orgulloso de ti y de tu valor.

Richard pensó que la sonrisa de Cathryn iba a ruborizar a todos los presentes. Él, por su parte, notaba que las orejas le ardían por el inequívoco mensaje que transmitía.

La duquesa rozó la mano de Richard al tomar la pluma, y la sostuvo en alto.

—Firmo la rendición —declaró— con una pluma de paloma que simboliza que lo hago voluntariamente, en paz, y no como vencida. Lo hago por el amor que siento hacia mi pueblo y por la esperanza en el futuro. Esa esperanza es este hombre que tenéis delante: lord Rahl. En nombre de Kelton juro eterna venganza contra cualquiera de vosotros que trate de hacerle daño.

Dicho esto se inclinó y garabateó su amplia firma en el documento de rendición.

Antes de que se irguiera Richard le colocó delante más papeles.

—¿Qué...?

—Son las cartas de las que hablamos, duquesa. Os he querido ahorrar la tediosa tarea de redactarlas vos misma, para así utilizar ese tiempo para mejores propósitos. Vuestros secretarios me han ayudado a redactarlas. Por favor, comprobadlas para asegurarnos de que no me he apartado de la oferta que me hicisteis anoche.

»El teniente Harrington, de vuestra guardia de palacio, me proporcionó los nombres del general Baldwin, comandante de todos los ejércitos de Kelton, de los generales de división Cutter, Leiden, Nesbit, Bradford y Emerson, así como de algunos de los oficiales de la guardia. Debéis firmar una carta para cada uno de ellos en la que les ordenáis que entreguen el mando a mis oficiales d'haranianos. Algunos de los integrantes de vuestra guardia de palacio acompañarán a un destacamento de mis hombres junto con los nuevos oficiales.

»Gracias a la inapreciable colaboración de vuestro adjunto, maese Montleon, he redactado instrucciones dirigidas a vuestro ministro de finanzas, Pelletier; a maese Carlisle, vuestro subadministrador de planificación estratégica; a los gobernadores que controlan la comisión de comercio, Cameron, Truck, Spooner y Ashmore; así como a Levardson, Doudiet y Faulkingham del departamento de comercio.

»Naturalmente, vuestro coadjunto, Schaffer, ha preparado la lista de vuestros alcaldes. Para no olvidarnos de nadie y no ofender, ha contado con ayudantes para redactar una lista completa. Aquí están las cartas para todos ellos pero, como las instrucciones se repiten sólo cambiando el nombre del destinatario, solamente es preciso que reviséis una y firméis el resto. Nosotros nos ocuparemos de todo. Tengo soldados preparados para escoltar a los correos reales. Un hombre de vuestra guardia los acompañará para asegurarse de que no hay error posible. Y he convocado a todos los hombres de vuestra guardia para que sean testigos de la firma.

Richard tomó aire y se irguió, mientras Cathryn, aún con la pluma en el aire, observaba con un parpadeo todos aquellos documentos. Todos los ayudantes de la duquesa se habían acercado, orgullosos del trabajo realizado en tan poco tiempo.

—Espero que todo se haya hecho a tu gusto, Cathryn —le susurró Richard, inclinándose de nuevo hacia ella—. Ya sé que me dijiste que tú te ocuparías de todo pero no quería estar lejos de ti mientras trabajabas, por lo que me he levantado muy temprano y me he ocupado de todo. Espero que estés complacida.

La mujer echó un vistazo a algunas cartas y luego las apartó para mirar otras colocadas debajo.

—Sí... naturalmente.

—¿Por qué no te sientas? —le sugirió Richard, acercándole una silla.

Cuando estuvo sentada y firmando los documentos, Richard apartó la espada y se sentó junto a ella, en la silla de la Madre Confesora. Mientras oía el sonido de la pluma al escribir, no apartaba los ojos de los congregados. Mantenía avivadas las llamas de la furia para no perder la concentración.

Entonces se volvió hacia los sonrientes oficiales keltas, situados detrás y a los lados de su silla, para felicitarlos.

—Esta mañana todos vosotros habéis rendido un valioso servicio, y estaría muy honrado si aceptarais conservar vuestros actuales rangos. Estoy seguro de que vuestros talentos me serían de gran ayuda para administrar a la creciente D'Hara.

Después de que todos inclinaran la cabeza y le dieran las gracias por su generosidad, fijó de nuevo su atención en el silencioso grupo que era testigo de la firma. Después de tantos meses estacionados en Aydindril los soldados d'haranianos, en especial los oficiales, habían aprendido mucho sobre el comercio en la Tierra Central. En los cuatro días que había pasado en su compañía buscando a Brogan Richard había aprendido de ellos todo lo que pudo, y a eso le añadió los conocimientos adquiridos esa misma mañana. Cuando supo qué preguntas formular, la señora Sanderholt había desplegado sus vastos conocimientos adquiridos durante años y años de preparar los platos de muy diversos países. La comida, según resultó, era una increíble fuente de conocimientos sobre los pueblos. Y a eso se añadía que la señora Sanderholt siempre mantenía los oídos bien abiertos.

—Algunos de los documentos que la duquesa está firmando son órdenes referidas al comercio —informó Richard a los representantes, mientras Cathryn seguía firmando—. Puesto que ahora Kelton forma parte de D'Hara, como es natural toda actividad comercial entre Kelton y aquellos de vosotros que aún no se hayan unido a D'Hara queda cancelada.

»Representante Garthram —dijo a un hombre bajo y rechoncho, con cabello negro rizado y barba gris—, eso deja a Lifany en una situación muy incómoda. Ahora que Galea y Kelton han cerrado sus fronteras a cualquiera que no forme parte de D'Hara, no sé con quién vais a comerciar.

»Al norte tenéis Galea y Kelton; al este, D'Hara; y al oeste las montañas Rang'Shada, por lo que os veréis en apuros para conseguir hierro. La mayor parte de los suministros provenían de Kelton, que a cambio os compraba grano, pero ahora Kelton tendrá que comprar grano a Galea. Puesto que ambos países forman parte de D'Hara han desaparecido las antiguas enemistades que impedían el comercio entre ambos y sus ejércitos están bajo mi mando, por lo que ya no malgastarán esfuerzos en vigilarse uno a otro y pondrán toda su atención en sellar las fronteras.

»Por supuesto D'Hara necesita el hierro y el acero keltas. Así pues, os sugiero que busquéis otro proveedor, y rápido, pues probablemente la Orden Imperial atacará desde el sur. Yo diría que a través de Lifany. Como comprenderéis, no permitiré que ni uno solo de mis hombres derrame una gota de sangre por defender países que no se han unido a nosotros, ni tampoco recompensaré sus vacilaciones con privilegios comerciales.

A continuación posó los ojos en un hombre alto y descarnado, con un redondel de ralo cabello blanco alrededor de su huesudo cráneo.

—Embajador Bezancort, lamento informaros de que en esta carta dirigida al comisionado Cameron de Kelton se declara que todos los acuerdos entre Kelton y Sanderia quedan cancelados hasta que Sanderia no se una a D'Hara. En primavera no se autorizará a Sanderia a conducir sus rebaños desde las llanuras a las tierras altas de Kelton para que pasen allí la primavera y el verano.

El embajador perdió el poco color que exhibía su tez.

—Pero, lord Rahl, mi país no dispone de pastos de primavera e invierno. Aunque en invierno nuestras llanuras son lozanos pastizales, en verano son tierras áridas y sin vegetación. ¿Qué es lo que vamos a hacer?

—Eso no es problema mío. Supongo que tendréis que sacrificar el ganado para salvar lo que podáis antes de que mueran de hambre.

El embajador ahogó un grito.

—Lord Rahl, estáis hablando de acuerdos en vigor desde hace siglos. Toda nuestra economía se basa en la cría de ovejas.

—Como ya os he dicho, eso no es problema mío. Yo sólo me ocupo de quienes se alían con D'Hara. El embajador Bezancort alzó las manos en actitud implorante.

—Lord Rahl, eso será la ruina para mi pueblo. Si tenemos que sacrificar los rebaños, todo el país quedará devastado.

El representante Theriault se adelantó sin poderse contener.

—No podéis permitir que Sanderia sacrifique sus rebaños. Herjborgue necesita esa lana. Eso, eso... arruinaría nuestra industria.

—Y, si eso ocurre —se alzó otra voz—, Herjborgue no podrá comerciar con nosotros y no tendremos modo de comprar cosechas que no se dan en nuestro país.

—Os sugiero —intervino Richard— que repitáis estos mismos argumentos a vuestros líderes y que procuréis convencerlos de que el único camino pasa por la rendición. Siendo como sois tan interdependientes, estoy seguro que os daréis cuenta de la importancia de permanecer unidos. Ahora Kelton es parte de D'Hara. Las rutas comerciales se cerrarán a todos aquellos que no se unan a nosotros. Ya os dije que tendríais que tomar partido.

En la sala del consejo se armó un alboroto de protestas, peticiones y súplicas. Cuando Richard se levantó todos callaron.

—Sois un hombre despiadado —lo acusó el embajador de Sanderia.

Richard asintió. En su mirada ardía la furia de la magia.

—No os olvidéis de decírselo a la Orden Imperial si decidís uniros a ella. Todos vosotros —añadió, mirando el rostro de los reunidos—, gozabais de paz y unidad gracias al consejo y a la Madre Confesora. Mientras ella estaba fuera, luchando por vosotros y vuestra gente, vosotros echasteis por la borda esa unidad llevados por la ambición, por pura codicia. Os comportasteis como niños que pelean por un pastel. Tuvisteis la oportunidad de compartirlo y preferisteis tratar de robárselo a vuestros hermanos menores. En mi mesa encontraréis pan para todos, pero deberéis cuidar los modales.

Nadie protestó esta vez. Al reparar en que Cathryn había acabado de firmar y lo contemplaba con aquellos grandes ojos castaños, se arregló la capa de mriswith sobre los hombros. Bajo esa dulce mirada femenina le era imposible seguir sintiendo la furia de la espada.

Así pues, cuando habló de nuevo a los representantes, su voz ya no sonaba airada.

—Ya no nieva; es mejor que os pongáis en camino. Cuando antes convenzáis a vuestros líderes de que acepten mis condiciones, menos molestias sufrirá vuestra gente. No quiero que nadie sufra... —su voz se fue apagando.

Cathryn, de pie a su lado, bajó la vista hacia aquellas personas que tan bien conocía.

—Haced lo que lord Rahl os dice. Ya os ha concedido suficiente tiempo. Que me traigan enseguida mis vestidos —ordenó a uno de sus asistentes—. Me quedaré aquí, en el Palacio de las Confesoras.

—¿Por qué se queda aquí? —preguntó uno de los embajadores con frunce de recelo.

—Como ya sabréis, su marido fue asesinado por un mriswith —respondió Richard—. La duquesa se queda aquí para estar protegida.

—¿Queréis decir que corremos peligro?

—Seguramente. Su esposo era un avezado espadachín y, no obstante... bueno, os recomiendo que vayáis con cuidado. Si os unís a nosotros podréis ser invitados de palacio y gozar de la protección de mi magia. Hay muchos dormitorios para invitados que están vacíos, y así seguirán hasta que os rindáis.

Parloteando entre ellos con inquietud se dirigieron a las puertas.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Cathryn con voz entrecortada.

Una vez hecho el trabajo, Richard sintió cómo la presencia de la mujer llenaba el súbito vacío. La duquesa lo cogió por el brazo. Richard reunió hasta la última brizna de voluntad que le quedaba para detenerse al final del estrado, donde vigilaban Ulic y Cara.

—No nos perdáis de vista ni un instante. ¿Entendido?

—Sí, lord Rahl —contestaron Ulic y Cara al unísono.

Con un suave tirón en la manga, Cathryn lo instó a que se acercara.

—Richard. —El cálido aliento de la mujer, que transportaba su nombre, despertó en él una oleada de ansia—. Dijiste que estaríamos solos. Quiero estar a solas contigo. Totalmente a solas. Por favor.

En ese momento era cuando necesitaba sus reservas de fortaleza. Era incapaz de mantener la imagen de la espada en su mente. Desesperado, la sustituyó por la faz de Kahlan.

—Estamos en peligro, Cathryn. Lo noto. No pienso arriesgar tu vida tontamente. Cuando ya no perciba ninguna amenaza, podremos estar solos. Pero, por el momento, trata de entenderlo.

Aunque consternada, Cathryn asintió.

—Bueno, por el momento.

Mientras descendían del estrado, los ojos de Richard se clavaron en los de Cara.

—No nos pierdas de vista ni un instante.

24

Phoebe dejó la pila de informes en el exiguo espacio vacío que quedaba sobre la mesa de madera de nogal pulida.

—Verna, ¿puedo preguntarte algo?

Verna garabateó sus iniciales al pie de una solicitud de compra de unos grandes calderos de cocina que se habían quemado.

—Hace mucho tiempo que somos amigas, Phoebe; puedes preguntarme lo que quieras. —Eché un nuevo vistazo a la solicitud y encima de sus iniciales escribió una nota denegando el permiso e indicando que se repararan los calderos—. Pregunta —dijo, recordándose sonreír.

—Bueno... —Las regordetas mejillas de Phoebe se tiñeron de rubor y se retorció los dedos—... no pretendo ofenderte, pero estás en una posición única y sólo osaría preguntar esto a una amiga. —Se aclaró la garganta y preguntó—: ¿Cómo es hacerse viejo?

Verna se rió.

—Tenemos la misma edad, Phoebe.

Phoebe se secó las palmas de las manos en el vestido verde, a la altura de las caderas, mientras Verna esperaba.

—Sí, pero... tú estuviste fuera más de veinte años. En ese tiempo envejeciste igual que las personas que viven fuera de palacio. A mí me costará trescientos años alcanzarte. Vaya, pero si tienes el aspecto de una mujer de casi... cuarenta.

Verna suspiró.

—Sí, bien, eso es lo que tiene viajar. Al menos en mi caso.

—Por nada del mundo quiero emprender un viaje y envejecer. ¿Duele hacerse vieja tan rápidamente? ¿Sientes... no sé, sientes que has perdido tu atractivo y que la vida ya no es dulce? A mí me gusta que los hombres me encuentren deseable. No quiero envejecer como... Eso me preocupa.

Verna se apartó de la mesa y se recostó en la silla. Sentía unos enormes deseos de estrangular a Phoebe, pero en vez de eso inspiró hondo y se recordó que era amiga suya y que su pregunta se basaba en la ignorancia.

—Supongo que cada uno lo vive de manera distinta, pero puedo decirte lo que significa para mí. Sí, Phoebe, duele un poco saber que has perdido algo que ya nunca podrás recuperar. Es como si, de algún modo, hubiese estado distraída y alguien me hubiese robado la juventud mientras yo esperaba que mi vida empezara. Pero el Creador equilibra la balanza con aspectos positivos.

—¿Qué puede tener de positivo envejecer?

—Bueno, por dentro sigo siendo la misma, pero más sabia. Ahora me conozco mejor a mí misma y sé lo que quiero. Ahora soy capaz de valorar cosas que antes no valoraba. Me doy más cuenta de lo que realmente es importante para servir al Creador. Supongo que podríamos decir que me siento más satisfecha conmigo misma y me preocupa menos lo que otros piensen de mí.

»Aunque haya envejecido, sigo necesitando a mis semejantes. Encuentro consuelo en los amigos y sí, para responder la pregunta que te formulas en tu mente, sigo deseando a los hombres tan intensamente como antes, pero ahora valoro otras cosas en ellos. Ya no me interesa solamente la juventud. Ya no es suficiente con que un hombre sea joven para estimular mi deseo y, desde luego, los simples ya no me interesan.

Phoebe escuchaba atentamente con ojos muy abiertos.

—¿De veraaaas? ¿Te gustan los hombres mayores?

Verna se contuvo.

—Cuando digo mayores me refiero a de la misma edad que yo. Piensa en los hombres que te atraen ahora mismo. Hace cincuenta años ni se te pasaba por la cabeza la idea de pasear con un hombre de la edad que tienes en estos momentos y, sin embargo, ahora te parece lo más natural, mientras que los hombres que tienen cincuenta años menos te parecen unos inmaduros. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí... supongo.

Pero los ojos de Phoebe decían que no entendía.

—Cuando llegamos aquí éramos tan jóvenes como las novicias que vimos anoche en las criptas: Helen y Valery. ¿Qué te parecían las mujeres de la edad que tú tienes ahora?

Phoebe se tapó la boca para disimular una risita.

—Me parecían más viejas que Matusalén. Jamás creí que yo pudiera ser tan vieja.

—¿Y ahora te sientes vieja?

—Oh, no, en absoluto. Entonces no era más que una muchacha tonta. Me encanta la edad que tengo; aún soy joven.

—Pues lo mismo me ocurre a mí. Yo me veo igual que tú te ves. Cuando veo a una persona mayor no veo solamente su edad, pues he aprendido que son iguales que tú y que yo. Ellas te dirían que se sienten jóvenes, como tú o como yo.

La joven arrugó la nariz.

—Ya veo lo que quieres decir. No obstante, no deseo envejecer.

—Phoebe, en el mundo exterior ya habrías vivido tres vidas. El Creador te ha otorgado el increíble regalo de gozar de una vida muy larga a fin de disponer del tiempo necesario para enseñar a los jóvenes magos a usar su don. Valora lo que tienes; es una gracia de la que sólo un puñado de personas disfrutamos.

Phoebe asintió lentamente. Verna casi podía ver cómo su mente reflexionaba.

—Eso es muy profundo, Verna. Nunca imaginé que fueras tan sabia. Siempre supe que eras lista, pero jamás me demostraste tu sabiduría, hasta ahora.

—Ésa es otra de las ventajas —replicó Verna, risueña—, que los más jóvenes que tú te consideran sabia. En el país de los ciegos, el tuerto es el rey.

—Pero me asusta pensar en que perderé el vigor y me cargaré de arrugas.

—Ocurre de un modo gradual y te vas acostumbrando poco a poco. A mí, en cambio, me asustaría volver a tener tu edad.

—¿Por qué?

Verna quiso decirle que le asustaría ir por ahí con una mente tan poco desarrollada como la suya, pero de nuevo se recordó que Phoebe y ella eran amigas de toda la vida.

—Oh, supongo que porque ya he recorrido algunos de los caminos espinosos que tú aún tienes que pasar y sé cómo duele.

—¿Qué espinas son ésas?

—Son diferentes para cada persona. Cada uno tiene que recorrer su propio camino.

—¿Cuáles fueron las espinas en tu camino, Verna? —le preguntó Phoebe ansiosamente, retorciéndose las manos.

Verna se puso en pie y tapó la botellita de tinta. Miraba fijamente la mesa pero sin verla.

—Supongo —dijo al fin en tono distante—, que lo peor fue volver y ver a Jedidiah mirarme como lo haces tú, con ojos que ven una solterona arrugada, reseca y sin ningún atractivo.

—Oh, por favor, Verna, yo jamás he dicho que...

—¿Entiendes por qué eso fue tan doloroso, Phoebe?

—Pues claro, debió de dolerte mucho que te creyera vieja y fea, aunque en realidad no lo eres...

Verna negó con la cabeza.

—No —replicó, mirando a la otra a los ojos—. No, lo que realmente me dolió fue descubrir que lo único que le había importado siempre de mí era la apariencia mientras que lo de aquí dentro —Verna se dio golpecitos en la cabeza— no tenía ningún significado para él, que sólo le importaba el envoltorio.

Incluso peor que regresar y ver esa mirada en los ojos de Jedidiah fue descubrir que se había entregado al Custodio. Verna había tenido que hundir su dacta en la espalda de Jedidiah para salvar a Richard, al que su antiguo amante estaba a punto de matar. Jedidiah no sólo la había traicionado a ella sino también al Creador. Y una parte de ella había muerto con él.

Phoebe la miró un tanto desconcertada.

—Sí, creo que entiendo qué quieres decir, cuando los hombres...

Con un ademán de la mano Verna indicó que no merecía la pena seguir hablando de ese asunto.

—Espero haberte sido de ayuda, Phoebe. Siempre es bueno hablar con una amiga. —Su voz adquirió un tono de autoridad para preguntar—: ¿Hay peticionarios que esperan ser recibidos?

La pregunta cogió por sorpresa a Phoebe.

—¿Peticionarios? No, hoy no.

—Mejor. Deseo orar y pedir ayuda al Creador. Por favor, ¿podrías tú y Dulcinia sellar la puerta? No quiero que me molesten.

Phoebe le hizo una reverencia.

—Naturalmente, Prelada. —Entonces sonrió y dijo en otro tono—: Gracias por la charla, Verna. Ha sido como en los viejos tiempos, en nuestro dormitorio, cuando se suponía que debíamos estar durmiendo. Pero ¿y los informes? —inquirió, fijándose en las pilas de documentos—. Se están acumulando.

—Como Prelada debo prestar la debida atención a la Luz que guía el palacio y a las Hermanas. Asimismo debo rezar por nosotras y para pedir que el Creador me ilumine. Después de todo, somos Hermanas de la Luz.

Nuevamente Phoebe la miró con respeto reverencial. Era como si creyera que, por el simple hecho de ocupar ese puesto, Verna era más que humana y podía tocar la mano del Creador de modo milagroso.

—Por supuesto, Prelada. Enseguida colocaremos el escudo. Nadie os molestará en vuestras meditaciones.

Antes de que saliera Verna la llamó por su nombre en voz baja.

—¿Has tenido noticias de Christabel?

Phoebe desvió la mirada presa de súbita inquietud.

—No. Nadie sabe adónde ha ido. Y tampoco tenemos pistas de la desaparición de Amelia y Janet.

Ellas cinco —Christabel, Amelia, Janet, Phoebe y Verna— habían sido amigas y habían crecido juntas en palacio. Verna era íntima de Christabel, aunque todas se sentían un poco celosas de ella, pues el Creador la había bendecido con una preciosa melena rubia y hermosos rasgos, además de muy buen corazón.

Era inquietante que esas tres amigas hubiesen desaparecido. A veces las Hermanas abandonaban el palacio para visitar a sus familias, mientras aún vivían. No obstante, siempre solicitaban antes un permiso y, de todos modos, los parientes de las tres debían de haber muerto de viejos mucho tiempo atrás. En otras ocasiones las Hermanas se alejaban de palacio un tiempo no sólo para refrescar sus mentes en el mundo exterior, sino simplemente para tomarse un descanso, pues pasar una década tras otra en el mismo lugar llegaba a cansar a cualquiera. Pero incluso en ese caso informaban a las otras de su lugar de destino y del tiempo que estarían fuera.

Pero ni Christabel, ni Janet, ni Amelia habían hecho eso; simplemente habían desaparecido tras la muerte de la Prelada. A Verna le dolía pensar que quizás habían preferido abandonar el palacio antes que

aceptarla como Prelada, y rezaba para que así fuera, aunque se temía que la explicación era mucho más siniestra.

—Si te enteras de algo, Phoebe, te ruego que me lo comuniques —le dijo, tratando de ocultar su inquietud.

Una vez sola, Verna selló las puertas con su propio escudo que había diseñado ella misma; era una trama de delicados filamentos tejidos con el espíritu de su han único, magia que Verna podía reconocer como propia. Si alguien trataba de entrar, probablemente no detectaría el diáfano escudo y rompería los frágiles filamentos. E incluso si lo detectaba, su mera presencia y la exploración del escudo bastarían para romperlo. Por mucho que luego reparara el entramado con su han, Verna lo notaría.

Una brumosa luz solar se filtraba entre los árboles situados cerca del muro del jardín, bañando esa zona apartada y boscosa con una etérea y apagada luz. El bosquecillo acababa con un grupo de magnolios cuyas ramas aparecían llenas de brotes blancos con pelusilla. Más allá, la senda serpenteaba por una cuidada parcela de flores azules y amarillas alrededor de islas de altos helechos y rosas. Verna cortó una ramita de uno de los magnolios y mientras estudiaba el muro que rodeaba el jardín despreocupadamente saboreó su picante aroma.

En la parte posterior crecían luminosos zumaques. Los arbustos se habían plantado deliberadamente en hilera para ocultar el alto muro que protegía el jardín de la Prelada y crear asimismo más ilusión de amplitud. Verna observó con ojo crítico los bajos y achaparrados troncos y las anchas ramas; si no encontraba nada mejor, servirían. Tenía que intentarlo, pues se hacía tarde.

En un pequeño sendero lateral, que rodeaba el espacio montañés en el que se ocultaba el santuario de la Prelada, dio con un punto prometedor. Se remangó el vestido, atravesó los matorrales hasta llegar al muro y comprobó que, efectivamente, era perfecto. Protegida por completo por pinos se abría un área soleada en la que se habían plantado perales en espalderas contra el muro. Todos se veían podados y recortados pero uno parecía especialmente adecuado, pues las ramas que le nacían a ambos lados se alternaban como los peldaños de una escala.

Justo antes de remangarse las faldas para empezar a trepar, le llamó la atención la textura de la corteza. Pasó un dedo por el borde superior de las recias ramas y lo notó duro y correoso. Al parecer, no era la primera Prelada que deseaba salir de manera subrepticia de su recinto privado.

Tras trepar al muro y asegurarse de que no había soldados a la vista, halló un práctico pilar de refuerzo en el que colocar un pie, a continuación una teja de drenaje, una piedra decorativa que sobresalía, la rama baja de un ennegrecido roble y, finalmente, a menos de un metro del suelo, una roca redonda desde la que saltar sin problemas. Después de limpiarse los restos de corteza y hojas, se alisó el vestido gris a la altura de las caderas y se arregló el sencillo cuello. Acto seguido guardó el anillo de Prelada en un bolsillo. Mientras se tapaba la cabeza con el pesado chal negro, que se ató bajo el mentón, sonrió por la emoción de haber hallado un modo secreto de escapar de su cárcel de papel.

Sorprendentemente, los jardines de palacio se veían desiertos. Los soldados se hallaban en sus posiciones, mientras por los caminos y senderos de piedra se veían Hermanas, novicias y jóvenes magos con rada'han ocupados en sus propios asuntos. Pero apenas se veían habitantes de la ciudad, que en su mayor parte eran mujeres mayores.

Cada día, durante las horas de luz diurna, los habitantes de la ciudad de Tanimura cruzaban en masa los puentes que conducían a la isla Halsband para pedir consejo a las Hermanas, solicitarles que mediaran en conflictos, suplicarles caridad, buscar orientación en la sabiduría del Creador y rendirle culto en los patios diseminados por toda la isla. A Verna siempre le había extrañado que creyeran que debían acudir allí a rezar aunque sabía que, para ellos, el hogar de las Hermanas de la Luz era un lugar sagrado. O tal vez solamente deseaban disfrutar de la belleza de los jardines de palacio.

Pero ese día no la disfrutaban; apenas se veía a nadie. Las novicias designadas para guiar a los visitantes daban vueltas, aburridas. Los soldados que vigilaban los accesos a las zonas restringidas charlaban entre ellos y cuando la miraron solamente vieron en ella a una Hermana más. En el césped no

se veían visitantes descansando, nadie se recreaba en la belleza de los jardines, y las fuentes salpicaban y rociaban agua sin el acompañamiento de las exclamaciones de asombro de los adultos o los gritos encantados de los niños. Incluso los bancos estaban vacíos.

En la distancia, los tambores seguían sonando.

Verna encontró a Warren en su habitual punto de encuentro —los juncos que crecían a la orilla del río, del lado de la ciudad— sentado en la roca plana y oscura. Lanzaba guijarros a los remolinos de las aguas surcadas únicamente por una solitaria barca de pesca. Al oírla, se puso de pie de un salto.

—¡Verna! No sabía si vendrías.

Verna observó cómo el viejo pescador cebaba el anzuelo y guardaba el equilibrio pese al balanceo del bote.

—Phoebe quería saber qué se siente al convertirse en una mujer vieja y arrugada.

Warren se sacudió el fondillo de la túnica violeta.

—¿Y por qué te lo pregunta a ti?

Verna se limitó a suspirar y decir:

—Vamos.

La ciudad presentaba el mismo aspecto insólito que el palacio. Aunque en los barrios ricos algunas tiendas habían abierto y hacían algo de negocio con un puñado de clientes, el mercado de la zona pobre se veía vacío, las mesas desocupadas, los fogones apagados y los escaparates cerrados. Los cobertizos adosados a los edificios estaban desiertos; los telares de los talleres, abandonados; y el único ruido que se oía en las calles era el constante y crispante resonar de los tambores.

Warren se comportaba como si no fuera nada fuera de lo normal. Al doblar por una calle estrecha, umbría y polvorienta flanqueada por ruinosos edificios, Verna no pudo soportarlo más y estalló.

—¿Dónde está todo el mundo? —exclamó—. ¿Qué pasa aquí?

Warren se detuvo y la miró, desconcertado. Verna se había quedado parada en medio de la calle vacía con las manos en jarras.

—Es el día del ja'la.

—¿El día del ja'la? —inquirió Verna frunciendo el entrecejo.

—Exactamente —respondió él con toda tranquilidad. El ceño de Verna se acentuó—. ¿Qué pensabas que le había ocurrido a toda la...? —De repente se dio un manotazo en la frente—. Lo siento, Verna, pensaba que lo sabías. Todos estamos ya tan acostumbrados que se me olvidó que seguramente tú no lo sabías.

—¿Saber qué?

Warren regresó para cogerla del brazo y echó de nuevo a caminar con ella.

—El ja'la es un juego de competición. Hace más o menos... uf, debió de ser hace quince o veinte años, cuando el nuevo emperador accedió al trono, construyeron allí, en las afueras de la ciudad, en una hondonada entre dos colinas, un gran campo de juegos. Es muy popular.

—¿Un juego? ¿La ciudad se queda desierta por un juego?

—Eso me temo. Sólo quedan en la ciudad algunas personas ancianas, que no lo entienden ni les interesa, pero el resto de gente va a verlo. Se ha convertido en una pasión colectiva. Los niños empiezan a jugarlo en las calles en cuanto aprenden a andar.

Verna inspeccionó una calleja lateral y echó una mirada atrás, a lo que llevaban recorrido de calle.

—¿Qué tipo de juego es?

—Bueno —Warren se encogió de hombros—, la verdad es que nunca he asistido a ningún partido oficial; ya sabes que la mayor parte del tiempo la paso abajo, en las criptas, pero he investigado un poco. Siempre me han interesado los juegos y cómo encajan en la estructura de las diferentes culturas. He

estudiado los pueblos antiguos y sus juegos, pero esto me brinda la oportunidad de observar un juego vigente con mis propios ojos, por lo que he leído y he hecho preguntas.

»El ja'la se juega con dos equipos en un espacio cuadrado con líneas que delimitan campos. En cada esquina hay una portería, dos para cada equipo. El objetivo del juego consiste en meter el broc (una pelota pesada revestida de cuero y de tamaño algo menor que la cabeza de una persona) en la portería del rival. El equipo que lo consigue se anota un tanto, y el otro equipo escoge el campo desde el que lanzar su ataque.

»No comprendo la estrategia, pues la cosa se complica, pero los chavales de cinco años la entienden enseguida.

—Seguramente es porque ellos desean jugar, y tú no. —Verna dejó caer el chal por su espalda y agitó los extremos para refrescarse el cuello—. ¿Qué lo hace tan interesante que la gente se apiñe bajo el sol para verlo?

—Supongo que durante un día se olvidan de su duro trabajo. Es una excusa para vitorear y chillar. Si su equipo gana, beben para celebrarlo y, si pierde, beben para consolarse. A nadie deja indiferente. La verdad es que la gente se altera más de lo que debería.

Verna se quedó un momento pensativa, sintiendo la refrescante brisa en el cuello.

—Bueno, a mí me parece un juego inofensivo.

—Es sangriento.

—¿Cómo sangriento?

Warren esquivó un montón de estiércol.

—La pelota es muy pesada, y las reglas laxas. Los jugadores de ja'la son unos auténticos salvajes. Aunque, naturalmente, deben ser hábiles con el broc, sobre todo se seleccionan por su fuerza bruta y su carácter agresivo. No hay partido que acabe sin que al menos se rompan algunos dientes o huesos. Y no es raro que a algún jugador le rompan el cuello.

—¿Y a la gente le gusta ver eso? —preguntó Verna con incredulidad.

Warren se lo confirmó con expresión grave.

—Por lo que me han contado los soldados, los espectadores se enfadan si no hay sangre, pues creen que su equipo no se esfuerza.

—No me parece un juego que me gustara ver.

—Pues eso no es lo peor. —Warren evitaba mirarla. A ambos lados unos postigos tan deslucidos que era imposible adivinar su color original cerraban las estrechas ventanas—. Los jugadores del equipo perdedor salen al campo al acabar el partido y son azotados. El equipo ganador les propina un golpe con un látigo de cuero por cada tanto en contra que han encajado. La rivalidad entre los equipos es tan fuerte que no es extraño que algunos jugadores mueran por los latigazos.

Verna caminó en atónito silencio hasta doblar una esquina.

—¿Y la gente se queda para verlo?

—Creo que solamente van para ver eso. La multitud que anima al equipo vencedor cuenta en voz alta el número de los latigazos. Las emociones se desbordan. El ja'la vuelve loca a la gente. A veces incluso se producen disturbios. Pese a que haya diez mil soldados vigilando, las cosas se pueden salir de madre. O los jugadores se pelean entre sí. Son verdaderos brutos.

—¿Y a la gente de verdad le gusta animar a un equipo de brutos?

—Los jugadores son héroes. Los jugadores de ja'la son casi los amos y señores de la ciudad. No se les aplican ni normas ni leyes. Una multitud de mujeres los siguen allá donde van, y tras el partido suelen organizarse auténticas orgías. Las mujeres se pelean por estar con los jugadores. La juerga puede durar varios días. Acostarse con un jugador de ja'la se considera un gran honor, y son tantas las que aspiran a él que solamente se les reconoce si hay testigos.

—¿Por qué hacen eso?

Warren alzó los brazos.

—¡Qué sé yo; yo no soy mujer! Aunque haya sido el primero en tres mil años en resolver una profecía, nunca una mujer me ha echado los brazos al cuello ni ha querido lamerme la sangre de la espalda.

—¿Eso hacen?

—Se pelean por hacerlo. Si al jugador le complace esa lengua, es posible que la elija. He oído que los jugadores son bastante arrogantes y les gusta que las mujeres tengan que ganarse el honor de tenerlos entre las piernas.

Verna miró a Warren y vio que se estaba ruborizando.

—¿Y también quieren estar con el equipo perdedor?

—Que ganen o pierdan es lo de menos. Cualquier jugador de ja'la es un héroe. Cuanto más brutales, mejor. Aquellos que han matado a un rival con el broc adquieren renombre y son los más deseados. Incluso se pone su nombre a los bebés. La verdad, no lo entiendo.

—Eso es porque te relacionas con muy poca gente, Warren. Si fueses a la ciudad en lugar de pasarte todo el día encerrado en las criptas, seguro que encontrarías a mujeres deseosas de estar contigo.

—Pues claro, si llevara un collar —replicó, dándose golpecitos en el cuello desnudo—. Porque verían el oro de palacio alrededor de mi cuello. Sólo por eso; no por quien soy.

Verna frunció los labios.

—A algunas personas les atrae el poder. Cuando uno no lo tiene, el poder resulta muy seductor. Así es la vida.

—La vida —rezongó Warren en tono amargo—. Todo el mundo lo llama ja'la, aunque en realidad el nombre completo es ja'la dh jin, que en la vieja lengua de la patria del emperador, Altur'Rang, significa «el Juego de la Vida». Pero todo el mundo lo llama simplemente ja'la, el Juego.

—¿Qué significa Altur'Rang?

—Es también un nombre de su antigua lengua y no es fácil de traducir. Aproximadamente significa «el elegido del Creador» o «la gente del destino», algo así. ¿Por qué?

—El Nuevo Mundo está dividido por una cordillera llamada Rang'Shada. Parece el mismo lenguaje.

Warren asintió.

—Un «shada» es un guantelete de guerra con pinchos. Y Rang'Shada puede traducirse como «el puño guerrero de los elegidos».

—Supongo que el nombre proviene de la vieja guerra. Desde luego esas montañas parecen pinchos. —Verna aún no había digerido lo que Warren le contaba—. No puedo creer que se permita ese juego.

—¿Permitirlo? Se promueve. El emperador tiene su equipo privado de ja'la. Esta mañana se ha anunciado que cuando venga de visita traerá a su equipo para que se enfrente al mejor equipo de Tanimura. Por lo que he deducido, es un gran honor y todo el mundo está muy emocionado. —Warren echó una mirada en torno y añadió—: El equipo del emperador no es azotado si pierde.

—Caramba. ¿Privilegios de los poderosos?

—No exactamente. Si pierden, les cortan la cabeza.

Verna dejó caer las manos a los costados.

—¿Qué razón puede tener el emperador para promover el ja'la?

Warren esbozó una sonrisa peculiar.

—No lo sé, Verna, pero tengo una teoría.

—¿Cuál es?

—Bueno, si hubieses conquistado un país, ¿qué problemas crees que podrían surgir?

—¿Te refieres a una insurrección?

Warren se apartó del rostro un rizo de rubios cabellos.

—Agitación, protestas, malestar de la población, tumultos y, sí, insurrección. ¿Recuerdas cuando gobernaba el rey Gregory?

Verna asintió, contemplando a una anciana en una calle lateral que, desde su balcón, tendía ropa. Era la única persona que había visto en la última hora.

—¿Qué pasó con él?

—Poco después de que te marcharas la Orden Imperial lo derrocó y ya no volvimos a saber de él. El rey era querido por el pueblo. Tanto Tanimura como otras ciudades del norte prosperaban bajo su reinado. Desde entonces las cosas han empeorado. El emperador ha permitido que florezca la corrupción y al mismo tiempo no se ocupa de asuntos tan importantes como el comercio y la justicia. Toda esa gente que has visto viviendo en la miseria son refugiados llegados de otras ciudades y pueblos saqueados.

—Pues, para ser refugiados, no me han parecido que estén descontentos.

Warren alzó una ceja.

—Ja'la —dijo solamente.

—¿Qué quieres decir?

—Bajo la Orden Imperial apenas tienen esperanzas de una vida mejor. Su única esperanza, su único sueño es convertirse en un jugador de ja'la.

»Los jugadores se seleccionan por su talento, no por su dinero ni posición social. La familia de un jugador nunca pasa necesidades; su hijo provee por ellos en abundancia. Así pues, los padres animan a sus hijos a que jueguen a ja'la con la esperanza de que se conviertan en profesionales. A partir de los cinco años pueden ingresar en equipos de aficionados, clasificados por edad. Todos, cualesquiera que sean sus circunstancias, pueden llegar a ser jugadores profesionales de ja'la. Incluso algunos provienen de las filas de los esclavos del emperador.

—Eso no explica la pasión que despierta.

—En la actualidad todo el mundo forma parte de la Orden Imperial. La lealtad hacia las antiguas patrias no se permite. Gracias al ja'la las personas se sienten hermanadas con sus vecinos y su ciudad a través de un equipo. El emperador sufragó la construcción del campo de ja'la, como regalo a Tanimura. De este modo el pueblo no piensa en sus míseras condiciones de vida, que no pueden controlar, y encuentran una válvula de escape que no amenaza al emperador.

Verna volvió a agitar las puntas del chal.

—Creo que tu teoría es acertada, Warren. Desde muy pequeños a los niños les gustan los juegos. Juegan todo el día. El juego es parte de la naturaleza humana. Cuando crecen, compiten con el arco, apuestan a los caballos o juegan a los dados.

—Por aquí. —Warren la cogió por la manga y con el pulgar señaló hacia un estrecho callejón—. Y el emperador encauza esa tendencia hacia algo más que natural. No sé por qué se preocupa de que el pueblo piense en la libertad o en la justicia. Ahora su gran pasión es el ja'la y no les interesa nada más.

»En vez de preguntarse a qué viene el emperador y qué supondrá eso en sus vidas, todos están alborotados por el ja'la.

Verna sintió que se le revolvía el estómago. Ella sí se preguntaba qué querría el emperador. Tenía que haber alguna razón de más peso que un partido de ja'la, que justificara un viaje tan largo. Quería algo.

—¿Y nos les inquieta la idea de vencer a un hombre tan poderoso, o más bien a su equipo?

—El equipo imperial es muy bueno, según me han dicho, pero no goza de ningún privilegio ni ventaja especial. El emperador no se ofende porque su equipo pierda, aunque ordena decapitar a sus jugadores. Si el rival vence, el emperador acepta que es mejor y felicita sinceramente al equipo y a la ciudad. La gente ansía el honor de vencer al renombrado equipo del emperador.

—Hace ya un par de meses que regresé y no había visto la ciudad vaciarse por un partido.

—La temporada acaba de empezar. Solamente se disputan partidos oficiales durante la temporada de ja'la.

—Eso no encaja en tu teoría. Si el ja'la distrae a la gente de asuntos mucho más importantes, ¿por qué no jugarlo todo el tiempo?

Warren le dirigió una sonrisa de suficiencia.

—Las expectativas aumentan el fervor. La gente se pasa horas analizando las perspectivas de la nueva temporada. Cuando finalmente la temporada llega, la emoción está al rojo vivo. Es como dos jóvenes enamorados que se vuelven a ver después de estar separados; sus mentes están como embotadas. Si los partidos se jugaran siempre, es posible que no despertaran tantas pasiones.

Era obvio que Warren había dedicado muchas horas de reflexión a su teoría. Aunque Verna no acababa de estar de acuerdo, el joven parecía tener respuesta para todo, por lo que cambió de tema.

—¿De quién has sabido que el emperador traerá su equipo?

—De maese Finch.

—Warren, te envié a las caballerizas para hacer indagaciones sobre los caballos desaparecidos, no para hablar de ja'la.

—Maese Finch es un gran entusiasta del juego y estaba tan entusiasmado por el partido de hoy, el primero de la temporada, que dejé que se explayara para después averiguar lo que quería saber.

—¿Y lo averiguaste?

Se detuvieron bruscamente y alzaron la vista hacia un cartel tallado que exhibía una lápida, una pala y los nombres «BENSTENT» y «SPROUL».

—Sí. Entre decirme cuántos latigazos iba a recibir el otro equipo y cómo ganar dinero apostando sobre el resultado, me dijo que los caballos desaparecieron hace bastante tiempo.

—Justo después del solsticio de invierno, supongo.

Protegiéndose los ojos con una mano, el joven miró por la ventana.

—Exacto. Se han esfumado cuatro de los caballos más fuertes, aunque sólo dos equipos de arreos completos. Finch sigue buscando los caballos y jura que los encontrará pero cree que robaron los arreos.

Al otro lado de la puerta, en la parte trasera de una oscura habitación, Verna oyó el ruido de una lima sobre acero. Warren escrutó la calle.

—Parece que aquí tenemos a otro al que no le entusiasma el ja'la.

—Mejor. —Verna se ató el chal bajo el mentón y abrió la puerta—. Veamos qué nos dice este sepulturero.

25

Solamente el ventanuco que daba a la calle, cubierto por diversas capas de suciedad acumulada, y una puerta trasera abierta iluminaban la habitación lóbrega y polvorienta, pero bastaba para distinguir un sendero entre los descuidados montones de mortajas enrolladas, destartalados bancos de trabajo y sencillos ataúdes. De una pared colgaban herrumbrosas sierras y cepillos de carpintero, y en la otra se amontonaban desordenadamente tablones de madera de pino.

Mientras que los más acaudalados solicitaban los servicios de agentes de pompas fúnebres, que los ayudaban a elegir decorados y lujosos ataúdes para sus seres queridos, los pobres solamente podían permitirse los servicios de enterradores que les proporcionaban una caja y un agujero en el que meterla. Por mucho que los pobres quisieran a sus seres queridos fallecidos, tenían que preocuparse de alimentar a los que aún les quedaban vivos. No obstante, el recuerdo que guardaban de sus muertos no era por ello menos precioso.

Verna y Warren se detuvieron en la puerta que comunicaba con un diminuto patio. Estaba delimitado por altas pilas de maderos, que en la parte posterior se amontonaban contra una valla y a los lados contra edificios estucados. En el centro, dándoles la espalda, un hombre descalzo y desgarbado vestido con ropas harapientas, afilaba los bordes de sus palas.

—Mis condolencias por la pérdida de vuestro ser querido —dijo con voz bronca pero sorprendentemente sincera. Prosiguiendo con el afilado preguntó—: ¿Niño o adulto?

—Ni una cosa ni otra —respondió Verna.

El sepulturero, de mejillas hundidas, les echó una mirada de reojo. No llevaba barba pero sus intentos de afeitado eran tan poco frecuentes que poco le faltaba para tenerla.

—¿De edad intermedia? Si me decís el tamaño del fallecido, le construiré una caja apropiada.

—No tenemos nadie a quien enterrar. Hemos venido a haceros unas preguntas.

El hombre interrumpió su trabajo, se volvió completamente y los miró de la cabeza a los pies.

—Bueno, es evidente que os podéis permitir más que yo.

—¿No os interesa el ja'la? —quiso saber Warren.

En los ojos de párpados caídos del enterrador se encendió una lucecita al posarse en la túnica violeta del joven.

—A la gente no le gusta verme en las ocasiones festivas. Les amargo la fiesta, porque mirarme a mí es como mirar a la muerte de cara. Y no se cortan a la hora de decirme que no soy bienvenido. Pero, claro, cuando me necesitan sí que acuden a mí y se comportan como si nunca me hubieran dado la espalda. Podría decirles que fuesen a otro lado, a otro sepulturero que les cobrará una fortuna por una bonita caja que de todas maneras el muerto no verá, pero sé que no se lo pueden permitir. Además, yo no soy de los que guardan rencor por sus miedos.

—¿Quién sois vos, maese Benstent o Sproul? —inquirió Verna.

Los flácidos párpados del hombre se arrugaron al alzar la mirada hacia ella.

—Yo soy Milton Sproul.

—¿Y maese Benstent? ¿Anda por aquí?

—Ham no está. ¿Qué pasa?

—Somos del palacio —le explicó Verna en tono despreocupado—, y venimos a preguntar sobre una factura que nos enviasteis. Sólo queremos asegurarnos de que todo está en orden.

El huesudo sepulturero fijó de nuevo la atención en la pala y pasó la lima por el borde.

—La factura es correcta. Nosotros no engañamos a las Hermanas.

—Por favor, no estoy sugiriendo tal cosa. Lo que ocurre es que no hemos podido determinar quién fue enterrado. Tenemos que verificar quién falleció antes de autorizar el pago.

—No lo sé. Ham hizo el trabajo y la factura. Ham es un hombre honesto que ni siquiera estafaría a un ladrón para recuperar lo que es suyo. Él preparó la factura y me dijo que la enviara. Eso es todo lo que sé.

—Ya veo. —Verna se encogió de hombros—. En ese caso tendremos que hablar con maese Benstent para aclarar este asunto. ¿Dónde podemos encontrarlo?

Sproul pasó de nuevo la lima por el borde.

—No lo sé. Ham se estaba haciendo viejo y me dijo que quería pasar lo que le quedaba de vida con su hija y sus nietos. Se marchó para estar con ellos. Viven por ahí, en el campo. Me dejó la mitad de todo esto —añadió, dibujando un círculo en el aire con la lima—, y también todo el trabajo, claro. Supongo que tendré que contratar a alguien más joven para que cave; yo también me hago viejo.

—Pero sabréis adónde fue y algo sobre la factura.

—Ya he dicho que no. Embaló todas sus cosas, que no eran muchas, y se compró un burro para el viaje, por lo que supongo que debía de ser un viaje largo. —Con la lima señaló por encima del hombro hacia el sur—. Dijo que se dirigía al campo.

»Lo último que me dijo es que no me olvidara de enviar la cuenta a palacio, porque había hecho el trabajo y era justo que pagaran. Le pregunté adónde quería que le enviara el dinero, pero me respondió que lo usara para contratar un ayudante. Según él, era lo justo puesto que me abandonaba tan precipitadamente.

—Ya veo. —Verna consideró las opciones que tenía. El hombre seguía limando el borde de la pala—. Sal afuera y espérame —dijo a Warren.

—¿Qué? —susurró el joven, con el rostro encendido—. ¿Por qué...?

Verna alzó un dedo para silenciarlo.

—Haz lo que te digo. Date una vuelta por la zona para comprobar que... nuestros amigos no nos están buscando. —Entonces se inclinó hacia él y dijo mirándolo de manera muy elocuente—: Tal vez se estén preguntando si necesitamos ayuda.

Warren se irguió y contempló al hombre que limaba la pala.

—Oh. Sí, de acuerdo. Voy a ver dónde se han metido nuestros amigos. —El joven jugueteaba con el brocado de plata de las mangas—. No tardarás, ¿verdad?

—No. Enseguida salgo. Vamos, ve a ver si los encuentras.

La Hermana esperó hasta oír cómo la puerta de la calle se cerraba. Sproul la miró de reojo.

—La respuesta sigue siendo la misma. Ya os he dicho que...

Verna le mostró una moneda de oro.

—Ahora, maese Sproul, vamos a tener que hablar con franqueza. Es más, vais a contestar mis preguntas con toda sinceridad.

Sproul frunció el entrecejo con recelo.

—¿Por qué lo habéis mandado afuera?

—Porque no tiene estómago para según qué —replicó Verna, ya sin hacer esfuerzos para mostrarse afable.

No obstante, el sepulturero siguió con lo suyo tranquilamente.

—Os he dicho la verdad. Si queréis una mentira, decídmelo y me inventaré una que os guste.

Verna lo miró amenazadoramente, ceñuda.

—Ni se os ocurra mentirme. Quizá sí que habéis dicho la verdad, pero no toda. Ahora me lo contaréis todo, ya sea a cambio de mi agradecimiento —con su han Verna arrebató la lima de la mano del hombre y la lanzó hacia arriba hasta que se perdió de vista— o a cambio de ahorrarnos... molestias.

La lima apareció de nuevo surcando el aire a toda velocidad y fue a estrellarse contra el suelo, hundiéndose en la tierra a pocos centímetros de los pies de Sproul. Sólo el mango sobresalía de la tierra, y estaba al rojo. Con un furioso esfuerzo mental Verna alzó el caliente acero hacia arriba, dibujando una larga línea de metal fundido. Su candente resplandor iluminó la asustada faz del hombre. También Verna sintió en la cara el calor abrasador. Sproul tenía los ojos desorbitados.

Moviendo un solo dedo, la dúctil línea de acero al rojo vivo se puso a danzar al ritmo que le imprimía Verna. Ésta hizo girar el dedo, y el abrasador acero dio vueltas alrededor del hombre casi rozándole la carne.

—Un solo movimiento, maese Sproul, y quedaréis unido a la lima para siempre. —Abrió la mano y sostuvo la palma hacia arriba. Una viva llama apareció y obedientemente flotó en el aire—. Después de eso, empezaré por los pies y os iré cocinando centímetro a centímetro hasta que me digáis toda la verdad.

Los torcidos dientes del sepulturero le castañetearon.

—Por favor...

En la otra mano Verna le mostró la moneda al tiempo que esbozaba una sonrisa desprovista de humor.

—Claro que también podéis elegir decirme la verdad a cambio de esta pequeña muestra de gratitud.

Sproul tragó saliva y observó el metal al rojo que giraba en torno a su cuerpo así como la sibilante llama que ardía en la palma de la mujer.

—Me parece que ya empiezo a recordar algo más. Me encantaría contaros toda la historia con sinceridad y lo que acabo de recordar.

Verna extinguió la llama de su mano y, con un repentino esfuerzo, invirtió el han, pasando de calor a su opuesto, el frío extremo. El metal dejó de brillar tan de pronto como la llama de una vela. El acero pasó del rojo vivo a un negro helado, se hizo pedazos y los fragmentos cayeron alrededor de Sproul como piedras de granizo.

Verna le cogió una mano, depositó en ella la moneda y le cerró los dedos sobre ella.

—Lo siento mucho. Diría que os he roto la herramienta. Espero que esto lo compense.

El hombre asintió. Allí había más oro del que él ganaría en todo un año.

—Tengo más herramientas. No importa.

—Muy bien, maese Sproul —prosiguió Verna, posándole una mano sobre el hombro—, ¿por qué no me decís qué más recordáis sobre esa factura? No os calléis nada —insistió, apretando con fuerza—, por insignificante que os parezca. ¿Entendido?

Sproul se humedeció los labios.

—Sí. Os lo diré todo. Bueno, Ham hizo el trabajo. Yo no sé nada de eso. Me dijo que el palacio lo había contratado, pero nada más. La verdad, Ham no suelta ni prenda de sus cosas, y yo no le presté atención.

»Poco después me soltó de sopetón que abandonaba el negocio y se iba a vivir con su hija, como os he dicho. Ham siempre estaba hablando de irse a vivir con su hija antes de que le llegara el turno de cavarse su propio hoyo, pero no tenía dinero, y ella tampoco, por lo que yo ya no le hacía ni caso. Pero entonces se compró el burro, y buen burro era, y así supe que esa vez iba muy en serio. Me dijo que no necesitaba el dinero que le pagaría palacio y que lo usara para contratar a alguien que me ayudara.

»Bueno, la noche anterior a su partida se presentó con una botella de licor. Era bueno, del que cuesta mucho más que el que solemos comprar. Cuando empina el codo Ham es incapaz de ocultarme nada, todo el mundo lo sabe. No es ningún bocazas sino un hombre en quien se puede confiar, ya os lo he dicho, pero cuando bebe no tiene secretos para mí.

Verna retiró la mano.

—Lo entiendo. Ham es un buen hombre y un amigo. No estáis traicionando su confianza, maese Sproul. Soy una Hermana y debéis confiar en mí. No temáis; no pienso causarle dificultades por lo que me digáis.

Sproul, evidentemente aliviado, asintió e incluso sonrió levemente.

—Bueno, como he dicho, teníamos el licor y empezamos a hablar de los viejos tiempos. Ham se marchaba y yo sabía que lo echaría de menos. Llevábamos juntos muchísimo tiempo, aunque no en el sentido de...

—Erais amigos. Lo entiendo. ¿Qué dijo?

Sproul se aflojó el cuello.

—Bien pues empezó a beber y a ponerse nostálgico porque se marchaba. Ese licor era más fuerte que el que solíamos beber. Le pregunté dónde vivía su hija para enviarle el dinero de la factura. Después de todo, yo me quedaba con el negocio y me las apañó bastante bien. Hay trabajo. Pero Ham me dijo que no, que no lo necesitaba. ¡Que no lo necesitaba! Bueno, eso me picó la curiosidad y quise saber de dónde había sacado el dinero y él me dijo que lo había ahorrado. Ham nunca ahorró ni un penique. El dinero apenas le duraba un minuto en el bolsillo, enseguida se lo gastaba.

»Entonces fue cuando me dijo que enviara la factura a palacio, me insistió mucho. Supongo que se sentía culpable por dejarme solo, sin ayuda. Entonces le pregunté: "¿Ham, a quién enterraste para palacio?"

Sproul se inclinó hacia ella y bajó la voz hasta convertirla en un grave susurro.

—«No he enterrado a nadie», me respondió. «El trabajo fue sacar».

Verna agarró al hombre por el sucio cuello.

—¡Qué! ¿Desenterró a alguien? ¿Es eso lo que quiso decir?

—Sí. Eso es. ¿Habíais oído cosa igual? ¿A quien se le ocurre desenterrar a los muertos? A mí no me importa enterrarlos pero la idea de sacarlos del hoyo me da escalofríos. Me parece una profanación. Claro que estábamos bebiendo por los viejos tiempos y todo eso, y me lo contó muerto de risa.

Verna estaba tan agitada que no podía pensar con claridad.

—¿A quién exhumó? ¿Y quién se lo ordenó?

—Sólo dijo que era «para palacio»?

—¿Cuánto hace de eso?

—Mucho. No lo recuerdo... un momento, fue después del solsticio de invierno, tal vez uno o dos días después.

Verna lo zarandó por el cuello.

—¿Quién era? ¿A quién desenterró?

—Se lo pregunté. Le pregunté a quién querían recuperar del hoyo. Pero su respuesta fue: «No les importaba quién. Sólo querían una mortaja limpia».

—¿Estás seguro? —insistió Verna, sin soltarlo—. Estabais bebidos... es posible que se lo inventara.

Sproul negó con la cabeza como si temiera que la Hermana se la arrancara de un mordisco.

—No, lo juro. Cuando bebe Ham no se inventa historias ni miente. Cuando bebe siempre me dice la verdad. Por gordo que sea el pecado, cuando bebe me lo confiesa. Recuerdo perfectamente lo que me dijo; fue la última noche que vi a mi amigo. Recuerdo lo que dijo.

»Me insistió en que enviara la factura a palacio, pero que esperara unas semanas, pues le habían dicho que estarían ocupados.

—¿Qué hizo con el cuerpo? ¿Adónde lo llevó? ¿A quién se lo entregó?

Sproul trató de retroceder pero Verna lo tenía bien cogido por el cuello.

—No lo sé. Me dijo que fue a palacio en un carro muy bien cubierto y que le dieron un pase especial para que los soldados no comprobaran la carga. Tuvo que ponerse sus mejores ropas para que la gente no reconociera su oficio, para no asustar a la fina gente de palacio y, sobre todo, no herir la sensibilidad de las Hermanas, que se encontraban en comunión con el Creador. Ham hizo lo que le ordenaron y estaba orgulloso de ello pues no inquietó a nadie de palacio yendo allí con los cadáveres. Eso es todo lo que dijo. No sé nada más. Lo juro por mi esperanza de fundirme con la luz del Creador cuando muera.

—¿Cadáveres? ¿Habéis dicho cadáveres? ¿Es que desenterró más de uno? —Verna lo fulminó con una peligrosa mirada al tiempo que lo estrujaba—. ¿Cuántos? ¿Cuántos cuerpos desenterró y entregó en palacio?

—Dos.

—Dos... —repitió la mujer en un susurro, absolutamente atónita. Sproul asintió.

Verna lo soltó.

Dos.

Dos cuerpos envueltos en mortajas limpias.

Apretó los puños y gruñó de rabia.

Sproul tragó saliva y alzó tímidamente una mano.

—Hay otra cosa. No sé si es importante.

—¿Qué es? —preguntó Verna, apretando los dientes.

—Dijo que los querían frescos, y que uno era menudo y fue fácil, pero que el otro le hizo sudar la gota gorda porque era muy grande. No le pregunté nada más. Lo siento.

Verna forzó una sonrisa.

—Gracias, Milton, has rendido un gran servicio al Creador.

El sepulturero se cerró el cuello de la camisa, que crujió.

—Gracias, Hermana. Hermana, por mi oficio nunca he tenido valor de acercarme al palacio. A la gente no le gusta verme y, bueno, por eso no he ido nunca. Hermana, ¿me podríais dar la bendición del Creador?

—Pues claro, Milton. Has cumplido su voluntad.

El hombre cerró los ojos y musitó una plegaria.

Suavemente Verna le tocó la frente.

—Que la bendición del Creador se derrame sobre su hijo —susurró, mientras dejaba que su han fluyera hacia la mente de Sproul. Éste ahogó una exclamación de éxtasis mientras el han de la Hermana invadía su mente—. Olvidarás todo lo que Ham te dijo estando borracho. Sólo recordarás que él hizo el trabajo, pero nada más. Cuando me marche, tampoco recordarás que he estado aquí.

El hombre permaneció un rato con los ojos cerrados antes de abrirlos de nuevo y decir:

—Gracias, Hermana.

Warren se paseaba arriba y abajo por la calle. Verna pasó a su lado hecha un basilisco, sin decirle nada. Warren corrió para alcanzarla.

—Voy a estrangularla —gruñó Verna entrecortadamente—. La estrangularé con mis propias manos. Me da igual que el Custodio se me lleve, la estrangularé.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué has averiguado? ¡Verna, no vayas tan rápido!

—No me hables ahora, Warren. ¡No digas ni una palabra!

La mujer caminó en tromba por la ciudad agitando los puños al ritmo de sus furiosas zancadas. Era como una tempestad que asolara los campos. Sentía como si el furioso nudo que sentía en su estómago

fuese a convertirse en rayos y truenos. No veía ni las calles, ni los edificios, ni tampoco oía los tambores. Incluso se olvidó de Warren, que trotaba tras ella. Lo único que veía era una imagen de venganza.

Estaba ciega a todo lo externo, perdida en un mundo de rabia. Sin saber cómo había llegado hasta allí, se encontró cruzando uno de los puentes traseros que comunicaban con la isla Halsband. En la cresta central, por encima del agua, se detuvo tan de repente que Warren a punto estuvo de chocar contra ella.

—Quiero que bajes ahora mismo a las criptas y desentrañes esa profecía —le ordenó, agarrándolo con rabia por el trenzado plateado del cuello de la túnica.

—¿De qué profecía hablas?

Verna lo zarandeó.

—De la que dice que cuando la Prelada y el Profeta sean entregados a la Luz en el sagrado rito, las llamas llevarán a ebullición un caldero de engaño y promoverán el ascenso de una falsa Prelada, que reinará sobre los muertos del Palacio de los Profetas. Encuentra las ramificaciones. Descífrala. Averigua todo lo que puedas. ¿Lo has entendido?

Warren se liberó y se alisó la túnica.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te ha contado el sepulturero?

—Ahora no, Warren —respondió Verna en tono admonitorio.

—Se supone que somos amigos, Verna. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas? Quiero saber...

—Haz lo que te digo —tronó Verna—. Si me sigues presionando, Warren, te arrojaré al río. Descifra esa profecía y en cuanto sepas algo ven a decírmelo.

Verna sabía de profecías y sabía que podía costarle años desentrañarla, incluso siglos. Pero ¿qué otra opción le quedaba?

Warren se sacudió el polvo de la túnica sólo para tener la excusa de desviar la mirada.

—Como ordenéis, Prelada.

Antes de darse media vuelta, Verna vio que tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Quiso extender un brazo y detenerlo, pero ya estaba demasiado lejos. Quiso llamarlo y decirle que no estaba enfadada con él, que no era culpa suya que ella fuese la falsa Prelada, pero la voz le falló.

Localizó la roca redonda por debajo de la rama y escaló el muro. Solamente necesitó apoyarse en dos ramas del peral antes de dejarse caer en el jardín de la Prelada. En cuanto recuperó el equilibrio, echó a correr. Jadeaba y el pecho le dolía. Al llegar al santuario golpeó repetidamente la mano contra la puerta, pero no se abrió. Al recordar por qué, buscó en el bolsillo el anillo de Prelada. Una vez dentro, lo posó encima del sol grabado y la cerró. Luego, con toda su ira y su angustia lo arrojó lejos de sí. El anillo chocó contra la pared y cayó al suelo.

Entonces sacó el libro de viaje de la bolsa secreta cosida a la parte posterior del cinturón y se dejó caer en el taburete de tres patas. Aún jadeando buscó a tientas la caña oculta en el lomo del pequeño libro negro, lo abrió, lo dejó encima de la mesita y se quedó mirando la página en blanco.

Pese a la rabia y el resentimiento que sentía, trató de reflexionar. Cabía la posibilidad de que se equivocara. No. No se equivocaba. No obstante, era una Hermana de la Luz, si es que eso significaba algo, y no podía arriesgarlo todo por un palpito. Tenía que hallar el modo de verificar quién tenía el otro libro de un modo que, si se equivocaba, no revelara su identidad. Sin embargo no se equivocaba. Sabía quién tenía el otro.

Verna se besó el anular al tiempo que murmuraba una plegaria, suplicando al Creador que la guiara y le diera fuerzas.

Tenía ganas de descargar su furia, pero antes que nada debía asegurarse. Con dedos temblorosos cogió la pluma y escribió:

«Primero debes decirme por qué me elegiste la última vez. Recuerdo cada palabra. Un error y arrojaré este libro al fuego.»

Cerró el libro y volvió a guardarlo en el bolsillo secreto. Temblaba, por lo que cogió la manta, se acurrucó en la butaca y se cubrió con ella. Nunca, en toda su vida, se había sentido tan sola.

Recordaba perfectamente su último encuentro con la prelada Annalina, al poco de regresar con Richard después de tantos años de viaje. Annalina se había negado a recibirla y pasaron semanas antes de que se dignara concederle audiencia. Por mucho que viviera, por cientos de años que transcurrieran, jamás olvidaría esa entrevista, ni las cosas que la Prelada le dijo.

Verna se sentía furiosa porque había descubierto que palacio le había ocultado una información muy valiosa. La Prelada la había utilizado sin darle ninguna explicación. Annalina le preguntó si sabía por qué había sido elegida para ir en busca de Richard. Verna creía que había sido un voto de confianza. Pero la Prelada dijo que había sido porque sospechaba que las otras dos Hermanas, Grace y Elizabeth, eran Hermanas de las Tinieblas y tenía información privilegiada que profetizaba que las dos primeras Hermanas morirían. Haciendo uso de su prerrogativa había elegido a Verna como la tercera del grupo.

Verna preguntó: «¿Me elegisteis porque teníais fe en que no fuera una de ellas?». La Prelada respondió: «Te elegí porque estabas casi al final de la lista. Porque no destacas en nada en especial. Dudaba que fueras una de ellas. Eres una persona bastante anodina. Grace y Elizabeth ocupaban los primeros puestos de la lista porque quienquiera que dirige a las Hermanas de las Tinieblas las consideraba prescindibles. Yo dirijo a las Hermanas de la Luz, y te elegí por esa misma razón.

»Algunas Hermanas son valiosas para nuestra causa y no podía ponerlas en peligro. Tal vez el muchacho demuestre su valía, pero hay asuntos más importantes que él en palacio. Richard no es más que una oportunidad, alguien que en el futuro podría ser de ayuda.

»Si surgían dificultades y ninguna de las tres regresabais, bueno... Estoy segura de que comprendes que un general no quiere perder a sus mejores tropas en una misión de baja prioridad.»

La misma mujer que le había sonreído cuando ella era niña y había sido su inspiración le rompió el corazón.

Verna se arrebujó en la manta mientras contemplaba entre lágrimas las paredes del santuario. Durante toda su vida solamente había deseado ser una Hermana de la Luz. Deseaba ser una de esas maravillosas mujeres que usaban su don para realizar la obra del Creador en este mundo. Había entregado su vida y su corazón al Palacio de los Profetas.

Verna recordó el día que le comunicaron que su madre había muerto. De vieja.

Su madre no poseía el don, por lo que de nada servía al palacio. Como vivía lejos, Verna apenas la veía. Las pocas veces que su madre viajaba hasta palacio, la asustaba comprobar que Verna no envejecía como una persona normal. Por muchas veces que Verna trató de explicarle el hechizo, ella nunca pudo entenderlo. Verna sabía que era porque su madre temía escuchar de verdad. Le daba miedo la magia.

Aunque las Hermanas no trataban de ocultar la existencia del hechizo por el cual los habitantes del palacio envejecían muy lentamente, quienes no poseían el don no lograban comprenderlo. A la gente le enorgullecía vivir cerca del palacio, a la sombra de su esplendor y poder, pero aunque lo contemplaban con reverencia era una reverencia mezclada con miedo y recelo. Les asustaba pensar en cosas de tal poder, del mismo modo que gozaban del calor del sol pero no osaban mirarlo directamente.

Cuando su madre murió Verna llevaba en palacio cuarenta y siete años pero tenía el aspecto de una adolescente.

Verna recordó el día en que le dijeron que Leitis, su hija, había muerto. De vieja.

La hija de Verna y de Jedidiah no heredó el don, por lo que de nada servía al palacio. Sería mejor, le dijeron, que creciera en una familia que la amara y le diera una vida normal; viviendo en palacio, sin el don, nunca sería feliz. Verna debía dedicarse a la obra del Creador y accedió.

Cuando una mujer con el don se unía a un hombre con el don aumentaban las probabilidades, por remotas que fueran, de que el fruto de esa unión naciera asimismo con el don. Así pues, las Hermanas y magos que concebían un nuevo ser recibían aprobación, aunque tal comportamiento no se fomentaba oficialmente.

Como era habitual en dichos casos Leitis nunca supo que las personas que la criaron no eran sus verdaderos padres. Seguramente era lo mejor, creía Verna. ¿Qué tipo de madre sería una Hermana de la Luz? El palacio había mantenido a la familia a fin de que Verna no se preocupara del bienestar de su hija.

En las ocasiones que los visitaba, simplemente como una Hermana que bendice a una familia honesta y trabajadora, Leitis le había parecido feliz. La última vez que la vio, Leitis tenía el pelo gris, caminaba encorvada y necesitaba la ayuda de un bastón. Su hija no la recordaba como la misma Hermana que la había visitado sesenta años antes, cuando jugaba al pilla pilla con sus amiguitos.

Después de que Verna la bendijera, Leitis le sonrió y se lo agradeció.

—Gracias, Hermana. Tenéis mucho talento para ser tan joven.

—¿Cómo estás, Leitis? ¿Eres feliz?

Su hija le sonrió con aire distante.

—Oh, sí, Hermana. He tenido una vida larga y feliz. Mi marido murió hace cinco años pero, aparte de eso, el Creador me ha bendecido. —Soltó una risita para añadir—: Ojalá tuviera aún mi pelo castaño rizado. En otro tiempo era tan bonito como el vuestro. Sí que lo era, lo juro.

Querido Creador, ¿cuánto tiempo hacía de la muerte de Leitis? Cincuenta años al menos. Leitis tenía hijos pero Verna había evitado saber algo de ellos más que los nombres.

El nudo que sentía en la garganta, mientras lloraba, apenas le permitía respirar.

Había dado tanto para ser una Hermana. Su único deseo había sido ayudar a los demás. Nunca había pedido nada más.

Y resultaba que le habían tomado el pelo.

Ella no había pedido ser Prelada, pero justo cuando empezaba a pensar que desde ese puesto podía mejorar la vida de sus semejantes, hacer el trabajo por el que lo había sacrificado todo, descubría que otra vez le habían tomado el pelo.

Verna se aferró a la manta y lloró desconsoladamente hasta que por las pequeñas ventanas situadas en las aristas ya no entraba ninguna luz y ella tenía la garganta en carne viva.

Ya era noche cerrada cuando decidió irse a acostar. No quería quedarse en el santuario de la Prelada; le parecía que el lugar se burlaba de ella. Ella no era la Prelada. Después de agotar todas las lágrimas solamente se sentía humillada y aturdida.

No podía abrir la puerta. Tuvo que arrastrarse por el suelo hasta dar con el anillo de Prelada. Una vez que hubo cerrado la puerta, se lo volvió a poner en el dedo como recordatorio, como símbolo de lo tonta que había sido.

Caminó arrastrando los pies, exhausta, hasta su despacho, por donde tenía que pasar para irse a la cama. La vela se había apagado, por lo que encendió otra sobre el escritorio atestado de montones de informes sin revisar. Phoebe trabajaba duro para que esos montones no se redujeran. ¿Qué iba a pensar Phoebe cuando descubriera que, en realidad, no era la administradora de la Prelada? ¿Que había sido nombrada por una Hermana anodina, que no destacaba en nada?

Al día siguiente se disculparía con Warren. No era culpa suya y no debería haberla tomado con él.

Iba a salir de su despacho cuando de repente se quedó inmóvil.

Su diáfano escudo estaba roto. Volvió la mirada hacia la mesa. No se habían añadido nuevos informes a las pilas.

Alguien había estado husmeando.

26

Sobre la cubierta del barco se abatía una cortina de lluvia. Los hombres, descalzos y en cuclillas, esperaban en tensión; sus protuberantes músculos refulgían a la débil luz amarilla de las lámparas mientras observaban cómo la distancia se iba acortando y entonces, en un repentino esfuerzo, saltaron hacia la oscuridad. Tras aterrizar brincaron para atrapar las guías lastradas con plomo sujetas a los extremos de ligeros cabos que les arrojaban desde la embarcación y salvaban el turbio abismo. Lentamente los marineros fueron halando el barco tirando de las pesadas sogas unidas a los ligeros cabos.

Moviéndose con rapidez y eficiencia enroscaron las sogas, gruesas como la muñeca de un hombre, alrededor de los sólidos pilares, plantaron los pies y siguieron tirando esforzadamente, usando los pilares como sostén. La madera húmeda crujió cuando las sogas llegaron a la máxima tensión. Las hileras de marineros que trataban de vencer la carga cedieron hasta conseguir detener el avance lento pero en apariencia inexorable del *Lady Sefa*. Gruñendo al unísono, empezaron a recuperar el terreno cedido y lentamente el barco avanzó hacia el muelle, resbaladizo por la lluvia. Al mismo tiempo, en el barco, los marineros dejaban caer cabos enrollados para proteger el casco.

Apiñadas debajo de una lona que las protegía y contra la que repiqueteaba la lluvia, las hermanas Ulicia, Tovi, Cecilia, Armina, Nicci y Merissa observaban cómo el capitán Blake iba de un lado a otro de cubierta gritando airadas órdenes a los hombres y corriendo para asegurarse de que se cumplían. El capitán estaba en contra de aproximar el *Lady Sefa* al estrecho muelle en una noche de perros como aquella; su intención había sido echar el ancla en el puerto y conducir a las mujeres a la orilla en un bote. Pero Ulicia no tenía ganas de quedar empapada en el trayecto de media milla hasta la orilla y con gesto autoritario había desoído las súplicas del capitán, que le explicaba que tendría que echar al agua todos los botes disponibles para remolcar la nave. Una sola mirada había bastado para que dejara de insistir en los peligros, callara y dirigiera la maniobra.

El capitán se quitó el empapado sombrero de la cabeza antes de dirigirles la palabra.

—Muy pronto estaréis en tierra, miladies.

—No me ha parecido tan difícil como decías, capitán —comentó Ulicia.

El capitán retorció el sombrero.

—Lo hemos logrado. Aunque no comprendo la insistencia en desembarcar en el puerto Grafan. No os resultará sencillo regresar a Tanimura por tierra desde un puesto militar abandonado de la mano del Creador. Llegaríais antes navegando directamente.

No dijo que también se hubiese librado antes de ellas, lo cual sin duda era la razón de que tan amablemente se hubiera ofrecido a llevarlas directamente de vuelta a Tanimura, siguiendo el plan inicial. También eso es lo que deseaba Ulicia, pero no podían elegir. Cumplía órdenes.

Escrutó la oscuridad más allá del muelle, donde sabía que las estaba esperando. Los ojos de sus compañeras miraban en la misma dirección.

Las colinas que enmarcaban el paisaje de fondo solamente eran visibles a la luz de los relámpagos que hendían el cielo salidos de la nada, y excepto cuando los destellos esporádicamente revelaban la existencia de las colinas, el débil resplandor de luces que provenía de la maciza fortaleza de piedra encaramada en lo más alto de una distante colina parecía flotar en el negro cielo. Ulicia únicamente podía distinguir los sombríos muros de piedra bañados por la lluvia con los breves relámpagos.

Jagang estaba allí.

Estar ante él en sueños era una cosa, pues más pronto o más tarde despertaba, pero tenerlo delante en carne y hueso era muy distinto. Ya no habría despertar posible. Ulicia se aferró a la conexión. Tampoco para Jagang habría despertar. El verdadero amo y señor de todas ellas se lo haría pagar caro.

—Parece que os esperan.

Ulicia abandonó de repente sus pensamientos y prestó atención al capitán.

—¿Qué?

El capitán señaló con el sombrero.

—Ese coche debe ser para vosotras, miladies; nadie más anda por aquí excepto todos esos soldados.

Esforzándose por distinguir en la penumbra, finalmente la Hermana vio el coche negro con un tiro de seis enormes caballos castrados que esperaba en el camino, en lo alto del muro sobre el muelle. La puerta permanecía abierta. Ulicia tuvo que recordar que tenía que seguir respirando.

Bien, pronto acabaría. Jagang pagaría. Sólo tenían que aguantar un poco más.

Una vez que sus ojos reconocieron las oscuras e inmóviles figuras, empezó a distinguir soldados. Estaban por todas partes. Pequeñas hogueras salpicaban las colinas más cercanas al puerto. Ulicia sabía que por cada fuego que lograba permanecer encendido, pese a la lluvia torrencial, había otros veinte o treinta que no prendían. Sin contar los fuegos que veía, calculó que había centenares.

La pasarela retumbó a lo largo de cubierta cuando los marineros la deslizaron fuera a través de la abertura en los macarrones. Con un golpe sordo un extremo tocó el muelle. Apenas tocó el suelo, los marineros bajaron por ella cargando el equipaje de la Hermana, que condujeron hacia el coche.

—Ha sido un placer hacer negocios con vos, Hermana —mintió el capitán Blake. Retorcía el sombrero entre los dedos mientras esperaba que se marcharan—. ¡Listos para soltar amarras, muchachos! —gritó a los marineros—. ¡Tenemos que aprovechar la marea!

Si los marineros no lanzaron gritos de júbilo fue solamente porque no se atrevían a mostrar lo felices que se sentían al librarse de las Hermanas. En el curso de la travesía de regreso al Viejo Mundo habían recibido más lecciones de disciplina que nunca, lecciones que jamás olvidarían.

Mientras esperaban la orden para soltar amarras ninguno de ellos osó siquiera echar una mirada a las seis mujeres. Al final de la pasarela esperaban cuatro marineros, con los ojos fijos en el suelo, que sujetaban una lona atada a cuatro palos para proteger de la lluvia a las Hermanas.

Con todo el poder que habían acumulado, para Ulicia hubiese sido un juego de niños usar su han para resguardarse ella misma y a sus cinco compañeras de la lluvia, pero no quería revelar la conexión hasta el momento justo; no podía correr el riesgo de alertar a Jagang. Además, le gustaba que aquellos insignificantes gusanos sostuvieran la lona encima de sus cabezas. Todos ellos eran afortunados de que no deseara revelar la conexión o los habría matado a todos. Muy lentamente.

Cuando empezó a moverse notó cómo sus cinco compañeras también se movían. Cada Hermana poseía no sólo el don con el que había nacido, el han femenino, sino que todas ellas se habían sometido al ritual y poseían el han opuesto, el han masculino que habían arrebatado a los jóvenes magos. Además de la Magia de Suma que tenían de nacimiento, asimismo poseían su opuesto: Magia de Resta.

Y además existía la conexión.

Ulicia ignoraba si funcionaría; las Hermanas de las Tinieblas y, más en concreto, las Hermanas de las Tinieblas que habían absorbido el han masculino nunca habían intentado unir su poder. El riesgo era elevado pero la alternativa era inaceptable. Todas se sintieron emocionadas y aliviadas cuando funcionó. De hecho funcionaba mucho mejor de lo que hubieran podido soñar, y Ulicia se sentía embriagada por el rauda y violento flujo mágico que recorría su cuerpo.

Nunca hubiera imaginado que fuese posible reunir un poder tan formidable. Excepto el Creador o el Custodio, no había poder en la faz de la tierra que se aproximara siquiera al que ahora ella controlaba.

Ulicia era el nodo dominante de la conexión; la que controlaba y dirigía la fuerza. Tan intensa era que apenas lograba contener la hoguera interna de su han. Allí donde su mirada se posaba, gritaba para ser liberado. Pronto sucedería.

Unidos como estaban —el han femenino y masculino, la Magia de Suma y de Resta— poseían suficiente fuerza destructora para que el fuego de un mago en comparación no fuese más que una humilde

vela. Con un solo pensamiento podría arrasar la colina sobre la que se erigía la fortaleza. Con un solo pensamiento podría arrasar al instante todo lo que abarcaba la vista y seguramente mucho más allá.

De tener la certeza de que Jagang se encontraba en el interior de la fortaleza ya habría descargado su catastrófica furia. Pero si no estaba allí y no lograban encontrarlo y matarlo antes de volver a dormirse, estarían en su poder. Primero debían enfrentarse a él, estar seguras de que estaba allí, y luego ella descargaría un poder de una magnitud que nunca antes el mundo hubiera contemplado. Jagang quedaría reducido a polvo antes de parpadear. El Custodio tendría su alma y lo torturaría por toda la eternidad.

Al llegar al final de la pasarela los cuatro marineros tomaron posiciones para resguardarlas de la lluvia. Ulicia sentía los músculos de las otras Hermanas mientras avanzaban por el muelle. Gracias a la conexión notaba hasta el más pequeño dolor, molestia o placer que ellas sentían. En su mente estaban unidas. En su mente, eran un solo pensamiento, una necesidad: librarse de la sanguijuela Jagang.

Ya falta poco, Hermanas, ya falta poco.

¿Y luego iremos a por el Buscador?

Sí, Hermanas, luego iremos a por el Buscador.

Mientras caminaban por el muelle, un destacamento de soldados de truculento aspecto pasó junto a ellas al trote en dirección contraria; sus armas repicaban al ritmo de sus aceleradas zancadas. Sin detenerse, subieron corriendo la resbaladiza pasarela. El cabo que mandaba el escuadrón se detuvo frente al capitán de la nave, que vociferaba órdenes. Ulicia no oyó las palabras del cabo pero vio cómo el capitán Blake levantaba los brazos y gritaba: «¡Qué!». Entonces, muy enfadado, arrojó al suelo el sombrero y descargó sobre el soldado una oleada de protestas que la Hermana no logró entender. Simplemente extendiendo la conexión los hubiera oído pero no osaba arriesgarse, aún no. Los soldados desenvainaron las espadas. El capitán Blake apoyó los puños en las caderas y, tras una breve pausa, se volvió hacia los marineros que esperaban en el muelle.

—Amarrad bien los cabos, muchachos —les gritó—. No levamos anclas esta noche.

Cuando Ulicia llegó al coche un soldado les ordenó con un gesto que entraran. La Hermana dejó que sus compañeras la precedieran. Cuando las dos de más edad se sentaron en el asiento de cuero cubierto con un delgado acolchado, sintió su mismo alivio por poder al fin descansar las piernas. El soldado ordenó a los cuatro marineros que las habían acompañado que se quedaran a un lado y esperaran. Mientras entraba y cerraba la puerta, Ulicia vio cómo los soldados del barco conducían a todos los marineros del *Lady Sefa* por la pasarela, como si fueran ganado.

Seguramente el emperador Jagang los intentaría matar para eliminar cualquier testigo que pudiera conectarlo con las Hermanas de las Tinieblas. Así Jagang les haría un favor a ellas. Mas no tendría la oportunidad de matar a la tripulación del barco; pero, al retener a los marineros, les daría a ellas la oportunidad de hacerlo. Ulicia sonrió a las Hermanas. Gracias a la conexión todas conocían sus pensamientos, y las cinco le devolvieron una sonrisa de satisfacción. La travesía había sido lamentable, y esos marineros pagarían por ello.

Durante el lento viaje hasta la fortaleza, al subir una pendiente, a la luz de un relámpago Ulicia vio, asombrada, el increíble ejército que Jagang había reunido. Cada vez que los relámpagos restallaban entre las colinas veía tiendas de campaña hasta donde le alcanzaba la vista. Las tiendas cubrían las onduladas colinas como briznas de hierba en primavera. Eran tantas que, en comparación, la ciudad de Tanimura parecía una aldea. Ulicia jamás habría sospechado que en todo el Viejo Mundo hubiera tantos hombres de armas; bueno, quizá también ellos les serían de utilidad.

Cuando los relámpagos hendieron las nubes de tormenta y sacudieron el suelo vio asimismo la sombría fortaleza en la que Jagang aguardaba. La conexión le permitió ver la fortaleza a través de los ojos de sus compañeras y sentir su miedo. Todas deseaban hacer estallar la fortaleza y dejarla reducida a cenizas, pero todas sabían que no podían, todavía no.

Reconocerían a Jagang en cuanto lo vieran —tenían su sonriente rostro grabado en la mente— pero primero tenían que verlo, para estar seguras.

Cuando lo veamos, Hermanas, y sepamos que está allí, lo mataremos.

Ulicia quería ver el miedo en los ojos de ese hombre, el mismo tipo de miedo que él había infundido en sus corazones. No obstante, no podía correr el riesgo de traicionar en lo más mínimo cuáles eran sus intenciones. Ulicia ignoraba de qué era él capaz pues, después de todo, hasta entonces solamente su amo y señor, el Custodio, las había visitado en ese estado de sueño que no era sueño. Así pues, no pensaba darle ningún aviso ni siquiera por la mera satisfacción de ver cómo temblaba.

Ulicia había esperado deliberadamente hasta que ya navegaban hacia el puerto Grafan antes de revelar su plan a las demás Hermanas, por seguridad. Ellas sólo tenían que entregar el alma de Jagang al inframundo, a las garras del Custodio, y éste se encargaría de castigarlo.

El Custodio estaría más que complacido cuando sus servidoras restablecieran su poder en el mundo y las recompensaría con visiones del tormento de Jagang, si ellas lo deseaban. Y claro que lo desearían.

Con una sacudida, el coche frenó ante las imponentes fauces de la fortaleza. Un fornido soldado, que llevaba un manto confeccionado con pellejos y armas suficientes para acabar él solito con un ejército de mediano tamaño, les ordenó que salieran del coche. Las seis caminaron por el barro en silencio, bajo la lluvia, pasaron bajo el rastrillo de hierro y, finalmente, pudieron resguardarse bajo un techo abombado. Desde allí las condujeron a una oscura entrada donde les dijeron que esperaran de pie, ¡como si alguna de ellas tuviera intención de sentarse en aquel asqueroso y frío suelo de piedra!

Después de todo llevaban sus mejores galas: Tovi iba vestida con un vestido oscuro que la hacía parecer más esbelta; Cecilia con su impecable cabello gris, perfectamente cepillado, que se complementaba con el vestido verde oscuro adornado con encaje en el cuello; Nicci con un sencillo vestido negro, como era habitual en ella, con un corpiño acordonado que subrayaba los senos; Merissa con un vestido rojo, que era su color favorito y con razón, pues daba realce a su densa melena de cabello negro, y que además exhibía su exquisita silueta; Armina con un vestido azul oscuro que destacaba su figura, razonablemente sensual y que hacía juego con sus ojos azules; y Ulicia con un favorecedor vestido azul mucho más claro que el de Armina, adornado con muy buen gusto con volantes en el escote y las muñecas, pero sin ningún adorno en la cintura, para no ocultar sus torneadas caderas.

Todas querían tener su mejor aspecto cuando mataran a Jagang.

Los sillares de piedra de los muros estaban completamente desnudos excepto por dos soportes con chisporroteantes antorchas. Mientras esperaban Ulicia sentía cómo la ira de las demás Hermanas iba aumentando junto con la suya, y también nacía un sentimiento de aprensión colectivo.

Cuando los marineros, rodeados por soldados, pasaron bajo el rastrillo uno de los dos soldados que vigilaban la entrada de piedra abrió la puerta interior de la fortaleza y con un rudo gesto de cabeza indicó a las Hermanas que avanzaran. Los pasillos eran tan austeros como el zaguán, tal como corresponde a una fortaleza militar y no a un palacio, por lo que no había lugar para las comodidades. Siguiendo a los guardias Ulicia tan sólo vio bancos de madera rudimentarios y herrumbrosas antorchas de hierro. Las puertas eran toscos tablones de madera con goznes de hierro y mientras se adentraban en la fortaleza no vieron ni una sola lámpara de aceite. Era un simple cuartel.

Los soldados se detuvieron ante una enorme puerta doble y se colocaron a ambos lados, con la espalda contra la pared de piedra. Uno de ellos alzó un pulgar con gesto pomposo y les ordenó que entraran. Ulicia juró a sus Hermanas que recordaría ese rostro y que el hombre pagaría el precio de su arrogancia. El grupo de prisioneros, con Ulicia a la cabeza seguida por las cinco Hermanas y, finalmente, los marineros entraron en la gran sala, acompañados por el eco de las botas contra el suelo de piedra y el ruido de las armas de los soldados que entrechocaban.

Era un enorme salón. En lo alto de los muros se abrían unas ventanas sin cristal, por las que se veían los relámpagos del exterior y dejaban entrar la lluvia, que luego se deslizaba por la oscura piedra formando relucientes regueros. A ras de suelo, a ambos lados, ardían dos fuegos en simples hoyos. Las chispas y las volutas de humo ascendían hasta salir por las ventanas pero, no obstante, en el aire del salón flotaba una neblina de penetrante y desagradable olor. En los oxidados tederos dispuestos en los muros

las antorchas chisporroteaban y siseaban, con lo que el olor de brea se sumaba al hedor de sudor. En el salón en penumbra todo parpadeaba a la luz del fuego.

Entre los dos crepitantes fuegos distinguieron apenas un sólido tablero de madera sobre el que se había desplegado un verdadero festín. Sólo había un hombre sentado a la mesa, frente a ellas, observándolas con indiferencia mientras se cortaba un pedazo de cochinillo asado.

Con aquella luz turbia y parpadeante costaba asegurarse. Y tenían que estar seguras.

Tras la mesa, contra el muro, vieron a unas personas de pie que obviamente no eran soldados. Los hombres llevaban pantalones blancos y nada más. Ellas iban cubiertas del cuello a los tobillos con una prenda de pantalones anchos que les llegaba hasta las muñecas, atada a la cintura con una cuerda blanca. Excepto por la cuerda, la ropa era tan transparente que podrían igualmente haber ido desnudas.

El hombre alzó una mano y movió los dedos índice y medio para ordenarles que se acercaran. Las seis mujeres avanzaron por el grande y tenebroso salón que, debido a la piedra negra que absorbía la luz de los fuegos, parecía una cueva que se fuera cerrando sobre ellas. Delante de la mesa, sobre una enorme piel de oso, había otros dos esclavos vestidos de modo igualmente absurdo. Las mujeres de pie detrás de la mesa, contra la pared, tenían las manos a los costados y permanecían inmóviles y tensas. Todas eran jóvenes y llevaban un anillo de oro en el centro del labio inferior.

A medida que avanzaban oían los fuegos a su espalda crepitar. El hombre sentado a la mesa tendió a un lado su jarra, y uno de los esclavos vestido con pantalones blancos le sirvió vino. Ninguno de los esclavos miró a las seis mujeres. Su atención estaba fija en el hombre sentado a la mesa. Entonces Ulicia y las demás Hermanas lo reconocieron.

Jagang.

Era de estatura media pero fornido, con enormes brazos y pecho. Vestía un chaleco de piel que dejaba sus musculosos hombros al aire y que se abría en el centro. En la profunda hendidura que se formaba entre los prodigiosos músculos del pecho, cubierto de abundante pelo, le colgaban varias docenas de cadenas de oro y joyas. Eran joyas dignas de un rey o una reina. Brazaletes de plata le rodeaban los brazos por encima de sus prominentes bíceps. En cada uno de sus gruesos dedos llevaba un anillo de oro o de plata.

Todas las Hermanas sabían perfectamente el daño que era capaz de infligir con esos dedos.

Su cabeza rasurada relucía a la parpadeante luz de las llamas. Hacía juego con los músculos. Ulicia no conseguía imaginárselo con pelo en la cabeza, pues perdería gran parte de su amenazador aspecto. Tenía un cuello tan grueso como el de un buey. La aleta izquierda de la nariz estaba perforada por un anillo de oro unido a una fina cadena, también dorada, que luego se unía a otro anillo que llevaba en la oreja izquierda. Excepto por el ancho bigote que le crecía sólo por encima de las comisuras de los labios en perpetuo esbozo de una burlona sonrisa, iba perfectamente afeitado. En el centro del mentón, bajo el labio inferior, le nacía una pequeña perilla.

Pero eran sus ojos los que fascinaban a cualquiera que los mirara. Eran de un turbio gris, sin nada de blanco, empañados con sombrías formas oscuras que se movían en un campo de total oscuridad. Pero cuando miraba a alguien, la persona no tenía ninguna duda de que la miraba a ella.

Eran como dos ventanas que se abrieran a un mundo de pesadilla.

La sonrisa desapareció dejando paso a una traicionera mirada.

—Llegáis tarde —les dijo con voz grave y chirriante, que todas reconocieron tan rápidamente como aquellos ojos de pesadilla.

Ulicia no perdió tiempo en palabras, ni tampoco reveló ni un ápice de sus intenciones. Retorciendo el flujo de han controlaba el odio de todas las Hermanas y permitía que únicamente una parte de sus sentimientos —el miedo— asomara a sus rostros. No quería que Jagang percibiera su confianza y se preguntara cuál era la razón.

Ulicia estaba decidida a destruir absolutamente todo, desde la punta de sus pies hasta cincuenta kilómetros en adelante.

Con una brusquedad que nada sabía de ceremonias, liberó los obstáculos que contenían la furiosa fuerza que había mantenido encapsulada hasta entonces. Rápidas como el pensamiento, la Magia de Suma y de Resta estallaron con incontenible furia, generando una mortífera onda expansiva que avanzaba hacia adelante. Incluso el aire aullaba y quemaba. El salón se encendió con el cegador estallido de las magias gemelas y contrarias, que se retorcían en una ensordecedora descarga de furia.

La misma Ulicia se quedó atónita ante la fuerza que acababa de liberar.

Era como si el mismo tejido de la realidad se desgarrara.

Su último pensamiento fue que, seguramente, acababa de destruir el mundo entero.